

REINA
IMPLACABLE

UNA REINA DIVIDIDA ENTRE UN BASTARDO Y EL HEREDERO...

EVA WINNERS

REINA IMPLACABLE

EVA WINNERS

Derechos reservados © 2022 por Winners Publishing LLC y Eva Winners

Fotógrafo: Daniel Jaems

Diseñador de imagen de portada: Eve Graphic Design LLC

Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks, LLC

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita: www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

SÍGUEME en redes sociales

Grupo de Facebook: <https://bit.ly/3gHEe0e>

Página de Facebook: <https://bit.ly/30DzP8Q>

Instagram: <http://Instagram.com/evawinners>

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/eva-winners>

Amazon: <http://amazon.com/author/evawinners>

Goodreads: <http://goodreads.com/evawinners>

Twitter: <http://Twitter.com/@Evawinners>

TikTok: <https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/>

ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Nota De La Autora](#)

[LISTA DE REPRODUCCIÓN](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta Y Uno](#)

[Capítulo Treinta Y Dos](#)

[Capítulo Treinta Y Tres](#)

[Capítulo Treinta Y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta Y Cinco](#)

[Capítulo Treinta Y Seis](#)

[Capítulo Treinta Y Siete](#)

[Capítulo Treinta Y Ocho](#)

[Capítulo Treinta Y Nueve](#)

[Capítulo Cuarenta](#)

[Capítulo Cuarenta Y Uno](#)
[Capítulo Cuarenta Y Dos](#)
[Capítulo Cuarenta Y Tres](#)
[Capítulo Cuarenta Y Cuatro](#)
[Capítulo Cuarenta Y Cinco](#)
[Capítulo Cuarenta Y Seis](#)
[Capítulo Cuarenta Y Siete](#)
[Capítulo Cuarenta Y Ocho](#)
[Capítulo Cuarenta Y Nueve](#)
[Capítulo Cincuenta](#)
[Capítulo Cincuenta Y Uno](#)

[¿Qué Sigue?](#)

SINOPSIS

Un beso inofensivo dio lugar a un cuento de hadas.

O eso creí.

Sin embargo, a diferencia de las historias de vivieron felices para siempre, la mía no acabó con un vestido de novia y rosas.

Mi cuento de hadas se convirtió en un gran desamor. Tintado de dolor y sellado con lágrimas.

Casi me cuesta la vida. Y a mi familia.

Él siguió adelante como si nada hubiera pasado, mientras yo tuve que recoger los pedazos de mi corazón.

Ahora, ha vuelto y me quiere a mí.

Para él, soy un peón para ser utilizado. Un instrumento. Pero ya no soy suya. Soy la prometida de su hermano.

Atrapada entre dos hermanos, el tira y afloja es insoportable. Uno me quiere, el otro me necesita. Sin embargo, los hermanos Leone aprenderán que esta reina no será un peón.

Para mí, ambos son hombres dignos de dolor y veneno.

Mi familia cree que aceptaré mi destino. Pues bien, pienso rebelarme contra él.

NOTA DE LA AUTORA

Hola, lectores:

Por favor, tengan en consideración que este libro tiene contenido adulto y escenas perturbadoras. Léalo con precaución. Este libro nos es apto para cardiacos.

Es importante que sepan que este libro no se puede leer de manera independiente, ya que forma parte de una trilogía. Para comprender la trama deben leer los tres libros. Y, por favor, no se olviden de que se abordan temas sensibles.

Recuerden suscribirse al boletín de Eva Winners (www.evawinners.com) para estar al tanto de los próximos lanzamientos.

LISTA DE REPRODUCCIÓN

<https://spoti.fi/46M2HvJ>

Enamorarse es como sostener una vela.
Al principio, ilumina todo lo que te rodea.
Después comienza a derretirse y te lastima.
Al final, se apaga y todo está más oscuro que antes.
Y el único recuerdo que deja es una cicatriz.

Syed Arshad

*Comenzamos como dos niños
sedientos de amor y afecto.
Nunca fuimos unos desconocidos.
Al menos no hasta el final.*

-Eva Winners-

PRÓLOGO

AMON

doce años de edad

—Fui yo. —Di un paso adelante, Dante a mi costado, mientras tomábamos la responsabilidad por el jarrón quebrado del siglo XV que era muypreciado por padre.

La niña observaba a mi padre con los ojos bien abiertos, su mirada iba de mí a él, luego de vuelta a mí. Sus rizos dorados se balanceaban de izquierda a derecha y en su rostro estaba grabado el miedo. Mi padre apenas les había puesto atención a ella y a su hermana, aun así, ambas temblaban con miedo.

Parecía que no se metían en problemas tan seguido.

—¿Qué está pasando aquí, Leone? —El hombre que sabía que era Tomaso Romero apareció acompañado de su esposa, y esta última se apresuró al lado de sus hijas. Se veían casi idénticas, excepto que una tenía el cabello oscuro como su padre y la otra era igualita a su madre, con esos rizos rubios como el girasol.

Padre lo ignoró, su mirada clavada en mí y mi hermano. ¿Podía leer la verdad en nuestros ojos? No estaba seguro. Lo único que sí tenía claro era que no lo dejaría herir a esas niñas.

—Angelo —espetó Romero.

Los ojos de mi padre se desviaron hacia el hombre con una calma amenazadora.

—Nada. Tú, tu esposa y tus malcriadas se pueden ir —afirmó, en español.

La madre de las niñas no lo pensó dos veces. Tomó a sus hijas y las guio a la salida.

—Hijo de pu... —Tomaso Romero estaba *enojado*. Su rostro se puso rojo y alcanzó su arma, que estaba en su funda. Al igual que padre.

—Tomaso. —La madre de las niñas parecía ansiosa por largarse de aquí, pero Romero se negaba a moverse. Su mirada estaba fija en la de padre, ninguno de los dos estaba dispuesto a dar marcha atrás—. Tomaso, vamos a casa —susurró, su voz temblaba mientras asentía hacia sus hijas.

La que tenía rizos del color del trigo me miró fijamente, sus ojos lucían preocupados.

—*Papà*, ¿podemos llevarlos a nuestra casa?

Romero miró hacia abajo, y siguió la dirección de su mirada hacia Dante y yo. Observó a mi hermano por unos segundos y luego fijó su atención en mí.

—Lo lamento, Rayito de Sol. No podemos. —Por fin apartó su persistente mirada para fijarla en su hija.

La niña apretó los labios.

—Pero no quiero dejarlos aquí, *Papà*. Por favor.

Mi mamá apareció en el pasillo, sus pasos eran suaves contra el mármol.

—Angelo, no sabía que estábamos dando una fiesta. Si lo hubiera sabido, no habría ido a rezar.

Prestó atención a la escena frente a ella. ¿Podía sentir la tensión? Una expresión que no entendí cruzó por su mirada, tampoco tuve la oportunidad de leerla antes de que...

—¿Qué estás haciendo aquí? —Su voz era fría como el hielo. ¿Por qué le hablaba así a Romero? Nunca le había escuchado eso tono tan amargado, ni siquiera cuando padre era malo con ella o cuando había visitas presentes. Los ojos de *Mamma* vagaron por su esposa y sus hijas, y algo parecido al odio parpadeó en su mirada.

—Arrepintiéndome de haber puesto un pie en esta jodida casa.

—¡Tomaso! —La manera en que la esposa del hombre lo reprendió me hizo pensar que nunca lo había escuchado maldecir anteriormente.

La niña de cabello oscuro tiró de su manga y movió sus manos. ¿Qué estaba haciendo?

—No, no podemos volver a California —respondió. Allí me di cuenta de que debía de ser sorda. En una película había visto a un actor usar lenguaje de señas—. Ahora, vámonos —ordenó.

La pequeña niña de rizos dorados se soltó de la mano de su *Mamma* y corrió hacia mí, abrazándome como si fuera su salvavidas.

Me quedé tieso, era raro recibir esas muestras de afecto de extraños. Me abrazó con más fuerza y tuve que reprimir la mueca de dolor por la golpiza que nos habían dado a Dante y a mí como parte de nuestro entrenamiento la semana pasada.

—¿Vas a estar bien? —susurró mientras las heridas que cubrían mi espalda y torso punzaban por la paliza de la semana anterior. ¿Cómo podía ser que el simple abrazo de una niña que recién conocía pudiera lograr que el dolor se sintiera mejor? Todo era demasiado confuso.

Su *papà* se acercó y con delicadeza la apartó de mí. Cuando dio un paso atrás, me llenó una sensación de pérdida que me hizo dar un traspié.

—Mantente alejado de mi familia y mis niñas —musitó Romero entre dientes. Nunca me quedó claro para quién era la advertencia: ¿para mí o mi padre?

Cuando la familia Romero ya no podía vernos ni escucharnos, padre se giró hacia nosotros.

—Ambos van a tener un premio hoy. —Sonrió con frialdad—. Nadie me falta al respeto en mi casa.

Miró por sobre nuestros hombros e hizo una señal con la barbilla. Dos de sus guardias salieron de las sombras y hablaron con él en inglés antes de llevarnos con ellos.

Esa noche, nuestro mundo se apagó. Como un maldito psicópata, nuestro padre ordenó que nos golpearan y torturaran hasta que nos doliera respirar. Después de eso, no pude silenciar mi cerebro. En vez de eso, aprendí todas las formas de poder sobrevivir en ese sótano frío y húmedo, reacio a admitir cualquier debilidad.

«Algún día...», pensé, mientras estaba sentado en esa celda oscura, «sacaré a mi hermano y a mí de este maldito lugar».

En ese entonces juré que me volvería más fuerte que nuestro padre. Mas poderoso, más calculador. Y aún mejor, lo mataría.

Porque no había duda de que Angelo Leone era un sádico y no un padre.

CAPÍTULO UNO

AMON

veintitrés años de edad

La muerte era parte de la vida.

Un cuerpo sin vida. Un charco de sangre. Ojos vacíos.

Para la no tan tierna edad de veintitrés años, había torturado y matado a cientos de hombres. No me arrepentía de nada.

Pero el dolor de Reina Romero era como recibir una bala en el corazón.

La sentí antes de verla allí de pie. Para los transeúntes casuales, la fiesta estaba en pleno apogeo. Las copas resonaban. El alcohol fluía. Los invitados ricos y poderosos presentes se mezclaban con las cabezas de las organizaciones criminales del bajo mundo.

No podía engañarme. Sabía que sus ojos estaban puestos en mí y cuando finalmente miré en su dirección, noté que aún tenía corazones en ellos. Cada gramo de mi cuerpo ansiaba con cortar el espacio entre nosotros e ir hacia ella.

En su lugar, besé a Sakura, una modelo que había debutado en el *Paris Fashion Week*. Me recomendaron que fuera “visto” con ella por las conexiones de su familia con la *Yakuza* en Japón y así potenciar mi imagen dentro de la organización. Como si me importara una mierda. El motivo real era aún más patético. La tenía de mi brazo con el fin de mantenerme a raya y no cometer una locura.

Sin embargo, cuando vi a Reina decidí ir más allá y besar a Sakura. *Tenía* que detener esa añoranza que había en sus ojos cuando me miraba.

Fue un arma de doble filo. Sentí su dolor como si fuera el mío, me apuñaló el pecho y me dejó sin respiración. La agonía cruzó su rostro. Se quedó inmóvil, y juré que oí cómo su corazón se hizo pedazos antes de darse la media vuelta e irse.

Misión cumplida. ¿Pero me quedé allí como se suponía? No. No pude. La seguí. Necesitaba verla una vez más, aun sabiendo que estaba mal, para sobrevivir por lo que me quedaba de vida.

Caminé rápido, usando como guía el eco distante que sus pasos dejaban sobre la calle como si fuera una señal de rastreo. Algo en el aire cambió y escuché el inconfundible chirrido de metal contra metal. Corrí, mis piernas ahora se movían a una velocidad sobrehumana. Me quedaba una cuadra cuando vi hacerse realidad la peor de mis pesadillas. Un cuerpo desangrándose yacía sobre el pavimento. El pequeño cuerpo de Reina estaba atrapado entre dos vehículos. Sus rizos dorados empapados con sangre contra el pavimento. Sus párpados cerrados protegiendo sus vibrantes ojos azules.

Mi hermano acunaba su cuerpo, con el terror inyectado en el rostro. No había visto esa expresión desde que lo rescatamos de sus secuestradores, lleno de moretones y con miles de heridas en el cuerpo.

«*Esto está mal*».

Las frágiles extremidades de Reina yacían en ángulos extraños y su rostro estaba pálido.

El pánico me cortó la respiración y, por un segundo, me quedé congelado en el lugar. Incapaz de moverme. Incapaz de respirar. Incapaz de sentir.

El corazón me bombeaba en largos segundos, posiblemente minutos, antes de que la furia se extendiera por todo mi cuerpo.

«*Mierda, no podía terminar así*».

Aunque no pudiera tenerla, su vida no debía acabar de esta manera. Merecía vivir; yo merecía morir.

Me hice camino entre la multitud que se acumulaba, la cabeza protestaba con cada paso que daba más cerca de ella. Tan solo imaginar que Reina estaba muerta se me hacía añicos el corazón y se retorcía todo dentro de mí. Era un miedo como el que no había experimentado en mucho tiempo.

«*Déjala vivir*», le recé a quien quiera que estuviera escuchando. «*Déjala vivir y toma mi vida. Llévame a mí en su lugar*».

Caí sobre el asfalto.

—¡Ambulancia! —bramé—. ¡Que alguien llame a la ambulancia! —Era un ángel que sangraba en este mundo cruel y oscuro.

—Ya viene en camino —respondió alguien.

Mis rodillas rozaron su cuerpo suave y lánguido. Sus labios estaban casi azules.

—¿Qué pasó? —Tomé el cuerpo de Reina de los brazos de mi hermano. Estaba tan helada que enviaba olas de *shock* hacia mí. Había tanta sangre—. ¿Dónde *demonios* está Darius? Se supone que la tendría que estar vigilando.

—Si te dieras el tiempo de leer los reportes de Kian, sabrías que Darius está fuera del país en una misión. Te preguntó si querías que alguien más la vigilara, sin embargo, ni siquiera respondiste el maldito correo.

Mi cabeza palpitó y también mi corazón. Tenía un agujero infinito en el centro de mi pecho. Durante esos tres meses se había vuelto más grande y oscuro. No obstante, en ese momento... se expandía más allá de lo que creía posible. Estaba aterrado.

Había estado tan metido en mi cabeza y en el trabajo, intentando ignorar el mundo exterior donde Reina existía sin mí, que pasé por alto el correo de Kian. No podía culpar a nadie más que a mí. Esto pudo haberse evitado.

—La jodiste, hermano —pronunció Dante en un tono seco.

—Dime. Qué. Pasó. —Mi voz dejaba en claro que no estaba de humor. Estaba a nada perder el control—. O te juro por Dios que...

—Dos autos se dirigieron directo a ella —explicó Dante, con los ojos pegados en el rostro pálido de Reina—. No sé por dónde es que está sangrando más. Necesitamos aplicar presión, pero no quiero moverla.

Mis manos vagaron por su cuerpo. Tenía raspones y cortes, pero la mayoría de la sangre se acumulaba alrededor de la cintura. Le tomé la fría muñeca y busqué su pulso con la respiración agitada.

El tiempo se detuvo cuando pasó un segundo. Dos...

Allí estaba, apenas. Su pulso era casi imperceptible bajo mi toque y respiré profundo.

—¿Qué mierda pasó aquí? —Illias Konstantin apareció de la nada. Sus ojos se desviaron hacia Reina en mis brazos y reconocimiento apareció en ellos. Romero no mantenía a sus hijas ocultas del ojo público, pero no me gustaba que Illias estuviera aquí. No me agradaba que alguien del bajo mundo la viera en ese estado tan vulnerable.

De verdad que lo odiaba.

—Su pulso se está desvaneciendo —declaré, desesperación llenando mi voz—. *Ella* se está desvaneciendo.

—Mi auto está aquí —mencionó, apuntando detrás de él—. La llevaré al hospital.

Me levanté con ella en brazos y lo seguí, Dante se apresuró detrás de mí.

—¿No deberías regresar a tu fiesta? —me preguntó Illias, mientras mantenía el cuerpo de Reina pegado a mi pecho y con las manos bañadas con su sangre. Ni siquiera se dio cuenta de cómo me apuñalaron sus palabras, de que había sido mi culpa que hubiera salido corriendo de ahí. ¿Por qué demonios besé a Sakura? Fue un maldito error.

Debí dejar que Reina se acercara. En vez de eso, permití que se interpusiera el miedo de tenerla cerca y mi inhabilidad de resistírmele. Mierda, ¡debí ser más fuerte!

Me senté en el asiento trasero.

—Qué se joda la fiesta. Llévame al hospital.

—Yo debería llevarla —señaló mi hermano.

—No.

Dante se negó a moverse y me observó fijamente.

—Es tu culpa.

Ni siquiera hizo el intento de ocultar su mirada maliciosa mientras escupía palabras venenosas contra mí. ¿Lo peor de todo? Decía la verdad.

Lo ignoré y fijé mi atención en Illias.

—Dile a tu chofer que pagaré todas las multas de tránsito, pero que nos lleve al hospital.

—También voy —siseó Dante, sentándose a mi lado.

No aparté la mirada de la chica que me había cambiado la vida. Atrás quedaron esas semanas de verano que pasamos juntos, y Reina se había vuelto una mujer en ese transcurso del tiempo. No podía imaginar perderla, aun sabiendo que se me escapaba como el agua entre mis dedos. El peso de la realidad se sentía como estar atrapado en ese lugar oscuro que creé.

Me rehusaba a dejarla partir. Podía no ser mía, mas quería que viviera. Y que después aprendiera a ser feliz.

Incluso si lo era sin mí.

CAPÍTULO DOS

AMON

El estado de Reina era crítico.

Pasaron veinticuatro horas y todavía no se había despertado. Su hermana y amigas no tardarían en buscarla, si es que ya no lo habían empezado a hacer. Según mis fuentes, ya estaban contactándola por todos lados y reportándola como persona desaparecida. Llamaron a la policía, incluso a la maldita Interpol.

No duró mucho en secreto la identidad de Reina. No me hubiera sorprendido que Illias la reconociera. El cabrón sabía demasiadas cosas.

Sin embargo, para mi beneficio, Illias tenía un médico en su nómina que mantendría esta situación en secreto, aun así, era imposible mantener oculta la condición de Reina para siempre.

—Su familia deberá ser notificada. —El tono razonable de Illias me estaba molestando. ¿Por qué seguía en el hospital? Quería que se fuera.

—Todavía no. —Necesitaba más tiempo con ella. Quería verla despertar antes de irme y dejarla atrás de nuevo.

Reina tenía las costillas quebradas. Fracturas múltiples. Los pulmones perforados. Y un *aborto no deseado*.

Mi culpa. La culpa me comía vivo. Sabía que era incorrecto, desde cualquier perspectiva, pero la amaba y todavía la deseaba... probablemente siempre lo haría.

Esto debía de ser mi castigo. Por haberlo jodido todo. Por haber pensado que era merecedor del cielo cuando lo único que conocía era el infierno.

Un maldito aborto. *Incestuoso*.

Jesucristo, el ácido me quemaba la garganta cada vez que lo recordaba. Ahora, no estaba seguro de qué era peor. Debí haberla protegido. En cambio, maldije su vida entera. Su inocencia.

Probablemente, la noche anterior, me buscó para hablarme del embarazo. Mierda, maldición, *demonios*. Le fallé. *La destruí*. Puse ambas manos en mi cabello, agarrándolo con los dedos. Me estaba desmoronando. Todo era mi culpa. Aun así, el aborto era algo bueno.

Media hermana.

Se me subió la bilis por la garganta, pero me la tragué. No podía pensar en eso en ese momento. Lo importante era que Reina saliera de esta.

Así que me enfoqué en el pitido que salía de la máquina. Era mi única esperanza. Necesitaba vivir. Con la cabeza enterrada en mis manos, dejé que mis recuerdos me llevaran de vuelta a la fiesta. La había visto en el momento en que puso un pie en la terraza, llevaba un vestido rosado que la diferenciaba de los demás de la mejor manera posible. Se veía tan fuera de lugar y tan *solitaria* que me dolió el pecho.

En ese momento, entendí la desesperación y el vacío que había en sus ojos cuando me miró

fijamente. Apagué la luz de Reina.

Si ella... no, no *si*. *Cuando* salga de esta, nunca volverá a ser la misma. Su cuerpo sanaría, pero no estaba seguro de que lo hicieran su corazón y alma. La mierda por la que pasó dejaba cicatrices. Había querido ahorrarle sufrimiento, pero terminé destruyéndola.

Permití que mis ojos vagaran por su cuerpo, cubierto de puntadas y yeso. Parecía tener tubos saliendo de todos lados mientras una sonda le proporcionaba toda la medicación y nutrientes que necesitaba su cuerpo.

Afortunadamente, aparte del aborto, las heridas internas eran mínimas. Sus pulmones estaban dañados, pero ya estaban sanando, los otros órganos estaban funcionando normal. Seguía inconsciente, no había signos de inflamación cerebral. Íbamos a saber qué tanto daño había cuando despertara y sabía que hasta que no lo hiciera yo no volvería a respirar con normalidad.

Seguía luciendo pálida por la pérdida de sangre. No había respondido a los doctores y aquello fue lo que más me aterrorizó. Era como si se hubiera ido a dormir y decidió no volver a despertar.

Dante se había ido durante la noche y me trajo un cambio de ropa. Fue la única vez que dejé su lado, aunque no completamente, porque usé el baño de su habitación de hospital. Mi hermano insistió en quedarse, entraba y salía del sitio. Illias igual se quedó, mas aún no entendí el por qué. Tampoco me importaba.

En ese momento, nada de eso importaba.

Rocé la suave piel de su muñeca, deslizando el dedo por esa zona. No debía tocarla, pero no podía evitarlo.

—Perdóname, *Chica Canela*. —Tenía un nudo en la garganta que me tenía sofocado—. Intentaba hacer lo correcto.

El silencio fue mi única respuesta, burlándose. Si me escuchó, no lo demostró. No se había movido desde que los médicos la atendieron y la dejaron de nuevo en la habitación.

Una parte de mí envidiaba que pudiera escaparse de la realidad, por muy enfermo que sonara. Mi mundo se oscureció en esos tres meses y me convertí en un cascarón vacío. Aun así, no podía escapar de los recuerdos. Cada palabra que le dirigí dejaba moretones azules y morados en mi interior. Cada día que pasaba sin su luz me volvía más frío y tenía claro, joder, que iba en picada.

Ninguno de los dos volveríamos a ser los mismos.

Tenerla a mi lado no era una posibilidad, así que me conformé con que caminara en este mundo sin ser mía. Me resigné a que fuera de alguien más, siempre y cuando estuviera viva.

—Falta poco para mi cumpleaños —le recordé con voz ronca—. Me prometiste que estarías allí. Solo te pido que no abandones esta vida, nada más.

La herí al haberla apartado de mí, pero en el camino también salí lastimado, mucho más. Mi única compañía desde su partida había sido esa niebla roja.

El dolor persistía sin misericordia, me hacía pedazos y me envolvía en la oscuridad. Y se sentía aún peor después de haber saboreado su luz.

—Mierda —maldije entre dientes, pasándome una mano por el cabello.

Alguien abrió la puerta y alcé la cabeza mientras unos fuertes pasos hacían eco contra el piso. Viéndolos de reojo, tanto Illias Konstantin como mi hermano estaban de pie allí, luciendo sombríos.

—Amon, no podemos seguir ocultando este secreto. —Dante intentó razonar conmigo—. Illias piensa lo mismo. Sus amigas han compartido su rostro por todas las redes sociales. Llamaron a la Interpol, maldición.

Konstantin era miembro de la *Omertà* y también el *Pakhan* de la mafia rusa. Pues al menos

lo era cuando Sofia Volkov no estaba intentado robar su título. Aunque no parecía muy preocupado por ello.

—Debemos llamar a su familia.

—Déjame hacerlo. —Se ofreció Dante—. Le enviaré un mensaje a su hermana para que le cuente al resto de la familia.

Illias no era quien me preocupaba. Era mi hermano. La mirada de Dante y su comportamiento frío no habían disminuido desde el accidente. Parecía que mi hermano había cambiado de roles y quería ser quien protegiera a Reina.

El ácido me quemaba, pero tuve que ignorarlo. No tenía ningún derecho sobre ella; de hecho, tener a alguien como mi hermano preocupado por su bienestar *debería* tranquilizarme. Tan solo debía esforzarme más en ser un mejor hombre y aceptarlo.

—Su hermana ya les avisó a Romero y a su abuela de que Reina lleva dos días perdida. —Intentó convencerme Illias—. No tardarán mucho en encontrarla. He estado bloqueando sus investigaciones y confundiendo a las autoridades con información falsa, pero es cuestión de tiempo para que se den cuenta.

—Sigue con las pistas falsas —urgí, sonando más calmado de lo que estaba—. Quiero estar aquí cuando despierte.

—¡Ya es muy tarde para preocuparse! —espetó Dante—. Deja que su familia la cuide. —Alcé la cabeza, conectando con su mirada. Respiraba agitado mientras lanzaba toda su furia contra mí.

En un abrir y cerrar de ojos estaba encima de él, azotando su cuerpo contra la pared. Las ventanas temblaron con la fuerza del impacto, alertando a las enfermeras y médicos que estaban cerca. Illias cerró las persianas, aunque alcancé a notar las miradas curiosas.

—¿Y a ti qué demonios te importa? —pregunté, mi tono era una clara advertencia. Quizás no podía tener a Reina, pero ni loco dejaría que mi hermano ocupara ese lugar.

No respondió, solamente me sostuvo la mirada y dejó que sus ojos me lo dijeran todo.

—Cuidado, Dante —advertí, estrechando la mirada hacia él—. No sé cuál es tu problema, pero te aconsejo que lo soluciones ahora. Y no te entrometas con Reina.

Mi hermano y yo, siempre estábamos de acuerdo. Bueno, la mayoría de las veces. Teníamos nuestras discusiones, como todos los hermanos, pero nunca peleábamos físicamente al menos no fuera de las prácticas. *Supongo que siempre hay una primera vez para todo.*

Una mano cayó sobre mi hombro.

—Amon, no es ni el lugar ni el momento —comentó.

Lo ignoré, sin quitar la mano con la que apretaba el cuello de mi hermano.

—Aléjate de ella.

Dante suspiró.

—No soy tu enemigo, Amon. —Apuntó con la barbilla hacia Reina, que permanecía inmóvil y sin dar muestra de que nos estaba escuchando—. Desde que terminaste con ella, cambiaste. —Me era difícil contradecirlo. *Había* cambiado. Tenía un agujero negro en mi pecho—. Supéralo o nos destruirás a todos. —Su mirada quedó fija en la cama donde yacía Reina—. Ya la *estás* destruyendo.

—Ya sé, maldición. ¿Acaso crees que no me doy cuenta? —siseé entre dientes—. ¿Crees que necesito que me señales lo obvio?

Abrió la boca para responderme, pero Illias lo cortó.

—¿Dante, nos das un momento a solas? —Viendo la expresión de mi hermano, estaba a nada de decirle que se fuera a la mierda, pero antes de que pudiera hacerlo, Illias agregó—: Ahora.

Su tono indicaba que no aceptaría un no por respuesta. Era un *Pakhan* justo, más brutal. Al ser parte de la *Omertà*, nos podría destruir fácilmente si supiera el papel que teníamos, no, el que tuve en el accidente de Reina. En mi esfuerzo por querer alejarme de ella, la empujé demasiado lejos. Jamás quise que fuera daño colateral en ningún escenario.

«*Y aun así terminó siendo exactamente eso*», me susurró la mente.

Dante me miró, sacudiendo la cabeza.

—Jodidas estupideces —musitó entre dientes mientras avanzaba hacia la salida.

Cuando escuchamos el clic de la puerta, Illias continuó:

—De verdad espero que sepas lo que estás haciendo. —Apreté la mandíbula—. Cogerse a la hija de Romero es una manera segura de que te asesinen.

—No me la estoy cogiendo —aclaré, apretando los dientes. *Ya no*.

Y esa era la peor parte. Todavía la deseaba. Aún la ansiaba. No importaba cuánto lo intentara, no la podía ver como mi media hermana. ¡Maldita sea! En verdad estaba enfermo de la cabeza. ¿Qué tipo de persona trastornada aún deseaba a una mujer con la que compartía sangre?

Se me apretó la garganta. Me dieron ganas de vomitar de nuevo, pero me lo tragué, el sabor amargo y repulsivo quemaba mis entrañas.

—Bien, hazlo a tu manera. —Illias metió las manos en los bolsillos de su pantalón de traje hecho a medida. Nunca lo había visto llevar otra cosa que no fuera aquello. Se preocupaba mucho por su apariencia, al igual que por sus habilidades para acechar cuando se trataba de Tatiana Nikolaev. Claramente, no sabía que yo sabía—. Reina Romero no puede permanecer como un secreto en este lugar. Lo sabes tan bien como yo. Es un milagro que el médico no haya visto su rostro en todas las redes sociales.

—Gracias por señalar lo obvio —siseé, desviando la mirada.

—Si Romero u otra persona de la *Omertà* se entera de que la estamos escondiendo causará una guerra entre familias. No podemos darnos el lujo de estar debilitados, Amon. —No me moví, sabía que tenía razón, pero me daba igual. No me importaba que se fueran todos a la guerra y murieran—. ¿Crees que haya sido una coincidencia que la hayan atropellado?

Alcé la cabeza de inmediato. En ese instante, tenía toda mi atención. No le había dado más vueltas al accidente, y honestamente, tampoco quería hacerlo. Mi mente estaba consumida en una sola cosa desde que pisamos el hospital: rezar por que siguiera viva.

—¿Qué información tienes? —No lo habría comentado porque sí. Illias era un hombre inteligente y no daba ningún paso en falso. No era alguien que hablara por hablar.

—Sé que tu primo ha tenido en la mira a Reina Romero por años.

Entrecerré los ojos.

—Nada nuevo.

—Y la quería usar para fortalecer su lazo con el cártel de Brasil.

—De nuevo, noticias viejas. Ve directo al punto que sé que tienes uno. —Mi paciencia pendía de un hilo, mi atención no dejaba de desviarse hacia la chica en la cama de hospital y oír el reconfortante pero demasiado leve pitido de la máquina que monitoreaba su ritmo cardíaco.

—El conductor. Investígalo. —Allí tenía mi confirmación—. Él y algunos de su familia han hecho trabajos esporádicos para el cártel Cortes en el pasado.

Apenas terminó de hablar y ya le estaban enviando un mensaje a *Ghost*, o Kingston, y a Dante. Así mantendría a mi hermano ocupado y *Ghost* se encargaría de encontrar al conductor.

—Gracias por la información.

—Está claro que la chica te preocupa. —Desgraciado. Debía mejorar mi cara de póquer. «*Después de que despierte*», pensé—. Y que quieres protegerla.

—Bueno, estás lleno de revelaciones —comenté, inexpresivo.

Ignoró mi tono sarcástico.

—Apodérate de la *Yakuza*. Conviértete tan poderoso que nadie pueda tocarla. Así puedes protegerla.

—¿Qué piensas que estoy intentando hacer? —Mi tono era seco.

Me sonrió, era una sonrisa astuta.

—Lo sospechaba. Me hace feliz tener la razón.

—¿Qué tiene que ver eso con Reina? —Nada de mi poder podría hacer una diferencia cuando se trataba de la *chica canela*. Seguiría estando fuera de mi alcance. Era el sol y yo el mar que solo podía disfrutar de su brillo, pero nunca tocarlo.

—Sé la cabeza de la *Yakuza* y Romero no dudará en darte a su hija.

Me reí con amargura por el secreto que me estaba desgarrando en pedazos. Desearía no haberlo sabido, pero no estaba en mis manos. Dejaría que Illias siguiera pensando aquello, porque el secreto que nos unía a mí y a Reina moriría conmigo y mi madre.

Volví a mirarla, justo para verla retorcerse. Su respiración era pesada. Apenas abrió los ojos, pero en ellos había pánico.

—Llama al médico —ordené, y corrí hacia su cama, acercándomele. La tomé de la mano—. Oye, no pasa nada.

No me respondió. En su lugar, boqueaba en busca de aire, sus ojos estaban desenfocados. Era como si algo los cubriera, opacando su luz.

—Reina —la llamé. Como si mi voz hubiera empeorado su estado, el ritmo cardíaco que aparecía en el monitor comenzó a acelerarse y se volvió más fuerte. Sus labios hicieron una mueca, mas ningún sonido salió de ellos. Su mirada se desenfocó completamente y volvió a caer en la inconsciencia.

CAPÍTULO TRES

AMON

Entré en la habitación diseñada para torturar a nuestros enemigos y sacarles información, no obstante, me di cuenta de que mi hermano ya había empezado sin mí. No me sorprendía. Lamentaba que los hubiera golpeado hasta el borde de la muerte. Miré a Dante, tenía la respiración agitada, los nudillos hechos pedazos y toda la ropa cubierta de sangre.

Era bueno saber que todavía nutría su locura.

—¿Estás seguro de que son ellos? —le pregunté.

Observé al hombre atado en la silla, mientras Dante permanecía de pie frente al otro tipo que colgaba de las cadenas en el sótano de nuestro club. Si la gente que bailaba en el piso de arriba se enteraba de lo que sucedía bajo sus pies, saldrían volando de allí, chillando como malditos pájaros.

—Sí.

En mi mente se reproducía el recuerdo de Reina tendida en la cama de hospital. Una y otra vez. La furia me invadió. Me hervía la sangre y amenazaba con explotar como un volcán. Los oídos me zumbaban por la rabia y veía borroso, mientras me cubría una niebla roja.

—¿Dijo algo?

—Los idiotas no saben nada.

—Ya veremos. —Miré al tipo inconsciente—. Hablará y después le cortaré la lengua y le arrancaré los ojos de las cuencas.

Divisé a Dante mirándome con una expresión curiosa.

—*Eh*, estoy impresionado.

Seguía parado frente a la otra alma desafortunada en nuestra celda. Eran los hombres que atropellaron a Reina. Dante, con la ayuda de *Ghost*, los había atrapado el día anterior. Desde donde estaba de pie veía cómo la sangre se deslizaba por su barbilla y caía a su pecho desnudo para terminar en el piso.

Goteo. Goteo. Goteo.

Me recordaba el ritmo que tenía la máquina que monitoreaba el corazón de reina: lento y débil.

—Pues... —No terminé la frase, saqué mi cuchillo de su funda y rodeé al bastardo. Agarré un puñado de su cabello y alcé su cabeza. Estaba inconsciente. Le lancé una mirada a Dante—. Dale una inyección de adrenalina.

Se acercó a la mesa, sacó lo necesario y lo inyectó en la cadera.

—Sobre lo del hospital... —Comenzó, pero negué con la cabeza.

—Ahora no.

—Entonces ¿cuándo? —espetó—. Han pasado tres días del accidente. Más de tres meses

desde que terminaron tú y Reina. Incluso, empezaste a ver a otras mujeres. —Intenté seguir adelante y fracasé—. Sin embargo, me atacaste cuando intenté decirte que siguieras adelante con tu vida. Es hora de dejarla ir.

Dejarla ir.

Mi carcajada llenó el espacio, cada latido de mi corazón era una traición a la decencia humana. Para mi hermano, me había rendido con Reina, aun así, no podía olvidarla. Mi interior se retorció y la furia se apoderaba de mí con solo pensar que alguien más estuviera a su lado. ¿Qué me pasaba? Era mi media hermana, por Dios. Intenté seguir con mi vida, tenía razón en eso. En los tres meses después de la ruptura, no hice más que intentarlo.

—No es más que otra chica. —Mis palabras sonaban a falsedades. Ni siquiera me lo creía, y viendo la mirada de mi hermano, él tampoco—. Esto no tiene nada que ver con ella.

Con su resoplido burlón me dijo que pensaba de eso.

—Entonces, ¿por qué ir al hospital y observarla? —cuestionó, con el rostro teñido de frustración—. ¿Por qué me atacaste?

El hombre se movió, salvándome de responder.

Me apresuré hacia la mesa que estaba en una esquina y saqué las tenazas cubiertas de sangre. Parecía que *Ghost* ya había tomado su pago, en la forma de un diente. Las devolví y tomé el desfibrilador.

—Este es un aparato médico portable —expliqué lentamente—. ¿Lo ves? —No esperé su respuesta—. Fue diseñado para ayudar a las personas que tienen un paro cardíaco y le dará descargas eléctricas a tu negro corazón. —Sonreí con malicia—. Sin embargo, antes de que te hagas falsas ilusiones, nadie va a salvar a nadie aquí. —Un jadeo salió de la boca golpeada del idiota—. Le daré golpes eléctricos a tu maldito corazón. Me aseguraré de calibrar el aparato para pasarme de los rangos aconsejados que reconocería un corazón sano, de esa manera, prolongaremos esta charla hasta que me des respuestas. Vas a ver, es mejor para ti que me lo cuentes todo.

Cuando terminara con ese imbécil, de verdad iba a necesitar la máquina que tenía mis manos. Qué lástima que no tuviera ninguna intención de usarla de la manera correcta.

Dante se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en la pared, observándome. Parecía que ya había tenido suficiente dosis de tortura para satisfacer su locura.

En ese momento, era mi turno de liberar mi rabia y mi propia insanidad.

Lo cargué al máximo antes de presionar las palas contra sus costillas y *¡Bum!*

Todo su cuerpo convulsionó, acelerando su corazón. Quizás no debí inyectarle adrenalina, pero lo quería lúcido. No me juzguen.

Su cabeza se giró de Dante hacia mí, intentando buscar al más débil. No lo encontraría.

Sus pupilas chocaron con las mías, estaban dilatadas y desenfocadas.

—¿Qué estás haciendo, hombre? —escupió, con la saliva deslizándose por su barbilla.

—Así que tenemos tu atención —respondí, inexpresivo.

Sacudió la cabeza.

—Esto es un error. Tienes que dejarme ir.

—¿Dejarte ir? —repetí, saboreando las palabras, mis labios se curvaron con burla que había estado controlando. Asintió con la cabeza, pensando que le estaba sonriendo—. Recién estoy empezando —aclaré.

Casi se le salieron los ojos de las cuencas.

—Exijo...

Lo golpeé con una de las palas del desfibrilador, gozando del sonido de su cráneo quebrarse.

—¿Por qué te diste a la fuga después de casi haber matado a una chica tres días atrás?

—No lo hice.

—Bien, intentémoslo de nuevo. —Presioné nuevamente las palas en su pecho y... ¡Bum!

Quedó con los ojos en blanco antes de volver a mirarme.

—No sé... —Levanté las palas, listo para darle otra descarga, cuando gritó—: ¡No, no, no!

—Última oportunidad o te freiré las neuronas con esto.

No sé si vi una o dos lágrimas saliendo de sus ojos.

—Me ordenaron que no me dejara atrapar —lloriqueó.

Mis ojos se desviaron a Dante quien por fin parecía interesado en la conversación.

—¿Quién?

—No sé.

Le di otra descarga, disfrutando de cómo se quemaba la piel de sus costillas.

—¿Quién? —insistí, entre dientes.

—No sé —gimoteó como un bebé. Cada descarga lo tenía babeando. Su lengua colgaba mientras la saliva chorreaba por su barbilla. Tenía los ojos rojos por la mezcla de tortura y la falta de sueño. Dante y *Ghost* se entretuvieron con él por horas. Su piel se encontraba llena de cortadas y apestaba a orina. Le di otro golpe de electricidad, sintiendo esa cruel satisfacción con la manera en que convulsionaba su cuerpo, tal como el producto prometía cuando lo compré en el mercado negro—. Lo único que sé es que querían tus rutas de distribución. La chica rubia solo era un medio para un fin.

Adiós, control.

La estática llenó mis oídos mientras miraba fijamente al estúpido que tenía enfrente.

Saqué el cuchillo y tiré de su cabello para que me mirara.

—Si creíste que mi hermano era un sádico, aún no has visto nada.

Lo apuñalé con tanta fuerza en el estómago que su grito fue estruendoso. Los siguientes treinta minutos, le corté la piel, haciéndolo pedazos mientras Dante se divertía con el otro tipo, pero acabó con su vida demasiado rápido.

—Dime el nombre —ordené, entre dientes, retorciéndole el cuchillo en el cuerpo—. O te abriré por completo y tendrás que ver cómo tus órganos se desparraman por el piso. —Su rostro fue invadido por la agonía y la sangre que escapaba de su boca—. Última oportunidad.

Se encontró con mi mirada, el terror se le desbordaba por esos sosos ojos marrones.

—Lo único que sé es que querían tener el camino libre para mover sus productos. —Jadeó.

—¿Qué productos? —Podría reconocer la organización si sabía que producto comerciaban.

—Drogas. —Demonios, todas las organizaciones del bajo mundo las traficaban—. Armas. — Bueno, con eso podía descartar varias familias—. Personas.

Me quedé inmóvil. La trata de personas fue eliminada de la *Omertà*. De casi toda Europa, de todo Estados Unidos. La costa este. Colombia. Salvo por el cártel de Brasil y la *Yakuza* que seguían metiendo sus manos en esas aguas sucias. No podía ser coincidencia.

—¿Quiénes son? —bramó Dante—. ¿Los brasileños? —El imbécil nos miraba inexpresivo—. ¿La *Yakuza*? ¿Los venezolanos?

—No. Sé. —Y nos tomó desprevenidos. Se empezó a reír. Maniáticamente. Enfermizo. Era de esas risas que te daban escalofríos—. Jo-dan-se.

Este desgraciado ya no diría nada más.

En un movimiento rápido, tiré del cuchillo hacia arriba y corté. Cayó hacia adelante, sin vida. Di un paso atrás, saqué la hoja y sus intestinos terminaron en el piso con un sonido grotesco.

Se retorció por última vez y la vida se apagó de su desdichado rostro.

Lo observé, los segundos pasaron a ser minutos. Mi corazón agonizaba, cada latido era más doloroso que el anterior. En ese instante, supe que no podría alejarme de Reina. Al darme la media vuelta, Dante me observaba como si nunca me hubiera visto antes.

Alcé las cejas.

—¿Qué?

—Nunca pierdes el control.

Me acerqué al lavamanos y me limpié al igual que el cuchillo. Mis pantalones y camiseta eran negras, así que nadie se iba dar cuenta de la sangre.

—Dante, deja de mirarme —gruñí cuando aún no se movía—. Y llama a alguien para que venga a limpiar.

Lo dejé allí parado y me dirigí a la salida, con las llaves del coche en la mano. Crucé el club, llegué a la calle, y encontré mi Ferrari F8 Spider. Encendía el motor, cuando Dante se coló en el asiento del pasajero.

Me giré para mirarlo, afianzando mi agarre en el volante. No estaba de humor para sus preguntas. Quería ir a casa, bañarme, y volver al hospital en caso de que se despertara Reina.

—¿Qué? —Mi control estaba haciendo tambalear el hilo de donde pendía mi locura y de alguna manera solo ese pitido del hospital podía calmarme.

—Espero que no estés yendo de regreso al hospital.

Le lancé una mirada de advertencia.

—No empieces.

No causé ni una reacción.

—Como sea. El equipo de limpieza viene en camino —avisó, lentamente, y acomodándose en el asiento.

—¡Mierda! —Golpeé con el puño el manubrio, haciendo que suene la bocina—. ¡No tengo ganas de hablar, Dante! Sal del vehículo o te juro por Dios que voy a...

Levantó las manos, negando con la cabeza.

—Bien, de acuerdo. Hazlo a tu manera.

Me puse en marcha en cuanto sus botas tocaron el asfalto.

Necesitaba estar con Reina.

CAPÍTULO CUATRO

AMON

Llegué al hospital lleno de esperanza, una que se sentía como un ladrillo pesado que te hacía hundirte rápido y constante.

—Tiene problemas para respirar —explicó el doctor, pacientemente—. Hay un leve sonido cuando respira y tiene mucha dificultad respiratoria.

El miedo se aferró a mi garganta. El pronóstico era malo, muy malo.

—¿Qué significa?

—Tiene fluido en los pulmones. Debemos drenarlos para que pueda respirar sin la asistencia de la máquina.

—Entonces, hágalo —demandé, tensando la mandíbula mientras ponía toda mi voluntad para calmarme.

—Necesitamos que un familiar firme el consentimiento. —El doctor ya empezaba a colmarme la paciencia. Incluso estando en la nómina de Illias era inútil y no servía para nada—. En el caso de que haya complicaciones —añadió—. No puedo arriesgar mi licencia médica por esto. Es demasiado conocida.

¡Maldita sea! Ya había visto todos los malditos avisos buscándola.

La desesperación clavó sus garras en mí. Sabía lo que debía hacer, pero no resistía estar ni un minuto sin ella hasta que despertara. La necesitaba para mantenerme cuerdo.

—Ya sabes qué es lo correcto, Amon. —Illias intervino con sequedad—. Fue un milagro que pudiera despistar a Romero y a su familia sobre el paradero de su hija estos tres días. Está desesperado y listo para iniciar una guerra que no puede ganar.

—Deja que la peleé.

—¿No te importa dejar a sus hijas huérfanas?

Mi pecho se torció. No estaba en mis cabales como para tomar cualquier decisión. Solo necesitaba verla despertarse. Daría todo, incluso mi vida, para volver a ver esos ojos azules. Sin embargo, sabía que en cuanto apareciera la familia Romero, mi acceso a Reina sería restringido.

—Puedo verlo en toda tu cara, Amon. Jamás lastimarías a la chica. —Suspiré con amargura. Illias estaba completamente equivocado. Ya la había herido—. Haz lo correcto.

Hacer lo correcto. Nadie más hacía lo correcto. Su familia la tendría para siempre a su lado. Solo quería un día más para ver salir adelante a Reina. ¿Por qué Illias no seguía despistándolos hasta que eso sucediera?

Apreté la mandíbula, el resentimiento me invadió por completo.

—¿No tienes otro lugar al que ir?

—No. —Por supuesto que el *Pakhan* insistiría en quedarse aquí. Si se hubiera ido, habría sobornado a este jodido médico y me quedaría a su lado hasta que apareciera la policía o la

Interpol—. ¿Cuál es tu problema con Romero?

—Ninguno. —Si ya lo detestaba de antes, en ese momento lo hacía más después de saber que era mi padre bilógico. Por su culpa perdí a Reina. Me importaba una mierda si culparlo estaba bien o mal. Cargaría siempre con esa responsabilidad.

—¿Está despierta? —pregunté, esperando ser al menos testigo de aquello.

—Entra y sale de la inconsciencia.

—Necesito verla. —Illias no pareció afectado por mi insistencia.

—Y ella necesita a su familia —remarcó con voz grave—. Necesita esta cirugía.

—Entonces dile a este tipo que la haga —reviré—. Lo hará si le das luz verde.

—No lo haré. —El rostro sensato del doctor Dubois decía que hablaba en serio. Tenía la sensación de que mi corazón estaba a nada de rendirse si no lograba salvar a la *chica canela*, incluso si aquello me costaba mi sanidad mental.

Así que hice lo único que podía.

—Bien. —Me aclaré la garganta para no atragantarme; además, en la maldita habitación no había oxígeno suficiente, tuve que obligarme a terminar lo que decía—: Le daré la información de contacto de su familia.

Demonios, cómo me dolió decir eso.

—Es lo correcto, Amon.

¿Y entonces por qué se sentía tan mal? Caminé hacia la ventana para espiar a la chica que yacía moribunda e inconsciente sobre la cama. Me dolió el corazón ver cómo sus rizos dorados enmarcaban su rostro pálido.

Yo... Hice eso.

Le di la espalda a la ventana y noté cómo Illias me observaba. En algún lado de la habitación, el goteo de algún lavado se escuchaba de fondo. El aroma a lejía y desinfectante perfumaba el aire.

—Nunca te agradecí. —Empecé, pasándome la mano por mi cabello. Meforcé a respirar hondo hasta que mis latidos se tranquilizaran.

—Hubieras hecho lo mismo por mí.

Asentí.

—Estoy en deuda. No lo olvidaré.

Resopló con socarronería.

—Si me debes, no me molestaré en cobrárselo a Romero. —No supe si estaba bromeando o no. Daba igual.

—¿Conocías a Reina de antes? —pregunté.

No me respondió.

Se apoyó en la pared más cercana, su expresión era ilegible.

—¿Cuál es la historia entre ustedes dos?

—No hay. —*Ya no*. Se mofó y negó con la cabeza—. No es de tu incumbencia —agregué, esperando que no siguiera con el tema.

El suspiro de Illias estaba bañado en exasperación.

—*Ah*, ser joven de nuevo —musitó—. Aunque no me lo creas, estoy de tu lado.

—Por ahora.

Otro suspiró profundo.

—No soy de los que andan cambiando alianzas, Amon.

Intercalé la mirada entre Illias y la chica que iluminaba mis días.

—Lo sé. —Konstantin era hombre de palabra.

—Hasta un ciego podría ver que hay algo entre ustedes —recalcó. Como no respondí, continuó—: La vi en la fiesta. Lucía bastante desconsolada cuando te vio con tu mujer.

Me tragué la culpa que se me arremolinó en la garganta.

—No es mi mujer —musité, cerrando los ojos y me presioné la sien—. Me estoy volviendo loco. —Los últimos tres meses se habían sentido que todo iba cuesta abajo y me estaban alcanzando.

—Explícate.

Abrí los ojos y lo miré. El estrés se me disparó por el cuerpo y se me tensaron los músculos.

—Nos conocimos el verano pasado. Fue... —Me apreté el puente de la nariz—. Es complicado.

—Todas las cosas y todas las personas que valen la pena tener en tu vida son complicadas —comentó, inexpresivo, mirándome con un brillo en los ojos que no comprendí—. Lucha por ella.

Si fuera tan fácil.

—Se acabó —concluí, con los hombros tensos—. Además, su padre nunca nos daría su bendición.

Lo mejor era dejar el tema hasta ahí; no podía decirle que era el hijo ilegítimo de Romero y que Reina era mi media hermana. Al menos no si quería que no fuera arrastrada a los pozos del infierno conmigo. No tenía ninguna intención de que aquello sucediera.

La presión en mi pecho se negaba a aliviarse y cada vez que respiraba era insoportable.

—No seas un desgraciado testarudo y dejes que lo que más te importa se te escape de las manos —aconsejó Illias, alisando una arruga de su traje—. Nunca podrás recuperar ese tiempo perdido.

Parecía hablar por experiencia.

Lo peor de todo era que lucharía contra todo el maldito mundo por ella... si las cosas fueran diferentes.

—Hasta que no arregles las cosas con ella seguirás siendo miserable.

Alcé la cabeza y cerré los ojos.

—Probablemente. —Le di la razón—. Pero ahora, solo necesito que Reina despierte.

—Se pondrá bien. —Su voz sonaba segura, mientras que yo no lo estaba.

Solo el tiempo diría si sus palabras serían ciertas. Lo único que me quedaba era rezar que la familia de Reina me dejara estar cerca de ella hasta que estuviera fuera de peligro.



Bip. Bip. Bip.

Dos horas y no daba señales de querer despertarse. El sonido me confortaba, pero también me aterrorizaba, ya que cronometraba los segundos que me quedaban hasta que apareciera su familia. Aunque también era prueba de que todavía respiraba. Que aún luchaba por su vida.

Sostuve su mano entre la mía y me senté en la habitación, memorizando cada rasgo perfecto de su rostro. Si bien estaba marcado con cortes y moretones, seguía siendo la mujer más perfecta que había visto.

Con cada pitido de la máquina, iba perdiendo un gramo de cordura. Estaba a medio camino de volverme loco. Mi corazón y alma intentaban abrirse paso y quedarse junto a Reina, sin importar que en el camino se desangraran y fueran apaleados.

Sin embargo, era inútil.

Illias abandonó el hospital en cuanto le di la información de la abuela de Reina al médico. No

sé por qué no se la dio antes. En ese instante, no estaba del todo seguro de mi decisión. Tenía con qué amenazar a Romero, pero no a la fiera que tenían como abuela.

—Perdóname por haberte lastimado —susurré, mi voz era suave. Era mi ancla para ver la luz y perderla aumentaba mi oscuridad, de la peor manera—. Desearía...

Sus ojos permanecían cerrados mientras mi corazón se desintegraba en su habitación de hospital. *Pedazo por maldito pedazo.*

No había nada que superara ese dolor.

—Saldrás de esta, *Chica Canela*. —Mis dedos temblaban rodeando los suyos—. Ni te atrevas a darte por vencida. Prosperarás y quitaré del camino a cualquiera que se interponga en el tuyo. —*Incluido yo.*

Con su mano aún en la mía, la llevé a mi corazón.

—Nunca volveré a ser el mismo —confesé, suavemente, las palabras me estrangulaban—. Tú... fuiste lo mejor que me ha pasado en la vida.

Bip. Bip. Bip.

Su silencio fue un adelanto de lo que se vendría en el futuro. Estaría privado de su voz. De todo.

La puerta se abrió de golpe, azotándose contra la pared con un fuerte ruido y aquello hizo que las ventanas temblaran.

En la entrada, se encontraba esa mujer emanando furia, pero solo por un segundo. Cuando sus ojos cayeron sobre el cuerpo de su nieta, se apresuró a entrar y comenzó a gritar.

Me levanté de inmediato.

—Baje la voz. Reina no necesita esto.

Diana Glasgow agitó las manos.

—¿Cómo te atreves...?

Debieron haber llamado a Romero. Él no tenía las bolas que esta mujer sí tenía.

—Si no se puede calmar, se encontrará fuera de la habitación —advertí.

Apuntó hacia su nieta, que yacía dormida.

—¿Qué haces aquí? ¿Y qué le hiciste a Reina?

—Nada. —*Todo.*

Dios, ya me estaba arrepintiendo de mi elección. Lo mejor hubiera sido cambiar a Reina con un doctor a quien hubiera podido controlar, sin que nadie más se metiera en mis decisiones.

El silencio tras la confrontación sofocaba el sitio mientras el pitido constante de la máquina aliviaba mi irritación. Apoyé mi mano en la espalda de Diana y la guíe fuera de la habitación.

—Tomaso Romero y tu familia ya dañaron demasiado a la mía —siseó Diana cuando estábamos en el pasillo. En su mirada vislumbré algo como... ¿preocupación?—. Eso se termina ahora mismo. Quiero que te vayas de aquí.

Mierda, nada me salía como quería. Quería quedarme hasta que despertara Reina.

Necesitaba ver que estaba bien antes de obligarme a darme la vuelta y seguir con mi vida. *Solo.*

CAPÍTULO CINCO

REINA

El azote de una puerta fue lo que me sacó de mi pesadilla. Debía seguir durmiendo. Todo estaba oscuro y todo lo que sentía era... dolor.

Un dolor insoportable.

Me costaba respirar. Pensar. Incluso, soltar me parecía demasiado difícil.

Los gritos ahogados intentaban arrastrarme fuera de la inconsciencia, pero no podía despertar del todo. ¿Dónde estaba? ¿Qué me sucedía? ¿Por qué me dolía todo?

—No te quiero volver a ver cerca de ella. —Era la voz de la abuela—. Por estar contigo terminó así, luchando por su vida. Te culpo por lo sucedido.

Intenté abrir la boca para decir algo, qué cosa, no sabía; sin embargo, no emití ningún sonido. Debía estar hablando con *Papà*. Siempre lo culpaba de todo. Hice el intento de moverme en la cama para que notaran mi presencia.

No pude hacerlo. Era como si el cuerpo me pesara toneladas, además, debía esforzarme para inhalar y exhalar. Me ardía el pecho y con cada respiración que tomaba mis costillas amenazaban con fracturarse.

Más palabras fueron intercambiadas, pero eran en tono bajo. Todo a mi alrededor era demasiado difuso como para distinguir algo más que palabras sueltas.

—Mi nieta está al borde de la muerte por tu culpa. Tus deseos son irrelevantes.

Luego siguió el silencio. Oscuridad. Soledad. Demasiado silencio.

Alguien abrió la puerta y sentí cómo las pisadas retumbaban en mis oídos.

Necesitaba que alguien me sacara de esta neblina de dolor. Meforcé a parpadear, deseando poder abrir los ojos, pero fue en vano. El colchón se hundió cuando alguien se sentó a mi lado.

—Oh, Reina. —La voz de mi abuela se quebró y sorbió por la nariz—. A ti también te fallé.

Intenté hablar para decirle que no pasaba nada, pero lo único que salió de mi boca fue un jadeo.

El colchón se movió de nuevo.

—No fuerces la voz —pidió con voz ronca. Algo húmedo me cayó sobre la mano y me tomó un momento darme cuenta qué era: *lágrimas*.

La cama crujió. Imaginé que estaba secándose las lágrimas antes de que alguien la encontrara en este estado tan vulnerable.

—Tuviste un accidente, Reina. Los médicos son optimistas con tu diagnóstico —susurró, pegó su frente contra la mía con delicadeza—. Pronto te llevarán al quirófano y luego...

«Y luego ¿qué?». Quise preguntar. «¿Qué tipo de accidente?». Era demasiada información.

Incluso si hubiera podido hablar, no estaba segura de querer saber las respuestas. Ser fuerte era un mierda. Ser débil era aún peor. ¿Dónde quedaba yo?

Sola. Sin él.

—Tú y Phoenix son lo único que me queda —susurró—. No nos dejes. Cuando perdí a tu madre casi muero. Pero si te pierdo a ti... no sobreviviría. —Se le quebró la voz y se aclaró la garganta—. Lucha. Lucha por tu hermana, por mí. Lucha para vivir.



Bip. Bip. Bip.

Parpadeé hasta abrir los ojos.

No se detenía el zumbido de mis oídos. El pitido me repiqueteaba en el cráneo. Las brillantes luces fluorescentes asaltaron a mis párpados y gruñí, levantando la mano para tocarme la sien.

Mis ojos se abrieron al instante, diviso tubos clavados en mis venas. Mi vista comenzó a aclararse con cada parpadeo, y bajé la mirada para ver cómo mi brazo tenía un pesado yeso. Cada trozo de piel visible estaba cubierto con cortes y moretones.

—¿Qué...? —Tosí, tenía la garganta tan seca como el desierto del Sahara.

—Despertó. —Escuché la voz de la abuela antes de sentir un toque cálido sobre la mano. Giré la cabeza lentamente, apretando los ojos y luego abriéndolos de nuevo para mirarla. Mis amigas y mi hermana estaban sentadas detrás de ella. Cuatro pares de ojos llenos de lágrimas. La abuela me dejó un beso en la frente y musitó contra ella—: Estoy tan feliz de ver esos hermosos ojos. ¿Cómo te sientes?

Tragué, el nudo en la garganta seguía allí.

Comencé a recordar. La fiesta. Amon. Rememoré lo horrible que dolió verlo con alguien más. Me acordé de cómo el dolor de mi corazón roto amplificó mi ansiedad.

Unos focos delanteros.

Luego, otros más.

Escuché la voz de alguien antes de caer inconsciente.

Era conocida, pero no la identifiqué. «*No me hagas tomar medidas drásticas*».

—¿Cómo llegué aquí? —Tosí, mi pecho estaba apretado.

Las chicas compartieron una mirada antes de que Phoenix observara a la abuela, quien desvió la vista y se sentó más derecha. Esperé, conteniendo la respiración. No sabía por qué, pero necesitaba oírlo.

Phoenix se puso de pie y caminó hacia la ventana, y presionó la frente contra el vidrio. La lluvia caía al otro lado del cristal y, de alguna manera, supe que mi hermana había experimentado este mismo dolor.

El tener el corazón roto.

Me lo había estado advirtiendo durante todo ese tiempo. Phoenix se secó las lágrimas y me enfrentó. Mi hermana mayor lucía agotada. Cansada. Exasperada. Aun así, no dijo nada.

—Un buen samaritano —explicó la abuela, con simpleza.

Se me retorció el corazón.

—¿Me vino a ver alguien?

Algo brilló en su mirada.

—Solo tu *papà* y nosotras. —¿Por qué tenía la impresión de que me estaba mintiendo? Mis recuerdos eran piezas inconexas y mis pensamientos difusos. Juré que había oído la voz de Amon, pero quizás fue todo producto de mi cabeza. Respiré profundo y exhalé lentamente, enfocándome en el pie que estaba tapado por la manta. Tragué, me ardía los pulmones. ¿O los ojos?

—¿Cuál es el diagnóstico? —cuestioné, con la voz débil.

Un latido pasó antes de que la abuela respondiera:

—No es el mejor. El doctor necesitaba operarte con urgencia, pero con el tiempo, sospecha que podrás volver a la normalidad. —«¿Y el bebé?». Quería saber, pero no me salía la voz. Ya me imaginaba la respuesta y me aterrorizaba oírlo—. Tu abdomen estará adolorido por un tiempo, mas el daño no será permanente. Aún podrás tener hijos. —Me tragué el nudo de la garganta y me ardían los ojos. Me llevé la mano al collar, torciéndolo al igual que mi corazón—. Iré por el médico y le diré que despertaste —agregó suavemente y me pregunté si aquello era la confirmación de que sabía que había estado embarazada.

Me dejó un suave beso en la mejilla, murmuró algo y abandonó la habitación.

A penas cerró la puerta, Phoenix dijo en lenguaje de señas:

—*Te dije que no era bueno para ti.*

No lucía furiosa, más bien resignada.

Parpadeé, intentando reprimir las lágrimas. No sabía qué decir. Les lancé una mirada a mis amigas. Raven se frotaba la parte trasera del cuello e Isla apartó la vista, pero todas compartían la misma expresión de preocupación.

—Lamento haberlas asustado —me disculpé, con voz rasposa. El pitido de la máquina era más alto que mi voz.

Athena me miró, tenía los ojos cristalinos.

—Me alegra tanto ver que estás bien, Reina. —Se las arregló para darme una sonrisa llorosa y era desolador ver todo el daño que les había ocasionado a mis amigas. Había pensado solo en mí desde que crucé caminos con Amon, y en el proceso, las lastimé.

Y, aun así, todavía lo seguía esperando.

Amon era mi razón. Mi vida entera. Mi ruina.

Quería caminar por la tierra sintiéndome completa, junto a él. Sin embargo, él quería vivir la vida sin mí.

«*Era una estúpida, una tonta ingenua*». Las palabras se repetían en mi mente, burlándose de mí y de mi romanticismo. Tomó un verano para hacerlo añicos y no me hizo sentir mejor.

—¿Lo viste? —inquirió Isla, con delicadeza, como si temiera sacar el tema.

—Sí.

—¿Y? —Señó Phoenix—. *No entiendo por qué lo fuiste a ver. ¿Qué era tan importante?*

Me encogí de hombros, bajando mis ojos hacia la cama y poniendo la atención en las arrugas de las sábanas. Nunca les conté a mis amigas del embarazo, en ese momento era un tema delicado. Aunque, ya no tenía importancia.

Perdí al bebé. El nudo de la garganta me sofocaba, me robaba todo el oxígeno.

—¿Hablaste con él? —preguntó Isla. Negué con la cabeza, incapaz de hablar—. No debimos haberte dejado ir sola —continuó con expresión sombría—. Debimos haber estado contigo.

—Debimos haberle pateado el trasero a ese imbécil —gruñó Raven—. Romperle esa cara bonita.

Isla puso los ojos en blanco.

—Jamás lo hubieras logrado. Mide como treinta centímetros más que tú.

Raven le sacó el dedo del medio.

—Estábamos volviéndonos locas —intervino Athena—. Desapareciste por tres malditos días. Nos imaginamos lo peor... Tu *papà* y abuela buscaron por todos lados.

Tragué saliva, sentía el ardor tras mis ojos por reprimir las lágrimas.

—Perdón.

—*Papà y las autoridades seguían recibiendo pistas falsas.* —Phoenix se retorció las manos—. *Pensé que estabas muerta. Isla le pidió ayuda a su hermano Maxim.*

—Lamentablemente, no nos fue útil —musitó—. Illias lo hubiera sido, pero tenía miedo de que me ordenara volver a casa, pensando que hay algún tipo de conspiración sucediendo.

—Lloramos como magdalenas —agregó Raven—. Quería ir tras esos dos hermanos Leone y matarlos con mis propias manos.

—Y te hubiéramos ayudado —aseguró Athena, con una sonrisa maliciosa—. De verdad, estoy feliz de que estés viva.

Las hice pasar por tanto estrés. Tanto dolor.

—No sé cómo compensarlas —dije, aclarándome la garganta—. Les prometo que se acabó todo con él. —Aquella promesa cavó un agujero que quemaba mi alma, pero lo ignoré—. Nunca quise que pasaran por todo este dolor.

Todas agitaron sus manos, restándole importancia.

—*Lo único que importa es que seguimos estando juntas de nuevo.* —Afirmó Phoenix.

—Pero no más de esto —exigió Isla, con suavidad—. Mi corazón no lo resistiría.

—Tienes que ponerte las pilas. —Las palabras de Raven eran duras, pero las endulzaba con su tono amable—. Ningún hombre merece tus lágrimas.

Asentí en silencio.

—Estarás bien —murmuró Athena, delicadamente—. Pronto ya ni lo recordarás. Se convertirá en un recuerdo lejano.

Las miré y vi que me observaban preocupadas.

—Dejen de decirme que estaré bien. No lo estaré. ¿Cómo una persona en su sano juicio puede olvidar toda esta mierda?

Caímos en un silencio que se extendió como los recuerdos que revoloteaban por mi cabeza. Parecía ser que había sido arrastrada dentro de una pesadilla que yo misma había creado, con todos mis demonios atormentándome. Hubiera deseado olvidar todo, pero estaba tatuado en mi mente: la forma en que me miraba. Cómo me besaba. Todo eso quedó sepultado bajo el recuerdo de él con alguien más.

Me quedé mirando fijo el techo blanco, maldiciéndome porque no era tan fuerte como Raven. O mi hermana. O cualquiera de mis amigas. En su lugar, seguía buscando excusas para justificar su comportamiento. Sabía que terminaría con el corazón roto, pero nunca me imaginé que sucedería de esa manera.

Mi hermana cortó ese momento que nos sofocaba a todas.

—*Descansa.* —Pidió Phoenix en lengua de señas—. *Te ves cansada.*

No tuvo que pedírmelo dos veces.

—Lo estoy —murmuré.

Caí dormida, con la seguridad de que mi familia y amigas seguirían a mi lado. Mientras sentía que era arrullada por los brazos de Morfeo, mi último pensamiento fue él.

El chico con galaxias en los ojos.

CAPÍTULO SEIS

AMON

Me dio el paraíso y yo, le di el infierno.

Nunca creí que esa leve oscuridad de mi alma terminaría consumiendo a mi *chica canela*.

Habían pasado tres semanas desde la última vez que estuve a su lado. Inmóvil y mortalmente pálida en esa cama de hospital. Intenté verla, pero su familia tenía una lista de visitantes aprobados. La enfermera, en pocas palabras, me dijo que me fuera a la mierda. No funcionaron ni mis gruñidos ni mis súplicas. Fue patético, y en el gran esquema de las cosas, estuve agradecido de que mi hermano no estuviera alrededor para ver el estado en el que me encontraba.

Desgraciadamente, su abuela, Romero y sus amigas nunca se iban de su lado, tomaban turnos para cuidarla. Romero no se puso en contacto conmigo, aquello significaba que Diana Glasgow no le contó que me había visto en el hospital. Por si no fuera poco, colocaron seguridad y guardias en ese piso. Me lo pusieron difícil. Pero estaba bien. La mantendrían protegida.

Era lo mejor.

Aun así, fui todos los días, vagaba por las afueras del hospital como un ladrón en la noche. La había estado observando desde las sombras y accedí a su historial médico para monitorear su progreso. Ese día la darían de alta.

Esperaba verla por última vez.

Mi teléfono móvil vibró y le eché una mirada.

Era mi hermano.

Dante: ¿Dónde demonios te metiste? Te necesito en esta reunión de la Omertà.

Lo ignoré.

Me quedaba toda mi miserable vida para lidiar con los asuntos del bajo mundo. Solo tenía este día para Reina.

Me apoyé en uno de los árboles más lejanos del lugar y observé sus ramas desnudas. Las hojas que cubrían el suelo se movían al son del viento, y apreté aún más mi abrigo. Era una especial tarde fría de noviembre y el sol ya se estaba poniendo. No faltaba nada para Acción de Gracias, e imaginaba que Reina lo quería celebrar con su familia. No le encontraba sentido a esa fiesta, pero a los norteamericanos les gustaba atiborrarse de comida y saciar su sed.

Miré el reloj y me pregunté por enésima vez por qué no la dieron de alta a primera hora de la mañana.

Dante tenía razón. Todo ese tiempo se había dado cuenta. Era mi obsesión y probablemente iba a ser mi condena. Había una fina línea entre lo bueno y lo malo.

La crucé, ambos lo hicimos sin saberlo, aun así, eso no nos absolvía de nuestros pecados.

Si fuera un mejor hombre, uno más fuerte, me iría y me mantendría alejado. Reina tenía una familia. La amaban. Ellos la cuidarían y la protegerían.

Sin embargo, no era un mejor hombre. Era un desgraciado egoísta que añoraba volver a verla.

Una. Vez. Más.

Quería asegurarme de que estuviera bien. De que tuviera ese halo sobre su cabeza. Siempre supe que un ángel jamás estaría destinado a estar con un *príncipe amargado*.

Me había llamado su príncipe. Se equivocó. Terminé siendo su verdugo. Casi le costé la vida. Por mi culpa...

Tragué saliva, mi manzana de Adán estaba dolorosamente tensa. El pecho me dolía tanto que deseaba golpearlo hasta que la presión bajara. Sospeché que no me haría ningún bien. Reina Romero era parte de mí. Encontró la manera de penetrar mi alma rota y hacerse de un lugar allí, aferrándose tanto que incluso ni con cirugía podrían sacarla de mí.

Un brillo captó mi atención e inhalé profundamente.

Su abuela fue la primera en salir, vestía de dorado y con un abrigo de piel, como toda una leyenda de Hollywood. Romero la seguía, llevando un traje italiano y una gabardina negra.

Aguanté la respiración. *Allí estaba ella.*

Un ruido sordo salió de mi pecho y continuó latiendo mi corazón. Al menos, en ese momento.

Reina salió en silla de ruedas con la ayuda de su hermana, una manta le cubría las piernas para protegerla del aire fresco. Una enfermera la acompañaba a su izquierda. Sentada en la silla, Reina se acurrucó en ella, con el rostro pálido y esos labios carnosos un poco menos vivos que antes. Se veía tan frágil y débil.

Incluso desde donde estaba parado, podía ver las ojeras oscuras rodeando esos zafiros que habían perdido su brillo.

Parecía cargar con una nube negra mientras miraba al vacío, perdida en quién sabe que pesadilla. Phoenix se detuvo, y Reina se giró hacia la enfermera y movió los labios lentamente. No había ni sombra de alguna sonrisa en esos labios.

Yo provoqué eso.

Dios, daría cualquier cosa con tal de retroceder el tiempo y cambiarlo todo. No me habría acercado, habría dejado intacta su inocencia.

Lo único que hice fue arrastrarla a mi oscuridad. La arruiné y ambos nos quedamos sin nada. Y no tenía a nadie más a quién culpar.

Reina se removió en la silla, retorciéndose de dolor y no pude evitar que mi cuerpo diera un paso adelante, con la necesidad de ayudarla. De cuidarla. Su abuela, hermana y su padre se apresuraron a asistirla; sin embargo, mi *chica canela* les dijo algo que los dejó inmóviles en sus sitios. A todos, menos a su hermana que era sorda. Aun así, pareció que Phoenix entendió el mensaje, porque también dio un paso atrás.

Vi cómo Reina hacía el intento de levantarse lentamente. Apreté las manos en puños, luchando para permanecer en mi lugar y fuera de su vista.

Una mueca de dolor tiñó su hermoso rostro, a pesar de ello, dio un paso, con la determinación pintada en cada uno de sus rasgos.

En ese instante, me di cuenta.

Saldría adelante, mientras que yo me quedaría tras su sombra.

Ya no era mía y, aunque fuera incorrecto, siempre sería suyo.



Alcé la cabeza y observé el cielo gris y sombrío.

Había pasado una semana y en lo único en que había tenido éxito era en caer en una patética y autodestructiva rutina alcohólica. Ignoré a mi hermano, mi madre y a todo el maldito mundo.

Paseé la mirada por mi *penthouse* de París, tentado de incendiar todo el edificio. Cada centímetro de este apartamento me recordaba a ella.

Sonó el timbre. No me molesté en atender.

Cuando oí el clic de la puerta, hice una nota mental para cambiar todas las cerraduras.

Con solo escuchar las suaves pisadas contra el piso de madera supe que mi madre se acercaba y me preparé mentalmente.

—Te perdiste la reunión de la *Omertà*.

Tomé un sorbo del vodka barato que había comprado en un local calle abajo. Fue mi último recurso.

—Dudo de que me haya perdido de algo importante.

—No puedes ignorar tus responsabilidades. —Debí decirle que dejara de hablar, aunque no tenía energía para hacerlo—. Dante no me dirá qué te sucede, pero supongo que tiene que ver con *ella*.

—Preocúpate por alguien a quien le importe. —*Y que se lo merezca*.

—Tu padre comenzará a notarlo —reprendió con suavidad.

Me burlé.

—¿Debo recordarte que no es mi padre? —Se sobresaltó. Sabía que odiaba que se lo recordara. «Únete al maldito club»—. Por cierto, me topé con Diana Glasgow. —Su mirada se volvió cautelosa—. Estaba muy molesta y acusaba a nuestra familia, junto con Tomaso Romero, de haber traído miseria a los suyos.

La mujer no se equivocaba. Esa fue la única razón por la que no la estrangulé en ese instante.

Reinó el silencio, tenso, como una liga a punto de romperse.

Desafortunadamente, las palabras que dijo mi madre fueron una descarada mentira.

—No sé a qué se refiere. Ellos fueron los que nos causaron miseria, no al revés. —Alzó la barbilla y se dirigió a la gran ventana de estilo francés.

—¿Y cómo fue eso?

—Su familia no pertenecía al bajo mundo. No entendían cómo funcionaban las familias de la *Omertà*, la importancia de las relaciones comerciales.

Moví el brazalete del *yin* y el *yang* que Reina me había dado el día que descubrí quién era mi verdadero padre. Representaba el comienzo, pero terminó siendo el final de todo. No me importaba que se originara de la cultura china. Era el único recuerdo que me quedaba suyo.

—¿Y tú sí?

Mi madre se giró y me miró con furia.

—Sí. Crecí en este mundo. Nosotros pertenecemos a este mundo.

Comencé a notar cosas de mi madre que no me gustaban. Podía deberse al resentimiento o quizás a que por fin estaba abriendo mis ojos.

CAPÍTULO SIETE

REINA

Hubo ciertos momentos durante esas pasadas tres semanas en las que pensé que prefería estar muerta que seguir viviendo. Dejaría atrás el dolor y las lágrimas que me azotaban de noche. En la muerte, encontraría paz.

En su lugar, permanecí sentada y observando fijamente el paisaje que se extendía por kilómetros desde el castillo Glasgow. Estaba a una hora a las afueras de Londres; el campo te hacía pensar que estabas completamente alejada de la ciudad y la civilización.

Era Acción de Gracias y la abuela decidió que lo celebraríamos en el lugar de origen de su esposo, en Cambridge. El castillo era inmenso y tenía habitaciones suficientes para albergar a las dos familias y amigos. Claramente, en Londres no se celebraba esa fiesta, pero dado que la nieta del duque de Glasgow nació en los Estados Unidos y creció con esas costumbres, era algo nuevo para toda la familia.

Vi a Livy y a su esposo jugar con sus trillizos: Lily, Lena y Liam Caldwell. Gozaban de una vida normal. Al menos parecían tenerla. Me dolió el corazón. Había pasado tanto tiempo desde que nuestra familia había lucido así de normal... Si es que alguna vez lo fuimos.

Quedé inmersa en mi mente y de repente un recuerdo olvidado reflató sin mi permiso.

Un ruido atronador sonó a la distancia.

Levanté la cabeza del castillo de Lego que estaba armando con mi hermana.

—¿Qué fue eso? —pregunté en lenguaje de señas, pero luego recordé que no podía oír.

Solo se encogió de hombros.

Iba a volver a jugar con nuestros Legos cuando sonó de nuevo, seguido de gritos. Me puse de pie y corrí hacia la ventana de la sala de estar para ver hacia afuera.

Había cinco hombres. ¡Con pistolas!

Corrí de vuelta al sitio donde Phoenix seguía sentada y me miraba con confusión.

—Tenemos que buscar a Mamma.

Preferí seguir hablándole en señas, en caso de que alguien nos pudiera escuchar desde afuera. Justo cuando la iba a ayudar a pararse, Mamma y Papà irrumpieron en la habitación.

—Ustedes dos, ¡apúrense! —ordenó Papà—. Irán con su madre.

Como no habló en lengua de señas, Phoenix me observaba para entender qué sucedía. Rápidamente, le interpreté todo y lo seguimos hasta la chimenea, donde empezó a dar palmaditas a las rocas de los costados. Mamma estaba pálida como un fantasma, le temblaban los dedos cuando me apartaba los rizos del rostro.

—Todo estará bien —aseguró Papà por encima del hombro, pero no sonaba muy seguro.

—¿Cómo puedes decir eso? —siseó Mamma, con el rostro furioso—. Esto no es lo que

esperaba. Esta no es vida para mis hijas.

Algo se movió en la chimenea y apareció un agujero. Quedé inmóvil. No me gustaban los lugares estrechos.

—¡Métanse! —ordenó—. Hablaremos más tarde.

Papà me tiró del brazo y me empujó adentro. Chillé de dolor al caer de rodillas y gateé hacía un rincón para rodearme las piernas con los brazos. El corazón era como un colibrí, hiriéndome el pecho.

¡Bang!

Unas voces desconocidas se escuchaban cerca, haciendo que Papà se volviera frenético. Empujó a Phoenix adentro, quien temblaba como una hoja, pero alcancé a atraparla en mis brazos, apretándola, ya fuera por buscar apoyo o reconfortarla, no estaba segura.

Miré a Papà que sostenía algo brillante y oscuro, un arma; sus ojos se estrecharon hacia Mamma.

—Amor, debes esconderte allí. —Los rizos de Mamma se agitaron con fuerza al negar con la cabeza. Les tenía terror a los espacios pequeños—. No pasará nada. Solo serán unos minutos.

—Tomaso, no —gimoteó, pero no pareció conmoverlo—. Te juro por Dios que te dejaré si lo haces.

—¿Prefieres morir? ¿Que tus hijas mueran?

—No pueden matarnos en nuestra propia casa.

—Prefiero no correr el riesgo de que eso pase.

La agarró del codo y la forzó a esconderse. Vi todo con los ojos bien abiertos. Mamma se resistía, pero él era más fuerte. De repente, cayó en la oscuridad junto con nosotras. Antes de que pudiera protestar, Papà cerró la puerta.

Mamma les pegaba puñetazos a los ladrillos rojos.

—Tomaso. —Su ira vibraba por ese estrecho lugar—. Maldición, Tomaso. Abre...

Los suaves sollozos de Phoenix llenaron el aire y me centró.

—N-no pasa nada, Mamma —susurré. A duras penas, estiré la mano para darle palmaditas en la espalda, igual como lo hacía ella cuando tenía pesadillas—. Papà es más fuerte que todos esos hombres malos.

—Si tan solo... —murmulló—. No dejaré que nada les pase.

Envueltas en la oscuridad, las tres nos abrazamos. Sentía el rugido de mis latidos en los oídos. No podía hablarle en señas, el espacio era demasiado pequeño y oscuro, así que me limité a abrazar con fuerza a Phoenix.

Nos mantuvimos en silencio por un rato, a excepción de los sonidos de nuestra respiración, cuando las voces se escucharon más cerca y comenzaron los disparos de nuevo. Mi cuerpo se tensó y reprimí los gritos que querían salir. Aterrorizada de que nos encontraran, me tapé la boca. Más gritos.

Bang. Bang. Bang. Más disparos.

Unas fuertes risitas me sacaron de los recuerdos y me devolvieron a la realidad.

Parpadeé para quitar esas imágenes oscuras y la sensación que se había aferrado a mi garganta. Quizás las cosas venían mal desde antes de la muerte de Mamma. Así todo tendría sentido. Si Phoenix o yo no éramos de Papà, significaba que mi madre había buscado su felicidad en otro lugar o, mejor dicho, con alguien más.

No lo sabía. Ya no estaba segura de nada.

Intentando apartar ese recuerdo tan confuso, me concentré en la familia que tenía delante de

mis ojos. Tenía tanto por lo que debía estar agradecida.

Por estar viva. Tener una hermana asombrosa. Una familia. Mejores amigas. Sin embargo, no tenía ganas ni de celebrar ni estaba consumida por el espíritu de las fiestas.

Me froté el pecho mientras mi mente se llenaba de distintos recuerdos, esta vez con los del chico que había amado demasiado. O quizás no lo suficiente. Lo único que sabía era que me dejó vacía.

Mis noches estaban repletas de dudas y arrepentimientos, desesperada por volver a vivir esos momentos que solo me llevaron a este mismo lugar: mirando a la nada, deseando poder desaparecer.

Froté los dedos en mis muslos, las cicatrices me daban picazón. Sin embargo, si me movía, alguien vendría corriendo preocupado por si me ocurría algo, sofocándome.

Los vellos de mi cuello se erizaron, conscientes de la presencia de alguien. Me quedé quieta, esperando que esa persona dijera algo. O mejor, que no dijera nada.

Jugué con los dijes de mi cadena de platino. Debería deshacerme del que me regaló Amon, pero cada vez que iba a quitarlo, era incapaz de hacerlo. Quizás era masoquista, y este era mi castigo.

—Reina. —La voz de *Papà* era baja, suave, como si pensara que me destruiría si alzaba la voz.

Ojalá.

Ocultando el collar bajo mi camisa, me giré y vi cómo avanzaba hacia una silla desocupada. Se sentó, sus movimientos casi robóticos. El cabello, que siempre llevaba inmaculadamente peinado, en ese momento era un desastre; y apretaba demasiado la mandíbula. Sus ojos se veían vacíos, cansados, más que nunca, y pensé que no era solo por sus negocios ilegales. Había envejecido muchísimo en esos últimos meses.

De fondo, se escuchaba el sonido de las ollas y la vajilla; las risas y las conversaciones viajaban por el aire, y el ruido de las pisadas y de los juguetes de los trillizos conformaban la banda sonora de un día ordinario de Acción de Gracias. Lamentablemente, nada se sentía igual, porque ya no era la misma.

—Reina. —Parpadeé y lo atrapé observándome.

—Disculpa, *Papà* —musité—. Estaba perdida en mis pensamientos.

Me miró con una paciencia con la que no estaba acostumbrada a recibir de su parte. No desde que murió *Mamma*.

—¿Me quieres contar lo que pasó?

Me encogí de hombros.

—Un accidente de autos.

Una mirada lejana cruzó por sus rasgos.

—Pero hay algo más, ¿verdad?

Por la manera en que me miraba, temí que el médico hubiera roto las reglas de confidencialidad doctor-paciente y le haya contado, pero eso probablemente lo pondría furioso. Me abracé a mí misma, el hielo se abrió paso hasta mi corazón.

—¿A qué te refieres?

—Ha sido demasiado... —Empezó, apretando los labios—. Desde que tu *mamma* murió...

Se le quebró la voz, como siempre sucedía cuando hablaba de ella.

—Estoy bien —mentí. Quizás si me lo repetía muchas veces, con el tiempo lo estaría—. No te preocupes. Los moretones ya ni se notan y el yeso me lo quitarán pronto.

Mi corazón dolía, mas no creía que existiera cura para eso.

—Tus profesores se pusieron en contacto conmigo —continuó, y ya sabía qué diría—. Faltaste a muchas clases de este semestre. —Aquello era quedarse corto. Tenía el corazón tan roto que apenas tuve energía para salir de la cama. Además, el accidente no ayudó mucho—. Hablé con ellos. Dejarán que te pongas al día con las tareas, incluso, te dejen hacerlo desde casa. Te quedarás con la abuela hasta que pasen las fiestas y luego regresarás a París.

Agradecía el apoyo de mi familia y amigas, pero necesitaba tiempo. Espacio. Iba a ser incapaz de respirar en París, ni aquí.

—¿No puedo volver a Malibu? —pregunté, retorciéndome los dedos.

—No. Es muy peligroso.

Suspiré y dejé caer los hombros.

—Bien. Al menos pudiste convencer a la abuela para que me dejara quedarme en el ala opuesta, alejada de todos. —Era lo más cercano a tener algo de espacio para mí. Me observó, la preocupación teñía toda su cara. Su piel lucía amarillenta y las mejillas demacradas—. ¿*Papà*, te sientes bien?

Alargó su mano grande y arrugada y me acunó la mejilla con suavidad.

—Te pareces tanto a tu *mamma*. —Luego me conmovió cuando se inclinó y me dio un beso en la mejilla—. Solo preocúpate por recuperarte. Hazlo por mí y tu hermana. Cuando te sientas mejor, los dos tendremos una conversación.

No pasé por alto que no me respondió. Para. Nada.

CAPÍTULO OCHO

REINA

Mi hermana y mis amigas se arremolinaron alrededor de mi cama.

Gracias a Dios eran grandes estas habitaciones medievales o si no sufriría por la falta de oxígeno.

—Pues, la cena sí que estuvo tranquila. —Comenzó Athena.

—¿Esperabas drama? —Isla se burló e interpretó para Phoenix, con la que compartió una mirada y luego desvió su atención a mí—. Además, ese sexy Alexander podría asesinar a cualquiera que haga molestar a su esposa o hijos.

—Es protector —musité—. Así es como debería de ser.

—En mi experiencia, los padres son un cero a la izquierda y buenos para nada —comentó Raven, dándole un sorbo al vino. Solo ella podía traerse una botella de vino de mil dólares, porque según ella no estaba lista para terminar de celebrar Acción de Gracias.

—Olvídate de padres inútiles. —Isla se inclinó hacia adelante como si tuviera secretos de estado que compartir—. ¿Podemos hablar de lo malditamente atractivo que es Alexander?

Puse los ojos en blanco.

—También es un hombre casado. Y ama a su esposa.

Raven se encogió de hombros.

—No se lo quiere follar, solo admirar... —Se aclaró la garganta, lanzándole una mirada cómplice a Isla—... sus dotes.

—Claro, porque siempre preferimos mirar. —Las miré con desaprobación—. ¿Acaso ninguna quiere irse a dormir?

—*Pfft.* —Athena le quitó la botella a Raven y tomó un trago directo de ella—. Solo son las siete.

—Ya oscureció —musité en voz baja. *Papà* dijo que hablaríamos, pero nunca especificó de qué. Me tenía nerviosa.

—Reina, tienes que seguir con tu vida —replicó Athena—. No hemos hecho mucho para...

Levanté la mano, deteniéndola.

—Por favor no vayan ahí. —Las cuatro me miraron con tanta lástima que tuve que cerrar los ojos—. Por favor no. Ya seguí adelante. Así que finjamos que el verano pasado nunca sucedió.

Isla sacudió la cabeza. Phoenix se mantuvo inexpresiva, pero la conocía tan bien que sabía que estaba preocupada. De la misma manera en la que siempre me preocupaba por ella.

—El remedio es que te cojas a alguien más sexy y mejor. —Claramente el consejo de Raven era tonto, porque lo último que necesitaba en mi vida era otro hombre.

—¿Y si vemos una película? —Señó Phoenix—. ¿Una Historia para Navidad?

Me encogí de hombros. Si bien era mi película favorita de Acción de Gracias/Navidad, no

estaba de humor para verla. La verdad era que no tenía ánimos de nada últimamente.

En su lugar, me giré hacia mi hermana.

—*Phoenix, ¿te acuerdas cuando Papà nos tiró a un agujero oscuro que había detrás de la chimenea?*

Si el silencio tenso que reinó no me lo confirmaba, lo haría su reacción: alzó las cejas y se le sonrojó el cuello. Con todos los recuerdos que estaban reflatando últimamente, me preguntaba qué más había olvidado. Podía ser que Phoenix lo recordara mejor, ya que era un poco más mayor que yo cuando murió *Mamma*. Aun así, no era explicación del porqué de la nada estaba desbloqueando todos esos recuerdos de la niñez. No pude evitar atribuirlo a la caótica vida que había llevado este año pasado. Debía acordarme de mencionárselo a mi psicóloga durante la próxima sesión.

Nuestras amigas se nos quedaron viendo, esperando que alguna de las dos explicara, hasta que Isla no aguantó más y resopló sin paciencia.

—*Ehh, ¿puedes dar más detalles? Porque ahora mismo me estoy imaginando lo peor* —pronunció Raven.

Distraídamente, jugueteé con los patrones de la manta y esperé a que respondiera Phoenix.

—*Atacaron a Papà ese verano que fuimos a Italia con nuestra madre.* —Explicó, en lengua de señas, con calma—. *Nos hizo escondernos en un sitio seguro detrás de la chimenea.*

—¿Quién lo atacó? —preguntó Raven, con los ojos como platos.

Phoenix se encogió de hombros, y algo cruzó por su mirada.

—*No sé.*

Estreché la mirada hacia ella.

—*Pero sabes algo* —Agregué en señas. Comenzó a negar con la cabeza, pero se detuvo cuando dije—: *No me mientas. Recuerda que sé cuándo lo haces.*

Suspiró, derrotada.

—*De verdad no sé quiénes eran. Lo único que sé es que se veían como...*

No terminó y se me disparó la presión.

—¿*Como...*?

—*Como si fueran japoneses.*

Le siguió un coro de exclamaciones.

—¿*Crees que...*? —Athena se detuvo, les echó un vistazo a las chicas, con una expresión culpable.

—¿*Qué?* —exigí. Odiaba sentirme excluida. Ser la última en enterarme de las cosas—. Termina lo que ibas a decir.

Raven se sirvió otra generosa copa de vino, y se lo bebió de un trago.

—Todas creemos que quizás tiene algo que ver con Amon —admitió, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Jesucristo, con solo escuchar su nombre se me partía el corazón.

Negué.

—No, porque A... —Ni siquiera podía susurrar su nombre—. Él y su familia por parte de su mamá no son los únicos japoneses que existen. Además, en ese tiempo, apenas era un niño.

Se me vino a la cabeza el incidente en el internado. No lo había olvidado del todo, de hecho, en ese momento lo recordaba claramente. Ese día, Amon me salvó de su primo. Me tragué el nudo en la garganta, negándome a creer que su familia le haría daño deliberadamente a la mía. Aunque si él no hubiera estado allí ese día hace años atrás, no hubiera podido escapar.

No creí conveniente contarles aquello a las chicas, al menos no cuando ya tenían una muy

mala imagen de Amon. Sería otro secreto que quedaría sepultado en el pasado.

—Su madre no era una niña —señaló Isla mientras las demás asentían de acuerdo.

—¿Insinúas que su *madre* nos atacó? —Estaban siendo absurdas.

Isla se encogió de hombros.

—Te puede parecer una locura, pero cosas más ridículas pueden pasar en este mundo.

—Sí, como si samuráis japoneses se convirtieran en vampiros. —¿Eh? Athena debía estar en su obsesión de fantasía. Y al ver las reacciones de las demás, me di cuenta de que pensaban igual—. Ya sé. Es improbable. Lo que pasa es que vi esta película...

—Ahora no, Athena —la reprendió Raven, lanzándole una mirada. Suspiré, demasiado agotada para tantas tonterías.

—*Olvídate de todo eso.* —Aconsejó Phoenix en lengua de señas—. *Concéntrate en recuperarte y regresar a París.*

—Podemos todas ignorarlo, pero saben que hay alguna clase de conexión en todo esto —musitó Raven—. Confíen en mí, la última vez que opté no ver algo, me salió el tiro por la culata.

—¿Qué pasó? —pregunté, ansiosa por que nos centráramos en los problemas de alguien más en lugar de tener que pensar en los míos.

—Pues, para comenzar, el tipo tenía tatuada la palabra “peligro” en todo el rostro, y su maravilloso cuerpo fue el señuelo. —Movié las manos, como delineando una figura en el aire, lo que sea que dibujara, no se veía para nada atractivo. Al menos no para mí—. Esos *jeans* que usaba que abrazaban ese jugoso trasero. Portaba un arma. Algo acosador, conducta obsesiva. Malditas banderas rojas que me negué a ver. Hasta que un hombre fue asesinado frente a mis ojos.

Alcé las cejas, sorprendida. Estaba segurísima de que esa era la primera vez que escuchábamos esa historia. A lo mejor el vino le soltó la lengua.

—Wow, ¿llamaste a la policía? —preguntó Isla—. ¿Testificaste contra él?

Raven le lanzó una mirada que decía: *¿estás loca?*

—No. Salí huyendo. Poner distancia y cortar cualquier contacto fue la única solución. No puedo irme en contra de un hombre guapo. Asesino o no.

Sus prioridades estaban torcidas, pero no era el momento para comentarlo.

—De acuerdo, esta conversación se está poniendo muy oscura para mí —intervino Athena, poniéndose de pie—. Me iré a la cama. —Me miró—. Te extrañamos, el apartamento no es lo mismo sin ti.

—Sí, sobre todo cuando Raven es un desastre andando —remarcó Isla, con brillo en sus ojos verdes.

—Ya entendí. Extrañan a la sirvienta.

Pusieron los ojos en blanco al mismo tiempo.

—*Tu sentido de limpieza alcanza otros niveles.* —Afirmó Phoenix, aunque no se equivocaba.

—Hablando de niveles. —Empezó Raven, con un tono tentativo—. No les conté, pero “quien no debe ser nombrado” me pidió pintar una réplica de una pintura que era de su abuelo. Lo único que tengo de referencia es una fotografía, porque había perdido la original. O algo así me dijo.

El corazón me bombeó dolorosamente contra el pecho, pero me negué a darle importancia.

En su lugar, me encogí de hombros.

—Ojalá le cobres un ojo de la cara.

—Lo hice, pero aún me siento mal al recibir dinero de su parte, tomando en cuenta lo que sucedió.

Raven era una artista asombrosa y era una lástima que el mundo aún no la descubriera. Si

Amon Leone exponía su arte al mundo, quizás algo bueno podría salir de todo eso.

Isla se bajó de la cama, dirigiéndose a la puerta.

—También me voy a acostar. Estoy muerta. Esos trillizos tienen mucha energía. Debieron nacer con un interruptor de apagado.

Todas mis amigas se fueron, dejándome a solas con mi hermana, que me analizaba con ojos inquisitivos.

Le sonreí, apenas conteniendo un bostezo.

—*Estoy bien* —murmuré, y al mismo tiempo lo dije en lengua de señas—. *Lo prometo.*

—*Sigues respondiendo lo mismo, pero me preocupas.*

—*Lo sé, pero estoy mejorando.* —Le aseguré—. *Cada día es mejor. Los moretones ya casi se han ido.*

—*Pero las cicatrices no.*

—*La abuela me ofreció hacerme cirugía plástica. Le dije que no.* —Me llevé la mano a mi collar, tirando de él, suavemente.

—*No me refiero a esas cicatrices.* —Nos quedamos mirando fijamente, y el nudo en la garganta creció el doble. ¿Por qué todos insistían en hablar de ello? Lo único que lograban era que me sintiera peor—. *Los hermanos Leone...* —Empezó, le temblaban las manos—. *... No son buenos. Todo lo que tocan, lo dañan.*

Parpadeé, confundida. No esperaba oír esa oración de mi hermana. Sonaba casi como si lo hubiera vivido en primera persona.

—*Las personas terminan todo el tiempo.* —Me gané una mirada inexpresiva por mi estúpida defensa.

—*Tampoco hablo de eso.* —Replicó, la amargura tiñó su rostro. Suspiró, agotada y agregó —: *No quiero hablarlo. Solo te diré que me sedujo Dante Leone y ahora hace como si no me conociera.*

Me dejó boquiabierta, y casi se me cae la boca al piso o al menos sobre el colchón.

—*¿Cuándo?*

—*Hace dos años.*

—*¿Por qué? ¿Cómo?* —No podía decir una pregunta coherente—. *¿Por qué no me dijiste nada? ¿Cómo no me di cuenta?*

El dolor cruzó su mirada.

—*Estaba avergonzada. Todavía lo estoy. Por haber sido una maldita estúpida.* —Se apartó el cabello marrón de su rostro, sus dedos le temblaban—. *Pensé que era dulce cuando hacía el intento de hablar conmigo. Incluso, aprendió lengua de señas por mí (ASL). Pero después ¡bum! Se esfumó, y no lo volví a ver hasta que nos encontramos con él de nuevo en París.*

Y solo así, había dos corazones rotos en la habitación. Ambos a manos de los hermanos Leone. Sin embargo, mi hermana llevaba viviendo con uno por mucho más tiempo y por culpa de mi egoísmo, no fui capaz de verlo.

La tiré a mis brazos y la rodeé con fuerza. Me ardían los ojos, las lágrimas amenazaban con salir, pero no dejé que lo hicieran. Parpadeé, tratando de retenerlas. Nos quedamos así por un rato, esperando que, con el tiempo, pudieran sanar nuestros corazones.

Se alejó y nos sostuvimos la mirada. La suya brillaba con lágrimas reprimidas, igual que la mía.

—*Debí habértelo dicho antes de que te involucraras con Amon, pero eres una romántica empedernida y quería que tuvieras tu propio cuento de hadas. No este desastre.*

Los hermanos Leone nos usaron. O quizás no. Podría ser que estuvieran rotos más allá del

punto de reparación y nosotras simplemente nos cruzamos en sus caminos. Lo único que sabía era que Amon siempre sería el dueño de mi corazón, me gustara o no. Nuestra historia de amor estaba lista para la pantalla grande. Al igual que nuestra tragedia.

Noté que Phoenix se sentía igual, porque lo reconocí en sus ojos. Habían pasado dos años y todavía le dolía.

«¿Lo había amado? ¿Todavía lo amaba?».

—Perdón por no haber estado allí para ti —dije, con la voz rasposa, sentía las manos pesadas al igual que el corazón—. Debí haberlo estado.

Se encogió de hombros.

—*Siempre estás a mi lado, Reina. Eres la hermana menor, pero siempre me estás protegiendo. Es mi turno de hacerlo por ti.* —Negué con la cabeza, sentía una horrible presión en el pecho. *Mamma no había sido feliz. ¿Encontraremos algún día la felicidad?—. Tú y yo no somos tan distintas. Te has estado guardando todo. El estar casi al borde de la muerte te obligó a soltarlo todo a la luz. Es mucho mejor que dejar que te consuma por dentro.*

—También debes soltarlo —susurré, con suavidad—. ¿Le has contado a alguien sobre ese dolor? ¿Fui la única que no lo notó?

Me regaló una sonrisa amable.

—*Cuando estábamos en la preparatoria, nuestra diferencia de edad se sentía demasiado. Ahora, no tanto. Sé que siempre podré venir a ti y hablar contigo.* —Asentí, sintiendo que estábamos más unidas que nunca—. *Prométeme una cosa, déjalo ir. Por tu bien.*

Mi instinto me decía que tenía razón. Debía dejar atrás a Amon Leone. Tenía que olvidarme de él y hacer como si nunca hubiera existido en mi mundo. Olvidarme del niño que me salvó de su padre y definitivamente olvidarme del hombre que amaba locamente.

Mi cuerpo sanaría, pero mi alma se rehusaba.

Se inclinó hacia adelante y me presionó un suave beso en la mejilla.

—*Ve a dormir. Te ves horrible.*

Sonreí, débilmente.

—Gracias por subirme la autoestima.

Caminó descalza fuera de la habitación. La puerta se cerró con suavidad cuando salió, solo la seguían sus propios fantasmas y me dejó sola con los míos.

Tomé mi teléfono nuevo, busqué entre los contactos; sin embargo, el suyo ya no estaba.

Había perdido cada parte de él. Para siempre.

CAPÍTULO NUEVE

AMON

Navidad.

Era el día en que se cumplían todos los deseos. Todos, menos el mío.

Hacía un mes desde que la vi. Un mes en el que apenas había dormido. Cuando no estaba cazando a los integrantes del cártel de Brasil, salía y entraba de la borrachera. Eran los únicos sospechosos en mi lista, así que busqué sin descansar. A los que no mataba, me encargaba de sacarlos de Europa y Norte América por completo.

No me iba a quedar tranquilo hasta que no estuvieran muertos cada uno de ellos. Sin embargo, muy en el fondo sabía que sus muertes no serían suficiente. *Nada* lo sería.

Mi único pasatiempo se convirtió en darles caza a los integrantes del cártel Cortes y las consiguientes sesiones de tortura. Dejé de investigar el pasado de Romero con mi madre. De cualquier forma, parecía que nada bueno saldría de ahí, así que me enfoqué en lo que podía destruir, y esos eran quienes habían herido a Reina.

Cuando se trataba de mi madre, nada tenía sentido ya. Por un lado, estaba desesperada por encontrar ese documento que tenía Romero y aquello solo contradecía su deseo de mantener su conexión con ese tipo en secreto. Era una pérdida de tiempo seguir buscando ese contrato entre *Ojisan* y Romero, sabiendo quien era mi verdadero padre y estábamos manteniéndolo en secreto. Daba igual lo que *Ojisan* y ese hombre acordaron, ya que ese secreto nos lo llevaríamos a la tumba. Por lo mismo, dejé de buscar, incluso si Dante continuó.

Me lavé las manos de este maldito drama familiar y me obsesioné, maniáticamente, con mi aventura de castigar. Para mi mala suerte, no podía ser el verdugo de los dos titiriteros de mi destino: mi madre y el padre de Reina.

La única solución que encontré fue el alcohol.

Me fue arrebatada la única luz que iluminaba mis días. El mundo estaba patas para arriba, y ninguna cantidad de tiempo ni alcohol podría enderezarlo.

Mierda.

Hacía meses que mi madre había soltado esa verdad y todavía no podía asimilarla. Las emociones eran una maldita pesadilla. Las apagaba, las eliminaba, pero los recuerdos se negaban a irse.

Mi *penthouse* en París sería mi sepulcro. Mi propia cárcel. Cada rincón estaba bañado con su esencia y su luz. Algunos días, su aroma flotaba en el aire, tentándome. Y en muy pocas ocasiones, cuando por fin dormía, soñaba con ella.

Me rodeaba con esos delicados brazos. Me envolvía esa esencia de canela y paz. Y sentía la suavidad de sus rizos contra mi pecho.

Quería abrir los ojos y devolverle el abrazo. Sentirla contra mí. Sin embargo, incluso en mis

sueños, sabía que, si despertaba, ella desaparecería. Así que me quedé quieto, aferrándome a ese fantasma que con su cálido toque me devolvía las ganas de vivir.

Jamás quería despertar y estar en un mundo donde *ella* no formaba parte de mi vida.

Me aterrorizaba bastante pensar que tendría años de esta vida de mierda por delante.

Escuché cómo alguien golpeaba la puerta. Lo ignoré. No estaba de ánimos para visitas, aunque fuera o no Navidad.

Bang. Bang. Bang.

—Amon, sabemos que estás ahí. —Demonios, era la última persona en este planeta que quería ver—. ¡Abre la maldita puerta!

No me moví.

Escuché el sonido de la cerradura y la puerta siendo abiertas.

Alcé la mirada y encontré a mi madre, mi hermano y padre parados frente a mí. Tres sombras que oscurecían mi mundo. No me moví, seguí sentado en mi sofá con un vaso de *whisky* en la mano, mirando en dirección al apartamento de Reina.

A pesar de que sabía que ella no estaba allí. Todavía no había regresado a París.

—Ya que estás todo sombrío. —Me fulminó con la mirada. Había estado cuidando el tono cuando nos hablaba a mi o a Dante, sabiendo que ya no sostenía todo el poder—. Y dado que no te apareciste para Navidad en la casa de tus padres, decidimos colarnos en la tuya.

—Cuélense lo que quieran. —Me llevé el vaso a la boca y tomé un sorbo.

—*Musuko*, siempre pasamos la navidad juntos.

Me encogí de hombros. Jamás había sido un asunto agradable. Padre nos daría regalos para luego quitárnoslos. O nos enseñaba estúpidas lecciones que no tenían sentido, pero que dejaban cicatrices en nuestro cuerpo.

—¿Qué pasa con esa sangre, Amon? —La voz de Dante me hizo mirar mi camisa. Al parecer, se me olvidó lavarla cuando llegué a casa la noche anterior.

Me puse de pie y pasé por su lado, pero antes de ir a mi habitación, se interpuso mi madre. Tenía los ojos más oscuros que nunca. Vestía ese estúpido kimono rosado que lo único que hacía era recordarme lo que había perdido por su culpa. Ese color le pertenecía a Reina y a nadie más. Ya ni siquiera podía soportar a alguien más llevando rosa.

No en ese momento. Todavía no.

—¿Qué sucede?

Le temblaba el labio, y sabía que me estaba comportando como un imbécil. Aun así, no podía parar.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—Es difícil dormir cuando llega gente sin invitación.

Suspiró, mirando por sobre su hombro.

—*Musuko*...

—Por favor, no.

No había nada que pudiera decir para arreglar lo que causó. Mi motivación y metas se fueron por la borda. Lo único que podía ver era un futuro fúnebre. Peor aún, me importaba una mierda el futuro.

Suspiró.

—Báñate y ponte ropa limpia. Viene el equipo de limpieza, ordenaremos este lugar.

Pasé por su lado y cerré la puerta a mi espalda, sin siquiera responderle.

Por supuesto, cuando salí de la ducha, con la toalla alrededor de la cadera, encontré a Dante sentado en una silla, con el tobillo sobre su rodilla.

—¡Ahí está! —exclamó, arrastrando las palabras, apoyado relajadamente en el reposabrazos. Si bien su postura reflejaba tranquilidad, en sus ojos había dureza.

Apreté la mandíbula. No estaba de humor para aguantar sus estupideces.

—Sal de mi habitación, maldición.

—No.

Lo ignoré y me vestí. Navidad no era una buena ocasión para darle una paliza a mi hermano.

—¿Hasta cuándo vas a seguir iracundo?

Entrecerré la mirada.

—¿Hay algo que quieres decir? Si es así, escúpelo de una vez.

Su mirada se suavizó y me sentí mal. Ni siquiera sabía la verdad sobre mí y Reina o que mi padre era el idiota de Romero. La furia se disparó por mi espalda. Incluso después de todos estos meses, con solo pensar en Romero me hervía la sangre.

Desde pequeño, siempre intenté cuidar y proteger a mi hermano. En este momento, parecía que se habían invertido los roles. Veía la versión de él que parecía haber madurado. En cambio, yo... yo había descendido en la locura.

—Te conozco de toda la vida, sé cuándo estás enojado. Lo que me preocupa es que nunca te había visto *así* de furioso. —Su tono era demasiado amable para mi gusto. Mi hermano era el imprudente, el que perdía el control cuando lo consumía la rabia. Yo era el que mantenía la mente fría y mis emociones controladas. Hasta ahora, aparentemente. Hizo falta una chica para que perdiera todo mi autocontrol—. Me acuerdo que cuando éramos niños no permitiste que nada ni *nadie* te rompiera. Eras un cabrón testarudo. Pero ahora... desde que te involucraste con *ella*, estoy viendo cómo desaparecen partes tuyas y no sé qué hacer.

Padre no tenía un horario cuando quería enseñarnos una “lección”. Dante las odiaba y cuando se enteraba de ellas, quería escapar y esconderse con la esperanza de que no lo llamaran. También se aseguraría de buscarme y llevarme con él. Pensaba que lo hacía, porque le daba miedo meterse en problemas, pero me di cuenta de que me protegía al igual como lo hacía con él.

Pero había un gran fallo en querer protegerme.

No quedaba nada que salvar. Sin Reina no podía respirar. No existía sin ella... Era mi principio, mi desarrollo y mi final.

—Si hay un punto, probablemente deberías llegar allí rápido.

Soltó un suspiro largo.

—No sé qué pasó, pero no puedes convertirte en esto. —Me apuntó con la barbilla—. En lo que sea que es *esto*. Te vas a autodestruir si no la dejas atrás. No te ayudarán esos arranques de violencia.

—Contigo parecían funcionar —repliqué, refiriéndome a su necesidad de torturar criminales para liberar toda esa frustración acumulada.

—Algo te afectó, algo peor que cualquier tortura a la que hayas sido sometido. Algo que superó la traición de tu estúpido primo. Pero, si no dejaste que nada de eso te jodiera, no puedes dejar que nada más joda con tu cabeza.

—Me encanta esta sesión de terapia —espeté, inexpresivo.

—¡Recupérate!, Amon. Tenías una meta. *Tenemos* una meta. Concentrémonos en eso.

Mi hermano tenía razón.

Me dirigí a la salida y cuando iba a tomar el pomo de la puerta llamé:

—¿Dante?

—¿Sí?

—La próxima vez que irrumpas en mi departamento, te quebraré los dedos.

Aun así, todo lo que dijo era verdad, Tenía... Teníamos que volver a construir nuestro imperio.

CAPÍTULO DIEZ

REINA

Era el día después de Navidad.

Paseé lentamente por el oscuro castillo. Todos dormían mientras me atormentaban los fantasmas que no tenían nada que ver con ese lugar.

El castillo había pasado de generación en generación en la familia Glasgow, por los últimos siete siglos.

Si bien fue construido en el siglo trece, el lugar había sido remodelado, aunque sin perder su esencia medieval. Pasillos oscuros y húmedos, sótano tipo mazmorras que daban miedo. En los pisos de arriba, donde estaba mi dormitorio tipo *suite*, era evidente el lujo. En los pisos de abajo, los susurros de tortura y crímenes bailaban en el aire.

Me daban escalofríos.

Aun así, todas las noches bajaba. Quizás tenía un lado masoquista que ansiaba salir o codiciaba seguir sufriendo. O tal vez reflejaba el estado de mi mente y alma.

Porque alguna parte de mí quería castigar al mundo entero. En vez de eso, reprimía todo y me torturaba para aliviar la ansiedad y el dolor, ocultándolo de los demás. Mis muslos eran prueba de aquello. Todas las emociones negativas, todo el dolor, parecía desvanecerse cuando me cortaba. Todo empezó con un ligero corte accidental en la ducha después de que Amon terminara conmigo, pero luego pasó a ser una necesidad para liberarme. Una que solo llegaba con empujar un metal afilado en mi piel.

Finalmente, llegué a mi habitación bien ventilada. Las paredes de piedra prometían la privacidad que tanto ansiaba durante mis noches agitadas y llenas de sueños, donde siempre estaba la presencia de un hombre con cabello oscuro y ojos aún más oscuros. Para mi suerte, las otras habitaciones que estaban ocupadas se encontraban en el ala opuesta del castillo.

Abrí las puertas francesas dobles de mi balcón privado en ese castillo sin príncipe. El frío aire de diciembre entró a la habitación. Se me puso la piel de gallina, ya que la bata de dormir apenas proveía algo de calor.

Me deslicé sobre el piso frío de piedras, atraje las rodillas hasta el pecho y me apoyé contra las antiguas paredes. Dejé fluir mis pensamientos y permití que me torturaran los recuerdos. Sabía que debía seguir adelante, mas no tenía el deseo de hacerlo.

Le había dicho a la abuela que necesitaba más tiempo. Para sanar. Para olvidar. Para hacerme más fuerte.

La mirada de desaprobación que me dirigió me decía que no estaba de acuerdo que me quedara ahogándome en mi tristeza. Incluso me aconsejó cómo seguir adelante, tal como lo había hecho con todos sus esposos.

—*Los hombres son como conquistadores medievales, Reina. Siempre andan en busca de poseer algo nuevo. Lo único que debes hacer es asegurarte de jamás convertirte en su conquista. Eres la reina, tú los gobiernas.*

Obviamente no, dado que me usaron y desecharon como si nada, aunque no se lo dije.

Alcé el rostro hacia el cielo nocturno, aprecié la oscuridad, imaginando todas las estrellas brillantes que estaban ocultas detrás de todas esas nubes, recordándome al hombre que intentaba olvidar con tantas ganas.

Un dolor profundo y punzante se extendió por mi pecho. ¿Alguna vez se iría?

El dolor. Su recuerdo.

Estaba desesperada por olvidarlo, más no por perdonarlo. Nunca lo perdonaría.

Toda mi vida giraba de alguna manera en torno a Amon. Como una hoja en el viento, dejé que el destino me llevara hasta él, sin cuestionar sus motivos.

Quizás me merecía todo lo que me pasó.

Una chica estúpida e ingenua, con una mirada llena de corazones, caí tan fácilmente en los brazos de Amon. Y obtuve un corazón roto. Lo rompió en pedazos irreparables y dejó atrás destrucción y un daño permanente.

Me dolió el cuerpo cuando decidí levantarme. Habían desaparecido los moretones que me dejó el accidente, pero seguían intactas algunas de las cicatrices en los muslos y hombros. La abuela me propuso hacerme una cirugía plástica, pero me negué. Necesitaba el recordatorio.

Para nunca perdonar.

Dejé las puertas abiertas y entré en la habitación. A pesar de todas las remodelaciones y comodidades que habían hecho el actual y el antiguo duque de Glasgow, las tuberías seguían rechinando cuando me duchaba. El agua cayó sobre las baldosas italianas, y me quité la bata y la ropa interior.

Vi mi reflejo en el espejo y me quedé inmóvil, observando mi cuerpo. *Piel y hueso*, así había dicho *Papà*. No mentía. Había bajado de peso. La piel bajo mis ojos se veía moreteada, el color más oscuro. Tenía los labios partidos y pálidos. Lo único que seguía igual era mi cabello.

Cruzó por mi mente el recuerdo de Amon jugando con mis rizos entre sus dedos y mis ojos cayeron en las tijeras que estaban en una cesta. Solo tardé segundos en decidirme antes de tomarlas y llevarlas hasta la clavícula. Las cuchillas se cernían el aire hasta que...

Corté, corté y corté... y no me detuve.

Cuando terminé, el piso estaba cubierto por rizos rubios y sentí la cabeza más liviana. Lástima que el corazón no.

Le di la espalda al espejo y me metí bajo el chorro de la ducha, dejando que el agua cálida me cayera por el cuerpo. Me bañé rápidamente; luego, me vestí antes de dirigirme a las escaleras. El castillo seguía oscuro, pero podía oír el sonido de suaves pasos a la distancia, en algún lugar.

Siguiendo el olor del café, giré en una esquina, al final del pasillo. Llegué a la cocina y encontré a la abuela y a Alexander, el esposo de Livy.

Livy era la nieta del duque de Glasgow. Es un cuento largo, pero ella también creció en los Estados Unidos y nunca supo del linaje de su familia hasta que se involucró con su ahora esposo.

Mi cadera se estrelló contra la encimera y gruñí de dolor. Dos pares de ojos me observaron.

—¡Reina! —Mi abuela soltó un jadeo horrorizado que combinaba con la mirada de sus ojos —. ¿Qué le hiciste a tu cabello?

Claramente, no le gustó mi nuevo corte. A Alexander no le causó ninguna impresión. Aunque nunca lo había visto para nada alterado. Parecía que nada lo perturbaba.

Me llevé la mano a la cabeza y peiné con los dedos las hebras de mi cabello.

—Un corte —musité. Su boca formó una “O” y cayó sentada sobre su silla. La culpa me perforó el pecho al notar las ojeras oscuras bajo sus ojos que ni con inyecciones cosméticas podía ocultar. No merecía cargar con más preocupaciones.

Forcé una sonrisa, ignorando lo poco natural que se sentía. La convencería de que estaba bien para que así volviera a su vida normal.

—Fue un experimento tonto. Cuando regrese a casa, le pediré al peluquero que lo arregle.

Alexander se paró y sacó una silla para mí, fiel a su estilo caballeroso. Me senté, regalándole una sonrisa agradecida.

—Gracias —murmuré.

—¿Cómo dormiste? —inquirió, aunque estaba segura de que ya lo sabía. Me había atrapado varias veces vagando por el castillo a oscuras. Siempre ayudaba a Livy cuando los trillizos se despertaban en la noche.

Desvié la mirada y respondí:

—Bien, gracias. —Era fácil descubrir las mentiras, así que cambiar el tema podía ser una buena idea—. ¿Y tú?

—Liam se despertó dos veces y despertó a sus hermanas. El mal humor va a ser monumental. —Reinó el silencio dado que no sabía nada de niños, a pesar de que en mi vientre había cargado uno. Esa ansiedad ya conocida hizo su aparición, abriéndome el pecho y quitándome todo el oxígeno directo de los pulmones.

Se me hizo un nudo en la garganta y el pánico se apoderó de mis venas, dejándome con nada más que desastre en su camino.

Cerré los ojos y los apreté, esperando que el nudo en el pecho se desvaneciera. «*Inhala. Exhala. Medita, por el amor de Dios*».

La oscuridad estaba a nada de envolverme.

Un bebé.

Si llega a suceder algo, los dos nos haremos responsables, dijo. Obviamente, no fue sincero, con nada, porque me tuve que hacer cargo sola. Dios mío, fui tan estúpida. Tan irresponsable.

Alcé la mirada y vi que la abuela me observaba fijamente; la tragedia de la que nadie hablaba pesaba en la atmósfera. Quizás mi familia estaba atrapada en una y tuve que vivir aquello para finalmente entenderlo.

—¿Los niños no deberían dormir durante toda la noche en este punto? —pregunté lo primero que se me vino a la cabeza mientras sentía cómo la cocina empezaba a girar.

Se encogió de hombros, evidentemente ajeno a todas las emociones que se me arremolinaban en el pecho.

—Lo hacen cuando están en casa. Están convencidos de que el castillo está poseído o embrujado por un espíritu maligno, así que Liam tomó la responsabilidad de proteger a sus hermanas. —Se rio para sí mismo.

Miré a mi abuela y sus ojos se suavizaron. No quería su lástima, pero se sentía bonito saber que estaba allí para apoyarme en silencio. Mientras Alexander no paraba de hablar de cómo crecían sus hijos y lo cansado que era ser padre, me tuve que recordar que no era su culpa. No sabía que mi hospitalización me había dejado con algo más que cicatrices. Mi hermana y mis amigas sabían solo de las heridas físicas. No estaban enteradas del aborto, al menos no creía que lo supieran, ya que nunca lo sacaron a colación, así que me dejó sufriendo sola. La abuela insinuó saberlo, aunque nunca lo mencionó en voz alta, así que no estaba del todo segura.

Alexander me miraba como si estuviera esperando por mi respuesta. No escuché su pregunta.

Negué con la cabeza y decidí recurrir al humor.

—Liam tiene razón, el lugar está embrujado, y lo sabes. Los únicos que deberían habitar este sitio son los fantasmas. —Se le curvaron los labios en una sonrisa.

—Creo que tienes razón. —Aceptó, y justo así, mi pulso se calmó y me obligué a vivir ese presente.

La abuela se rio con suavidad y dejó escapar un largo suspiro. Me pregunté si quizás se había dado cuenta de cómo se tambaleaba mi mundo y la hacía feliz hablar de otra cosa que no fueran niños.

—Si mal no recuerdo, Alexander, le compraste a tu esposa un castillo en Escocia y esos tienen más fantasmas —lo dijo en tono de broma, pero no se equivocaba. Siempre diría que le agradaba ese lugar, pero me daba cuenta. Prefería el lujo de la arquitectura moderna, no los castillos de dinero heredado.

Me burlé.

—Te atraparon.

Se encogió de hombros.

—Quería ganarme a mi esposa. Y ese castillo no se parece en nada a este. Este data desde la Era Dorada.

Puse los ojos en blanco.

—Si comienzas una lección de historia, voy a vomitar.

—Entonces, primero llenemos ese estómago con algo de comida y café. —Ofreció. De verdad necesitaba tener una charla seria con Livy. Su gusto en hombres dejaba mucho que desear.

Me giré hacia mi abuela y cuadré los hombros.

—No es por cambiar el tema, pero estaba pensando... —Le sostuve la mirada, esperando que tomara en serio lo que diría—. Ya estoy recuperada. Estoy lista para volver a París. De vuelta a la escuela.

Se le tensaron los hombros.

—No hay necesidad de apresurarse. Todavía te quedan algunas semanas antes de que debas regresar.

Tragué saliva. Tenía razón. Sin embargo, no quería estar en la misma ciudad que Amon, pero las probabilidades de cruzar caminos eran escasas, y estaba dispuesta a correr el riesgo.

—No me estoy apresurando. He estado aquí por semanas.

—Entonces, ¿qué son otras más? —argumentó, y me pregunté si quizás se dio cuenta de mi casi ataque de pánico antes y no lo demostró—. Podrías quedarte hasta la segunda semana de enero y luego volver para el semestre de primavera.

Me negué.

—No. Mientras más rápido vuelva, mejor será.

Por el apretar de los labios, sabía que no estaba de acuerdo, sin embargo, no agregó nada más.

—¿Cuándo?

—Hay un viaje por la tarde en el Eurostar saliendo desde Londres. Solo necesito que me lleven a la estación St. Pancras.

Pasó un latido.

—Bien. Te llevaré.



King Cross bullía de vida en el centro de Londres, los autobuses iban y venían, las personas salían y entraban de la estación, ansiosas por llegar a sus destinos.

El motor del Rolls-Royce de la abuela ronroneó suavemente mientras íbamos en los asientos traseros, el conductor se bajó para darnos privacidad.

Reinó el silencio. Hubiera preferido salir del coche, no obstante, conociendo a mi abuela, me seguiría todo el camino hasta el tren y se subiría conmigo con tal de sermonearme.

Suspiré.

—Mi tren sale en cuarenta y cinco minutos, abuela. —Giré la cabeza para encontrarme con su mirada—. Si tienes algo que decir, dilo. No me quebraré.

Me tomó de la mano, dándole suaves palmaditas.

—Estoy preocupada por ti. —Tragué saliva, incapaz de absorber oxígeno como para decir algo. Cualquiera cosa—. Tus heridas físicas están sanando, pero el dolor todavía permanece en tus ojos. Tienes que hablarlo, Reina. Nada bueno sale cuando evitas las cosas. Créeme, hablo desde la experiencia. Lo vi en tu *mamma*. En Phoenix. Y ahora en ti.

Quería abrazarla y aferrarme a ella como si fuera mi salvavidas. Había sido nuestro apoyo desde que murió *Mamma*, no conocía nada más. Sin embargo, me quedé inmóvil, las sombras nos rodearon y susurraron algo que no entendí. ¿Phoenix? ¿*Mamma*? ¿*Incluso la abuela*? Había dicho que también había pasado por una tragedia, y aún seguía ahogándome en la mía. No estaba bien.

—Estoy bien —repetí, sonando como un disco rayado, no sabía qué más decir.

—Sigues diciendo eso y lo único que logras es que sepa que no estás bien —reprendió—. ¿Quieres hablarlo?

—No —respondí, con voz ronca—. Quiero olvidar y seguir adelante.

—No le conté a tu *Papà* sobre el embarazo, tampoco sobre el chico. —Me tensé—. Ni tu hermana ni las chicas saben. —Las lágrimas me nublaron la vista, quemándome la parte trasera de los ojos, el corazón y el alma, pero me negué a que cayeran.

—Tengo dieciocho. ¿Qué pasó con la confidencialidad entre médico y paciente? —Aunque después me di cuenta de lo que había dicho—. ¿Chico? —La esperanza que reflató con solo esa palabra sonó como el mismísimo himno nacional.

Otra mirada empática cruzó por sus ojos y me abandonó la tensión. No creía estar lista para hablar sobre él... Todavía no.

—Claramente un chico te embarazó.

Me sentí aliviada, me negaba a permitir que él o los recuerdos que teníamos juntos me atormentaran por el resto de la vida. Así que decidí no volver a mencionar su nombre. No a la abuela. Ni a mis amigas. No a mi *papà*.

—Puedes contarme —pronunció con suavidad, pero una pizca de exigencia se filtró de sus palabras. La abuela era como una dragona que escupía fuego cuando se trataba de protegerme a mí y a mi hermana.

—Pues, también pudo haber sido una concepción inmaculada —musité en voz baja. Tendría que haber sabido que me esperaba esa conversación. Pidió mi diagnóstico y no estaba en mis cinco sentidos como para decirle al doctor que no revelara información delicada.

—Reina, no. —Su tono me decía que estaba al borde de la paciencia—. Solo no. —Me llevé la mano al collar y comencé a jugar con él, nerviosamente. Los ojos de la abuela cayeron en él—. Todavía llevas puesta esa cosa ¿eh?

—Sí —murmuré—. Me recuerda a *Mamma*.

Asintió, pero algo en su mirada no estaba bien.

Abrí la boca para decirle algo, pero antes de hacerlo, los recuerdos me azotaron. Eran recuerdos viejos.

La tristeza me oprimía el pecho mientras observaba el agua. Era un día nublado, gris y el cielo lloraba junto con nosotras la pérdida de Mamma. Phoenix estaba en su habitación, pero no importaba. De cualquier forma, quería estar sola. Tiré piedrecitas al agua y jugué con el collar que la abuela me había puesto cuando me estaba vistiendo más temprano.

Le dije que Mamma me lo había dado cuando estaba tomando ese baño rojo.

Los ojos se le pusieron como rocas azules y me asustó un poco, pero luego sonrió. El miedo se evaporó, aunque la tristeza permaneció.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia abajo. Ya no iba a estar Mamma. No quería quedarme con Papà, No sabía por qué. Quizás Phoenix y yo podríamos escapar juntas y ser como Shirley Temple en sus películas. Tendríamos nuestras propias aventuras.

Al escuchar cómo alguien arrastraba los pies, salí de mis pensamientos y me di la vuelta para ver a Papà inclinado sobre mí. Estaba enojado. Muy molesto.

Sus ojos se fijaron en el collar y su anillo dorado reflejó la luz antes de sentirlo contra mi mejilla. Ardió y me tambaleé hacia atrás. Temblé como gelatina, y con mi mano me cubrí la mejilla que quemaba.

—P-papà.

Agarró el collar desde mi garganta y tiró de él.

—¿De dónde lo sacaste? —Su sonrisa era malvada y fea. Me asustó mucho—. Malditas niñas entrometidas.

De repente, ya no me agradaba Papà, ni un poco. Quería irme, estar lejos de él.

—¿Qué estás haciendo, Tomaso? —La voz de la abuela era fuerte, sobresaltándonos.

Mis ojos la buscaron para pedirle ayuda, pero no me veía. Observaba a Papà y su mirada era violenta.

—Reina tomó algo que no era suyo.

La abuela se interpuso entre nosotros y enterré mi rostro en su cadera. Me abrazó y me dio palmaditas de consuelo, igual como lo hacía Mamma.

—Grace se lo dio. —Papà dio un paso adelante, inclinándose sobre nosotras, pero la abuela no se asustó—. La noche que murió, Reina la vio en la bañera, desangrándose. Grace le dio el collar. —La expresión de mi papá palideció—. Es de ella, Tomaso.

Estaba demasiado asustada para moverme, para respirar.

Abrí los ojos como platos y se me apretó el pecho. Nunca había sentido tanto dolor, ni siquiera cuando me caí de un árbol, ni cuando me golpeé la cabeza y caí a la piscina. Me puse la mano en el pecho y lo froté, esperando que se calmara y así volver a respirar. Necesitaba que los pulmones se expandieran y volvieran a ser normales. Pero no pasó, me sentí más sofocada y me ardía la garganta.

Y de repente, todo se volvió negro.

Ese fue mi primer ataque de pánico. Desafortunadamente, no fue el último. Aun así, recordé que la abuela hizo que Phoenix y yo empacáramos, listas para regresar a California.

Volví a la realidad por el sonido de la puerta siendo abierta y las palabras que decía el conductor, inclinado para hablarle a la abuela.

—El tren saldrá pronto. Llevaremos las maletas de Reina y nos encontramos allí.

Tomé mis cosas, todavía mareada por el recuerdo. ¿Cómo pude olvidar todo eso? Se me

revolvió el estómago, pero lo ignoré. No tenía sentido incomodarme por eso en ese momento.

En vez de eso, pretendía obtener algunas respuestas.

—¿Por qué *Papà* se molestó tanto por este collar? ¿Ese día que me lo vio puesto? —cuestioné, apuntando a los dijes que colgaban de él.

Un latido pasó.

—El recuerdo es demasiado doloroso para él. —Bajé la mirada para observarlo. Lo más extraño de todo era que jamás se lo había visto puesto a *Mamma*. La única vez que la vi con él fue la noche que murió. Ese dolor familiar me punzó en el pecho.

—¿Pero por qué se enojó tanto? Me pegó. Tenía solo seis años y me dio una cachetada. —Me tembló el labio, y como siempre, me aguanté—. A pocos días de haber visto cómo enterraban a mi madre.

Se encogió de hombros, luciendo despreocupada, sin embargo, no podía esconder la tensión que se había posado en sus hombros.

—Es algo sensible con esos temas. —Volvió a mirar el collar—. ¿De dónde salió el otro dije?

Su pregunta me pareció que tenía otro trasfondo. ¿Por qué no pude deshacerme del estúpido dije?

—Pensé que combinaría con el de *Mamma* —mentí.

Me analizó de esa manera tan molesta con la que podía desenterrar todos mis secretos. Me mantuve inexpresiva. Si quería superarlo y recuperar mi independencia, iba a tener que aprender a ocultar mis emociones. Primero necesitaba sobrevivir a esta conversación.

—¿Debemos volver a tener *otra* charla sobre los anticonceptivos? —No me sorprendió su pregunta y aun así el sudor se acumuló en la parte trasera de mi cuello. «¿*En dónde se metió su chofer? No debía tomarle tanto tiempo dejar mi equipaje*».

—No.

Negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—No comprendo. ¿Acaso no les enseñé a ambas sobre métodos anticonceptivos?

—Lo hiciste. —Mi tono era resignado, sabiendo que no tenía manera de escapar. Me había salvado por mucho tiempo, dos meses para ser exacta.

—Este chico... —Las palabras “quien te dejó embarazada” estaban implícitas en el aire—. ¿Quién es?

—Nadie importante. —«*Mentirosa*», me susurró el corazón—. Fue un error, abuela. Uno que no se repetirá.

Ladeó la cabeza.

—Creo que no cometerás el mismo error, pero no te creo la primera parte de tu respuesta. —Insegura de cómo responder, me quedé callada—. Si considero que nunca demostraste interés alguno en los chicos, hasta ahora, sospecho que él es muy importante. —Tan importante que lo dejé romperme el corazón sin pensarlo. Lo abrió y lo miró desangrarse.

—Ya no. —Respiré, bajando la cabeza—. Será alguien de quien le contaré a mi futura hija cuando esté llorando por un chico. Será mi advertencia a mis hijos algún día. Tal como lo hiciste cuando nos hablabas de tus esposos después de que te rompieran el corazón.

—Jesucristo —musitó. Nos sostuvimos la mirada, ninguna de las dos deseaba seguir hablando. Phoenix y yo éramos testarudas, aunque no lo heredamos de *Papà*. Finalmente, la abuela negó con la cabeza—. Sabes, Reina, que si nos das el nombre del chico a mí o a tu *papà*, podemos hacerle pagar.

Lancé un sonido desde la parte trasera de la garganta. Aquello podría ser lo más escandaloso que me había dicho la abuela. Sí, quería que Amon sufriera, pero no de esa forma. No de la

manera en la que le costaría la vida.

Así que simplemente negué con la cabeza.

—Como dije, fue un amorío. No se repetirá.

Mi abuela me dio unas palmaditas en la mano, la misma que se negaba a soltar.

—Creo que tu *papà* hablará pronto contigo sobre tu futuro... —Me quedé tiesa, insegura de haber entendido lo que implicaba—. Si bien no estoy muy de acuerdo —continuó—. Creo que está pensando en concertar un matrimonio arreglado para ti.

El solo pensar en estar casada con alguien me revolvió el estómago.

—¿Y si me quiero casar por amor?

Mi corazón dolió, sabiendo que el amor que sentía por Amon era de esos que se daban una vez en la vida.

—¿Incluso después de este corazón roto que casi te mata?

Solté una risa ahogada.

—No exageremos.

Me lanzó una mirada conocedora, mas no me corrigió.

—No lo olvides, Reina, no puedes estar cometiendo errores como ese. —Una mirada ida se posó en su expresión—. Le prometí a tu madre que las protegería y haría todo lo que pudiera con tal de mantenerlas alejadas del mundo de su padre. Sin embargo, dado este último... acontecimiento, ya no me quedan opciones. No puedo protegerte de los hombres que van contra tu padre.

¿Contra mi padre?

—Fue un accidente automovilístico —señalé—. Le hubiera pasado a cualquiera y en cualquier lugar.

Me apretó la mano.

—Reina, no fue un accidente. Tu *papà* descubrió que estaba todo planeado.

Me estremecí.

—¿Qué? —susurré, la sorpresa me invadió. El corazón me latía tan fuerte que apenas podía escuchar mi voz.

—Tu *papà* hizo un trato estúpido y peligroso con uno de esos criminales y te han tenido en la mira desde ese momento. —Mi cabeza era un enredo de emociones, no sabía cómo reaccionar—. Los negocios de tu padre con el bajo mundo fueron lo peor que le pudo pasar a nuestra familia. —Me puse rígida y se me revolvió el estómago—. El bajo mundo nos ha estado destruyendo desde que tu *mamma* cruzó camino con Angelo Leone y Tomaso Romero.

CAPÍTULO ONCE

REINA

Llegué dos horas después a la estación de tren Gare du Nord en el corazón de París y las palabras de la abuela me seguían resonando en los oídos.

Todos se apresuraron a abandonar el tren mientras tanto esperé a que se dispersara la multitud, luego agarré mi maleta y salí. Apenas había puesto un pie en la plataforma cuando escuché mi nombre.

—Reina.

Me giré y quedé frente a frente con mi *papà*.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sacudió la cabeza.

—¿Esas son maneras de saludar a tu viejo?

—Perdón. —Me incliné hacia adelante y le besé la mejilla mientras las palabras de la abuela se repetían en mi cabeza. ¿Lo llamó? No le había contado a nadie que regresaría a París, así que ella debió decirle—. Es que no esperaba verte aquí.

Me quitó las maletas de las manos y me abrazó por los hombros.

—Quiero hablar contigo, y me pareció que este era el mejor momento para hacerlo a solas.

Mis pasos vacilaron y lo observé por debajo de mis pestañas.

—¿Sobre qué?

—El futuro.

Algo se retorció en mi pecho, pero no dije nada.

Salimos de la estación y fuimos directo al Paris Nord Café. Aunque estuviera soleado, el aire en diciembre era más cortante y frío, poniéndome la piel de gallina. Ajustándome aún más el abrigo de lana francesa al cuerpo, entramos al café y pedimos una mesa junto a la ventana.

—Tu francés es excelente —elogió *Papà* cuando nos sentamos.

Las comisuras de mis labios apenas se levantaron.

—Viene con el territorio, viviendo en París.

Asintió.

—¿Quieres quedarte en París?

Me puse rígida por un segundo, antes de responder:

—Acabo de regresar, supongo que ahí está tu respuesta.

Suspirando, se pasó la mano por su cabello escaso, delgado y gris. Quizás se veía así debido al estrés y las preocupaciones.

—¿Alguna vez has pensado en vivir en Italia? —preguntó—. No olvides que es el epicentro de la música y la moda.

—No. —La respuesta salió sin demora o duda en mi mente.

—¿Por qué no?

Le sostuve la mirada.

—Pues, para empezar, ni yo ni Phoenix hablamos italiano.

—Pueden aprender.

Negué con la cabeza.

—Aquí tenemos nuestra vida con nuestras amigas.

Apretó la mandíbula.

—¿Las mismas amigas quienes te dejaron vagando sola por las calles?

Alcé la barbilla.

—Eso es injusto. Hemos vivido aquí por dos años y todas salimos a lugares solas. Además, no fue a la mitad de la noche.

—Eres la más joven del grupo, Reina.

Entonces, ¿por qué me sentía como la mayor? ¿Por qué me sentía tan cansada? La carga tan pesada se presionaba contra mi pecho, dificultándome la respiración. Sin embargo, oculté el pánico y todas mis emociones tras una máscara.

—Siempre he sido la más joven. Nunca antes había sido un problema. —Me detuve cuando fuimos interrumpidos por el camarero. Hicimos nuestro pedido y cuando se fue continué—: Esta no puede ser la razón por la que fuiste a buscarme a la estación, *Papà*. ¿Me podrías decir qué sucede?

—¿Recuerdas algo sobre el accidente?

Desvié la mirada hacia la ventana, observando a los parisinos caminar apresurados por las calles, ansiosos de llegar a sus destinos y esconderse del frío. Incluso, aquello se veía romántico en esta ciudad. Lástima que esa perspectiva romántica había perdido su encanto.

—No. Estaba lloviendo. En un momento estaba cruzando la calle y después solo vi luces. — Las palabras de la abuela hacían eco en mi cerebro—. ¿Te enteraste de algo?

—¿Qué te dijo tu abuela?

Me encogí de hombros.

—Lo suficiente para cuestionarme, no lo suficiente para saber algo específico.

Dejé que asimilara mis palabras.

—Creo que algunos de mis antiguos socios estaban intentando enviarme un mensaje. —Un escalofrío me recorrió la espalda, y los pensamientos siniestros cruzaron por mi cabeza—. Intenté localizar al conductor, pero murió en misteriosas circunstancias. Su cuerpo apareció en la costa unos días después de que te hospitalizaran.

—¿Si nos quedamos aquí corremos peligro Phoenix y mis amigas? —Jamás me perdonaría si les llegara a suceder algo por culpa de *Papà*.

—No lo creo, pero aumentaré la seguridad en el lugar. —Alcé las cejas. Sabía muy bien que a ninguna de nosotras nos gustaban los guardaespaldas—. No, no serán guardaespaldas. Pero tendré a algunos amigos de... —Buscó la palabra correcta—. ... Mi *organización* que se asegurarán de que ninguno de los hombres de la otra organización tengan presencia en la ciudad.

«¿De la *Omertà*?». La pregunta la tenía en la punta de la lengua, pero sabía que no diría nada si llegaba a decir esa palabra.

—¿A qué organización molestaste? —indagué, con calma.

—Al cártel de Brasil y a la *Yakuza*.

—Wow —musité, sorprendida por su honestidad, y lo miré asombrada—. ¿Qué les hiciste como para que se enojaran tanto?

Movió la mano.

—Perdí su cargamento y luego traté de concertar un matrimonio.

Una alerta se me disparó y me llené de miedo. Las palabras de la abuela se repetían una y otra vez.

—Un matrimonio arreglado —repetí, sintiendo la boca seca.

—Eso ya no funcionó —declaró—. Al menos, con ellos.

No sabía qué era lo más oportuno si llorar o reír. Hablaba de un matrimonio arreglado como si se tratara del clima. Como si fuera nada, solo otro acontecimiento cotidiano.

—¿Entonces todavía lo estás considerando? —inquirí, con la garganta apretada.

Me taladró con la mirada.

—Tengo que hacerlo. Por tu seguridad y la de Phoenix.

Suspiré, llena de frustración.

—¿Alguna vez se te ocurrió que quizás estaríamos más a salvo si no formaras parte de ese mundo?

Rápidamente, la atmósfera se tornó amenazante, el silencio nos sofocó, aunque también alimentó mi espíritu rebelde.

Lo vi tomar un sorbo de su *cappuccino*, la tacita se veía ridícula en esas manos tan grandes. Y de la nada, me vino algo a la cabeza. Había matado a personas con esas manos, o al menos alguien lo hacía por él. Cuando era niña, creía que era un enigma, no entendiendo lo suficiente qué era tan distinto a los otros padres, mas en este momento, era difícil permanecer ignorante sobre su profesión.

Mi mente regresó al día de la fiesta, a ese oscuro pero mágico castillo que parecía haber dado inicio a nuestra tragedia.

—¿*Papà*? —Mi voz era cautelosa, insegura; sin embargo, ya era momento de que exigiera respuestas—. Ese verano que pasamos en Italia con *Mamma*. —La sorpresa brilló en su expresión. Nunca hablábamos del pasado—. ¿Qué sucedió?

Por un largo momento permaneció en silencio y cuando estaba comenzando a pensar que no respondería, su voz penetró el pequeño espacio que había entre nosotros.

—Muchas cosas pasaron ese verano, Reina. —Comenzó, con cansancio—. ¿Qué es exactamente lo que quieres saber?

Las manos se me cerraron en puños y cuadré los hombros. Estaba harta y cansada de los fantasmas acechando las esquinas de mi mente.

—Nunca los había visto discutir a ti y a *Mamma* hasta entonces. —Me quité un rizo de la frente. *Papà* siguió el movimiento de mi mano, con la resignación marcada en los ojos. No había dicho nada sobre mi nuevo corte de cabello, tampoco era que lo esperara, pero quizás era ese último recordatorio de toda la mierda que había salido mal últimamente—. En ese entonces, lo único que hacían era pelear. ¿Tanto odiaba estar en Italia?

—Sí, lo odiaba mucho. —Tragó saliva, aunque su expresión permaneció inexpresiva—. Si pudiera hacer todo de nuevo, las hubiera mantenido en California.

—¿Por qué? —Desvió la mirada hacia la ventana, pero insistí—. ¿Porque te enteraste de que una de nosotras no era tu hija?

Con eso capté su atención. Me miró y por primera vez en mi vida, vi al mafioso. No a mi padre. No al hombre. Un mafioso que podría matar a cualquiera.

—¿Dónde escuchaste eso?

Tragué y me enterré aún más las uñas en la piel.

—Te escuché a ti y a *Mamma* discutiendo una noche. No entendí lo que decían y después lo olvidé. Hasta recientemente. —No me respondió, pero no hacía falta que lo hiciera. La verdad

estaba escrita en todo su rostro—. ¿Cuál de las dos no es tuya?

—No sé. —La sorpresa me recorrió y tuve que parpadear varias veces para aclararla. Sin embargo, todo estaba claro. Lo había escuchado bien.

—¿Por qué no sabes? —indagué.

Los padres deberían saber, ¿cierto?

—Grace se negó a decírmelo. —Sentía que por fin había llegado a algún lado, así que aguanté la respiración y dejé que continuara—. Y cuando murió, me di cuenta de que tu *mamma* tenía razón. Mi amor por ustedes es igual. Las dos son mías. Las vi llegar al mundo y me parecía inútil saber cuál era su ADN. —Se pasó la mano por el cabello otra vez y quedó más despeinado—. O tal vez no podía lidiar con la verdad. Así que lo dejé ir. De todas formas, no quería guardar resentimiento hacia ninguna de ustedes. Ambas son mis hijas y moriré con eso.

Comprendí sus palabras, pero a la vez no. Me hizo apreciarlo más sabiendo que no quería arriesgarse a amar a una menos que a la otra, encontraba que era peor ignorar la verdad, ya que te consumía por dentro, y te iba infectando desde el interior, creciendo lentamente hasta que un día todo explotaba.

—Sabes quién... —No fui capaz de continuar, aun así, entendió a qué me refería.

Papà negó con la cabeza.

—Mataría por saberlo —admitió—. Daría cualquier cosa con tal de desmembrarlo por haber tocado lo que no era suyo.

—Qué oscuro —musité—. Y bastante terrorífico.

Caímos en un silencio que alimentaba a nuestros fantasmas. Era obvio que él tenía muchos, incluso más que yo.

Con la mano temblorosa quise tomar la taza de café, pero mejor decidí alisar las arrugas del mantel. No quería derramar todo el contenido sobre la mesa.

—Los japoneses que atacaron nuestra villa en Italia... —Me recliné contra el asiento, dejando las manos en mi regazo.

—La *Yakuza* —aclaró útilmente. *Jesucristo*. De verdad estaba hasta el cuello metido en la jodida mafia.

—¿Por qué nos atacaron?

Una expresión sombría se filtró de los ojos de *Papà*.

—Estás llena de preguntas hoy, Reina.

—Considerando que casi muero por culpa de tratos que hiciste, lo mínimo que merezco son respuestas. —Con solo pensarlo, debía estar temblando de miedo. Pero no era así. Quizás me volví tan insensible que ya no me afectaba en este momento—. Y si quieres que acepte meterme en un matrimonio arreglado, quiero hacerlo con los ojos bien abiertos.

Asintió, sombríamente.

—Me parece justo. —Se inclinó hacia adelante y me rozó la mejilla con cariño—. Eres tan fuerte. Más fuerte que tu *mamma*. Probablemente más que yo.

Solté una risita amarga.

—De alguna manera lo dudo.

—Lo eres, Reina. Cuando naciste, tu *mamma* dijo que un día serías una reina. Es lo único italiano que amaba... tu nombre.

Me ardían los ojos.

—Probablemente también le gustaba la moda italiana.

Negó, sonriéndome con dulzura.

—No, inclusive se negó a usarla.

Alcancé su mano que aún se mantenía en mi mejilla y la tomé entre las mías.

—Cuéntame sobre ese verano. Por favor, *Papà*.

Soltó un suspiro resignado.

—Desgraciadamente, no hay mucho que contar. Aparte de que hice negocios con la *Yakuza*. Incluso tuve... —Se detuvo un momento antes de continuar—. Tuve una relación beneficiosa mutua con uno de sus integrantes. Pero comenzaron a exigir tonterías que exponían la vida de muchas personas. Cuando conocí a tu madre, corté cualquier relación con esa persona. Ese verano, querían castigarme por amar a tu madre. Por tenerte a ti y a Phoenix. Por comenzar mi propia familia.

—¡Eso no tiene ningún sentido! —exclamé, la confusión me enmarcaba el rostro—. ¿Por qué se molestarían por eso?

—En el bajo mundo, el poder y la codicia son factores definitorios en cada decisión que tomas. —Fruncí el ceño ante sus palabras, sin comprenderlas completamente—. Por eso la gente mata, miente y engaña. Recuérdalo, Reina. Algún día, esto te puede mantener con vida a ti y a tu hermana.

«¿Aplica también para ti?». Tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero no quería hacerlo enojar. Necesitaba respuestas para entender qué le pasó a *Mamma*, aunque lo único que me estaba dejando esta conversación eran más preguntas.

—¿Por qué *Mamma* se suicidó? —Era la primera vez que alguno de los dos sacaba el tema sobre su muerte. Si me ponía a analizar esa noche cuando vi a *Mamma* desangrándose en la bañera, no pude evitar notar las ironías de la vida. Se cortó las muñecas para acabar con su vida. Me estaba cortando en un intento de aliviar la ansiedad y el dolor. Quizás mi madre estaba buscando una forma de escapar.

El mundo entero creyó que había muerto de una manera trágica. Era una verdad a medias. Buscó su propia salida y nos dejó a todos atrás para que lidiáramos con los fantasmas.

Vi con sorpresa cómo se endureció la expresión de *Papà* y así supe que nuestra conversación había terminado. Ya no me daría más respuestas.

—Su muerte fue una tragedia. Nada más y nada menos. —Incrementó la urgencia que sentí para seguir insistiéndole. Nuestra familia nunca sanaría si nadie nos decía la verdad—. Ahora, volviendo al matrimonio arreglado...

Me puse de pie y lo interrumpí.

—Si protege a Phoenix, lo haré. No obstante, quiero tener voz y voto en ello. ¿Está claro?

—Claro.

Después de todo, el amor ya no era una opción, así que, debería darme igual con quien me casaría, ¿cierto?

CAPÍTULO DOCE

REINA

Víspera de Año Nuevo.

Cinco días más tarde, las palabras de la abuela y *Papà* parecían un recuerdo lejano, pero no dejaban de persistir en los rincones de mi mente.

Al parecer, me marcaron aún más de lo que quería admitir, porque cuando Phoenix y las chicas decidieron irse de fiesta, la piel se me puso sudorosa y la respiración pesada. Y para confirmarlo, unos puntitos negros flotaban en mi visión.

Tuve que encerrarme en el baño y recurrir a los ejercicios de respiración y meditación para salir de ello.

—Reina, ¿estás bien? —Escuché la voz de Isla a través de la puerta.

Abrí la boca para responderle, pero nada salió. La estúpida ansiedad me había dejado sin palabras. Literalmente. Luché contra el pánico, respirando hondo, sosteniéndolo, y luego, exhalando lentamente.

Le prometí a la abuela que no preocuparía a Phoenix. Le prometí que saldría adelante. No podía echarlo a perder todo en mi primera semana de regreso.

Respira, Reina.

Mi mirada cayó en la encimera, desesperada por enfocarme en algo. Cualquier cosa. Abrí uno de los cajones y tomé una de las cuchillas para rasurarse. Sentía como si me hubiera desdoblado de mi cuerpo físico y veía cómo le quitaba el envoltorio plástico; estaba completamente ajena a la realidad.

Una parte de mí estaba aterrorizada. La otra, la más oscura, ansiaba ese dolor. Había cambiado después de que Amon me rompió el corazón. Lentamente, pero constante. La oscuridad me asfixiaba, ansiaba el dolor para liberar esa agonía aplastante dentro de mí.

Me deslicé hasta caer sobre los azulejos y me subí los pantalones anchos de mi pijama hasta el muslo, revelando las cicatrices que me devolvían la mirada acusadoramente. Presioné el filo de la cuchilla contra el muslo hasta que una gota de sangre salió de la piel cremosa. Un poco más de presión y siseé ante el dolor que dejaba esa afilada cuchilla. El dolor físico combinaba con el de mi pecho, hasta que lo superaba tanto que me hacía olvidar la agonía que me envolvía. La presión en mi pecho se alivió y me costaba mucho menos respirar ante cada corte que me hacía.

Bang. Bang. Bang.

Me estremecí.

—Reina, si no abres, te juro que tiraré abajo la puerta.

Me puse de pie, tiré la cadena del escusado y me di la vuelta hasta el lavamanos.

—Dame un segundo.

Lavé la cuchilla de afeitar, abrí el cajón y la metí dentro, en un compartimiento pequeño

donde las escondía. Me limpié la sangre de los muslos y me puse una bandita que había en otro cajón y terminé por acomodarme los pantalones para que no se notara.

—Reina, *todas* tenemos que prepararnos para la fiesta —agregó Athena, con suavidad—. También queremos vernos bien.

Abrí la puerta y quedé frente a frente con las cuatro.

—¿*Estás bien?* —Señó Phoenix—. *Me estás preocupando.*

—Pensé que te estabas arreglando —gruñó Raven—. Llevas aquí encerrada una hora.

¿*Lo hacía?* Me temblaron las piernas. El escozor de las cicatrices en mi piel era un recordatorio de lo jodida que se había convertido mi existencia. A pesar de aquello,forcé una sonrisa feliz. Todo era más fácil cuando me ocultaba tras esa expresión.

—*Eh*, no voy a ir —aclaré, estirando los brazos hacia arriba y bostezando—. Estoy demasiado cansada.

—Pero...

—Vayan ustedes —interrumpí a Raven—. Prométanme que no se separarán y se mantendrán seguras.

—*Me puedo quedar.* —Se ofreció Phoenix.

Le di la mirada más severa que podía.

—No necesito una niñera.

—Nos preocupamos por ti —murmuró Athena.

Puse los ojos en blanco, ignorando la presión de mi pecho.

—*No pueden estar conmigo las veinticuatro horas del día, los siete días a la semana. Además, estaré aquí cuando regresen. Vayan a la fiesta y pásenlo bien. Si siguen sofocándome, me voy a buscar un departamento tipo estudio para tener un poco de espacio de ustedes.* — Alenté a Phoenix y suavicé la mirada. Les había echado a perder demasiadas festividades en los últimos meses; se merecían una noche fuera.



Logré que las chicas salieran y finalmente tenía el apartamento para mí sola. Comenzaba a sentirme inquieta, así que me puse a fregar y limpiar. Incluso moví los muebles.

—Para que el nuevo año empiece con el pie derecho —gruñí, mientras empujaba el sofá para que quedara frente a la ventana y a la vista de la ciudad. El sonido de arrastre contra el piso de madera sonaba como uñas contra una pizarra, pero aún más intenso, haciéndome apretar los dientes.

Estaba más que determinada. Me tomó algunas horas, pero faltando solo sesenta minutos para la medianoche, el apartamento estaba reluciente.

Estaba a punto de bañarme y obtener un muy necesitado descanso cuando alguien tocó la puerta. Me quité una gota de sudor que me caía por el rostro y limpié mis manos en el pantalón de pijamas. Esperaba que no fuera mi molesto vecino del piso de abajo que venía solo a sermonearme por todo el ruido que estaba haciendo. Decidida a terminar el año bien, abrí la puerta, con una sonrisa brillante. Se desvaneció tan rápido como el hielo en un día caliente de verano cuando vi quién estaba frente a mí.

Oscuro. Imponente. Terrorífico.

Miré el rostro de Angelo Leone.

Me demoré un segundo en reaccionar. Iba a cerrarle la puerta en la cara, pero bloqueó mi intento con su zapato brillante italiano. Angelo Leone seguía siendo igual de terrorífico que doce

años atrás.

—Señorita Reina, ¿verdad? —Apreté los dientes, negándome a responderle—. Tengamos una conversación, ¿le parece?

Empujó la puerta abierta con una fuerza sorprendente. Me tambaleé hacia atrás por el impacto. La puerta se cerró de golpe a su espalda, dejándonos atrapados en la diminuta entrada de mi apartamento. Me bloqueaba la única salida de escape.

Mentalmente, me abofeteé por haber sido tan estúpida. Era autodefensa básica.

—Mis amigas regresarán pronto —reviré.

—Y eso me interesa... ¿por qué? —exigió, mirándome; la parte blanca alrededor de esos ojos azules fríos estaban inyectados en sangre—. Debemos hablar de algo. ¿Dónde está tu hermana?

Me sorprendí ante su petición. ¿Por qué necesitaba a mi hermana? Sin embargo, recordé las palabras de la abuela. *El bajo mundo nos ha estado destruyendo desde que tu mamma cruzó caminos con Angelo Leone...*

Cuadré los hombros y junté toda la ingenua valentía que tenía y espeté:

—Y a usted qué demonios le importa. —Mierda, ¿ahora qué? Era demasiado tarde para echarme atrás—. Lárguese antes de que lo termine sacando.

El aliento a alcohol que salió de su boca invadió mis sentidos.

—Tú y yo *vamos* a hablar.

—No tengo nada que decirle. —Intenté mantenerme calmada, pero me temblaba la voz. Deseé no haber estado sola en el apartamento—. Váyase, señor Leone.

Soltó una sonrisa espantosa.

—Así que sabes quién soy.

Parecía que estaba demasiado borracho como para recordar las duras palabras que nos dijo en su casa, muchos años atrás.

—Obviamente. —Estudié el lugar. A lo mejor, podía invitarlo a la sala de estar y así escaparme por la puerta. Estaba borracho, no debía ser tan difícil escapar de él.

—Adelante. —Apunté hacia la sala de estar—. Sentémonos aquí. ¿Quiere algo para beber? ¿Agua, quizás?

Pasé por al lado de su inmenso cuerpo con la intención de ir hasta la cocina y después correr directo a la puerta tan pronto como se sentara en el sofá.

¿Cómo decía ese dicho sobre los planes bien tramados? Pues, este me salió el tiro por la culata. A. Lo. Grande.

Se me cayó el corazón al piso cuando me siguió. Mi intento de parecer relajada disminuía con cada paso que daba dentro de la cocina. Tenía el corazón en la garganta, y olvidé lo que iba a hacer.

«Ah, cierto. *El vaso de agua*».

Se apoyó contra el marco de la puerta y me observó mientras sacaba un vaso de vidrio y lo llenaba con agua. Se lo acerqué, con la esperanza de que no notara el temblor en mis manos.

—Te pareces a tu madre. —El comentario tan improvisado, me aceleró el corazón.

—Me lo han dicho antes —dije por lo bajo.

Cuando no hizo ni un amago para tomarlo, lo dejé sobre la encimera. Las manos las hice puño, al notar como su fuerte figura me tapaba la salida. ¿No entendía cómo alguien como él podía ser padre de Amon? Incluso de Dante.

La crueldad emanaba por cada poro de su ser.

—¿La conoció? —No sé por qué pregunté, pero las palabras se escaparon y ya no había

manera de retractarse.

—Sí, *muy* bien. —No podía obtener suficiente aire para mis pulmones. El estómago se me revolvió, y el recuerdo de la discusión entre mis padres se me vino a la cabeza—. La conocí.

Parpadeé, sorprendida. Lo miré fijamente, esperando a que me diera más detalles, mientras el silencio se extendía cada vez más. No pude evitar que las gotas de sudor se deslizaran por mi espalda a pesar del aire que corría por el apartamento.

—¿Qué tan bien? —cuestioné, aunque no estaba del todo lista para saber la respuesta. El recuerdo de nuestra visita parpadeó en mi mente. Me acordé de cómo mi madre apretaba los labios con desagrado cuando ese hombre le dirigió la palabra. Le sostuve esa mirada fría y oscura, y la furia burbujeaba en mi pecho—. ¿Qué. Tanto. La. Conoció?

Me regaló una sonrisa fea y lasciva. No era una buena mezcla, considerando su estado intoxicado.

—Bastante bien —pronunció con tono indiferente—. Fui quien le abrió los ojos y le mostré quién era realmente tu padre. No debió haberse *casado* con él. —Soltó una risita cuando mencionó la palabra *casado* y parecía tener un gran significado. Sin embargo, no pude entenderlo del todo—. Tu madre me utilizó para vengarse de tu padre. Bueno, también la usé.

Todo mi cuerpo se quedó inhumanamente quieto.

—¿Q-qué? —El corazón me bombeaba contra las costillas, fracturándolas con cada latido mientras esperaba a que me explicara esa afirmación. Nunca lo hizo—. ¿A qué se refiere?

—Me refiero a que al final entendió quién mandaba. —Tragué, tratando de asimilar la información—. Necesitaba que alguien le abriera los ojos, así que lo hice. Supo en qué andaba tu padre y la verdad sobre la persona que estuvo antes que ella.

—¿Q-quién? —tartamudeé.

—Su primera esposa. —Quedé con la boca abierta y la sorpresa se me disparó por el cuerpo. ¿*Papà* había estado casado? ¿Por qué se sentía erróneo? Nunca lo había mencionado. Tampoco la abuela. Mi cabeza se agitó. Se me revolvió el estómago—. ¿No lo sabes, muchacha? —se mofó—. Todos llegamos a este mundo gritando y bañados con la sangre de alguien más. Y nos iremos de la misma manera.

Había escuchado esas palabras anteriormente, pero con ligeras modificaciones. *Mamma* las dijo cuando se estaba muriendo.

Todos llegamos a este mundo llorando y bañados en sangre. Lo único que podemos hacer es asegurarnos de no irnos de esta tierra de la misma manera.

¿Las escuchó de él?

Estaba tan inmersa analizando esa información que no me di cuenta de su siguiente movimiento. Para una persona ebria, se movía rápido. En un minuto, estaba apoyado casualmente contra el marco de la puerta, y al siguiente su cuerpo se aplastó contra el mío, su respiración agria me chocaba contra la piel descubierta.

Me golpeé la cabeza contra el duro metal del refrigerador y envió ráfagas de dolor por todo mi cráneo. El aire abandonó mis pulmones y saboreé la sangre en mi boca.

Me ardían los pulmones. El miedo sacudió la jaula de mi pánico, quitándome el aliento.

Intenté empujarlo con todas mis fuerzas, pero no fue suficiente. Me dio una bofetada tan fuerte que estrellas nadaron en mi visión. Me aprisionó ambas muñecas y las levantó sobre mi cabeza. Me negué a dejar de luchar.

De repente, sentí un violento corte en mis brazos, ardor tan conocido por el dolor cuando intentó cortarme las muñecas.

Fue en ese momento... exactamente ese... donde decidí que jamás me volvería a cortar.

Quería vivir. Era una sobreviviente y ni muerta me iría sin haber luchado.

Llevó su mano a mi garganta, apretándola con todas sus fuerzas y volvió a azotarme la cabeza contra la nevera con tanta furia que me castañearon los dientes.

—Ay, muchachita —gruñó—. No eres oponente para mí.

—¡Suéltame, imbécil! —reviré, con la voz rasposa, y lastimosamente pude sentir la debilidad de mi cuerpo—. Mi familia te destruirá.

Su agarre se afianzó. Estaba perdiendo la consciencia, puntos negros aparecieron en mi visión. El corazón me martilleaba contra el pecho, el miedo, grueso y pegajoso, me llenaba la boca.

—¿Cuál de ustedes, mocosas, es mía?

Parpadeé, la pregunta me tomó por sorpresa.

—No sé de qué hablas.

Resollé, apenas se me escuchaba la voz mientras desesperadamente le arañaba los brazos y lanzaba patadas al aire.

—*Mientes* —siseó, apretándome más la garganta—. Más vale que no sea esa sorda idiota.

Sentí una inyección de adrenalina y furia. Lo arañé en su agarre e intenté clavarle la rodilla en las bolas.

—¡No hables así de mi hermana! —exigí, con la voz ronca, tirándole de las manos cuando me volvió a abofetear fuertemente. Me zumbaron los oídos y me ardió la mejilla. Antes de poder volver a respirar, me dio un puñetazo. Era como sentir que la cabeza me explotaba y una lágrima solitaria cayó por mi mejilla—. Ninguna es tuya, bastardo enfermo.

Me sonríó como un verdadero maniático malo.

—Mis cálculos me dicen que es ella. Es bueno que nadie más lo sepa.

Con cada segundo, mi desesperanza aumentaba ante el rostro de este monstruo. La muerte venía por mí, podía sentir cómo crepitaba por las sombras; su frío puño golpeaba esa puerta invisible.

Sin embargo, me negué a responder.

En su lugar, junté todas las fuerzas que me quedaban y llevé mi rodilla a su entrepierna. Se encorvó y su agarre perdió fuerza. Soltándole el antebrazo, lo rodeé por el estómago hasta que mis manos se enredaron en un metal frío. Un arma. No lo pensé, no cuestioné mi siguiente movimiento. Solo actué.

La tomé y apreté el gatillo. Disparé al mismo tiempo que los fuegos artificiales explotaron fuera de mi ventana.

Bang.

No pude distinguir el sonido del disparo de los fuegos artificiales. No obstante, mientras el cielo se encendía con tonos azules y rojos que se filtraban en la cocina, un grito agudo llenó el espacio. Me tambaleé hacia atrás y observé la escena enfrente de mí: el señor Leone, con los ojos rojos casi saliéndose de su rostro mortalmente pálido, con la boca abriendo y cerrando.

Su agarre en mi cuello se hizo más débil, hasta que bajó el brazo por completo.

Con la última energía que me quedaba, lo golpeé en el estómago, justo en la herida de bala.

—¡Maldición! —soltó, con voz estrangulada, tropezándose hacia atrás, intentando agarrarse de algo para no perder el equilibrio. Las ollas y los platos cayeron al piso. Se aferró a la encimera, temblando, al igual como lo hacía yo unos segundos atrás.

Su rostro se tiñó de incredulidad, y la sangre que estaba perdiendo se evidenciaba en la palidez de su rostro.

Me llevé la mano a la boca y me mordí la suave piel de la palma mientras jadeaba, cada

respiración me quemaba los pulmones.

Di un paso atrás. Luego, otro. El corazón me retumbaba contra las costillas y miré con horror cómo caí de lado contra el piso y la sangre seguía borboteando de la herida.

Moví la boca, aunque ningún sonido salió. No fue hasta que me golpeé la espalda contra el refrigerador que finalmente pude respirar.

—¿Violaste a mi madre? —La calma en mi voz era espeluznante y el sonido de mi respiración se mezclaba con su pesada respiración.

La sangre le deslizaba por la comisura de la boca.

—Vino por su propia voluntad. Pero después me dejó. —Se me cayó el estómago—. Aunque esa última vez... —El significado estaba implícito en el aire—. No pude dejarla ir. Debí haber sido mía.

Ese hombre estaba demente. *Mamma* nunca hubiera querido a alguien así.

—Mientes —reviré—. Nunca se iría contigo de manera voluntaria. ¿Por qué lo haría? —No debí haber preguntado, pero no era mi estilo quedarme con dudas.

—Después de casarse con él. —Jadeó—. Vino a mí, por su voluntad. La venganza es mejor cuando se sirve enojado no frío. Es violenta y destruye todo a su paso. —Con cada palabra, su voz se hacía cada vez más débil—. Aunque, para ser del todo honesto, no esperé verlo en mi casa ese verano. Tú y tu hermana son la viva imagen que recuerdo de ella. —Tenía los ojos apretados y las manos cubriendo la herida estaban teñidas de rojo, la sangre rebosando en el azulejo.

Ese verano. Ese maldito y horrible verano en el que *Mamma* se mató. No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Qué?

Se rio, escupiendo más sangre por la boca.

—No tiene idea de que fui yo. Toqué a su esposa. Me la *follé*. Y, *aun así*, quiso hacer un trato conmigo.

Sus palabras me empujaron por la borda, y en ese momento, supe a ciencia cierta que estaba metida hasta el cuello en el bajo mundo.

—¡Vete al infierno y quédate allí!

Mi voz era rasposa y desconocida. No era una asesina, sin embargo, lo maté. Con esas últimas palabras, alcé el brazo y le apunté.

—Phoenix... es... mía —susurró, y serían las últimas palabras que diría. Apreté el gatillo de nuevo.

Bang.

La bala le dio en el cuello, dejando un agujero. El cuerpo del señor Leone se retorció en los prístinos y blancos azulejos de mi cocina, con los dedos intentó tapar la herida de su cuello.

Un horrible gorgojeo se le escapó de la garganta, mientras la sangre le chorreaba de la boca.

Hasta que la vida abandonó sus ojos, dejándolo pálido y vacío.

Al igual que yo.

CAPÍTULO TRECE

AMON

Al puerto llegamos treinta minutos antes de que mi cargamento enviado por DiMauro estuviera programado para atracar en el muelle.

Los contenedores estaban vacíos, listos para ser llenados con el producto que llegaría pronto. Todo estaba preparado.

La brisa fresca me golpeaba el rostro y las nubes grises se hacían más densas sobre nosotros, anticipando una inminente tormenta.

Todo parecía estar en orden, sin embargo, nada se sentía correcto. El laberinto de contenedores. Dante discutiendo con Cesar sobre alguna mierda que vieron el día anterior en la televisión. ¡Se comportaban como malditos niños! Cesar era una década mayor que Dante, era aún más vergonzoso. Aunque era un buen luchador.

Kingston, más conocido como *Ghost*, estaba enfocado en el horizonte, con los ojos entrecerrados. No era muy sociable o simpático, pero no había nadie mejor que él cuando se trataba de torturar y rastrear a alguien. Era un excelente luchador e, incluso, un mejor estratega.

Me dirigía al muelle para asegurarme de que mis hombres estuviera posicionados hacia la bodega, cuando un movimiento detrás de mí atrajo mi atención. Me di la media vuelta y vi el dobladillo de un abrigo desaparecer detrás de un contenedor.

Me llevé la mano al intercomunicador.

—Estén atentos, chicos. Tenemos visitas.

Tan pronto como dije esas palabras alguien empezó a disparar. Una ráfaga de balas explotó, el sonido era ensordecedor.

—Tienen una maldita metralleta. —La voz de Kingston me llegó.

Afortunadamente, me agaché justo para esquivar una de las balas. Oculto tras el contenedor, dejé que mis ojos escanearan el área para tener una idea de la situación.

—Tres hombres a las diez en punto —siseé en el intercomunicador—. Dos a las dos en punto.

—¡Cinco a las once! —bramó Dante.

Bien, al menos no estábamos rodeados. No todavía, de todas maneras.

—No permitan que nos ataquen por la espalda —ordené, mientras apuntaba y eliminaba al primer hombre; después, le disparé al siguiente en la cabeza. Escuché voces hablando en portugués. Estreché la mirada, y la paseé por todos los hombres, no me demoré en encontrar al que estaba a cargo—. El feo de las once en punto. No lo maten.

—Todos son feos —gruñó Dante—. ¿Puedes ser más específico?

Apreté los dientes. Dante podía ser muy gracioso, pero también una molestia que daban ganas de matarlo.

—El que tiene cabello oscuro y un corte en el rostro. —La voz de Kingston era espeluznantemente tranquila—. ¿Fui lo suficientemente específico?

—Sí. —Al oír la risita de Dante, sabía que no serían sus últimas palabras—. No quería dispararle por accidente a los feos que están a nuestro lado.

—Solo somos nosotros cuatro y otros tres hombres —respondí, inexpresivo.

—Exactamente. —Estaba seguro de que nos estaba insultando con sus palabras. Dante se rio como un maniático, sí, definitivamente, volvió a ser el mismo, mientras mataba a todos a su paso, la sangre salpicaba por todos lados a su alrededor.

Corriendo entre los contenedores, los cuatro rodeamos al enemigo y acabamos con ellos sistemáticamente. Fallé algunas veces para asegurarme de que el idiota principal no muriera. Estuve a nada de ser impactado por una bala, pero estaba entrenado en esto, tenía más que perder. El pensamiento de mi hermano en el otro lado de una bala motivó la adrenalina en mí.

Apareció un coche de la nada.

—No es nuestro —aclaró Kingston, confirmando mis sospechas.

El vehículo aceleró, moviéndose sin control. Vi cómo el jefe del grupo subía arriba del contenedor y saltaba sobre la camioneta.

—A la mierda con mantenerlo vivo. Maten al bastardo. —Le apunté y disparé, pero la bala lo rozó—. ¡Maldición!

Le disparé a los neumáticos, haciendo que el auto virara bruscamente hacia un lado, no obstante, antes de que me alcanzara, mi querido hermano lanzó una granada al aire.

—¿Estás loco? —bramó Kingston, en una de esas extrañas ocasiones donde su voz reflejaba emociones—. Toda la fuerza policiaca francesa debió de escuchar esa maldita granada.

Saqué el teléfono y le escribí un breve mensaje a Luca DiMauro:

Yo: Desvía el cargamento. Alerta.

Lo entendería. Con eficiencia, nos movíamos y eliminábamos al resto de los hombres que creíamos trabajaban con el cártel Cortes. La ira cubría mi visión, me negaba a dejar que me detuviera.

En el lapso de unos cinco minutos, acabamos con todos, salvo dos. Dante arrastraba a uno del cabello mientras me encargaba del líder. Si es que se le podía llamar así.

—¡Maldito bastardo! —espetó.

Dante lo miró directo a los ojos.

—No. Hablamos. En. Tu. Idioma. Imbécil.

Kingston negó con la cabeza. Todos hicimos lo mismo.

—¿Dónde está tu puta? —escupió el idiota, observándome—. Se necesita ser el hijo de una puta para reconocer a otra puta.

La ira me invadió, mas solamente le sonreí.

—Habla de eso en un minuto.

Puede pasarse toda la vida llamándome hijo de una puta, pero era una sentencia de muerte llamarla a *ella* así. Estaba casi seguro de que es a quién se refería.

—Lléve los a un lugar donde les podamos enseñar algunas lecciones —pedí, arrastrando las palabras, mi sonrisa era la misma que la de mi hermano.

Los años de entrenamiento me habían enseñado a mantener la calma. Me entrenaron para controlar mis emociones, ser autosuficiente, resiliente y no permitir que nadie jugara con mi cabeza. Sin embargo, *ella* sucedió; la única que fue capaz de desenterrar esos sentimientos complejos que se mantenían dentro.

Mi maldición era caminar solo por este abismo eterno que se hacía llamar vida.

Los secretos de mi madre, las mentiras y la traición estaban sepultados en mi interior. Todo lo que ocurrió ensució cada palabra y cada recuerdo que tenía con ella, y no creía posible deshacer eso.

La tensión cayó sobre mí como una cortina de hierro. Debía seguir adelante, pero no sabía cómo.

El maldito cártel de Brasil pensó que podía atacar el almacén que tenía a las afueras de París y robar nuestro producto.

Parecía que se lo habían fumado, porque estaban locos si creían que les debíamos algo.

Me peiné el cabello y ajusté los botones de mi chaqueta que se habían desabrochado. Vi cómo *Ghost* recolectaba los dientes de cada hombre que había matado o herido. A este ritmo, fácilmente podía construir una casa con todos esos malditos dientes.

Con los dos hombres que dejamos vivos llegamos hasta la bodega que estaba a unos diez minutos. El tiempo nos alcanzaría para sacarle información al tipo y al líder, que se llamaba Raul y no faltaba mucho para que muriera. Sin embargo, primero me diría por qué demonios estaba en mi propiedad.

—Estás empezando una guerra con el cártel —declaró, con acento marcado, y luego escupió a mis pies.

—No estoy empezando nada —aclaré, calmadamente, con apatía—. Ustedes comenzaron este desastre. Simplemente lo estoy terminando.

Era un hombre corpulento con un corte rapado. No era especialmente inteligente, juzgando lo fácil que fue acabar con todo su grupo. Y, aun así, había esperanza en su mirada.

—Ahora dime, ¿qué quiere Perez Cortes conmigo?

—Quiere retribución y un pago por el producto que le hiciste perder —explicó Raul, entre dientes.

Dante apareció, arrastrando al otro brasileño por la cabeza y lo lanzó al lado de Raul. La rata miró a su líder, le temblaba todo el cuerpo.

—*Por favor* —musitó—. *Por favor*.

—Dinos lo que sabes y no te haremos sufrir. —Saqué mi cuchillo—. De otra manera, nos tomaremos todo el tiempo del mundo.

—Cierra la maldita boca —exigió Raul.

Lo agarré y lo coloqué de rodillas mirando a su subordinado. Después, para remarcar mis palabras, le corté la oreja en un solo movimiento.

—Este es solo el principio —avisé, mientras la sangre salía a chorros de su herida, manchándole la ropa y la mía. Parecía ser que ese era todo el incentivo que necesitaba su hombre.

—El jefe quería que tomáramos el producto y a la chica. —El cobarde respiraba con dificultad.

Me quedé inmóvil, sintiendo la mirada de Dante fija en mí, aunque lo ignoré. Los círculos oscuros que me rodeaban los ojos reflejaban lo poco que había estado durmiendo. Cada centímetro de mi ser se retorció ante la idea de estar en cualquier lugar donde *ella* no estuviera. Eso incluía mis sueños. El pensar en cerrar los ojos y caer dormido me aterrorizaba. Ninguna posibilidad me hacía sentir mejor: no soñar con ella o hacerlo.

Los ojos de mi hermano brillaban igual a los de un lunático, listos para jugar y torturar. No le faltaba mucho para perder la cordura, preparado para descontrolarse, aunque aún debía definir la razón.

—¿Qué chica? —Apreté la mandíbula, las palabras se me arremolinaban junto con la ira. El imbécil incluso se orinó encima.

—¡Cierra la maldita boca! —gritó Raul, jadeando y retorciéndose contra el agarre de *Ghost*—. Cállate.

—No sé quién es.

Saqué el teléfono, buscando la única foto que tenía de Reina. La tomé cuando se había quedado mirando a las linternas flotantes, los ojos le brillaban con felicidad.

—¿Esta chica? —Observó fijamente la imagen y el parpadeo de reconocimiento en sus ojos fue respuesta suficiente.

Sus ojos se desviaron a Raul mientras intentaba soltarse del agarre de Dante. Necesitaba que me lo confirmara en voz alta, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—No lo mires. —Lo agarré de la cabeza y lo hice verme—. Te lo preguntaré por última vez. ¿Es esta la chica?

—S-sí.

Le corté la garganta en un movimiento lento. La sangre bañó el piso y mi ropa, salpicando mis zapatos recién lustrados. El sonido de sus gorgoteos llenó el espacio, no obstante, mi furia era peor. Después, apuñalé el pecho de Raul, directo en ese corazón negro, y retorcí el filo.

—Te enviaré de vuelta con Perez y tu familia en pedazos. —Me puse en cuclillas y miré esos ojos pequeños y negros—. Te metiste con la chica equivocada. Voy a eliminarlos a cada uno y me aseguraré de que ninguno quede vivo en este mundo.

Le daría la bienvenida al año nuevo con una linda matanza.

Reina Romero sacó lo mejor de mí. En ese momento, el mundo vería lo peor.

CAPÍTULO CATORCE

REINA.

Quién sabe cuánto tiempo estuve sentada en el piso de la cocina, con las rodillas contra el pecho y la sangre derramada a mi alrededor.

Miré hacia abajo, tragando saliva cuando me vi las manos manchadas de sangre. Quién hubiera imaginado que acabaría la noche de esta manera. Conmigo, bañada con la sangre de los pecados de nuestros padres.

Sabía que estaría físicamente bien, pero las cosas que escuché esa noche quedaron grabadas en mi alma.

Me rompía el corazón no poder proteger a Phoenix de esta grotesca escena. Lamentablemente, tenía las manos atadas y no sabía qué hacer. No podía simplemente echar el cuerpo a la basura. Se me subió la bilis por la garganta, pero me la tragué.

Apreté los dientes, el corazón me latía más rápido cuando observaba al hombre, cuya sangre ahora me cubría las manos.

Esta noche, asesiné. La realización me impactó con todas las fuerzas. Lágrimas silenciosas me recorrían el rostro. Esos ojos muertos me atormentarían por siempre en los sueños. Aun así, no podía apartar la mirada de ese rostro pálido. La sangre le teñía el cabello gris. Los ojos azules apagados.

Angelo Leone violó a mi madre. Merecía estar muerto. Destruyó nuestra familia. ¿Qué pasaría si *Papà* se enteraba de que *Mamma* tuvo un amorío con Angelo Leone y después lo terminó, resultando en una violación? No, no, no. Tenía que guardar el secreto para proteger a mi *Papà* y a Phoenix.

El pánico me llenó los pulmones y luché contra la urgencia de arrastrarme hasta el baño. Quería meterme bajo la ducha y dejar que el agua me cayera encima mientras me infligía dolor físico.

Cualquier cosa era mejor que sentir esta agonía en el pecho. Dios, estaba tan enferma y cansada de sentirme así de rota. Una mano invisible me clavó las garras en el cuello y presionó, burlándose de mí.

El temblor me comenzó en las manos y se extendió hasta que me tembló todo el cuerpo. La presión bullía dentro de mí y gritaba en busca de su liberación. «*Solo un corte y todo estaría mejor*».

Cerré los ojos con fuerza, sin embargo, la voz era cada vez más fuerte, lacerándome el cerebro. Dejándome moretones que jamás iban a poder sanar.

Meforcé a abrir los ojos e ignorar la quemazón, concentrándome en el cuerpo muerto. Ojos vacíos.

Suspiré temblorosamente y me obligué a respirar, llenando mis pulmones. Repetí nuestro

encuentro en mi mente. Una y otra y otra vez.

«*Supongo que ahora soy una asesina*». Darme cuenta de eso me dejó atónita, pero no pude encontrar un gramo de arrepentimiento.

Lastimó a mi madre; no iba a dejar que se acercara a Phoenix.

El arma aún se sentía pesada y fría en mi mano. La muerte era tan fácil. Apretabas el gatillo y listo.

Algo se despertó en mi interior. *Oscuro. Consumidor. Vengativo.*

Dejé que me poseyera mientras el mundo avanzaba en cámara lenta. Recordé mi infancia. A mi madre. Su rostro sonriente. ¿Alguna vez *fue* feliz? Estaba desesperada por saber la respuesta en ese momento más que nunca. A lo mejor la felicidad de nuestra familia no fue más que una ilusión. Una parte de mí se rehusaba a admitir esa verdad, incluso para mí misma. Si no, ¿por qué *Mamma* habría tenido una relación paralela con Angelo Leone por su propia voluntad? No lo sabía.

De lo único que estaba segura era de que Phoenix no podía enterarse. Me aseguraría de ello.

Una sombra oscura se formó dentro de mí, rompiendo y destruyendo cada parte de mi alma, liberando emociones con las que nunca había lidiado antes. *Odio*. Consumidor y cegador. Sabía a ácido y sangre. Todas esas sensaciones me aterrorizaban.

Incluso cuando el miedo me apretaba la garganta, tenía claro que, si tuviera que hacerlo, lo volvería hacer. Si tenía que matar un millón de hombres, lo haría. Por ella. Por nuestra familia.

No supe cuánto tiempo permanecí en el suelo, observándolo, incapaz de apartar la mirada, cuando oí el suave chirrido de la puerta al ser abierta.

Risitas. Susurros.

Mis ojos se desviaron hacia la entrada de la cocina, esperando a que aparecieran mi hermana y mis amigas. No tardaron mucho. De repente, reinó el silencio... Ensordecedor. Terrorífico.

—¿Qué... demonios? —No estaba segura de quién lo dijo, pero incluso en su estado intoxicado, un millón de emociones les cruzaron por sus rostros sombríos.

Quería correr hasta mi cama y nunca despertar; sin embargo, no podía moverme.

—Lo maté —susurré, le sostuve la mirada a mi hermana—. Y no me arrepiento.

Nadie se movió. Los segundos pasaron a ser minutos. Fue Athena quien finalmente apuntó hacia el cadáver.

—¿Y este quién es? —preguntó Raven, con voz ronca y sin poder apartar la mirada del bulto en el piso. Parecía ser que no era tan evidente el parecido entre el cadáver de Angelo Leone y Dante.

—¿Te...? —Phoenix tragó sonoramente—. ¿Te tocó?

Negué con la cabeza mientras un temblor me recorría la espalda. No me violó, pero sí a mi madre.

—¿Cómo entró? —indagó Athena, con voz estrangulada, y luciendo como un pequeño venado cegado con las luces de un carro.

Antes de hablar, me humedecí los labios, me escocía la herida que tenía en ellos.

—Abrí la puerta. Antes de poder cerrarla, se metió a la fuerza.

Isla miró fijamente el cuerpo con expresión horrorizada antes de observarme.

—¿Quién es? —insistió Isla.

—*Angelo Leone*. —Respondió Phoenix—. *El padre de Dante y Amon*. —Toda la atención cayó sobre mí, si es que era posible, me observaron con los ojos aún más abiertos que cuando apenas se encontraron con el cuerpo—. *¿Crees que haya venido, porque se enteró de lo tuyo con Amon?*

Apreté más las piernas contra mi pecho.

—No creo. Estaba... —Me interrumpí, no quería hablar de más. Lo mejor era que mi hermana y mis amigas no supieran sobre la historia de *Mamma* con Angelo Leone—. Estaba muy borracho. —Terminé diciendo.

—¡Debemos deshacernos del cuerpo! —exclamó Athena.

—O terminaremos tras las rejas —agregó Raven—. ¿Vieron *Les Misérables*? Las cárceles francesas son cosa seria.

—¿Hay alguna que no lo sea? —cuestionó Isla, con sequedad.

Su conversación era un eco en mi cabeza que no lograba entender. Mi hermana pasó por encima del charco de sangre y se arrodilló a mi lado, cubriéndome con su mano la mía como si pudiera percibir todo el caos que me azotaba por dentro.

Me apretó la mano y lentamente alcé la mirada, y me encontré con la suya. Sus ojos eran tan azules como los míos. El mismo tono que el de nuestra madre. Bajo mi expresión entumecida, la revelación de Angelo Leone resonaba por todos lados.

Tenía las manos manchadas con la sangre de su padre. Quizás, toda la vida había estado manchada, con la sangre de mi *Papà* que me recorría las venas, esperando que la oscuridad despertara. Esperando a ser liberada.

Phoenix me soltó la mano y me acunó el rostro. Una sensación molesta y prohibida se deslizó por mi espalda cuando me di cuenta de que de nuevo le ocultaría un secreto a mi hermana.

Finalmente, me soltó el rostro.

—¿Estás bien?

—Sí. —No.

—Te dio una paliza. —Athena señaló lo obvio, mientras se pasaba una hebra del cabello detrás de la oreja.

Se me erizó toda la piel de la espalda.

—No estoy tan mal como parece —aclaré, con la voz ronca. Sonaba como una desconocida. Vacía. Sin vida. De repente, como si alguien hubiera abierto las compuertas, todas las emociones que había mantenido ocultas durante los meses anteriores, desde que Amon me destruyó, salieron al exterior. Había sido arrastrada en una ola que mezclaba mi dolor y el corazón roto. Me había envuelto y ahogado, y se los permití.

Mi cuerpo se vio arrasado por el dolor, la tristeza y la traición mientras hundí mi rostro en el cuello de mi hermana y liberé el sollozo de mi garganta. Mis ojos ardían. Mis músculos dolían por la fuerza de sollozos miserables y desgarradores. Mi hermana me apretó más contra ella, acariciándome el cabello. Nuestras amigas nos rodearon e hicieron sonidos de consuelo.

Y durante todo ese momento un muerto yacía a no menos de un metro de nosotras.

Cuando se me agotaron las lágrimas, la chica que había conocido Amon Leone en el castillo, había dejado de existir.

CAPÍTULO QUINCE

REINA

—**P**rimero lo primero. —Raven parecía ser la única tranquila, relajada y compuesta. Me apuntó—. Necesitas una ducha. Después debemos hacer una lluvia de ideas para saber qué hacer con el cuerpo.

—¿Por qué no estás histérica? —musitó Athena.

—¿Ya has matado a alguien? —murmuró Isla, medio en serio, medio en broma.

Raven negó con la cabeza.

—¿No se acuerdan cuando les dije que vi a un mafioso matar y después deshacerse del cuerpo? —Todas nos le quedamos mirando, con la boca abierta. Le restó importancia con un gesto de la mano, probablemente anticipando nuestras preguntas—. Es una larga historia y ahora no tenemos tiempo. Cambiémonos con ropa negra.

—¿Por qué de negro? —cuestionó Isla.

—Es más fácil camuflarse en la noche —respondió Raven—. Al menos, eso creo.

—Me estás asustando —gruñó Athena.

—*¿No deberíamos estar todas más asustadas teniendo un muerto en medio de la cocina?* —Cortó Phoenix la conversación sin sentido—. *Antes de que la policía golpee nuestra puerta.*

—Estoy legítimamente en pánico —afirmó Isla—. ¿Y por qué Reina no deja de mirarlo?

Finalmente aparté mis ojos del cadáver y las observé.

—Saben que estoy aquí ¿verdad?

Mi hermana me agarró de la cintura y me ayudó a ponerme de pie.

—*Vamos a llevarte al baño.*

—También iremos —gruñó Athena—. Lo mío no es cuidar muertos.

—*Pfff*, a mí no me molesta ahora que estoy más adulta —afirmó Raven, y todas le lanzamos una mirada perpleja—. Está bien. También estoy asustada, pero no sé qué más hacer.

Todas asentimos, de acuerdo con ella. Todo esto era nuevo territorio para nosotras.

Iba a dar un paso fuera de la cocina cuando se me ocurrió una idea.

—Y si... —Me aclaré la garganta mientras por mi cabeza pasaron unas imágenes grotescas que me daban ganas de vomitar—. Quizás deberíamos descuartizarlo —sugerí, suavemente. Cuatro pares de ojos me observaron, sin parpadear—. Es la manera más fácil de moverlo.

Cayó un denso silencio en la habitación. En esa cocina que parecía sacada de un campo de batalla. En ese piso manchado de sangre. Con un cadáver.

Sin embargo, fue mi propuesta lo que las impactó más.

—*No sé si debería estar orgullosa o preocupada.* —Expuso Phoenix en lengua de señas.

—Orgullosa —replicó Raven, mientras Isla decía—. Preocupada.

Inhalé temblorosamente antes de exhalar con calma.

—Es imposible que podamos llevar el cuerpo entero y no lucir sospechosas —argumenté.

—¿Así qué? —La voz de Isla salió chillona—. ¿Lo cortamos en trocitos con un cuchillo de carne?

—*Hmm*. Creo que necesitaremos un cuchillo más grande —añadió Raven, dejándonos a todas calladas.

Cuadré los hombros y tragué el exceso de saliva que me avisaba que estaba a nada de vomitar.

—¿Qué tan grande? —pregunté.

—Reina, no puedes hablar en serio. —Athena medio gritó, medio susurró—. ¿Acaso quieres hacerlo en el fregadero?

Tragué, pero la voz salió temblorosa cuando dije:

—No seas tonta. El cuerpo no cabe en el fregadero.

—No, no, no —Jadeó Isla, tirándose del cabello—. Solo tenemos un baño. Ocupemos cualquier otro lugar, menos la bañera.

—*Lo remodelaremos*. —Señó Phoenix—. *Usaré el dinero de la renta de mi estudio y remodelaremos el baño*.

—No más baños de burbujas, eran demasiado buenos como para durar —gruñó Athena—. Bueno, habrá que usar la ducha.

—Bien, ya tenemos lista la primera parte —intervino Raven, decidida—. Lo cortaremos.

—*Deberíamos enviarle sus bolas a su familia*. —Agregó Phoenix, con expresión seria—. *Para que dejen de meterse con nosotras*.

—Tal vez solo su pene —musité, cansada. Así de una vez por todas terminábamos con el asunto de los hombres Leone. Lo mejor de todo era que ya no había más descendientes de ese hombre vagando por la tierra o si no estaríamos condenadas.

—Las apoyo —replicó Raven—. Yo misma se las iría a dejar a la puerta. Vestida de repartidor de FedEx.

—Ni siquiera quiero saber por qué tienes un uniforme de FedEx —farfulló Isla.

—*La entrega no debe ser personalmente*. —Afirmó Phoenix.

—Estoy de acuerdo con Phoenix —intervino Athena—. Envolveremos bien el pene para que la sangre no se escape de la caja. Probablemente tengamos que ponerlo en hielo para que no se descomponga tan rápido. Después, lo enviamos de la oficina de correo más lejana de la ciudad y que no tenga cámaras de seguridad. Así no quedará registro al que puedan acceder.

No era una mala idea. O Athena vio mucho *CSI* o había sido una asesina en serie en su vida pasada. O la opción más probable era que había investigado mucho para su propio libro.

—¿Dónde vamos a enterrar las partes del cuerpo? —preguntó Isla.

Toda la atención cayó en mí, como si fuera la experta en el tema. Me miré las manos, todavía cubiertas con la sangre de Leone. Perdí mi inocencia, aunque me había empezado a cuestionar si la había tenido alguna vez.

Se me aceleró el corazón y apreté los ojos cerrados, respirando hondo. Inhalé. Exhalé. Inhalé. Exhalé. No era el mejor momento para tener un ataque de pánico. Tenía que recuperar la compostura. Debía ser más dura. Más fuerte.

Exhalé temblorosamente por última vez, abrí los ojos y vi cómo me analizaban mis amigas y mi hermana.

Sacudí la cabeza en un intento por aclarar la mente. Isla tenía razón. Necesitábamos un lugar dónde dejar el cuerpo. No podíamos guardarlo allí.

—En las catacumbas —respondí, exhalando temblorosamente. No sé de dónde salió la idea.

—No sé si es el momento como para turistear —comentó Athena.

—No, allí deberíamos enterrar los pedazos del cuerpo —aclaré, e interpreté en lengua de señas. La imagen que daban con mis manos sangrientas era morbosa—. Hay miles de cuerpos allí. ¿Qué más da si agregamos uno más? —Podía ver cómo los engranajes de sus mentes se echaban a andar y se daban cuenta de que era una buena idea. Los túneles se extendían por unos trescientos kilómetros. Sería lo bastante fácil, ¿verdad?—. Repartiremos las partes en los túneles que no están abiertos para todo el público. En los túneles a los que nadie tiene acceso.

—He visitado las catacumbas —pronunció Athena—. De los trescientos kilómetros, solo tres están abiertos para los visitantes. Las calaveras no tienen marcas ni nombres. Son anónimas.

—Perfecto —susurramos todas al mismo tiempo.

—El arma también —agregué en un murmullo—. Debemos deshacernos de ella también.

Raven me miró.

—Bien pensado. Debemos botar el arma y el cuerpo en las catacumbas.

—*Entonces, cortamos en pedazos a este hombre. Después, llevamos esos trozos a las catacumbas.* —Phoenix resumió—. *¿Qué auto usaremos?*

—Ni siquiera deberías preguntar —gruñó Raven—. Soy la única que tiene coche.

Isla puso los ojos en blanco.

—Si es que se le puede llamar auto. Se queda varado más veces de lo que nos lleva a nuestro destino.

—Tendremos que entrar a las catacumbas por los túneles no oficiales —comuniqué—. Nadie los vigila como es el caso de los que están abiertos para turistas. Entramos y salimos. —Todas asintieron—. También es ilegal —señalé—. Si nos atrapan, es muy probable que nos arresten.

—Estamos a segundos de mutilar el cuerpo de un hombre. Si nos llegan a atrapar, el menor de nuestros problemas va a ser habernos metido a las catacumbas ilegalmente —soltó, Athena, exasperada.

—Dios, ojalá hubiera bebido más alcohol en el club —lloriqueó Isla. Desvió la mirada hacia el cuerpo antes de sacudir la cabeza—. Me hubiera bebido un galón de algo más fuerte con tal de no recordar esta mierda mañana.

—Qué bebita —se burló Raven—. Yo también solía ser así. —El tormento en su mirada era prueba de lo que había experimentado y que definitivamente había dejado una marca en ella.

—¿Supongo que después te crecieron unas bolas? —indicó Athena, cruzándose de brazos y sacando la cadera hacia un lado—. Vamos a ver qué tanto te dura cuando comencemos a cortarlo.

Apenas dijo aquello, Isla empezó a sentir náuseas. Phoenix, Athena y yo estábamos igual. Raven parecía tener estómago de acero, pero aún estaba por verse.

—Pues bien, manos a la obra —anunció la más valiente del grupo, aplaudiendo.

—Si empiezas a ovacionar, te lo juro, me largo de aquí —advirtió Athena.

Isla se agachó enfrente del lavabo de la cocina y se puso de rodillas para tomar algo que había debajo. Se puso de pie y nos estregó guantes de limpieza.

—Entonces, a trabajar.

Me lavé las manos antes de ponerme los guantes e intenté no pensar en toda la mierda que había ido mal en esos seis meses. Hacía unas horas, me los había puesto por una razón completamente diferente, porque quería recibir el año nuevo reluciente. ¿Pero qué hacíamos en ese momento? Íbamos a cortar en trocitos un cuerpo.

Con los guantes ya puestos y luciendo sospechosamente parecida a la protagonista de *The Cleaning Lady*, me puse de pie, insegura de por dónde comenzar.

—¿Sabían que la vejiga y el intestino de una persona se vacía después de morir? —El comentario de Athena me sorprendió y me le quedé viendo.

—Eres una fuente de información asquerosa e inútil —señaló Raven, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué lo mencionas?

Athena se encogió de hombros.

—Para que sepan lo que les espera cuando se lleguen a los intestinos.

La miré fijamente, la incredulidad me asfixiaba la garganta y el cuello. El corazón se me retorció al ser consciente de que no había vuelta atrás después de eso. La etapa de la adultez estaba sobrevalorada. Y la carrera de criminal... aún más.

Solté un pesado suspiro, analizando cómo moveríamos el cuerpo. Ninguna de nosotras estudiaba Medicina. Incluso nos costó aprobar la asignatura de Ciencias. Quizás, lo mejor, era empezar a cortar las extremidades.

—Entonces... ¿qué cortamos primero? —Isla debió de haberme leído la mente.

—¿Nos metemos todas en el papel de “Saw”? —preguntó Athena. Las cinco rodeábamos el cuerpo, luciendo como si fuéramos a operarlo.

—Llevémoslo a la bañera primero —sugerí.

Nos estremecemos, pero con la mandíbula apretada y la espalda recta, cada una lo tomó de una extremidad, gruñendo ante lo pesado que era. Cuando llegamos al cuarto de baño, lo dejamos en la bañera de porcelana.

—Qué bueno que era profunda —gruñó Raven—. La bañera debería contener toda la sangre que saldrá de su cuerpo.

Le lancé una mirada. No quería indagar cómo sabía aquello.

—Estás enferma —siseó Isla—. Nunca me había dado cuenta, pero hay algo seriamente mal en ti.

Raven le dedico una sonrisita.

—Gracias.

—No creo que haya sido un cumplido —indicó Athena.

—*Dejen de jugar.* —Las reprendió Phoenix—. *Es hora de descuartizarlo.*

Su cuchillo se deslizó por el cuerpo de Leone hasta llegar a su entrepierna. Todas jadeamos cuando rompió la tela de los pantalones, exponiendo eso trozo de carne flácido. Después, sin aviso, Phoenix le cortó el pene.

—¡Qué...!

Isla corrió y cayó de rodillas junto al inodoro. Athena fue al lavamanos. El sonido de las arcadas y las náuseas me rodeaban, y se me subía más y más la bilis hasta que no pude aguantarla más. Me di la vuelta hasta la ducha y vomité lo poco que tenía en el estómago.

Iba a ser una larga noche.



Nos tomó dos horas descuartizar a Angelo Leone y dejarlo en trozos que pudiéramos meter en bolsas de basura y poder sacarlas del departamento. Luego, tardamos otras dos horas para llegar a las catacumbas donde dejamos todos los trozos y el arma.

Eran más de las cinco de la mañana cuando Raven estacionó su maltratado Beetle VW frente a nuestro apartamento. Afortunadamente, el amanecer no comenzaría hasta dentro de algunas horas y los parisinos seguían dormidos en la seguridad de sus casas.

La fría brisa olía terrosa cuando salimos del vehículo de Raven y nos dirigimos a la entrada

del edificio. Comenzaron a caer copitos de nieve que se adherían al piso y a mi cabello. Parecía una limpieza. Quizás le daba inicio a un nuevo comienzo. O daba por terminado un ciclo.

No lo sabía.

Entramos agotadas al apartamento, la falta de sueño nos estaba pasando factura, pero la evidencia del crimen nos esperaba.

—Vayan a dormir —les ordené—. Yo limpiaré.

Me ignoraron, se subieron las mangas de la ropa y comenzaron a limpiar. Quemamos la ropa que llevaba Angelo Leone en la estufa de leña que por primera vez estaba encendida desde que nos habíamos mudado. Y probablemente, sería la última vez.

Lentamente, eliminamos cualquier evidencia de lo que habíamos hecho. No, lo que yo había hecho. Refregué el piso de la cocina, los ojos me ardían. No era por el desinfectante, sino porque comprendí que mi hermana y nuestras amigas me apoyaron sin cuestionarme.

Las lágrimas me caían por las mejillas y me las quité con brusquedad. Era hora de que terminara con tanto lloriqueo y autocompasión.

—¿Estás bien? —Me sobresaltó el susurro de Isla y rápidamente me limpié el rostro con el dorso de la mano.

—Sí.

Los ojos de Phoenix se clavaron en mí.

—*No estás bien.*

—Lo estoy —insistí, testarudamente.

—*Entonces ¿por qué te estás cortando?* —Mi instinto me decía que lo negara, que mintiera. Sin embargo, me quedé tiesa, avergonzada por mis actos.

—¿Te estás cortando? —siseó Isla. Negué con la cabeza, pero la mentira se negaba a salir de mis labios—. ¡Qué demonios, Reina!

—*¡Prométeme que te detendrás!* —Exigió Phoenix en señas. Debió de haber visto la pregunta en mis ojos, porque había sido sumamente cuidadosa a la hora de hacerlo—. *Te vi las piernas cuando te estabas cambiando.*

Tragué saliva, dándome cuenta de que no podías guardar secretos si vivías con más personas.

—Lo prometo —murmuré.

—A lo mejor si lo hablas, podría ayudar —sugirió Raven, apareciendo de repente en la cocina junto con Athena—. Sí, lo escuchamos.

Me llevé la mano al collar, jugando con él y esperando esa sensación de seguridad que nunca llegó. En lo único que podía pensar era en lo que dijo Angelo Leone sobre *Mamma*. Sobre Phoenix.

Respiré hondo y exhalé.

—Perdón. Lo mantendré bajo control.

—*Por favor, habla conmigo.* —Señó mi hermana—. *Desde que...* —Vaciló, no quería mencionarlo—. *No es sano que te guardes todo.*

—Estará todo bien —prometí—. Incluso mejorará. —El estrés y la angustia de esos últimos seis meses me alcanzaron, y sabía que sucedería. Debía volver a ser quien era. Hacer yoga. Ir a terapia. Ejercitarme. Soñar con mis diseños—. Sé que el año no terminó bien, pero mejorará.

—¿Cuándo lo...?

Phoenix la cortó.

—*No deberíamos hablar de eso.*

—¿Cuándo pasó lo que pasó? —parafraseó Isla. La miré confundida, sin entender a qué iba su pregunta.

—Antes o después de medianoche —aclaró Athena, suavemente como si la pregunta tuviera mucho sentido.

—Apreté el gatillo justo cuando empezaron los fuegos artificiales. —Mi voz era ronca, pero ya no temblaba. Tampoco lo hacían mis manos cuando tomé el dije, buscando esa seguridad que siempre me aportaba.

—Bien —musitó Isla, en voz baja—. Muy bien. Todo lo malo quedó en el año pasado. Empezamos este año como nuevas.

Un coro de murmullos le siguió, las chicas asentían, estando de acuerdo con aquella afirmación.

¿Tenía sentido su lógica? No. ¿Iba a señalarlo? Por supuesto que no.

Me quedaba clarísimo que tanto mi hermana como mis amigas debían creer en algo para avanzar, así que me quedé callada y estaría agradecida porque no me entregaron a la policía.

—¿A qué hora llegaron a casa la noche anterior? —Honestamente, no supe cuánto tiempo me quedé sentada allí como una *zombie*, pero sentí que habían pasado muchas horas antes de que me encontraran en la cocina.

—A la una. —Miró la hora—. Son las seis ahora.

El cuerpo en ese momento estaba bien oculto bajo las catacumbas parisinas, en la parte donde no entraban los turistas, y solo nosotras cinco sabíamos su locación. Después de limpiar el desastre que había en la cocina, esperé a que llegara mi turno para bañarme, apoyada en la pared.

—Si por algún motivo, la policía toca nuestra puerta. —Comenzó Raven—. Debemos decir que nunca lo vimos. Estábamos de fiesta. Celebramos el Año Nuevo, llegamos a casa y después quisimos ir a comer algo. Vagamos por las calles en busca de algún local abierto. Como no encontramos ninguno, nos devolvimos. Listo. —Tenía razón, definitivamente, debíamos aferrarnos a esa coartada, era una historia que había que pulir.

Ya había amanecido cuando nos acostamos. Phoenix se acurrucó a mi lado, resoplando sonoramente mientras conciliaba el sueño.

Me quedé despierta y repasé todas las consecuencias que les traje y cómo todo había terminado terriblemente mal.

CAPÍTULO DIECISÉIS

AMON

La ráfaga de nieve caía desde el cielo gris de París.

Había pasado una semana desde que padre desapareció. Esta mañana, nos llegó un paquete. Era un pene descuartizado, cuyo ADN le correspondía. Sobraba decir que estaba muerto. Nadie sabía quién lo había hecho.

Madre no se veía para nada desconsolada y era entendible conociendo su relación. Dante no estaba siendo el mismo, estaba silencioso y pensativo. Hiroshi seguía normal y yo... Pues, me importaba un comino la muerte de Angelo Leone. Padre o no.

Había sido un bastardo cruel que disfrutaba usar su poder para someter a otros, a los más débiles.

—Qué agradable de tu parte que hayas sugerido salir a cenar, Amon —expresó mi madre, su voz sonaba algo insegura. No estábamos en los mejores términos desde ese día de la gran revelación. Como no le respondí, continuó—: Es una lástima que Hiroshi no haya podido venir.

No comenté.

En el momento en que entramos al restaurante, me arrepentí de haber ido. Rizos dorados, sonrisas felices y ojos azules con corazones se reproducían en mi mente. En cada rincón del restaurante, podía evocar rayos del sol y el sonido de su risa.

Mi alma se fragmentaba en pequeños pedazos afilados que se me clavaban en el corazón.

El restaurante se veía casi vacío, las temperaturas bajas obligaban a todos los demás a permanecer en sus cálidos hogares. Las festividades y el clima no eran impedimento para *Oba*, y usualmenteabría lloviera o tronara. Me había dicho que de esa manera se mantenía ocupada y hacía que la gente saliera de sus casas.

Tenía razón. No había salido del apartamento en días, pero allí estaba.

Los tres nos sentamos en nuestra mesa de siempre, y me pregunté quién sería el primero en romper el silencio. La tensión había crecido entre mi madre y yo desde que destapó esa verdad que me cambió la vida. Según ella, estaba siendo irracional. Y le recriminaba que debió haberme dicho la verdad en un punto más temprano de mi vida sobre esta conexión jodida.

—Sé que no es el mejor momento. —Comenzó—. Pero aun debemos encontrar ese documento de Romero.

Me tensé. Ya me había dado por vencido con eso. Me parecía una maldita pérdida de tiempo.

—Si quieres irrumpir en la casa de la suegra de Romero, cosa que nosotros no, ya deberías irte despidiendo de ese estúpido documento. —Mi tono era cortante y frío.

Las cejas de Dante se alzaron.

—A mí no me molestaría irrumpir en su casa.

Estreché la mirada hacia él.

—Tenemos cosas más importantes de que preocuparnos.

—¿Cómo qué? —intervino mi madre—. ¿Qué es más importante que tu derecho de nacimiento?

—Además, sería bueno para la *Omertà* si lideraras la *Yakuza* —señaló Dante. En ese momento, mi hermano ya era parte de la organización, y hacía la forma en la que señalaba lo obvio aún más molesta.

Resoplé con burla. Me importaba una mierda si era hijo de Leone o Romero. Seguía siendo un jodido forastero. Ese asiento en la *Omertà* no era mío. Era el hijo ilegítimo.

Apreté los dientes, refrenando mi temperamento.

—Me apoderaré de la *Yakuza* a *mí* manera. No necesito ese documento. Fin de la conversación.

—Andamos bastante sensibles, ¿no crees? —musitó Dante, en voz baja, pero al menos dejó el tema.

O quizás lo hizo, porque *Oba* se dirigía hacia nuestra mesa, su rostro arrugado era prueba de los años de experiencia y el trabajo duro. A veces, con solo mirar a una persona podías saber que habían pasado por muchas cosas en la vida.

—Mis comensales favoritos. —Nos sonrió, con las manos tomadas enfrente de su Kimono—. Amon y Hana, qué placer verlos. No sabía que volverías a París tan pronto.

—Nunca se fue —gruñó Dante.

—Ah, ¿decidiste quedarte para el *Paris Fashion Week*?

Mamma le regaló una leve sonrisa. No era muy apropiado decir que se había quedado porque padre, mejor dicho, el padre de Dante, no había regresado a casa la víspera de Año Nuevo, dado que su muerte se mantenía fuera de los medios de comunicación.

No nos había parecido extraño, ya que tenía amantes por todo el maldito continente, así que ninguno de nosotros se preocupó. Aunque me tenía inquieto que Dante no hubiera tenido ninguna reacción desde que nos enviaron el pene cortado.

Mi madre le respondió algo vago, pero, afortunadamente, *Oba* no se dio cuenta, tenía la atención puesta en algo más.

Miraba hacia la entrada del restaurante y agitó la mano en un saludo.

—Hola, Reina. Qué alegría verte.

Se me paró el corazón. Lo hizo de golpe. Giré la cabeza, lentamente, siguiendo la dirección de la mirada de *Oba* y el resto del mundo se desvaneció.

Reina la saludó de vuelta, nos daba la espalda mientras se sacudía la nieve de su abrigo.

—Hola, *Oba*.

Mierda, su voz seguía siendo igual de suave como la recordaba.

Su pequeña figura estaba envuelta en un abrigo rosado. Su falda de lana blanca apenas le llegaba a las rodillas, sus piernas estaban ocultas bajo mallas rosadas y botas blancas.

Y su cabello...

Demonios, ¿qué le había hecho a su cabello? Esos rizos dorados apenas le llegaban a los hombros.

Se giró en nuestra dirección y su sonrisa se le congeló en la cara. Escuché un coro de jadeos, y por la niebla roja que me cubría el cerebro en ese momento me tomó algo de tiempo darme cuenta de que mi madre y *Oba* habían soltado esas exclamaciones.

El rostro de Reina estaba azul y morado, los moretones destacaban sobre esa piel tan pálida. Y su cuello...

Antes de notar lo que estaba haciendo, me había puesto de pie y di largas zancadas por el

restaurante, mi silla cayó al piso con un golpe. Y los platos cayeron también.

Todo lo demás dejó de importar.

Alguien la lastimó. Alguien le había puesto las manos encima. *Iba a matar con mis propias manos a quien fuera que lo hubiera hecho.*

El zumbido en mis oídos se negaba a apaciguarse. Mi furia la cubría de rojo, reemplazando sus colores rosas.

Reina permaneció quieta, estudiaba cada paso que daba hasta que me incliné sobre ella. Seguía oliendo a canela, tan bella como siempre. Pero ya no había corazones en sus ojos. Al menos no para mí.

Mi mirada cayó sobre su delgado cuello, la marca de dedos estaba más clara que el agua. Alguien la había estrangulado.

—¿Quién te lastimó? —bramé, me temblaba todo el cuerpo por la furia—. ¿Quién demonios te tocó?

Algo cruzó por su mirada. ¿Era miedo? No podía ser. Sabía que jamás la lastimaría. «*Excepto que lo hiciste*», susurró mi mente.

En el lugar donde alguna vez estuvo mi corazón había sido reemplazado por una cuchilla afilada.

—Te lo preguntaré de nuevo, Reina. —Apenas podía contener la furia. Tuve que respirar hondo antes de insistir con los dientes apretados—. ¿Quién. Te. Lastimó?

Las llamas se le encendieron en los ojos y cuadró los hombros, alzando la barbilla.

—¡Vete a la mierda, Amon! No tienes ningún derecho de hacerme preguntas.

Su respuesta me tomó por sorpresa.

Di un paso adelante, ella uno atrás.

—Reina...

—Basta —siseó, el brillo en sus ojos apagado. *Provoqué eso.* Saber aquello fue más doloroso que cualquier cosa.

Demonios. Todo estaba tan jodido. Quemaría el mundo entero con tal de tener sus sonrisas de vuelta. Estaba tan mal, pero no sabía cómo remediarlo. Cómo *arreglarme*.

—Bien, haz lo que quieras —bramé, entre dientes—. De todas maneras, encontraré quién te hizo esto y después...

No había necesidad de terminar la oración. Sabía perfectamente a qué me refería. Eligió ignorar mis palabras y pasó por mi lado, dirigiéndose hacia *Oba*, mientras me quedaba allí, inmóvil, abriendo y cerrando los puños. Las ganas de liberar toda mi ira me estaban desbordando, pero no era ni el momento ni el lugar.

—Hola, *Oba*. ¿Ya está listo mi pedido? —La suave voz de Reina llenó el restaurante, el sonido actuando como mi rastreador personal.

Puse atención a lo que hablaban, cada fibra de mi cuerpo estaba alerta.

—¿Qué te sucedió, *Hina*? —preguntó *Oba*, le temblaba la voz. No me sorprendía que le hubiera encontrado un apodo en japonés. *Sol*. Le quedaba perfecto con ese cabello que brillaba como el oro.

—Un simple accidente. —Reina mantenía la voz relajada, aunque había algo bajo su tono que no supe distinguir—. Está mucho mejor ahora.

Ni siquiera sabía que había regresado a París. Darius no me avisó. Una semana atrás, en Año Nuevo, vi a su hermana y a sus amigas de fiesta, pero Reina no estaba por ningún lado. Asumí que todavía se encontraba con su abuela.

¿Podría ser que los brasileños la hubieran atacado? Si lo hicieron, descuartizaría a Perez

Cortes, miembro por miembro.

Oba empacó su orden y se la entregó.

—¿Quieres que le pida a alguien que te ayude?

Los rizos de *Reina* rebotaron cuando negó con la cabeza.

—No, mi amiga me está esperando afuera. Regresaremos en coche.

—Bien, *Hina*. —La mano de *Oba* rozaba la de *Reina*—. Por favor, cuídate. No quiero que...

Reina le sonrío, y le palmeó la mano arrugada.

—Lo prometo. Todo está bien. Gracias por el pedido de último minuto.

—Por supuesto. Cuando lo necesites.

Oba llevó su mano a la mejilla de *Reina* y la acunó con dulzura. Desde el momento en que se conocieron había quedado encantada con ella.

—Cuídate mucho, ¿bien?

Sus rizos cortos volvieron a rebotar cuando asintió. Se veía diferente, pero seguía siendo la misma. Más adulta, por así decirlo. Pasó por la mesa donde mi madre y Dante aún estaban sentados, ambos la observaban.

Simplemente les hizo un gesto con la cabeza mientras mi hermano no le quitaba los ojos de encima como si le pagaran por ello y recibiera millones por hacerlo. Batallé contra la urgencia de abalanzarme contra él y arrancarle los ojos.

En su lugar, me quedé inmóvil y esperé.

Pasó por mi lado como si fuera un desconocido más.

No pude resistirme. Antes de darme cuenta de lo que hacía, moví la mano y la tomé de la muñeca.

—*Reina*...

Se detuvo, sin embargo, no se giró para verme. Miraba hacia al frente, ignorándome. Justo como la reina que era. Los moretones en su cuello se veían peor desde este ángulo. Jesucristo.

—¿Qué quieres, Amon? —Su voz era más fría que las temperaturas de afuera, y su expresión era aún peor.

—Dime qué pasó —exigí, en voz baja—. Esos moretones... Te juro por Dios...

Esa vez se dio la vuelta y me sostuvo la mirada, sus ojos me fulminaban con fría ira. Esos mismos ojos azules como el océano solían mostrarme a mi alma gemela, en ese momento, me ofrecían una desconocida.

—¡Tú me lastimaste, Amon! —espetó, su voz me laceró—. Estos moretones no son nada comparados a los que dejaste atrás. —Una vena le pulsaba en ese delgado cuello, evidencia de su enojo—. Ahora, ¡suéltame!

Tiró de mi agarre y se soltó. Se retiró del restaurante, sin mirar atrás.

CAPÍTULO DIECISIETE

REINA

*Tres años más tarde
veintiún años de edad*

Mi hermana se aproximó a mi oficina como si fuera una imposible corta pasarela. De fondo, escuchaba mi lista de reproducción de iTunes de canciones depresivas para chicas. A veces, me ayudaba para inspirarme. En otras ocasiones, me recordaban por qué me negaba a darle una segunda oportunidad al amor.

¿Quién necesitaba esos dolores de cabeza y de corazón? Prefería ser devorada por un tiburón. Lentamente.

Aparté la mirada de los diseños que estaba arreglando para mi trabajo en *Hermès*. Logré entrar allí, en su mayoría, gracias a mi apellido y mi parentesco con mi *Mamma* y mi abuela, dos de las estrellas más importantes de su era. Tampoco perjudicó que mi abuela conociera a alguien en la junta directiva.

Si bien estaba agradecida, y la experiencia era invaluable, no me sentía feliz trabajando allí. El trabajo administrativo no era lo mío. Después de meses sufriendo, finalmente me decidí por iniciar mi propio negocio y había estado trabajando en ello por varias semanas.

—Hola. Llegaste temprano. —Miré la hora para asegurarme de no haber perdido la noción del tiempo. Todavía eran las tres de la tarde—. No las esperaba a ti y a Isla hasta las cuatro después de que salieran de la práctica de la sinfónica.

Se encogió de hombros, y seño:

—*Isla llegará a las cuatro.*

Mi hermana me regaló una sonrisa reluciente, pero cuando miré fijamente sus ojos, supe que algo le molestaba e intentaba ocultármelo.

—¿Y eso? —le pregunté, reprimiendo el instinto de exigirle que me dijera qué o quién la hizo enojar.

—*Por la práctica.*

Fruncí el ceño.

—¿No tienes práctica?

—*No.*

Me recliné sobre el asiento, ignorando todo el trabajo que tenía acumulado y que debía terminar. Mi oficina parecía un armario de limpieza. Bueno, exageré un poco, pero lo llamaba así porque el espacio era suficientemente grande para un escritorio, un pequeño gabinete, yo y un

visitante.

Desafortunadamente, nada de esto me ayudaba a mi racha creativa. Por ese motivo, estaba trabajando en mis propios diseños y en sacarlos a la luz, y lo haría con un desfile la próxima semana, y luego, asumiendo que sería un éxito, me iría de aquí.

Me dieron escalofríos cuando pensé en el desastre del que no me había hecho cargo. ¿Acaso era demasiado pedir, que, por una vez en la vida, las cosas me salieran bien?

Sacudí la cabeza, espantando esos pensamientos y me enfoqué en Phoenix.

—¿Y por qué no tienes práctica?

Estudí a mi hermana. Los rizos oscuros se veían desaliñados, llevaba un suéter negro, unos pantalones rojos de cuero y unas zapatillas negras. No me cabía duda de que no había ido a la práctica de la sinfónica vestida así. El maestro Andrea era muy conservador. A Isla le gustaba sacarlo de quicio, pero eso no era propio de mi hermana.

—*Simplemente no.* —Otra respuesta vaga. Phoenix siempre estaba llena de energía cuando tenía ensayo o conciertos.

—¿*Qué pasó?* —No tenía sentido seguir andándome por las ramas, Phoenix era experta en evitar los temas—. *Y no me digas “nada”, porque yo misma iré a preguntarle al maestro Andrea.* —Resopló y pude ver cómo elegía sus siguientes palabras con cuidado, y responderme sin contarme toda la verdad—. *¿Sabes qué? Mejor iré directo con él.* —Decidí, usando métodos algo manipuladores.

Prefería atragantarme que llamarlo. Si lo hacía, insistiría en que volviera a la música hasta que se quedara sin respiración.

—*No me necesitaba.* —Parpadeé tras oír su respuesta. No era lo que esperaba. Phoenix era una pianista magnífica, y no había muchas personas que tuvieran su talento. La única desventaja que había tenido en su carrera era que nadie sabía lengua de señas para que le interpretara. Y allí era cuando aparecía yo.

—¿A qué te refieres? —pregunté, lentamente. No quería sacar conclusiones precipitadas; quizás el maestro solo necesitaba violinistas hoy.

Phoenix se encogió de hombros y resopló.

—*Escogió a otro pianista. No hay problema.*

Me senté recta en la silla, envuelta en indignación.

—¿*Qué? Creí que te quería a ti. Lo dejó claro.* —Algo cruzó por su mirada y mi instinto me alertó que había algo más—. *Dime por qué eligió a alguien más, Phoenix.*

El movimiento de mis manos para hacer las señas era torpe, porque la furia se extendía por todo mi cuerpo.

—*No es para tanto.* —Sus movimientos fluidos no correspondían con su frustración, pero no podía ocultar la decepción que le acechaba los ojos.

—*Por supuesto que sí. ¿Por qué escogió a otro?* —Repetí.

—*Cuando vio mi nombre, asumió que también participarías.*

Se me escapó un gruñido. Era una maldita injusticia. Phoenix era mucho mejor música que yo y, aun así, su falta de audición seguía dejándola en desventaja.

—¿*Por qué estás tan calmada?*

Me miró como si la hubiera traicionado.

—*No lo estoy. Quiero vengarme. Quiero cortarle el pene y dejar ciego a ese imbécil.* —Muy bien, eso sí que no me lo esperaba—. *Pero no cambiaré de parecer y no me dejaré tocar en la sinfónica, así que debo dejarlo ir. Conseguiré otro concierto. Y lo haré arrepentirse por el resto de su vida.*

Tenía razón. Esa era la mejor venganza para cualquier idiota que la rechazaba y la despreciaba.

—*Y después te negarás cuando te pida que toques en sus conciertos.* —Solté una risita maliciosa, tomando mi lápiz de nuevo—. *Todavía no puedo creer a ese idiota.*

Se recostó en la pared y se cruzó de brazos, claramente dando por terminada la conversación. No había terminado con el maestro, tenía todas las intenciones de visitarlo y hacerlo arrepentirse de haber nacido. Obviamente, Phoenix no necesitaba saberlo.

Su mirada me quemaba así que no pude morderme la lengua.

—¿Qué? —Soné demasiado a la defensiva y ni siquiera supe por qué. No era como si hubiera hecho algo malo. *Todavía.* Relajó la postura y agitó la mano con desdén. Estreché la mirada—. Sé que algo te está rondando por la cabeza, así que dímelo.

Funcionó.

—*No luces vestida como para salir.* —Señaló, apuntando el vestuario que llevaba: pantalones de yoga y una camiseta de cuello redondo. Definitivamente, eran inadecuados para salir—. *Ni tampoco para trabajar, si te soy honesta.*

Puse los ojos en blanco.

—*Primero, estoy oculta en este lugar donde la única persona que me ve es ese tipo que me entrega estas cosas aburridas.* —Apunté hacia la pila de documentos que estaban sobre mi escritorio desordenado. Había días en los que tenía que revisar tanto papeleo que me daban ganas de arrancarme los ojos—. *Además, es viernes, día de vestimenta casual.* —Alzó las cejas como diciendo “y qué” pero omitió cualquier réplica—. *Y la mayoría de la compañía no viene a trabajar este día por que iban a algún retiro o una mierda parecida.*

—¿Y no fuiste?

—*Era opcional.* —Si hubiera sido obligatorio, ahí sí que me hubiera apuñalado los ojos.

Un sonidito suave parecido a un bufido resonó en su pecho, haciéndome entender que sabía que mentía.

—*No puedes seguir ocultándote del mundo.* —Me reí con burla y puse los ojos en blanco, ya estaba lista para defenderme. Y parecía que me había leído la mente, porque agregó—: *Y, por favor, no me salgas con que lo estás intentando, porque si no te agarraré del cabello y te arrastraré fuera del edificio.*

Suspiré.

—*No me estoy escondiendo.* —Reviré con sequedad—. *Prefiero esto que estar saliendo y yendo a fiestas.*

—¿Cómo? —Me desafió—. *¿Escuchando música depresiva, aprendiendo a pelear o pasar el rato con ese tipo que es exagente especial?*

Se refería a Darius y nuestros encuentros en el centro de artes marciales. Nos habíamos vuelto buenos amigos durante estos últimos tres años.

Me encogí de hombros.

—Me gusta.

Me miró con los ojos como rendijas.

—¿Él te gusta?

La miré por un momento antes de soltar una carcajada. No había duda de que Darius era muy atractivo, pero no era para nada mi tipo. Con ese cabello rubio que le llegaba a los hombros y esos músculos, me preguntaba si era más vanidoso que todas mis amigas juntas.

—*Me agrada como amigo.* —Aclaré—. *Ni más ni menos.*

Debió de haber notado mi honestidad porque dejó las preguntas.

—*Sal con nosotras.*

Negué con la cabeza.

—*No puedo. El lugar donde haría mi desfile quedó cancelado. Debo salir a buscar uno nuevo o tendré que cancelar el show.*

Era la excusa perfecta y también la verdad. Obviamente, *olvidé* mencionar la parte donde iría a visitar al maestro.

—*Te podemos acompañar.* —Ofreció.

Isla hizo acto de presencia justo cuando Phoenix comenzaba a señalar su respuesta, su cabello rojo recogido en una cola de caballo.

—¿A dónde exactamente iremos con Reina?

—A ningún lado —respondí, rápidamente—. Después de visitar algunos lugares potenciales, me reuniré con Darius en el centro de entrenamiento. Así que no, no pueden venir conmigo.

—*Ah, ahí está.* —El rostro de Phoenix estaba teñido con molestia—. *Parece que prefieres pasar más tiempo con él que con nosotras.*

Cuando resoplé, ya exasperada, Isla me miró con empatía.

—Prefieres pasar tu tiempo en ese lugar apestoso que salir a divertirte.

—Me divierto aprendiendo autodefensa —protesté—. Me hace sentir más fuerte. Más segura.

Era verdad. Fue un milagro más allá de lo creíble el hecho de que haya sobrevivido a Angelo Leone. Estaría preparada en caso de que algo así se volviera a repetir.

—*Quizás deberías retomar las sesiones con tu psicólogo.* —Sugirió Phoenix, cruzándose de brazos y mirándome.

Me negué.

—No, estoy bien. Además, no es como que pueda contarle lo que pasó. —Las miré, seriamente—. Esto funciona y no lo dejaré. Ahora, no hagan esperar más a Raven y Athena. Vayan a cenar y luego pásenla bien. Estaré en casa cuando regresen.

—Creo que te estás engañando a ti misma, aclamando que estás bien —argumentó Isla, con suavidad—. Tres años es mucho tiempo para seguir enganchada por alguien.

Desvié la mirada, me era difícil negarlo. Tenía claro que todo lo relacionado a Amon era pasado, olvidado, no volvería a tropezar con esa piedra, pero aún me seguía doliendo como la primera vez que pronunció esas palabras.

Tú y yo contra el mundo.

Podría negarlo, pero seguía igual de enamorada de Amon Leone como el primer día. Del chico que me destruyó.

Miré a la pared y estudié la nula decoración mientras mi mente me hacía recordar las imágenes que deseaba olvidar. Los dos bailando bajo las linternas flotantes. Nadando en el mar azul. No volvería a amar a nadie con esa intensidad, y aunque me dijera a mí misma lo tóxico que era amarlo. Estaba obsesionada con él.

Volví a prestarles atención a ese par de ojos que me observaban con cautela, y respiré temblorosamente.

—Estoy trabajando en ello. Las clases de autodefensa están ayudando. Enfocarme en mi carrera también lo hace.

Las chicas no parecieron muy felices con mi decisión, pero la aceptaron. Veinte minutos después, salimos del edificio de *Hermès*. Isla y Phoenix se fueron por la derecha y yo por la izquierda.

Unos años después, me daría cuenta de que ese día volví a ser arrastrada al bajo mundo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

AMON

veintiséis años de edad

Trieste, Italia.

Vi la ciudad bullir de vida mientras las olas chocaban contra la costa. Para todos era pintoresca, excepto para mí. Este lugar nunca había sido mi hogar, a pesar de haber nacido aquí.

Los músculos me ardían y el sudor me corría por la frente, tenía la visión borrosa mientras continuaba golpeando el rostro del maniquí. Estaba liberando toda mi furia, llevando mi entrenamiento a niveles peligrosos. Se había convertido en mi santuario. El olor a sudor perfumaba el aire mientras mi mente divagaba en todas las direcciones posibles.

Me preguntaba dónde estaba *ella* en ese minuto, qué hacía, si era feliz, contenta. La tentación de saberlo todo era tan grande que después de una hora de destrozar el maniquí, me rendí.

Me sequé la transpiración del rostro y me dirigí a la *laptop*, y la abrí. Lancé la toalla en el canasto de la ropa sucia, tomé una botella de agua, y me puse manos a la obra: entré a mi programa de vigilancia.

Presioné varios botones hasta que la encontré. Estaba en su clase de yoga. Todavía iba con regularidad. ¿Todavía tenía ataques de pánico? También tomaba clases de autodefensa con Darius. Debí haberle exigido a Kian que la vigilara, tenía unos treinta años más que ella; en lugar de ese rubio bonito de cabello largo que estaba embelesado con mi... Maldición, ya no era *mi* nada.

Hijo de puta.

Me tomó varios minutos calmar el fuego que bullía en mi pecho. Era imposible, jamás podría extinguir esta posesividad hacia Reina Romero. Me daban ganas de ir tras Darius y romperle el cuello. De esa forma, acabaría con esos encuentros semanales.

Debí llamar a Kian y exigirle que despidiera a Darius. No funcionaría, pero, demonios, me daría una excusa para ir contra su compañía. El idiota incluso se negó a recibir un pago. Se los seguía enviando, aunque siempre los devolvía, sin falta. Habíamos estado en ese juego por los últimos tres años.

Qué irónico. Cuando Dante fue secuestrado por uno de los enemigos de padre, se negó a pagar el rescate.

Mi mente rememoró esos tiempos oscuros. Debí haber estado con Dante ese día que fue secuestrado. En cambio, estaba ocupado evitando el desastre que había hecho mi primo con unos

de los cargamentos que casi termina con cincuenta mujeres ahogadas que estaba intentando meter a Japón para su negocio de prostitución.

Se me revolvía el estómago cada vez que recordaba la grabación de su secuestro. A Dante lo emboscaron a la salida de este mismo club, en Trieste. Peleó con su vida, pero al final fue sobrepasado por la docena de hombres que vestían con trajes de combate y pasamontañas negros.

Vi cómo le golpearon el costado de la cabeza. Hizo el intento de resistirse, pero ya estaba débil, mientras la sangre le corría por el rostro. Lo arrastraron y lo metieron en una camioneta negra. Desapareció por dos semanas.

Yo mismo fui a pagar el rescate, dado que mi padre se negó, a cambio de la vida de mi hermano. La persona que me devolvieron ya no era la misma. Padre se rio hasta más no poder, diciendo que había sido lo mejor que le pudo haber pasado a Dante. Según él, lo hizo más fuerte.

Definitivamente, lo hizo más loco.

Intenté conseguirle ayuda y fallé. Nuestra madre se había quedado con él en el castillo, asegurándose de que comiera todos los días. O que no se lastimara a sí mismo. Mi hermano ansiaba sentir dolor esos días, ya sea infringiéndoselo a sí mismo o a otra persona. Deseaba estar en el infierno, no, más bien, lo necesitaba. Madre fue la única que a veces lo pudo mantener fuera de esa espiral.

Después de eso, decidió dormir en el sótano. En ese sitio oscuro y frío, alejado de todos.

Lo iba a visitar tanto como podía, pero prefería quitarme los ojos antes de dormir en esa maldita casa. La última vez que había pasado la noche en ese jodido lugar fue cuando tenía dieciséis.

El timbre sonó, y me sacó de esos recuerdos tan sombríos.

—Está abierto —avisé. Tenía una sospecha de quién podía ser. Solo Dante, Hiroshi y mi madre tenían acceso a este edificio.

—Hola, *Musuko*. —La suave voz de mi madre resonó por todo el *penthouse*.

Tomando un trago de agua, me tensé, me volteé, y me encontré con esos ojos llenos de tensión. Durante esos tres años, nos habíamos distanciado. Cuando la miraba, no podía evitar ver el rostro enmarcado de dolor de Reina. Cómo sus hombros se agitaban de arriba hacia abajo por su llanto suave que llenó todo el departamento de París. Todas las noches me atormentaban las imágenes suyas cubierta de sangre sobre el asfalto y postrada en el hospital. Ya eran lo suficientemente horribles, no necesitaba el recordatorio de quién había causado todo ese desastre.

—Madre.

No había cambiado nada. Los años le habían sentado bien, a pesar de esa oscuridad que parecía siempre rodearla. El recuerdo de esos dos hombres, Romero y Leone, que le retorcieron la vida y la convirtieron en lo que ellos quisieron.

Amaba a mi madre, pero no podía perdonarla por haberme ocultado ese secreto tan grande. No era porque me importara quién era mi padre, ninguno de los dos era mejor que el otro, sino porque destruyó a mi niña con los ojos con corazones.

—¿Estás aquí por negocios de la *Omertà*?

Asintió

—Dante me dijo que han progresado con la eliminación del tráfico de personas. —Dante era un soplón. Por los últimos tres años, se había preguntado sobre el desacuerdo en nuestra relación, sin embargo, mi madre cumplió su promesa. Solo nosotros sabíamos la verdad sobre mi verdadero padre.

—Fui a Japón con Hiroshi y conseguí nuevos diseños de kimono —continuó cuando no comenté nada. Dio un paso adelante, vacilante, y me miró con dulzura.

—Lo sé, se vuelve perezoso en su trabajo solo cuando está contigo —remarqué, aunque no había molestia alguna en mi tono.

—Siempre le repito que quizás es tiempo de retirarse.

Asentí, sabiendo que Hiroshi haría lo que quisiera.

—¿Están planeando casarse?

Negó con la cabeza.

—Romero todavía está vivo. —Y allí estaba. La nube negra que se posaba sobre nosotros, inconclusa y siniestra.

—No le queda mucho tiempo —comenté, inexpresivo. Daba igual si lo mataba o moriría por su cuenta. El cáncer se lo estaba comiendo vivo.

Una diversión amarga se apoderó de mí, mientras el silencio se extendía, haciéndolo parecer como una tranquila aceptación, pero no era suficiente para tapar la peligrosa tensión que burbujeaba entre los dos.

—Si pudiera retroceder el tiempo y cambiarlo todo, lo haría —dijo.

Mi madre no había cambiado nada en los últimos años. O, mejor dicho, en los últimos veinte años. Llevaba el cabello oscuro en dos chongos perfectos sobre la cabeza, similar al estilo *odango* que se había vuelto muy popular en la moda japonesa. Sin embargo, lo que más odiaba era el color de su kimono. Había hecho todo lo posible para ignorar el color rosado durante esos tres años. También, el aroma a canela, que con solo olerlo me ponía furioso.

Sí, terminé haciéndole honor a mi apodo.

—Amon, ¿cuándo me perdonarás? —Dio otro paso adelante, su cuerpo estaba tenso—. Por favor, *Musuko*. Han pasado años.

Perdón. Si tan solo fuera así de fácil.

—¿Cómo supiste que había regresado? —pregunté. Había llegado recién la noche anterior.

—Hiroshi lo mencionó. —Esa era precisamente la razón por la que había empezado a alejar a Hiroshi de mis asuntos. Su lealtad hacia mí solo era superada por su lealtad hacia mi madre. Estaba feliz por ella, pero aquello no significaba que estuviera dichoso con que el hombre vigilara todo lo que hacía y deshacía.

Tras años de sufrimiento y violencia. Lo pudo haber evitado con solo irse. Angelo Leone ni siquiera era mi padre de verdad y aun así dejó que nos tratara como basura.

—¿Hay alguna razón de tu visita? —inquirí, finalmente.

Suspiró.

—No me agrada esto —murmuró con suavidad—. Quiero enmendarlo.

—¿Puedes retroceder el tiempo? —espeté con amargura.

—No, pero...

—Entonces, no lo puedes arreglar.

Reinó el silencio, y reunió a todos nuestros fantasmas y sombras. Apestaba a jodida amargura y no sabía cómo aceptarlo. Me cogí a mi media hermana. Y lo peor... Todavía la amaba. La mujer que tenía el poder para haber evitado todo eso, decidió mantenerlo en secreto hasta que fue muy tarde.

—Nunca me dijiste que era importante para ti —me recriminó en voz baja. Me di la vuelta para observar la ventana, y en silencio maldecí a Marchetti y a Dante por haberme pedido regresar a Europa.

La rabia me nublaba la visión y pintaba el mundo en rojo al igual que un monstruo listo para atacar, derramar sangre y matar.

—Y fallaste en mencionar, por veintitrés años, quiero señalar, que Tomaso Romero era mi

padre biológico —reviré, mirándola por encima del hombro. Me expresé de forma calmada, plana, sin dejar entrever la tensión que fluía en mi interior.

—¿Cuántas veces debo repetirlo? —suplicó—. Lo lamento.

La rabia pulsaba con fuerza dentro de mí, expandiéndose y afilando las garras hasta hacer pedazos cualquier pizca de moral que me quedaba.

Madre tenía que irse antes de que dijera o hiciera algo de lo cual no habría vuelta atrás.

—Yo también. —Por tantas cosas. Pero lo más importante, me lamentaba por el quiebre de nuestra relación. No había nada que pudiera repararla.

No en esta vida.

CAPÍTULO DIECINUEVE

REINA

Ensayé mi discurso de camino al estudio donde sabía que encontraría al maestro Andrea.

Maestro Andrea, le pido que deje de ser un idiota. Negué. No, eso no iba a servir. *Maestro Andrea, por favor, reconsidere su estúpida decisión sobre mi hermana.*

Maldición. Menos mal que no había estudiado comunicación. Era terrible. Lo mejor era improvisar, decidí.

Doblé en la esquina, y el edificio apareció ante mí. Si bien era viejo, lo habían renovado por completo y lo mejoraron con el mejor sistema de seguridad. Mientras me dirigía escaleras arriba, tensé la espalda.

Tan solo tendríamos una charla y después me encontraría con Darius.

Mis pasos hacían eco en el pasillo silencioso. Suaves murmullos viajaban por el aire. Oí otras pisadas, o dos más, en algún lugar del edificio, aunque no los podía ver.

Maestro Andrea, deje de ser un cabrón y reintegre a mi hermana a la orquesta o le juro que...

De verdad le quería decir eso. Incluso llevaría conmigo un bate de *baseball* para darle más énfasis a mi petición. «*Prisión francesa, allá voy*», me burlé de mí misma.

—¿Reina? —Una voz conocida me sacó de mis cavilaciones y alcé la cabeza, quedando frente a frente con mi padre. Me detuve. Lo miré fijamente. Mi *papà* estaba de pie con otro hombre que era mucho más alto que él.

—*Papà*, ¿qué estás haciendo aquí? —Mi atención se desvió hacia su amigo que nos miraba con curiosidad, con las manos en los bolsillos. Su postura era relajada, pero tenía la sensación de que era todo una fachada. Destilaba un aire despiadado y peligroso—. No sabía que estabas en París —remarqué con suavidad.

No me sorprendía que no nos hubiera avisado de que estaba en la misma ciudad. Después de todo, siempre habían sido discretas sus actividades del bajo mundo. No lo suficiente, como para evitarnos todas esas tragedias, pero no era momento de sacarlo a relucir.

Papà bajó un escalón para que quedáramos a la misma altura y me dio un beso en la mejilla.

—Tenía algunos negocios en la ciudad, no tenía pensado quedarme mucho. ¿Qué estás haciendo aquí?

No le podía decir que había venido a hablar con el maestro por ser un imbécil con mi hermana, así que opté por una mentirita blanca.

—El lugar que había escogido para el *show* de moda se retiró al último minuto. Vine aquí para ver si hay alguno disponible.

Papà frunció las cejas.

—¿Este edificio?

Sonreí con incomodidad, y me encontré con la mirada del amigo de mi *papà*.

—Sí, puede que no sea el mejor lugar. —Hice un gesto con la cabeza y saludé—. Hola.

—Reina, este es un... colega. Enrico Marchetti.

—Señor Marchetti. —Le ofrecí la mano y le dio un apretón. Fue en ese momento cuando identifiqué su nombre—. Espera un segundo. ¿Te refieres a la casa de modas más prestigiada de Italia? ¿*Ese* Marchetti?

—Ese mismo. —Enrico me sonrió y si mi corazón no hubiera estado tan desgarrado y roto, probablemente hubiera caído en el hechizo de este hermoso hombre.

—Wow —musité—. Un placer conocerlo. No tenía ni idea. Debí haber ocupado los contactos de *Papà* en lugar de los de la abuela cuando estaba buscando un trabajo.

El señor Marchetti se rio entre dientes con profundidad.

—No es muy tarde.

—Pues, a menos que tenga un lugar disponible en el centro de París que pudiera usar en unos cuatro días más... —Sonreí con arrepentimiento—. Entonces lo sería.

Estaba a punto de hablarle a mi padre cuando el señor Marchetti agregó:

—La verdad es que tengo uno. Y si cumple todas tus condiciones, es tuyo para que lo uses.

Abrí los ojos de par en par.

—¿En serio? —Respiré, la esperanza me florecía en el pecho.

La sonrisa que me devolvió era maravillosa. Desafortunadamente, mi corazón no reaccionó, ni un poco, para mi desgracia.

—Sí, en serio. Me encantaría ver tus diseños.

—También me encantaría —intervino *Papà*, sorprendiéndome—. Quizás me quede en París para verlo. De todas formas, tengo unos asuntos que revisar con los hermanos Leone.

Esa vez, mi corazón reaccionó. Ese pobre órgano dejó de latir, y después retomó su labor, pero de forma acelerada. Inmediatamente, lo tranquilicé.

—Gracias, señor Marchetti. —Era mejor no comentar nada sobre las palabras de *Papà*. Esperaba que no invitara a los hermanos Leone al evento—. Sobre el pago...

Me interrumpió.

—No es necesario. Cuando necesite un favor, te lo cobraré.

Me puse en alerta. ¿Qué favor le podría hacer a alguien tan poderoso como Enrico Marchetti? Intercalé la mirada entre los dos hombres, indecisa de cómo responder. Me pareció que *Papà* no encontró nada extraño en el comentario de Marchetti. *Qué inusual*.

—Hmm, siempre y cuando sea legal —musité, sosteniéndole la mirada.

Se rio entre dientes.

—Por supuesto. —Le lanzó una mirada a *Papà* y asintió—. Me encargaré de todos los arreglos y le daré la información a tu padre. ¿Te parece bien?

Asentí.

—Sí, muchas gracias.

Unos minutos más tarde, me despedí con la mano mientras subía las escaleras hacia el estudio del maestro Andrea. ¿Acaso las cosas comenzaban a mejorar?



Tras una conversación acalorada, posiblemente lo tomó como una amenaza, con el maestro Andrea, quedé llena de energía para mi sesión con Darius.

Vestida con unos *leggings* ajustados negros y una camiseta rosa sin mangas, me paré al medio

de la colchoneta del centro de entrenamiento que pertenecía a Darius. Un *dōjō*. El nombre del lugar no era muy creativo, pero funcionaba. Aprendí que era el término en japonés para los centros de aprendizaje y entrenamiento. Incluso lugares de meditación.

Me estiré por unos treinta minutos. Era un torbellino de felicidad, sabiendo que se iba a llevar a cabo mi desfile de modas. Marchetti cumplió su palabra. Apenas dos horas después de habernos despedido, incluso antes de llegar donde Darius, tenía un mensaje de *Papà* con la dirección, la fecha y la hora. Era mío por todo el día. El señor Marchetti también había usado sus contactos para hacerle saber a todos sobre mi desfile. Aun así, estaba realmente preocupada sobre ese favor que me cobraría.

—¿Estás lista para un combate cuerpo a cuerpo? —me preguntó, frotándose las manos, y me sirvió para dejar de darle vueltas al tema. Gruñí. Sabía muy bien que era horrible en eso y probablemente iba a barrer el piso conmigo.

—¿No podemos estirar un poco más?

Se rio. El hombre era un exagente de las fuerzas especiales y podía lucir muy aterrador si así lo quería. También era muy atractivo, casi siempre se robaba las miradas de hombres y mujeres. Incluso en ese instante las podía sentir, las fanáticas francesas que tenía, todas babeaban por él. Para mí, era como un pedazo de mi hogar, al ser un compatriota estadounidense. Además, compartíamos el amor por el sándwich de mantequilla de maní, las grasientas *pizzas* americanas y los cereales para el desayuno.

—¿Y que te salgas con la tuya? —reviró, con sequedad—. Ni loco.

Puse los ojos en blanco.

—De verdad no sé por qué hay tantas mujeres detrás de ti —murmuré, cansada—. Eres un psicópata sádico.

Sonrió.

—Esa es la razón por la *que* les gusto.

—Ni siquiera quiero saber a qué te refieres con eso. —Negué, reprimiendo una sonrisa. Las mujeres que venían a entrenar tenían la esperanza de atraer la atención de Darius o de verdad querían aprender autodefensa. No había punto medio. Yo estaba en el segundo grupo. Era un valor agregado el que nos lleváramos bien y él tuviera un corazón de oro bajo ese amplio torso.

Se colocó en posición y lo imité. Darius me penetraba con la mirada y con solo mirar a los ojos de tu oponente podías anticipar sus movimientos. Esperé, sin quitarle los ojos de encima.

Ahí estaba. Un movimiento casi imperceptible con el músculo del antebrazo y me atacó. Actué por instinto y lo esquivé.

—¡Sí! —exclamé, aunque no me duró mucho la alegría, porque se movió de nuevo y antes de darme cuenta, me dio la vuelta—. Auch —gruñí, tendida en el piso.

Se rio entre dientes.

—Nunca cantes victoria sin que esté garantizada. —Estiró la mano y la tomé para que me levantara—. Pero no estuvo nada mal.

Me sobé la espalda.

—Quizás para ti, porque para mí fue doloroso.

—Estás mejorando.

Me troné el cuello y moví los hombros.

—Pues, me tomó unos tres años. —Miré hacia las colchonetas de lucha.

—Bueno, empecemos de nuevo —ordenó. Respiré profundo, y exhalé lentamente, y luego me enfoqué en él—. Lista, ahora atácame.

Sin vacilar, me lancé contra él, justo cuando se tiró para agarrarme, lo pateé en la entrepierna.

Lamentablemente, me tomó del pie, haciéndome girar y caer hacia atrás de golpe, me quedé sin respiración.

—Bien hecho al apuntar a las pelotas —elogió. Los ojos los tenía fijos en el techo; el parpadeo y el zumbido de las luces me mantenían enfocada. Odiaba hacer actividad física, pero odiaba aún más sentirme vulnerable y débil.

—Necesito un hombre más pequeño para luchar. —Terminé por decir, al fin recuperando la voz.

Su risa llenó el aire.

—Estás atrapada conmigo, te guste o no.

Reprimí un quejido de dolor, y me puse de pie. El entrenamiento podía ser brutal, especialmente cuando Darius se ponía en modo formidable.

—Jesucristo, estoy casi muriendo y luces como si estuvieras de vacaciones.

Torció los labios.

—¿En un gimnasio apestoso? No es exactamente un destino para vacacionar.

Me reí entre dientes.

—Pues, eres el dueño. —No era tan malo, y estaba segura de que se podía solucionar el tema de los olores a sudor. Había colchonetas acolchadas para entrenar por todos lados. Incluso tenía sacos de boxeo en ambas esquinas del lugar, equipo de esgrima y una pared cubierta de cuchillos.

De vez en cuando, sus amigos River y Astor, venían al gimnasio también. Habían servido junto con Darius en la milicia y no eran para nada conversadores como él. Al menos, no conmigo.

Tomé mi teléfono móvil y revisé la hora.

—No es la hora para *selfies* —se burló.

Puse los ojos en blanco.

—Estaba revisando la hora, pero ya que lo mencionaste... —Agarré un mechón de su cabello y lo tiré con delicadeza, y tomé una foto de los dos. Con una sonrisa amplia, la subí a mi Instagram con una descripción: “Mi tipo de hombre. Veamos cuántas mujeres me odian”.

Se rio con los dientes apretados y le brillaron los ojos.

—O cuántos hombres me odian —dijo, con intención—. Estoy seguro de que hay uno o dos que están deseando darme un puñetazo y raparme.

Tiré de la cabeza hacia atrás y me carcajeé.

—Te verías bien incluso con la cara moreteada y sin cabello, Darius.

—Qué bueno saber que lo aprobarías.

Todavía no podía borrar mi sonrisa cuando dejé a un lado mi teléfono.

—Gracias por hacer esto, Darius. —Alcé la cabeza y lo miré a los ojos—. Quiero que sepas que lo aprecio mucho.

—Lo sé. —Su mirada era penetrante, me analizaba. ¿Por qué? No lo sabía—. Sin embargo, no me puedo llevar todo el crédito.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Se tensó ligeramente antes de responderme.

—Alguien me contrató para vigilarte.

Aquello me tomó por sorpresa.

—¿Quién?

—Amon Leone. —Me quedé inmóvil y tuve que tragar saliva varias veces antes de ordenar

mis pensamientos. Era la segunda vez que escuchaba en el día su apellido, después de tres años de silencio. La añoranza en mi corazón palpitó. Los moretones habían sanado; las cicatrices, desvanecido, pero el dolor permanecía en mi corazón.

Darius me observó, viendo demasiado o quizás no lo suficiente, no estaba segura.

—Reina, di algo.

—¿Así que me has estado ayudando porque te lo pidió?

Negó con la cabeza.

—No. Al principio contrató a nuestra agencia para mantenerte vigilada.

—¿Cuándo?

Apretó la mandíbula.

—Tres años atrás. —Me abracé, me torturaba ese dolor tan conocido en el pecho—. Vio cómo unas chicas te acosaban en tus clases y quería asegurarse de que estarías a salvo.

—¿A salvo? —Me sentía como un robot intentando entender las emociones, ya que no me podía permitir sentirlas. Solo caería en una espiral oscura, llena de dolor—. Esas chicas ni siquiera fueron importantes.

—También estaba preocupado de que te atrapara el cártel de Brasil.

Las palabras de mi abuela me resonaron en los oídos y solté una risita amarga.

—Como que falló en eso, ¿eh? —Antes de que dijera algo más, forcé una sonrisa y asentí cortante—. Olvídalo. Hagámoslo de nuevo. Al fin y al cabo, te pagan por esto.

Debí haber sabido que Darius no me dejaría así como así.

—He estado rechazando los pagos de Amon por los últimos treinta meses. Es un cabrón persistente que insiste en que sigamos sus reglas. Es muy sobreprotector contigo. —Me burlé con eso último. Amon era la persona de la que necesitaba protección—. Soy tu amigo. Incluso me considero tu hermano mayor.

A pesar de sentirme algo dolida, le sonreí.

—De seguro podríamos hacernos pasar por hermanos —señalé—. Tu cabello es tan largo como el mío.

Se rio con socarronería.

—E igual de rubio.

Mis rizos habían crecido después de mi arranque de crearme peluquera durante la navidad unos años atrás. No me lo había dejado crecer tanto como antes. ¿Por qué? Porque me recordaba al hombre con galaxias en los ojos. Así que el largo me llegaba siempre hasta los hombros. No estaba segura de aguantar tener un corte rapado.

—Ha... —balbuceé, insegura de cómo preguntarle, o si debería hacerlo, pero la curiosidad era más grande—. ¿Pregunta por mí?

Tres latidos pasaron antes de que me respondiera.

—No.

Y mi frágil corazón se rompió otra vez.

CAPÍTULO VEINTE

AMON

Con el puño golpeé a mi hermano en el estómago. Gruñó ante el impacto, pero estaba listo para devolvérmelo.

Fue el primer golpe que recibí de su parte después de tres *rounds*... Y lo necesitaba tras la visita de mi madre.

No faltaba mucho para la hora del almuerzo, pero si consideraba la falta de luz en el sótano del gimnasio, fácilmente podía pensar que era medianoche. No se filtraba nada de luz en este sitio abandonado por la mano de Dios y ambos lo sabíamos por experiencia propia.

Puñetazo.

Gruñí, sintiendo cómo la adrenalina me zumbaba por todo el cuerpo. Me detuve unos segundos y sacudí el cuerpo.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunté, mientras contrataba lanzándole un gancho derecho. Apenas lo esquivó—. ¿Mal día para la *Omertà*?

Todos los líderes de la organización estaban en un alboroto, ya que les estaban enviando videos de las cosas que habían hecho y no querían compartir con nadie. Dante incluido, dado que tomó el puesto de la *Omertà* cuando mataron a padre. Incluso ya tenía el tatuaje como prueba de ello.

—Algo así. —Una pizca de diversión brilló en sus ojos a pesar del golpe directo que había recibido.

—¿Recibiste otro video?

Mi hermano y los otros integrantes de la organización habían estado recibiendo mensajes con videos que revelaban sus peores pesadillas y secretos. A Dante le había llegado uno con evidencia de alguien deshaciéndose del cuerpo de padre. Eso era prueba suficiente para demostrar que sabían quién lo había matado, pero no para decírnoslo.

La *Omertà* sospechaba de Tatiana Nikolaev. Al igual que mi primo, quien había intentado atraparla. Itsuki parecía un niño malcriado, siempre sediento de más poder, pero nunca lo conseguiría. Nunca se lo permitiría. Primero, le debía un favor a Illias, y; segundo, el mundo se iría a la mierda si mi primo ponía sus codiciosas manos sobre ese chip.

Dante aprovechándose de que estaba distraído, me asestó un golpe. Gruñí y maldije en voz baja. ¿Por qué accedí a esta sesión? Ya había provocado mucha destrucción a otros y a mí mismo en el club.

El gimnasio para boxear en el *Castello del Mare* era una de las últimas mejoras que le había hecho Dante al lugar donde habíamos crecido. Hasta este momento, había renovado cada habitación de allí. El sótano era la última parte a ser transformada.

Y era completamente entendible.

—Sí.

Me quedé quieto, sorprendido. Hasta este día, Dante siempre me había contado cada detalle de los videos.

—¿Y? —insistí, el sudor me corría por la frente y me cubría la espalda. Llevábamos una hora entrenando y sacando nuestra frustración.

Se encogió de hombros, inexpresivo.

—Y nada.

La verdad era que no me importaban los detalles de la muerte de padre. El bastardo se lo merecía, ambos lo sabíamos, sin embargo, algo estaba raro con mi hermano.

Cambió de tema.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—¿Estás Ansioso por que me vaya? —Le di otro golpe con mi puño izquierdo.

—Maldición, Amon —se quejó, agachándose y protegiéndose la cabeza con las muñecas.

Me reí entre dientes.

—No te distraigas, hermanito.

—Jódete. —Me agradaba verlo finalmente sin respiración—. Escuché que Romero le arregló un matrimonio a Reina. ¿Sabes algo?

Era la única razón que tenía para volver a Europa. El rumor de que Romero quería casar a Reina había estado circulando por un tiempo. Y solo pasaría hasta que me asegurara de que su marido era merecedor de ella. Me dolió el pecho al imaginarla con alguien más, pero lo ignoré. Ya me había acostumbrado. Tres años pasaron y todavía me horrorizaba pensar que se enamorara de alguien más.

—Tal vez...

Me lanzó una mirada cómplice, pero algo más acechaba en ella. Así que lo atacué de nuevo. Soltó otro quejido cuando le pegué en las costillas, y aun así se rio en mi cara molesta.

—Esa heredera será tu destrucción, Amon —dijo—. ¿Por qué no le pides a Romero que te la dé? Te debe varios favores.

Había una lista interminable de motivos por los que no podía hacerlo, pero el más importante era el hecho de que teníamos el mismo padre.

—No estoy interesado en casarme —murmuré.

Otro golpe. Este fue el más fuerte que le había dado.

—Entonces ¿por qué me quieres romper las costillas? —Ignoré su comentario y le asesté otro derechazo.

No le había quitado el ojo a Reina desde esa tarde de invierno que nos encontramos donde *Oba*. Formé toda una compañía de vigilancia con tal de seguir sus pasos y asegurarme de que seguía viva y sin ningún rasguño.

Si Dante supiera lo obsesionado que estaba por esa chica.

¿Era sano? No. ¿Cambiaba nuestra relación sanguínea? Joder, no.

Sin embargo, solo así me mantenía cuerdo y podía seguir viviendo día tras día. Así que, sí, mi rutina consistía en vigilarla. El acelerado latir de mi corazón se calmaba cuando pensaba en ella.

Todavía no me cabía en la cabeza lo asquerosamente mal que terminó lo nuestro. La amargura sabía a ácido y cenizas, y me consumía por completo, convirtiéndome el corazón en un agujero negro.

Bloqueé su siguiente ataque.

—No te preocupes. —Me lanzó esa sonrisita demente—. Tengo el asunto controlado.

—¿Y cómo?

Los orificios de la nariz se le expandieron y el brillo de algo diabólico cruzó por su mirada.

—Es un secreto.

—No ando de humor para tus estupideces, Dante —advertí.

—Necesitas terapia, Amon.

¿Quién necesitaba psicólogos cuando podías unirme a un club destartado, hecho de cemento que te permitía luchar con otros idiotas mentalmente inestables? Además, el único que necesitaba terapia era Dante. No le podía contar lo que hacía la mayoría de las noches, porque se convertiría en una carga y se le iría de las manos el control, y haría que me expulsaran.

—Para mi gusto, te estás volviendo demasiado inestable —reprendí.

—No tienes ni idea —replicó, riéndose—. El mundo está a punto de arder.

—Gracioso.

Mi puño conectó con su mandíbula y le borré esa sonrisita. Contraatacó con uno que me dejó sin respiración.

Dimos por terminada la conversación y la reemplazamos por gruñidos y maldiciones mientras nos dábamos una paliza.

Desde que éramos unos niños, padre nos había hecho entrenar y competir uno contra el otro. Nuestras habilidades eran parecidas en la lucha, menos en las artes marciales. Era mejor en esa última, Dante no. En cuanto al boxeo, era mucho mejor que yo. Así que cuando crecimos, el boxeo era nuestro recurso para liberar las tensiones.

Crochet. Ataque. Gancho. Ataque. Todo de nuevo.

Cuando ya liberamos nuestra rabia, nos encargamos de nuestras heridas: un labio partido para él y moretones en mis costillas.

Habíamos sufrido cosas peores.

—Extrañaba esto —admitió, y la vulnerabilidad que transmitió con su tono casi me hizo desahogarme con él y contarle por qué me alejaba de todo aquello que me recordaba a Reina.



Diez minutos después, ya estábamos vestidos. Dante llevaba un traje de tres piezas color azul oscuro. En cambio, iba de negro de pies a cabeza, a pesar de que prefería llevar siempre camisa de botones, chaqueta y *jeans*. Desapareció cualquier rastro de locura en sus ojos, todo fue reemplazado por la caballerosidad italiana.

Alcé la ceja cuando vi sus mancuernas: leones dorados con ojos zafiro, el escudo familiar.

—Por lo que veo, estás mejorando tu estilo —remarqué con sequedad. Ni muerto llevaría eso. Me recordaba lo jodida que fue nuestra infancia. Aquello lo tenía grabado en la memoria cuando padre nos daba latigazos hasta abrirnos la piel.

Cruzamos el vestíbulo blanco y negro brillante.

—Tengo que estar a tu nivel. No quiero que las mujeres se deslumbren con tu culo mitad japonés, mitad italiano en mi territorio.

Ignoré su elogio infantil, aunque, conociendo a Dante era más un insulto.

—¿Por qué Marchetti es el anfitrión de un desfile de modas? —cuestioné.

Tomamos un *jet* privado hacia París para llegar a ese espectáculo. Casualmente, hoy se suponía que Reina también haría su propio desfile, pero un estúpido de bienes raíces le canceló el lugar a último minuto. Naturalmente, me encargué de que perdiera varios millones en su negocio.

Había estado presentándole algunas opciones de sitios, pero me parecía que presentía que era obra mía. Rechazaba cada una.

—A lo mejor está ligado a sus negocios legales —sugirió, arrastrando las palabras—. O quizás solo quiere mirar a las modelos ¿Cómo demonios voy a saber?

—Y pensaba que lo sabías todo —hablé, inexpresivo.

—Tienes un buen gancho, hermano. —Se frotó la barbilla—. Pero sí, lo sé todo.

Resoplé.

—Salvo por lo que no sabes, es decir, un montón de cosas. —Me sacó el dedo del medio—. No te quedas atrás tampoco. Las costillas me arden como si padre me hubiera golpeado.

Allí estaba de nuevo. Esa mirada otra vez. Esas sombras en los ojos de Dante desaparecieron tan rápido como aparecieron.

Salimos del *castello*.

—Por cierto, ¿dónde está madre? —me preguntó.

—Con Hiroshi.

Arqueó una ceja.

—¿Esos dos se van a casar? —Me encogí de hombros—. Fantástico, a lo mejor se celebrará una boda doble muy pronto.

Qué el Señor me diera fuerzas para lidiar con Dante y sus jodidos mensajes crípticos.

CAPÍTULO VEINTIUNO

REINA

*Mi pecho se siente apretado.
Mi corazón pesado.
Mis piezas siguen moviéndose para crear una nueva yo.
Pero incluso mi nueva versión insiste en amarte,
Mientras trato de convencerme que te odio.*

Léí mi diario por lo que se sentía la millonésima vez. Para reconfortarme. Para recordarme porqué necesito odiarlo. Para recordarme cuánto lo amé.

Miré fijamente el brazalete que no había usado en mucho tiempo. Estaba metido seguro entre páginas que escribí con dolor. Ojos que no ven, corazón que no siente. Lamentablemente, conmigo no funcionó exactamente de esa forma. El *ying* y el *yang*. Él y yo. Comenzó como una perfecta historia de amor y terminó como una tragedia imperfecta.

Me arrepentía de haberle entregado mi corazón para siempre. Nuestra historia de amor pudo haber sido hecha para el cine, pero también lo era nuestra tragedia. La abuela siempre dijo que los finales trágicos eran los que dejaban marcas.

Mantuve mi promesa y no me volví a cortar desde que maté a Leone.

Me temblaban las manos cada vez que recordaba esa noche, temía que el destino me alcanzara. Comencé a ver borroso mientras cerraba mi maltratado diario y me sentaba junto a la ventana de nuestro pequeño apartamento.

Las chicas aseguraban que era una guerrera, pero se equivocaban. Ni siquiera me acercaba a serlo.

El cielo azul estaba despejado sobre la ciudad del amor; sin embargo, lo único que veía era mi suave reflejo en el cristal. Me devolvía la mirada, burlándose de mi sonrisa falsa. Mi estúpido corazón seguía llorando a mares y se negaba a olvidar al chico del que me había enamorado.

Tres años habían pasado y todavía lo soñaba. Aún escuchaba su voz en mis sueños, susurrándome palabras de cariño, pensamientos tiernos que me hacía imposible olvidarlo, sin importar cuánto lo intentaba.

Las lágrimas me nublaban la vista, provocando que las luces que bailaban por el cielo de la ciudad, brillaran como diamantes.

El nudo en mi pecho se apretó y temía no poder desatarlo, que moriría así. Sin nunca poder sentirme libre y liviana.

Dejé que entrara uno de mis recuerdos favoritos, mi placer culposos, sin importar qué tan

doloroso era, al que recurría cuando me sentía particularmente triste.

Una suave música sonaba por las bocinas. Amon Leone no bailaba, pero conmigo sí. No solo una vez, sino en tres ocasiones. Bajo la luz de las linternas flotantes, en su yate y en ese momento en su apartamento. Me encantaba moverme al ritmo de la música con sus brazos a mi alrededor.

El hecho de que solo hubiera bailado conmigo me hacía sentir adorada.

—Me gusta estar contigo —susurré, ahogándome en sus ojos oscuros.

Me dio una sonrisa torcida.

—Amo estar contigo. —Sonreí, sintiendo como si flotara sobre una suave nube—. Tú y yo contra el mundo —murmuró, con suavidad.

Todas las luces estaban apagadas en su penthouse, el brillo de la luna dibujaba sombras sobre su hermoso rostro. A pesar de nuestra diferencia en tamaños, encajábamos perfectamente. Al menos eso pensaba. Era una cabeza más alto que yo, pero nuestros cuerpos se amoldaban juntos como si lleváramos toda nuestra vida bailando.

—Tengo algo más para mi lista de deseos —musité, observándolo.

—Vamos a escucharlo. —Podía oír la sonrisa en su voz y mi corazón se volvió loco.

—Nadar a medianoche. —Me analizó de una manera difícil de descifrar—. Solo tú, yo, la luna y las estrellas.

Era cursi, mas no me importaba. Además, le arranqué una sonrisa.

—Con una condición —respondió.

Sonreí.

—¿Cuál?

—¿Dime por qué siempre hablas de galaxias?

Me sentí enrojecer a pesar del aire acondicionado del apartamento y que solo vestía su camiseta.

Jugué con su cabello.

—Desde el momento en que te vi... —Empecé, me levanté sobre la punta de los pies y acerqué mi boca a la suya—. Vi estrellas y galaxias en tus ojos. Las quería, te quería, solo para mí.

Exhaló con diversión.

—Así que galaxias, ¿eh?

El corazón me danzaba al ritmo del movimiento de nuestros cuerpos.

—Sí —afirmé—. Me enojé mucho cuando Papà no te llevó con nosotras. Tenía solo seis años, pero estaba acostumbrada a salirme con la mía.

En sus ojos se libraba una tormenta de emociones que contrastaba con su voz plana.

—Mi padre se hubiera molestado si se quedaba sin sus sacos de boxeo.

Me dolió el corazón escuchar la vida de abuso por la que pasaron él y su hermano.

Antes de pedirle más detalles, vio por sobre mi cabeza, hacia la pared de la derecha. Seguí la dirección de su mirada hasta el reloj de pie. Ese que su madre le había regalado cuando se mudó solo.

—Nos quedan treinta minutos para ponernos trajes de baño —informó Amon—. Tachemos otra cosa de tu lista de deseos. Nademos a medianoche.

Riéndonos y tropezando con nuestros pies, fuimos corriendo a ponernos trajes de baño.

—¿Llevo algo para cubrirme?

Negó con la cabeza, tomándome de la mano.

—Nadie nos verá.

Dejé que guiara el camino y salimos de su penthouse. Subimos de a dos los peldaños hasta llegar a la azotea.

—Quizás debí haber sido más específica —me burlé—. No piscina para niños.

Se rio y el sonido era perfecto y hermoso. Abrió las puertas de donde colgaba un cartel que decía “Privado” y llegamos a nuestro destino. Jadeé. La amplia piscina infinita, tomaba la mitad del techo del penthouse, mientras las luces brillantes de París nos bailaban por casi toda la piel desnuda.

—¿Está bien el tamaño?

Me dio un vuelco en el corazón.

—Eh, peor es nada —comenté, hechizada con la vista.

París a mitad de julio era usualmente tan calurosa como el infierno de Hades, pero en este momento, era perfecto.

Tiré de él y meneé las caderas, sonriendo con genuina felicidad. Nos paramos en el borde y conté:

—A la cuenta de tres.

—Uno...

Me tiré un clavado de cañón en la piscina, salpicando agua por todos lados. Salí a la superficie para respirar y vi que me observaba con una sonrisa del tamaño de la mansión de mi abuela en Malibu.

—Tres. —Peiné mi cabello hacia atrás y parpadeé para quitarme el agua que me había entrado a los ojos—. El agua está perfecta. Ven aquí, antes de que el reloj marque las doce, mi príncipe.

Hombros amplios. Piel bronceada. Músculos esculpidos. Amon Leone era la definición de absoluta perfección en un hombre, y era todo mío.

Se tiró un clavado de cabeza, casi sin salpicar nada de agua, y cuando salió en busca de aire, nadó hacia mí. Su cuerpo poderoso y atlético se deslizó por el agua hasta llegar a mi lado. Una hebra de cabello le caía sobre la frente.

La tomé y apartándola de su rostro. El agua formaba pequeñas olas a nuestro alrededor, acercándonos y separándonos.

Pegó su cuerpo al mío y le rodeé el cuello con los brazos. Bajó la cabeza, sus labios buscando los míos para darme un beso que me quitaba el aliento, suave y delicado.

—Creo que he estado esperando por ti toda mi vida —murmuré contra sus labios.

Se quedó inmóvil, consumiéndome con esa mirada oscura. Luego, con una voz dolorosamente baja y suave, replicó:

—Yo también.

Agarró un puñado de mi cabello y moldeó su boca contra la mía. La calidez que siempre sentía a su alrededor hizo erupción como un volcán, prendiéndome en llamas. Amon conquistaba mi boca, y enviaba mi pulso acelerado a mil por hora, sintiéndolo en ese dulce punto entre las piernas y en mi corazón.

Era la primera vez que me besaba con tanto frenesí. Dureza. Descontrol.

Me encantaba. Prosperaba bajo su control.

Le rodeé las caderas con las piernas y me presioné contra él, hasta no poder definir dónde empezaba yo y dónde terminaba él. Un pequeño gemido salió de la garganta cuando Amon levantó las caderas y su dureza se rozó contra mi centro.

Mi cuerpo era maleable bajo sus manos expertas. Sabía a manzanas verdes y cítricos, mis

sabores favoritos.

Me empujó contra el costado de la piscina, aumentando la fuerza de su agarre en mi cabello y su boca devorándome. Su lengua se enredaba con la mía y mis gemidos llenaban el silencioso aire de medianoche.

Me pellizcó el pezón por sobre la tela del bikini y me arqueé contra su toque.

—Más, Amon, por favor.

Gruñó.

—Amo cuando me suplicas. Y mi nombre en tu boca...

Se me erizó el cuerpo entero.

—¡Tócame! —rogué.

Con los dedos recorrió mi espalda hasta llegar al nudo del bikini. Lo desató y el material cayó de mi pecho. Mis pechos se liberaron, con los pezones ahora duros como piedras. Temblé mientras le sostenía la mirada, jadeante.

Alzó una ceja, y dejó de tocarme, esperando mi permiso.

—No te detengas —murmuré. Me levantó más arriba, sobre su torso, antes de tomar mi pezón en su boca. Lo observé, consumida por la sensación de sus músculos maniobrándome y el calor que emanaba. Gemí de placer mientras Amon me lamía el pezón y luego lo mordía con suavidad. Exhalé, la excitación dejaba un camino de fuego hasta mi centro.

La fricción de nuestros cuerpos mojados me hacía retorcerme, empujando y tirando por más, mucho más. Pequeñas explosiones comenzaron a pulsar en mi interior. Cuando me soltó el pezón, metió una mano en mi cabello y me besó con profundidad, frotando su lengua contra la mía. Exploró mi boca, saboreándola y descubriéndola. Gemí y se lo tragó con otro beso.

Resbalándome por su húmedo cuerpo, me rocé contra su protuberante dureza. Mi clítoris palpitó, la necesidad era incontrolable; mi cuerpo bullía constantemente, demandando su liberación.

Amon rompió nuestro beso, y como la mujer lasciva que había descubierto que era, se me escapó una protesta quejumbrosa. Sin embargo, nos llevó hasta la parte menos profunda de la piscina, se sentó en el borde y me puso sobre su regazo. Sentándome a horcajadas sobre él, con el agua cubriéndonos hasta la cadera, nos miramos fijamente. Mis pechos se rozaban contra su torso musculoso y reclamó mi boca de nuevo.

Esta vez, nos besamos con desesperación. Hambrientos. Nuestra respiración se entremezcló. Nuestras lenguas se entrelazaron. Frenéticos, con las manos nos explorábamos el uno al otro.

Me rocé contra su dura longitud.

Le recorrí todo el cuerpo con las manos y mis labios le dejaban suaves besos en esa piel dorada, su sabor yéndose directo a mi sexo. Jadeé cuando sentí sus manos en mi cadera y me levantó para que quedara en cuatro. Con las manos me acunó los pechos, mientras tanto, con el dedo pulgar me rozaba el pezón. Cerré los ojos, disfrutando de las sensaciones que viajaban por mis venas.

Su mano bajó, desató la parte baja de mi bikini y me la quitó. Quedé desnuda bajo la luz de la luna. Su mirada vagó por todo mi cuerpo, se sentía como ser acariciada y venerada. Estallé en deseo.

Se deslizó entre mis muslos, el agua chocaba contra nosotros, y me bajó para que me sentara en su cara. Introdujo esa lengua caliente dentro de mí y me retorció sobre él desvergonzadamente, frotándome, mientras se formaba mi placer. No pasó mucho hasta que sentí el orgasmo subirme por la espalda. Amon me abrió más las piernas, lamiéndome con brutalidad.

—Eres perfecta —suspiró, con voz ronca, contra mi centro—. Mía.

Me chupó el clitoris sin piedad y alcancé el orgasmo. Lloriqueé, mientras seguía extendiendo mi placer al meter su dedo dentro. El orgasmo me atravesó como una ola mientras lo montaba, moliéndome contra su boca. Amenizó sus movimientos hasta detenerse y luego me agarró para volver a ponerme sobre su regazo.

En segundos, alineó su miembro con mi entrada. Mirándonos a los ojos, me bajó con delicadeza sobre su longitud dura. Cuando estuvo dentro de mi calidez, en sintonía bajamos la mirada y vimos cómo desaparecía dentro de mí por completo, centímetro por centímetro.

Amón se aferró a mis caderas mientras mi vagina pulsaba a su alrededor, persiguiendo la plenitud. Iba a cabalgarlo, pero me detuvo.

—No todavía —me susurró al oído.

Lo analicé: ojos entrecerrados, pestañas negras, mandíbula apretada, tensión en el cuello, los músculos le sobresalían del pecho.

Era hermoso, y lo deseaba con una desesperación que me clavaba el pecho.

—Amon —gemí—. Por favor, necesito más de ti.

Con los ojos fijos en mí, me penetró, sin aviso alguno, hasta el fondo. Por un momento quedé sin aliento y le enterré los dedos en sus hombros, sosteniéndome de él. Volvió a embestirme, fusionándonos en uno solo y mandando mis ojos hasta la parte trasera de la cabeza.

Sus manos en mis caderas me guiaban, rozándome más contra él. Cada estocada me llenaba por completo. Se metía tan profundamente que me sentía consumida, mientras me cogía como si no hubiera un mañana. A lo mejor me necesitaba, me deseaba tanto como yo a él.

—Me tomas tan bien —elogió, con la boca húmeda contra mi oreja—. Maldición, demasiado bien.

—Amon. —Su nombre salió en un ronco gemido—. Oh, Dios mío.

—No Dios, Chica Canela. —Esa voz rasposa me volvía loca. Me convertí en calor, fuego y placer, todo gracias a él—. Tu coño fue hecho para mí.

Sus sucias palabras. Mi entrega absoluta. Nuestra necesidad.

Sentía que me estaba haciendo el amor.

Su pelvis rozaba contra la mía, difundiendo calor líquido de mi clitoris hacia afuera. Cada embestida empujaba otro gemido de mis labios.

Sus ojos eran salvajes.

—Mierda, te crearon para mí —gruñó, penetrándome.

Me observaba fascinado, tenía la atención puesta en cómo rebotaban mis pechos. No dejó ningún centímetro de mi cuerpo sin recorrer; acarició, apretó, tocó. Aceleró las embestidas y el corazón me latía desbocado. Todo mi cuerpo se convulsionaba, mis paredes estrangulaban su longitud. Me la metió una, dos veces y se corrió con un gruñido al mismo tiempo que también me venía, su miembro pulsaba en mi interior.

Caí rendida sobre él, con la frente apoyada contra sus amplios hombros, y la respiración pesada. Todavía seguía dentro de mí, su semen escurría por mis muslos. Estaba agotada, incapaz de moverme o decir algo.

Esa sensación de “me folló hasta perder la razón” por fin tenía sentido.

Los fuertes bíceps de Amon me rodearon y me dejó una lluvia de besos sobre la piel. Luego, me tomó el rostro y me besó como si fuera lo más preciado de su vida.

—Quemaría el mundo entero por ti, Chica Canela —me susurró contra la boca.

Ese día en la azotea me mintió, y el único testigo de aquello fue la Torre Eiffel a la distancia. No

quemó el mundo hasta los cimientos por mí. Me quemó a mí y luego me desechó.

Rompió su palabra. *Me* rompió. No volvería a cometer el mismo error dos veces. Ningún hombre volvería a tener mi corazón.

Entre el amor y el odio había una línea delgada. Había escuchado esa frase toda mi vida, pero no la había entendido. No hasta que me prometió el paraíso y luego me dejó en el infierno.



El salón, la música, las conversaciones... Todo desapareció en el momento en que lo vi, y se me paró el corazón. Amon Leone. Aunque el bajo mundo lo conocía como Amon Takahashi-Leone, enfatizando su conexión con la *Yakuza*.

¿Qué está haciendo aquí?

Lo reconocería incluso en la oscuridad. En cada vida. Quizás, incluso, en un cuerpo diferente. Y lo amaría de igual forma hasta que la última estrella en el cielo se calcinara en el olvido.

Él era mi principio y mi final.

Si era honesta, no había momento que recordara, donde no me haya sentido de esta manera. Sin saberlo, esa niña le dio su corazón al chico con galaxias en los ojos. Si tan solo esa pequeña hubiera sido más astuta. Si tan solo hubiera mantenido su corazón bajo llave.

Se encontraba apoyado contra la pared, y estaba más guapo que la última vez que lo había visto. Tres años habían pasado, pero me tomó solo darle un vistazo para saber que no lo había olvidado.

Tampoco se lo iba a admitir a alguien. Esos sentimientos hacia Amon eran mi maldición.

Me quedé allí por un momento, apreciándolo. El cabello oscuro con reflejos azules. Esa mandíbula definida. Esos labios que rara vez sonreían. Esos ojos negros que podían...

«Detente, Reina».

No necesitaba esta mierda. Si no hubiera sido por Enrico Marchetti y *Papà*, y otros miembros importantes invitados de la *Omertà*, les hubiera pedido a los guardias que lo sacaran.

Maldito Amon y su hermoso trasero.

Para mi desgracia, no podía hacer enojar a Enrico Marchetti. Me había hecho un inmenso favor.

Dándole la espalda a Amon, y a nuestro pasado, me dirigí hacia el señor Marchetti, limpiándome las manos sobre la falda. Sería de muy mal gusto no saludarlo y agradecerle personalmente.

El hombre era guapo con ese cabello oscuro con leves toques plateados, esa barba incipiente y esa aura suave y llena de confianza. Incluso su edad lo beneficiaba.

Tomé una respiración profunda, escuché el ruido que hacían mis tacones contra el mármol negro mientras me forzaba a avanzar y llegar hasta donde estaban de pie él y mi *papà*.

—Hola, *Papà* —lo saludé. No estaba acostumbrada a verlo en mis eventos, sin embargo, tenía sentido que lo hiciera si uno de los reyes italianos de la *Omertà* estaba aquí. Le besé la mejilla y luego me di la vuelta para quedar frente a Marchetti—. Señor Marchetti, le vuelvo a dar las gracias por haberme permitido usar su lugar.

Asintió en señal de reconocimiento.

—De nada, fue un placer ayudar.

Me quité un rizo del rostro y luego me aclaré la garganta.

—Pues, me salvó el día. —Sonreí, jugando nerviosamente con mi collar. Los ojos de

Marchetti cayeron en él, y algo oscuro atravesó en sus sombras. En cambio, el rostro de *Papà* solo transmitía completo desagrado.

Odiaba ese collar con toda su alma, pero me negaba a quitármelo.

—¿Su estadía en París ha sido grata? —cuestioné con educación, sabiendo que su residencia permanente era en Italia. El señor Marchetti asintió—. ¿Toma un avión desde Italia o conduce?

—Avión. —Su respuesta fue corta.

Probablemente, jamás en la vida había tomado un vuelo comercial. Por eso ese hombre era tan diferente a *Papà*: cuando estábamos creciendo no estaba nadando en dinero como los otros integrantes de la *Omertà*. De lo poco que sabía, el negocio de *Papà* no era tan exitoso.

—¿Has hablado con la abuela? —le pregunté. Farfulló algo en italiano que no entendí. Nunca se tomó el tiempo de enseñarnos y nosotras tampoco nos molestamos en hacerlo—. Ha estado intentando ponerse en contacto contigo. Dijo que era urgente.

—Está bien. —Con solo oír su tono de voz supe que le importaba una mierda—. A esa mujer sí que le encanta sacarme de quicio.

Iba a añadir algo más, pero me detuve y lo observé. No se veía para nada bien. Lucía cansado, casi enfermo. Su salud parecía haber empeorado en estos últimos tres años. A lo mejor trabajaba mucho o no se estaba cuidando. Aunque esto último no podía ser posible, si conocía bien a Maria, quien era su ama de llaves, se encargaba de cuidarlo muy bien.

Suspiré.

—¿Acaso eso no es parte de tener una suegra?

La abuela podía tener el poder de sacarte de quicio, no obstante, era familia. Todo lo que hacía era por nosotras, Phoenix y yo. Quizás no velaba por los intereses de mi padre, pero sí por los de nosotras.

Volví a prestarle atención al señor Marchetti.

—Su marca de moda en Italia es asombrosa —alabé—. Escribí un artículo sobre ella para la universidad. Fue impresionante cómo expandió su casa de modas para incluir productos de lujo y convertirse en una marca reconocida a nivel mundial.

—¿De verdad? Pues, ahora soy yo el impresionado —dijo con una sonrisa, tenía la sospecha de que quería cortar un poco la tensión, dado que no daba la imagen de ser de esos hombres que le sonreían genuinamente a cualquiera.

Las primeras notas del violín de Isla viajaron por todo el sitio y fue mi señal de que el *show* estaba a punto de comenzar.

—Bueno, gracias de nuevo. Debo ir tras bambalinas.

Demonios, el hombre era intenso. Iba a darme la vuelta, pero me detuvo la voz de *Papà*.

—Reina, después del desfile, ¿puedes buscarme? Debemos hablar.

Lo analicé con curiosidad, esperando a que me diera más detalles. Cuando no lo hizo, asentí y me apresuré a irme.

Durante la siguiente hora, pude ver con emoción cómo todos mis diseños habían cobrado vida. Las modelos se pavoneaban y desfilaban por la pasarela, mientras Phoenix tocaba el piano, manteniendo a la audiencia hipnotizada. Hice que mis amigas incluso modelaran algunos de mis diseños antes de que volvieran a sus instrumentos. La noche fue perfecta.

Salvo por un pequeñísimo detalle.

Durante todo ese tiempo, sentí sus ojos sobre mí, mientras las palabras que alguna vez me había dicho se burlaban de mí en silencio, poniéndome a prueba.

Tú y yo contra el mundo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

AMON

B usqué un rincón vacío y me apoyé en la pared, con las manos en los bolsillos mientras imaginaba un mundo donde pudiéramos tener un final feliz. Uno en el que no fuéramos parientes y lo tuviéramos todo. Juntos.

Tú y yo contra el mundo. Ese debió haber sido nuestro lema de vida.

La habitación estaba repleta de invitados, música y diseños. Mi hermano estaba al otro lado del salón hablando con Romero y Marchetti. No tenía ningún interés en escuchar lo que ese imbécil tenía por decir.

Preferí observar fijamente el desfile, especialmente, a la mujer que estaba prohibida. Caminaba por la pasarela vistiendo su color favorito y de la mano de un pequeño niño que parecía estar malhumorado por estar vistiendo un esmoquin. El niño se me hacía conocido, pero no pude concentrarme, porque toda mi atención estaba puesta en ella.

Le dio una de esa suaves y alentadoras sonrisas y murmuró algo que hizo que el niño se relajara. Después de posar de izquierda a derecha, recibir el aplauso del público, bajaron por la escalera y dieron por finalizado el desfile.

Ni el brillo de la luna y las estrellas era comparable al de Reina. Habían pasado mil ciento sesenta y nueve noches desde la última vez que la sostuve entre mis brazos y la besé, y aún pensaba en ella cada vez que descansaba la cabeza en la almohada.

Finalmente, tuve que aceptar la verdad: le pertenecía. Era lo único bueno en mi mundo y me era imposible olvidarla.

Cuando la orquesta comenzó con la primera pieza musical, vi cómo Reina caminaba hacia una mujer mayor que se encontraba en el público, las dos hablaban y se reían. Me tomó bastante tiempo darme cuenta de quién era la mujer.

Oba.

Se rieron, intercambiaron unas palabras más; luego Reina le despeinó el cabello oscuro al niño y siguieron avanzando, sin notar mi presencia.

Una sensación de pérdida me invadió, pero la empujé hacia un rincón, donde pertenecía.

Observé cómo hablaba con todos, con una sonrisa en el rostro. Era fácil localizarla entre la multitud si lucía ese vestido rosa y todos esos rizos. Pertenecía entre la elite.

Inconscientemente, sonreí por primera vez en años y todo se debía a que pude ver a mi *chica canela* llevando ese color. Algunas cosas nunca cambiaban.

Saqué mi teléfono y le escribí un breve mensaje a mi gerente comercial ordenándole que comprara todos los diseños de Reina y los distribuyera en todas las *boutiques* de mis hoteles. Se sumarían a la colección que había juntado; mis clientes estaban muy impresionados con sus prendas.

—Amon.

Forcé una sonrisa en mi rostro y me giré para encontrarme con Aiden Callahan. El cuñado de Luca DiMauro quien también era el intermediario entre él y la *Omertà*.

—Callahan.

—Qué sorpresa verte aquí —remarcó con expresión aburrida, aunque miraba a todos con intensidad.

—Pienso lo mismo.

Se encogió de hombros.

—Luca llamó esto un desastre, así que por supuesto que pensó que querría verlo.

—¿Y tenía razón?

Sus ojos estaban fijos en las amigas de Reina y algo cruzó por su mirada azul. Había una sola manera de reconocer a un Callahan: sus ojos azules eran eléctricos. Su hermana los tenía así y también sus locos hermanos gemelos.

—Quizás —respondió irónicamente y lo miré con diversión. Diría que era demasiado viejo como para alguna de las amigas de Reina, pero luego recordé que había visto a Isla comiéndose con los ojos a Enrico Marchetti, así que me quedaba claro que las chicas no discriminaban—. De hecho, me alegra haberte encontrado solo.

Alcé la ceja.

—¿Y por qué?

No había pasado mucho tiempo en Europa durante los últimos tres años. Aparentemente, necesitaba que un continente me separara de Reina para poder superarla. *Y mira lo bien que funcionó.*

—Margaret me contó que la ayudaste a encontrar a Luca cuando Marchetti lo capturó. —La ironía bañaba cada una de sus palabras. No quedaba duda de que todavía era un tema sensible entre los Callahan y los DiMauro. La esposa de Luca, Margaret, era la hermana de Aiden—. No lo olvidaré.

Me mantuve inexpresivo.

—Preferiría que lo hicieras. —A Marchetti no lo haría muy feliz saberlo.

La mirada que me lanzó me dijo que no le importaba lo que quisiera. No la apartó hasta un latido después cuando se movió para ver a los músicos y las modelos en el escenario.

—¿Por qué lo hiciste?

Hacerle ese favor a Margaret DiMauro me aseguró tener todos los cargamentos de esa familia en mis puertos. Incrementó mi fortuna, pero no fue el motivo principal de mi ayuda. Quería asegurarme de tener a los DiMauro de mi lado cuando llegara el momento. Y dado todo lo que había planeado, el día *llegaría*.

Durante tres años, me había ganado el favor de muchas familias importantes. Tener favores que cobrar, te hacía más poderoso.

—¿Dónde están tus hermanos? —pregunté en su lugar—. Nunca te he visto sin ellos.

—Probablemente causando caos en algún lugar.

Los gemelos Callahan debería ser llamados “Los gemelos tornado”. Eran unos años mayores que Dante y yo, pero los desgraciados eran tan temerarios que Dante no podría competir con ellos.

—¿Conoces a las chicas Romero? —La interrogante me tomó de sorpresa. Apuntó con la cabeza hacia el escenario donde Phoenix tocaba el piano e Isla, Raven y Athena, sus propios instrumentos.

Y luego estaba Reina, hablando con el público, brillando como un ángel. Los ojos de todos

los hombres en la habitación se desviaban hacia ella.

Apreté la mandíbula y le presté atención a Aiden.

—No mucho.

Era una verdad a medias. Ya no era la misma persona; tampoco yo. Una cosa era cierta, le había hecho honor a mi título y me convertí, por completo, en el *Príncipe Amargado*.

Por el rabillo del ojo, capté cómo algo rosa se movía. Me di la vuelta para ver cómo la mano de Dante se encontraba alrededor de la cintura de Reina.

—Con permiso —le comuniqué a Aiden y crucé la habitación.

—Tu padre quiere hablar con nosotros. —Escuché decir a Dante.

Sin querer, apreté la mandíbula, del enojo hice puños las manos.

—Después lo veré —respondió ella. Tenía una sonrisa reluciente, y estudiaba a la audiencia como si nada malo sucediera, aunque era notable la tensión en sus hombros. Odiaba a mi hermano tanto como a mí.

—Ahora. —Me puse rígido ante la demanda en su voz.

—Dante —lo llamé, mi tono de voz era una clara advertencia.

Los ojos de Reina se encontraron con los míos, y por un segundo, dejé caer mi fachada. Me envolvió con sus iris azules brillantes y cristalinos y su aroma a canela. Sus rizos dorados habían crecido desde la última vez que la vi, brillando resplandecientes. Sin embargo, como si se hubiera acordado del odio, endureció su mirada, era más fría que el Ártico, y giró su cabeza hacia otro lado.

Mi hermano alzó la barbilla y ese brillo tan conocido en sus iris auguraba problemas. Tampoco pasé por alto que Reina me ignoraba.

—Hermano, apareciste —comentó, Dante—. También puedes unirtenos. Tenemos un importante anuncio que hacer.

¿De qué demonios estaba hablando?

Reina se retorció fuera del agarre de Dante.

—No es el mejor momento para mí, Dante —musitó, pero antes de que se fuera, apareció su padre.

—Ah, Reina, aquí estás.

Suspiró, mas no perdió la sonrisa. No sabía por qué, pero creía que se había vuelto experta en ocultar sus emociones.

—Hola, *Papà*.

Los ojos de Romero observaron a mi hermano y luego a mí.

—Dante. Amon. Asumo que ya hablaron. —No me gustaba esto para nada—. Movámonos hacia el costado, ¿sí?

—Los veré más tarde... —Mi voz era fría, pero mi interior bullía con su cercanía. No podía permanecer tanto tiempo a su alrededor sin perder la cabeza. Por esa misma razón había decidido poner una distancia de continentes entre nosotros.

—Quédate —siseó Romero mientras le brillaban los ojos.

La irritación se me arremolinó en el pecho y apreté la mano por su tono, aunque no reaccioné. Odiaba que me indicaran qué hacer.

Reina, algo vacilante, dejó que su padre la moviera hacia la izquierda, apresurándola hasta que ya no estuviéramos en medio de toda la fiesta. La música aún sonaba y el parloteo llenaba la atmósfera.

—¿De qué se trata, *Papà*? —Su expresión estaba enmarcada por la frustración mientras me daba la espalda—. Este evento es muy importante para mí. Mi carrera depende de dejar una

buena impresión.

Se podía llegar a sentir su furia, y con cada segundo se multiplicaba, dirigida a todos, parecía.
—No estás tan ocupada como para escucharme. —Su tono era cortante.

Odio ver a Romero en cualquier contexto, no obstante, oírlo hablarle así me volvió un maldito desquiciado. Levanté mi fachada de indiferencia y me crucé de brazos, moviéndome para apoyarme contra la pared. No podía arriesgarme y matarlo en este instante.

Dante soltó una risita, aunque no pasé por alto esa dureza que cruzaba su mirada.

—Está bien, dime entonces. —Reina enfrentó a su padre, tenía la espalda tan recta que parecía que se la quebraría.

—Tú y Dante se casarán.

Shock. Sorpresa. Ira.

Todas esas emociones me impactaron al mismo tiempo. Me tomé un segundo para tragarme la rabia que se agitaba en mí. La ira zumbaba en mi sangre y distorsionaba sus voces; la furia se me precipitó hacia los oídos e impidió que oyera. Comenzaba a ver todo rojo hasta que todos estaban cubiertos por esa neblina. Los nudillos se me pusieron blancos por la fuerza con la que apretaba mis puños.

Mi hermano podría tener lo que fuera y a quien fuera. Excepto a *ella*.

Cerré los ojos, respiré profundo y luego exhalé, lentamente. Escuché la voz de Reina.

—*Papà*, ¿podemos discutirlo? —La agitación en su rostro no se me escapó. Por un segundo, sus ojos azules me encontraron y me penetraron directo en el medio del pecho—. A solas.

Dante torció la sonrisa y lo único que quería era golpearlo, y borrarle esa sonrisita.

—Como tu futuro esposo... —Empezó Dante—. ... Puedes decir lo que sea frente a mí.

Rechiné los dientes mientras apretaba la mandíbula.

Reina le frunció el ceño a Dante antes de volverle a prestar atención a su padre. Prefirió ignorarnos.

—*Papà*, por favor. La abuela nunca lo aprobará.

—No tiene ni voz ni voto en este asunto.

Sus ojos destellaron.

Dante estiró la mano, pero lo tomé de la muñeca, advirtiéndole con ese gesto que, si la tocaba, lo mataría. Hermano o no. Dante siendo Dante solo sonrió, mientras Reina nos fulminaba con la mirada.

—No. —Reina cuadró los hombros. La cicatriz que tenía en el omóplato derecho captó mi atención y todo dentro de mí se revolvió ante el recuerdo—. No lo haré.

Esa era mi chica.

—Reina...

—*Papà*, de verdad debemos hablar —siseó, en voz baja—. A solas.

Mientras los dos se alejaban de nosotros, Reina miró por sobre el hombro y nos sacó el dedo del medio.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

REINA

Mi corazón latía tan rápido que pensé que iba a estallarme dentro del pecho.

Ni diez vidas de separación serían suficientes para que aceptara casarme con Dante Leone.

Encadenarme a él por el resto de mi vida, me apetecía tanto como ser lanzada al océano con bloques de concreto amarrados a los pies.

Cuando estábamos fuera de la vista de los Leone, siseé:

—*Papà*, por favor. No me obligues a casarme con él.

Me apretó los hombros con las manos y me forzó a mirarlo.

—Reina, por insistencia de tu abuela no quería tener esta conversación contigo, pero estoy enfermo. —Abrí los ojos como platos. Pensé que su aspecto débil y deteriorado se debía al estrés del trabajo—. No me queda mucho tiempo de vida. Necesito dejarlas protegidas a ti y a Phoenix, y lo único que lo asegurará será tu matrimonio con Dante Leone.

Tragué saliva y susurré.

—¿Te estás muriendo?

—Los médicos me dieron un par de meses como mucho.

El silencio llenó el espacio entre nosotros, sombrío y vacío. Su pronta muerte debía afectarme. Sin embargo, no lo hizo. No estaba segura de si era por la poca relación que habíamos tenido a lo largo de los años o porque estaba impactada por la noticia de mi casamiento con un Leone.

El maldito hermano del hombre que amaba.

—¿No hay nada que puedan hacer?

—No.

Con una mano metida en los bolsillos y la otra descansando a su costado, lucía como si ya no le importara nada más en el mundo. Sin embargo, exudaba apatía. No sabía si iba dirigida hacia mí o hacia la vida en general.

—Lo lamento, *Papà*. —Tomé su mano libre. Había perdido peso y ya no había rastro del hombre que recordada de cuando era pequeña. Solía pensar que era invencible, pero todo eso cambió cuando murió *Mamma*.

—Debes casarte con Dante Leone —insistió, con firmeza. Tenía el rostro demacrado y los ojos parecían hundidos en sus cuencas, aun así, intimidaba. Ese arreglo era importante para él—. Es de vida o muerte.

Negué con la cabeza.

—Perdóname, quiero hacer lo que me pides, pero no puedo. No así. No con *él*. —Mi corazón ya estaba aplastado bajo los zapatos de su hermano. Dante me destruiría si se enteraba de que

había matado a su padre, no importaba lo que me hubiera contado Amon sobre la manera en que los trataba cuando crecían. Mi seguridad no estaba garantizada si me casaba con Dante Leone, solo adelantaría mi ruina. Respiré temblorosamente, esperando haberlo convencido por última vez—. Por favor, no me obligues a hacerlo.

Algo parpadeó en su expresión. ¿Arrepentimiento? No estaba segura. Era difícil comprender al hombre que nunca hizo el intento de involucrarse en mi vida.

Cuando no respondió, susurré:

—¿Por qué no Phoenix?

No podía casarse con él, pero no podía lastimarla de esta manera. O dejarla sola. Quería que encontrara la felicidad. Las dos deberíamos permanecer juntas.

Mi *papà* malinterpretó mi comentario y replicó:

—Dante no se casaría con Phoenix. La encuentra *insuficiente* —se burló, claramente molesto—. Eres nuestra única opción, Reina.

¿Cómo se *atreve* ese idiota? Quería regresar y darle un puñetazo en el rostro. Y quizás terminar con su vida aprovechando la ocasión.

En lugar de planear la muerte de otro Leone, respiré para calmarme.

—No debiste permitirle que hablara así de ella. —Le dio un ataque de tos, y esperé a que se le pasara para continuar—. Espero que mínimo le hayas quebrado la nariz por referirse de esa manera de mi hermana.

Por la forma en que me observaba me decía que no lo hizo. Podía ser que él lo hubiera dejado pasar, no obstante, yo me encargaría. Más tarde.

—*Papà*, es un error casarme con Dante Leone —mencioné, con suavidad, sosteniéndole la vista—. Uno muy grande. —*Porque maté a su padre. Porque estuve con su hermano.* No podía admitir nada de eso—. Phoenix y yo estamos protegidas. No formamos parte de tu mundo y tampoco queremos estarlo. Además, ¿ya lo olvidaste?

—¿Olvidar qué, Reina?

Resoplé con frustración.

—Acepté un matrimonio arreglado solo si tenía la última palabra. Dante es un no rotundo para mí.

Se me quedó mirando fijamente, completamente agitado.

—Te casarás con él. Fin de la discusión. —Abrí la boca, pero antes de agregar algo más, me interrumpió—. ¡Dije *punto final*, Reina!

Una sensación fría me arañó la garganta y llenó mis pulmones. Algo sabía amargo sobre casarme con Dante, el hermano incorrecto.

No estaba lista para aceptarlo.

—No. —Mi voz era firme y testaruda. *Punto final*. Los dos podíamos jugar a este juego.

—Si no lo haces, Phoenix te reemplazará. Y considerando lo que piensa de ella... —Me lanzó una mirada conocedora—. Será infeliz. Le hará la vida imposible.

Sus palabras me perforaron el pecho. Sabía que siempre protegería a Phoenix, pero tenía una razón más importante, no podía dejarla ocupar mi lugar, porque era la media hermana de Dante. Las palabras de ese hombre tan asqueroso, Angelo Leone, se filtraron en mi cabeza. *Phoenix es mía*.

Resignada y abrumada, regresé con los hermanos Leone. Uno me había roto el corazón y el otro quebraría mi cuerpo.

Los encontré todavía reclinados contra la pared, sus posiciones casi idénticas, con las manos en los bolsillos. No tenía por qué ocultar mi disgusto hacia la actual situación. Hacía varios años

que ya sabía que terminaría en un matrimonio por conveniencia, pero nunca imaginé que me entregarían a Dante Leone.

Era una de las personas que sabía que Amon y yo fuimos... No sabía qué título darle. Una aventura, supongo.

¿Por qué Dante me quería, sabiendo eso? Tampoco podía preguntarle. Le seguiría la corriente a esta farsa, sin embargo, ni muerta dejaría que otro Leone me arruinara, mejor dicho, nos arruinara a mí y a Phoenix.

Tenía la sensación de que Dante tenía doubles intenciones, aunque no podía identificarlas. Sacudí la cabeza. Necesitaba ganar tiempo para poder llegar al fondo de esto.

—Ya entraste en razón —pronunció Dante con una voz profunda y sarcástica.

Iba a resoplar de frustración, pero me aguanté. Menos mal *Papà* respondió por mí, porque no hallaba las palabras. Al menos no las que él y mi padre querían oír.

—Así es, Dante. —Algo brilló en los ojos oscuros de Amon—. Mañana hablaremos sobre los preparativos.

Evité observar a Amon; sin embargo, su mirada quemaba un agujero en mi mejilla.

En cambio, los ojos de Dante me analizaban con una expresión indescifrable. La única persona que lo conocía muy bien me había destrozado el corazón y lo dejó pudrirse.

—Deberíamos agendar algún tiempo a solas para conocernos mejor, Reina.

Me mordí el interior de la mejilla para evitar decir las palabras que quemaban mi garganta por salir. Juzgando por cómo me observaba, él tenía muy claro lo que opinaba de su idea.

—Claro —respondí entre dientes—. Te daré el número de mi asistente.

No tenía una, pero él no lo sabía. Podía llamar las veces que quisiera y nadie le contestaría. Haría el ridículo.

Papà se frotó las manos, satisfecho con mi respuesta e ignorante de mis intenciones.

—Excelente, arreglen eso. Le haré saber a Marchetti y fijaremos la fecha.

Vi cómo se internaba hacia la multitud, y noté una leve cojera en su andar. La culpa se me arremolinó en el pecho. A pesar de todo, sabía que intentaba protegernos de la única manera que sabía. Lástima que no se daba cuenta de que ni Phoenix ni yo necesitábamos ese tipo de protección.

Volví a enfrentarme a mi pasado y mi futuro, y los miré con los ojos entrecerrados.

—Ahora, dejemos las pretensiones —siseé, en voz baja—. ¿Qué demonios quieres, Dante?

—A ti, por supuesto. —Sus ojos se desviaron por encima de mi cabeza, seguí la dirección hasta Phoenix—. Seremos una gran familia feliz.

—La definición que tiene la familia Leone sobre felicidad difiere mucho a la de nosotras.

—Podemos llegar a un consenso —contradijo, arrastrando las palabras e ignorando mi ataque pasivo-agresivo—. ¿Quién sabe? Quizás incluso nos enamoremos.

Mis ojos se dirigieron hacia Amon sin mi permiso, pero inmediatamente los desvié y le presté atención a los ojos oscuros de Dante.

—Enamorarse está sobrevalorado. Y no lo digo por experiencia propia ni nada de eso.

La mentira me sabía amarga en la boca, porque mientras pronunciaba esas palabras, no me cabía duda de que pasaría el resto de mi vida amando a un solo hombre.

A uno que no me correspondía.

Me iba a ir, pero cambié de opinión. No había mejor momento que este para dejar claros los límites.

Alcé la mano y le di una bofetada.

—Vuelve a llamar a mi hermana “insuficiente” y será la última palabra que digas en tu

maldita vida. ¿*Capisce*?

Estaba agradecida de haber visto con mis amigas las películas de *El Padrino*, aunque analizando la expresión de mi prometido, no le pareció nada divertido. Los músculos de su cuello se tensaron, y se le estaba marcando la forma de mi mano en su mejilla.

Amon se quedó quieto y ni siquiera me molesté en mirarlo.

En su lugar, caminé lejos de esos dos, sin volver la vista atrás.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

AMON

Vi cómo se iba mientras la furia y la amargura me quemaban la lengua.

No era la primera vez en toda mi existencia que quería con todas mis ganas asesinar a Dante por tomar algo que nunca debió mirar, ni siquiera tocar.

Me giré y lo observé, tenía marcada la forma de la mano de Reina en su mejilla e incluso aquello me enojó. Porque eso significaba que lo tocó y a mí no. Jesucristo. Ya me estaba volviendo loco.

Quizás debería copiarle a Reina y golpear a mi hermano también. Las ganas no me faltaban.

—¿Por eso me pediste que viniera? —Mi voz destilaba tensión y obvio enojo.

—Necesitaba tu ayuda para controlarla —explicó, pero el brillo calculador de sus ojos me decía que ocultaba algo. Y no sabía qué demonios podía ser.

—Podría ayudarla a matarte —reviré, con los dientes apretados.

Lo único que logré fue hacerlo sonreír con ganas.

—No veo la hora de nuestra unión.

Siempre, maldición, ¡siempre!, protegía a mi hermano cuando podía, pero en este momento, decidí que, si la tocaba, le pondría fin a sus días en la tierra. Lo mataría, sin dudar. Mi mente comenzó a idear las formas más creativas para hacerlo sufrir.

¿Quería comenzar con un puñetazo? ¿Con eso podría borrarle esa sonrisita de la cara? Podría retomar la vieja costumbre de la *Bratva* y enterrarlo en las losas de concreto de uno de mis hoteles.

Mi mente estaba plagada de muchas opciones violentas.

—No luces muy feliz. —A Dante se le daba tan bien señalar lo obvio.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Si no quieres que te rompa todas las extremidades, Dante, pondrás fin a esto.

Puso los ojos en blanco como si fuera un fastidio, sin ningún temor.

—La verdad es que te creo, sin embargo, no me podría importar menos.

Típico. Ambos aprendimos muy bien la apatía. Aunque casi siempre sabía cuándo Dante hacía las cosas para sacarme de quicio. Esta vez no.

Lo enfrenté.

—¿Por qué ella?

—Porque es parte de mis videos. —Su respuesta fue críptica. Entonces, ¿la estaba usando?

—. Además, tienes que admitirlo, la chica es una preciosura.

Ignoré su último comentario por la seguridad de ambos.

—¿Y qué? ¿Vas a tomar los consejos de un idiota que te está enviando videos? —Sentía unas voces que se acercaban, pero no les prestamos atención—. ¿Alguna vez pensaste que él o ella

solo está jodiéndote la cabeza?

—Difícilmente puedes discutir contra la evidencia —expresó, taciturno—. Además, lo conversé con madre y estuvo de acuerdo en que lo mejor era sacar a Reina del mercado. Para ayudarte a superarla.

Me puse rígido y los nudillos me ardían, pidiéndome a gritos que lo golpeará allí mismo en el evento.

Saber que mi madre le dio su bendición para casarse con Reina me llevó a tener unas ganas de hacer todo tipo de desastres que no serían buenos. Para nadie.

—Cáncélalo, Dante —advertí, entre dientes, toda la furia que había estado reprimiendo echaba humos tóxicos—. O haré que te arrepientas de alguna vez haberla mirado.

En lugar de hacer caso a mi advertencia, Dante sonrió como un maniaco. Era de esas sonrisas que les daba a los hombres que mataba.

—Quemarías el mundo entero con tal de que te vuelva a sonreír, ¿cierto?

¿Se estaba burlando de mí?

—No sé a qué demonios estás jugando —gruñí—. Pero te aconsejo que tengas cuidado, Dante.

Se pasó una mano por la boca, casi como si intentara reprimir otra sonrisa.

Como si me hubiera leído la mente, me miró desafiante.

—Dijiste que no estabas interesado en casarte con Reina —me recordó, inexpresivo, probablemente ansioso por que armáramos una escena—. Alguien en algún momento se casará con ella. Qué mejor candidato que yo.

¿Esa era su manera de intentar decirme algo? Maldición, si pudiera descifrarlo. Me tomé unos segundos para recomponerme. Esta noche era importante para Reina y no quería ser quien se la arruinara, no más de lo que ya lo habíamos hecho.

—No puedes tenerla.

No tenía sentido lo que decía, pero ya había perdido toda cordura. No la tendría. No se lo permitiría. Si debía tomar medidas extremas, lo mataría en la misma iglesia antes de que el cura los declarara marido y mujer.

—Y yo que pensaba que te estaba haciendo un favor.

Soné frío, pero sugerente cuando dije:

—Quizás te devuelva el favor y veré si Phoenix está disponible para un matrimonio concertado.

La furia brilló en sus ojos y apretó la mandíbula.

—¿Sabes?, tienes suerte de ser mi hermano. He matado por mucho menos. Con cualquiera ya habría... —expresó, entre dientes, incapaz de acabar la oración. Su expresión era sombría y descontrolada. Su temperamento siempre salía a flote cuando se trataba de Phoenix Romero. Se negaba a admitirlo, incluso para sí mismo, pero estaba rendido a sus pies—. Mi compromiso con Reina puede que no tenga el mejor comienzo, pero si me jodes, Amon, te mostraré lo desquiciado que puedo llegar a ser.

Me estaba cansando de escuchar cómo la nombraba, la única evidencia que tenía de ello era que comenzaba a ver rojo.

Una sonrisa oscura tiró de mis labios.

—Dante, ya te he visto como un desquiciado. —Sacudí la cabeza para quitar esa niebla roja que envolvía mis ojos—. Sin embargo, no me has visto a mí. —Nada jodía más la cabeza que perder lo más importante para ti—. Cáncélalo. Ahora.

Me moví para irme, pero Dante, obviamente, tenía que tener la última palabra.

—Lo conversaré con mi prometida.

Me di la media vuelta y me preparé. En un segundo, le asesté un golpe directo en el rostro, dejándolo un poco menos bonito. Jadeos y grititos aterrorizados llenaron el aire, aunque ninguno de los dos les prestamos atención, nos quedamos observándonos fijamente. La sangre le caía por la nariz y la boca, al día siguiente iba a amanecer con un horripilante ojo morado.

—Cancela el compromiso o tendrás asiento en primera fila para ver cómo quemo el mundo cuando *me* vuelvo un maldito loco —amenacé.

CAPÍTULO VEINTICINCO

REINA

Me quedé hasta que la última modelo abandonó el lugar.

—La mayoría de los diseños que mostramos están agotados —anuncié, aunque mi voz no sonaba para nada entusiasmada—. Solo me quedaron unos cuantos.

Una ronda de chillidos y felicitaciones siguieron, mis amigas hablaban emocionadas sobre el éxito de la noche.

—*¡Deberíamos celebrar!* —exclamó Phoenix.

—Sí, vamos a bailar. —Estuvo de acuerdo Isla.

No estaba de humor. No después de las noticias que me dio *Papà*. Me arruinó todo el evento y aguó el éxito.

—Si dices que no, te juro que voy a gritar —advirtió Raven, exasperada—. Hoy tengo que coger.

—Dime por favor que no lo harás con esos tipos que se movían y exudaban sexo... *Hmm*, definitivamente daban señales de peligro. —Athena suspiró.

—No sé de qué estás hablando —agregó Raven, poniendo los ojos en blanco.

—Seguro que no lo sabes. —Soltó Athena una risita—. Literal podía verte buscando a tu próximo hombre mientras te pavoneas alrededor.

—*Oh*, ¿y tú no? —dijo Isla, reclamándole en broma a Athena.

Athena alzó una ceja y replicó:

—Soy una romántica, no una santa.

—Es una romántica sin remedio con una mente pervertida —aclaró Raven.

—*Y una boca bastante sarcástica*. —Señó Phoenix.

—Y muy sucia también —agregó Isla.

—Debe ser agotador ser una romántica empedernida con esa mente tan sucia y esa lengua tan sarcástica —señalé, mientras mi mente estaba dispersa. ¿Sabía mi abuela que *Papà* me había arreglado un matrimonio con Dante Leone todos estos años? Me contó sobre los planes de mi padre, pero ¿cómo iba a saber que se trataba de él? ¿También estaba de acuerdo? No parecía posible, aunque no podía asegurarlo.

—Entonces, ¿sí o no? —preguntó Athena.

Parpadeé, confundida

—¿Qué cosa?

Todas pusieron los ojos en blanco.

—Salir esta noche. Ir a bailar.

Sacudí los hombros, en un intento por quitarme el estrés de encima.

—Sí, vamos. Adelántense. Me quedaré a ordenar algunas cosas y las alcanzo. Marchetti me

hizo este favor, así que quiero devolverle el lugar tal cual me lo entregó.

Me dieron una ronda de aplausos y me felicitaron con un “Bien hecho” mientras se abrigan y dejaban el sitio. Phoenix se quedó atrás.

—¿Qué te está molestando? —Solo mi hermana podía percatarse de todo—. *Te vi hablando con él.*

Asumí que se refería a Amon y no a Dante.

—*Fue inesperado* —murmuré y señé al mismo tiempo—. *Verlo.* —Asintió, con comprensión—. *¿Así te sientes siempre que ves a Dante?*

Algo parpadeó en su mirada y me daba terror contarle lo que *Papà* había hecho o lo que había aceptado hacer. Al menos, por un tiempo.

—*Ya lo superé.* —Mentira. Lo sabía porque el dolor que sentía era el mismo que me regresaba la mirada—. *¿De qué tenía que hablar Papà con esos dos idiotas?*

El corazón me latió dolorosamente contra las costillas al saber que mis siguientes palabras la lastimarían. Hubiera dado cualquier cosa con tal de ahorrarle este sufrimiento. Era tan injusto que las dos tuviéramos que sufrir ese estúpido calvario por culpa de un hombre que se suponía debía velar por nuestra felicidad.

—Me arregló un matrimonio. —Abrió los ojos de par en par y se quedó inmóvil. Supo desde el comienzo con quién sería incluso antes de que añadiera—. Con Dante. —Vi cómo una variedad de emociones le cruzaban por la mirada. Dolor. Decepción. Enojo. Y, de nuevo, dolor—. No quiero hacerlo —susurré—. Encontraré la manera de evitarlo. Te lo prometo.

Lágrimas no derramadas le cristalizaban los ojos, clavándose en mi pecho y haciéndolo desangrar otra vez. La abracé y la apreté con fuerza. Le temblaba el cuerpo, y la apreté con más fuerza.

—Lo arreglaré —pronuncié, aunque no pudiera oírme. Quizás era una promesa al universo. No era justo que fuéramos solo unos peones para estos hombres. Era como un juego de yo-yo cuando se trataba de los dos hermanos Leone. Nos querían. No nos querían.

Pues nosotras ya no los queríamos.

Phoenix retrocedió y señé:

—*Te prometo que todo saldrá bien. Se me ocurrirá algo.*

Se apartó un mechón de cabello del rostro con la mano temblorosa.

—*Da igual. Incluso si todo resulta bien, aun así, no me querrá.*

—Phoenix... —Moví las manos, insegura. No sabía cómo advertirle sobre Dante. Debía alejarse de él. Estaba enamorada de su medio hermano y ni siquiera lo sabía—. *Lo mejor es que no te acerques a Dante Leone.* —Me di cuenta de que sonaba demasiado dura, casi como si lo estuviera reclamando para mí, así que rápidamente agregué—: *Como último recurso, nos queda escapar. Juntas.*

—¿Porque no lo quieres?

—*Porque casarme con él nos destruiría a ambas.* —Señé. Por distintos motivos, pero con el mismo final: la destrucción.

Sin nada más que decir, se dio la vuelta y se fue.

Me quedé mirándola, casi durante una eternidad cuando me sobresaltó la vibración de mi teléfono.

Lo tomé. Era Phoenix.

Abrí el mensaje, con las manos temblorosas.

Phoenix: Te amo, hermana.

El móvil volvió a vibrar y me entró otro mensaje.

Phoenix: Las personas fuertes también se quiebran. Deja de cargar con todo el peso de los demás en tus hombros.

Y, de repente, se me rompió el corazón por una razón completamente distinta.

Salí del edificio, con los ojos ardiendo por las lágrimas no derramadas. Por Phoenix. Por esta vida de mierda. Por *Papà*. Por cada cosa que no podía solucionar.

Afuera, el frío aire de octubre me erizó la piel cálida. Los sonidos de la ciudad eran extrañamente calmantes mientras me dirigía al club donde me estaban esperando las chicas. Di la vuelta en una esquina, al final de la calle, y choqué contra algo duro y cálido.

Solté un suspiro y me tambaleé sobre mis pasos.

Manzanas verdes y cítricos. Ni siquiera debía mirar hacia arriba para saber quién era, pero cuando lo hice, la ocupada calle de París se desvaneció.

Nos sostuvimos la mirada, envueltos en una tensión densa, casi sofocante.

—¿Andas perdido, Amon?

Levemente, curvó los labios antes de apretarlos en una dura línea. No me gustó cómo las mariposas comenzaron a revolotear por mi estómago, sin mi permiso.

—¿Vas camino a celebrar? —replicó, mirándome las botas rosas que me llegaban hasta los muslos y mi minivestido de manga larga en el mismo tono. Era uno de los beneficios de ser anfitriona de un desfile de modas: tenía una variedad de ropa para elegir.

Vi cómo sus ojos hacían un viaje desde mis tacones hasta la piel expuesta de mi muslo. Cuando, finalmente, llegó a los míos, la oscuridad brillaba en su mirada.

Resoplé con molestia.

—Voy a un lugar lo más lejos de ti y de tu hermano de ser posible.

Di otro paso para alejarme, pero cuando quise irme, me agarró de la muñeca.

—Reina...

Se me retorció el corazón y me quedé sin aliento. Odiaba el efecto que causaba en mí, era como si me hubieran golpeado en el estómago, sin embargo, lo peor era esa sensación de añoranza. Todavía me atraía, a pesar de la mierda que había hecho. Sin importar las respuestas que no tenía.

¿Por qué? ¿Por qué cambió de parecer sobre nosotros?

Quería preguntarle sobre *ese* verano. Pero ¿cómo podía sacar el tema sin parecer una mujer patética que se había quedado atascada en el pasado?

Así que lo observé, esperando que dijera algo, mientras él veía al carro estacionado a nuestro costado como si fuera el montón de metal más interesante del mundo.

—¿Podrías mirarme al menos?

Metiéndose las manos en los bolsillos, sus ojos me atraparon. Densos. Oscuros. Infinitos. Sin embargo, en el fondo de esas oscuras profundidades, había una llama que ardía. Casi podía sentir el calor que emanaba y lamía mi piel. O quizás era mi mente jugando conmigo, recordándome su toque.

Apenas podía respirar con la cantidad de recuerdos que plagaban mi mente.

Me apretó con fuerza la muñeca.

—Te ves hermosa. Tan bella que me duele incluso mirarte.

Parpadeé, sorprendida. No podía caer de nuevo. No *volvería* a hacerlo. Pisoteó mi corazón, lo hizo pedacitos.

Se me atascó la risa amarga que quería soltar. Lo tenía en frente de mí, a menos de diez

centímetros, usando un traje de tres piezas, luciendo como un hombre que prometía aún más angustia.

Tenía la sospecha de que lo volvería a ver, parecía ser que siempre nos encontrábamos. Me prepararía, incluso practicaría lo que diría. No obstante; estar tan cerca de él fue demasiado por un día. Era demasiado abrumador. El pecho se me apretaba mientras recuerdos de nosotros pasaban por mi mente: desde nuestro encuentro en el estacionamiento, a la noche cuando fui a contarle sobre mi embarazo. Cuando lo vi besando a otra mujer en frente de mí.

Volví a poner los pies en la tierra. Era el recordatorio que necesitaba. Empujé los sentimientos que tenía por él a un lugar profundo y oscuro, donde esperaba que no volvieran a emerger.

—¿Qué quieres, Amon? —A pesar del dolor y la amargura, mi tono era frío. Plano. Debería enorgullecerme de mí misma, aunque no lo estaba. Odiaba esta versión de mí—. ¿No has hecho suficiente ya?

La oscuridad nos consumió, absorbiendo la luz que me quedaba. No me había sentido verdaderamente viva desde la última vez que me besó.

Una brisa fría corrió por la calle, trayéndome de vuelta a ese momento. A veces era demasiado difícil dejarlo todo en el pasado.

—Preferiría no verte —comenté, con tono cortante—. Por el resto de la vida que me queda.

Tiré mi muñeca de su agarre y me abracé para mantenerme cálida. Mi vestido no era muy grueso para estas noches de octubre.

Se quitó la chaqueta de esos amplios hombros y la colocó sobre los míos. Me encogí de hombros, señalándole que no la quería, pero el breve contacto me abrasó la piel.

—Lo siento.

—¿Por? —espeté—. ¿Por querer arruinar mi noche aún más? Es fácil de solucionar. Quítate de mi camino.

Iba a pasar por su lado, pero me bloqueó el camino.

—Perdón por lastimarte. —El arrepentimiento y algo más le cruzó por la mirada.

—¿Lastimarme? —repetí.

Quería *gritar*. Quería arrancarle el corazón. Hacerle sentir este agujero horrible y oscuro que había dejado en mí.

—Llegaste tres años muy tarde. —Respiré con calma, a pesar del dolor que me pulsaba en el pecho—. Adiós, Amon.

Me alejé de él, pero el nudo en mi pecho permaneció.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

AMON

Llegué al almacén donde se llevaría a cabo la pelea de la semana. El club se había convertido en mi consuelo y nunca había estado más agradecido por algo.

Había sitios parecidos repartidos por todo el mundo, pero generalmente prefería los que estaban en Asia y en los Estados Unidos, no quería encontrarme con nadie conocido. Mi última pelea había sido en New Orleans después de haber salvado a Tatiana Nikolaev y con eso ya debía de haber sido suficiente para calmarme por unos meses.

Sin embargo, los eventos de los días anteriores me dejaron al borde de mi paciencia y tenía unas ganas de aplastarle el cráneo a golpes a alguien y hacerlo sufrir.

Las puertas de acero se abrieron para dejarme entrar. Ya podía escuchar el rugido de la audiencia y sabía que esta noche sería importante. Me había hecho de una reputación durante todos estos años, y las palabras viajaban muy rápido sobre cada pelea.

Me quedé en las sombras mientras me dirigía adentro, una ligera calma se sentía en la atmósfera. Era un lugar de depravación, muerte y violencia. La arena estaba vacía, pero eso pronto cambiaría.

—Amon. —La voz de Kian Cortes atravesó el oscuro túnel—. Qué gusto verte.

Me giré para encontrarlo con los brazos cruzados y las cejas levantadas. No me sorprendía para nada verlo allí. Kian había estado peleando en el circuito ilegal más tiempo que yo. Nos habíamos encontrado antes, pero nunca nos había tocado enfrentarnos. Lo respetaba por el tipo de luchador que era, incluso si su hermano era un pedazo de mierda. Aunque no tomaba represalias contra él, nadie más que yo podía entender que no escogíamos nacer en nuestras familias. Además, había cortado cualquier relación con su hermano hacía muchísimo tiempo.

—¿Liberando energía? —pregunté. Ya tenía la barba plateada a su edad.

—Algo así.

Kian Cortes, a diferencia de su hermano, tenía consciencia y se culpaba por la desaparición de su hermana menor durante uno de sus despliegues en la milicia. Pelear era su manera de arrepentirse y nunca había perdido una pelea. Todos cargamos con una cruz, de diferente forma y tamaño.

—¿Contra quién peleas?

—No contigo —repliqué y casi logré sacarle una sonrisa a esa estoica cara.

Comencé a caminar hacia la parte trasera de la propiedad donde sucedían las peleas más grandes.

—¿Asustado? —cuestionó, mientras caminaba junto a mí.

—Para nada. ¿Acaso tienes ganas de morir?

Se rio entre dientes.

—Hoy no. Vine por trabajo. —Lo observé con curiosidad—. Y te involucra. —Me encontré con su mirada, aguda y sagaz—. ¿Quieres saber de qué se trata?

—Teniendo en cuenta que estás aquí, supongo que me lo vas a decir de igual manera.

—Que chico tan inteligente. —Apreté la mandíbula. Quizás tenía el doble de mi edad, pero ya no era un niño. Había pasado por demasiada mierda para durarme dos vidas—. Tu primo y mi hermano están planeando algo de nuevo.

Me quedé inmóvil, no estaba exactamente sorprendido por su información. Últimamente, Itsuki se había vuelto valiente, alentado por los tratos que había hecho con esa lunática de Sofia Volkov. Al parecer, Perez Cortes también formaba parte de ese grupo de criminales dementes.

—Gracias por la información —respondí finalmente, escaneando el lugar donde pelearía.

En poco tiempo, el almacén se llenó. El aire estaba bañado con los sonidos de los puños golpeando la carne, y apestaba a sudor y sangre. La gente iba allí para ganar dinero o luchar contra sus demonios. A los catorce me inicié en el primer grupo y del último ya me había graduado.

¡Qué maldita ironía!

Angelo Leone estaba muerto y seguía luchando contra el diablo.

Cada arena estaba repleta de luchadores. A puño limpio, sin armas, y ningún pendejo en el cuadrilátero. Los asientos en las gradas improvisadas en la arena estaban cubiertos por espectadores, como los romanos que miraban abajo hacia los gladiadores. Las arenas que más ganancias obtenían eran aquellas donde la única salida era en un ataúd.

Un ruido estridente hizo eco en el lugar, esa era mi señal para entrar. Me quité la chaqueta y la camiseta, quedándome con el torso desnudo y luego salté abajo, a la arena. Una inyección de adrenalina me zumbaba por las venas. Las llamas en mi sangre hervían a fuego lento y me susurraban que acabara con mi oponente, que lo hiciera sufrir y que saciara esta sed de dolor.

Mi contrincante me miraba con recelo. No lo conocía, pero sabía que era un traficante de personas. Los hombres que eran obligados a pelear siempre tenían mala fama, y este no era la excepción. No tenía ningún problema en matarlos. De hecho, lo disfrutaría. Así que me burlé, instándolo a que hiciera el primer movimiento.

El olor a sangre. Cigarrillo. Las luces bajas. Todo alimentaba mi adicción.

El cabrón se lanzó a atacarme, vislumbré algo metálico en sus manos. Me quedé en mi sitio, esperando a que se acercara más y en el último minuto, di un paso al costado, clavándole un puñetazo en la espalda y quebrándole las costillas.

Cayó al piso con un gruñido, y rodó sobre el piso.

—No hemos terminado —refunfuñé—. Levántate.

Se puso en pie, mareado, con los ojos yendo de derecha a izquierda.

—¿Buscas esto? —Pateé el cuchillo más cerca de su alcance—. Vamos, tómallo.

Abrió los ojos como platos, sospechando de mis intenciones. Me quedé quieto, dándole tiempo para que lo tomara. Cuando lo hizo, se giró. No hice ningún movimiento cuando se lanzó a atacar. Apuntó su cuchillo hacia mi hombro, pero ni siquiera reaccioné.

Después de todo, me habían entrenado para no sentir dolor. Me giré, las punzadas en mi hombro avivaron las flamas de mi amargura.

Me alcé en toda mi altura y dejé que saliera disparada la furia que burbujeaba en mi interior.

—Mi turno —indiqué, y le asesté un puñetazo en el rostro. *Crac*. Le rompí la mandíbula. Después, conecté mi pie contra su estómago, y lo dejé jadeante y agarrándose la garganta. Cayó de rodillas, tosiendo sangre.

Me paré enfrente de él, me puse en cuclillas y le rodeé la garganta. Se puso rojo mientras la

apretaba con fuerza. Me enterró los dedos y, sin aviso, lo levanté y lo lancé al otro lado del cuadrilátero.

Cayó como un saco de papas.

Se me puso dura la polla al sentir ese ligero dolor en mis músculos y al saber que la sangre estaba a punto de ser derramada a mis pies.

Se arrastró como una perra, intentando escapar, mientras me le acercaba.

—No, no, no.

No sentí ni una pizca de remordimiento mientras le pisaba la mano, rompiéndole la muñeca.

Pasé los últimos diez minutos dejándole creativos moretones y huesos rotos, asegurándome de que el idiota se desangrara a mis pies.

La gente gritaba y aullaba. Y, aun así, todo en mi vida seguía siendo inconcluso.

Mientras me vendaba el médico que era parte de la nómina del club de peleas, no pude evitar notar las ironías de la vida. Mi hermano y yo no éramos más que una inversión para Angelo Leone, un hombre que supuestamente nos entrenaba con brutalidad y crueldad para hacernos sus peones. Aquello lo aprendí casi al mismo tiempo que aprendí a caminar. Padre invirtió en nosotros, y esperaba obtener beneficios a favor. Sus palabras, no las mías. Nunca entendí a qué se refería, pero cuando nos las dijo, Dante y yo tan solo asentimos con la cabeza.

Y allí estaba, de vuelta en otra jaula.

Mi mente retrocedió hacia el momento donde mi hermano y yo hablamos por primera vez sobre la posibilidad de escapar.

Dante y yo nos sentamos en el castello después de que nos vinieran a dejar de la escuela. Ninguno de los dos estaba listo para entrar a la casa. Con el hermoso océano azul en un lado y las montañas por otro, más los coloridos jardines, este lugar parecía el paraíso.

Pero no lo era.

Este hogar era nuestro infierno personal. El Golfo de Trieste brillaba bajo los radiantes rayos de sol, y la imagen de una niña con rizos rubios y ojos azules bailó en mi mente.

La manera en que se reía, sin miedo y con alegría, mientras se deslizaba por el castello con su hermana. Casi siempre me preguntaba cómo se sentiría. Ser así de alegre. Así de normal.

—Deberíamos tomar a Mamma y escapar —solté—. Irnos lo más lejos de él. Haríamos nuestra propia fortuna, seríamos poderosos e independientes, y padre podría irse al infierno.

Era lo suficientemente consciente de que mi hermano y yo no teníamos una niñez normal. Nuestro padre se había asegurado de aislarnos. Siempre nos repetía que habíamos llegado al mundo con la única misión de servirle, y que podría deshacerse de nosotros igual de fácil que como nos dio la vida.

Dante giró la cabeza y me miró.

—¿Por qué no solo lo matamos? Así podemos quedarnos con nuestra casa.

Observé nuestro alrededor asegurándome de que nadie nos escuchara. Si alguien lo hacía y padre se enteraba de esta conversación, nos daría una paliza.

—No digas esas cosas —le exigí—. No todavía. No hasta que seamos lo suficientemente fuertes para igualarlo en poder.

Dante dejó caer los hombros y el arrepentimiento me golpeó dolorosamente en el pecho.

Nos estaban moldeando para ser sus protectores; sin embargo, se trataba de otra forma de mantenernos controlados. Nos resistíamos en cada intento. Cuando sentía que no nos tenía bajo su yugo, intentaba volvernos uno contra el otro. Pero en cada intento, fallaba. Tiempo atrás, Dante y yo habíamos prometido que siempre estaríamos allí uno para el otro.

Éramos hermanos y mejores amigos. Nada ni nadie se interponía entre nosotros.

Apunté con la barbilla el lugar que llamábamos hogar.

—En algún momento tendremos que entrar. —Dante me miró el antebrazo, que seguía negro y azul por la última golpiza de padre. Y tampoco se encontraba mejor que yo. Padre contrató a un profesional para que nos enseñara a luchar o, mejor dicho, a cómo nos debían golpear y a eso le llamaba “entrenamiento”. Me sentí inquieto. Si nuestra madre no estuviera, ya hubiéramos escapado. Pero esta era nuestra realidad... nuestras opciones eran limitadas. Ella se negaba a dejarlo.

Me le quedé observando fijamente y analicé su expresión. Era la viva imagen de padre, sin embargo, era muy diferente en el interior. Mientras observaba las heridas que se asomaban bajo el cuello de su camisa, esperaba que nunca cambiara. No quería que padre lo contaminara con su maldad.

—¿Tan rápido quieres apresurarte a recibir otra paliza? —Hice una mueca ante sus palabras. En ese momento, no había espacio en mi piel que no estuviera lastimada. Salvo mi rostro. A padre no le gusta hacerle saber al mundo la crueldad que corría por sus venas—. Si tienes tantas ganas, luchemos aquí y ahora.

Me sacó el dedo del medio y volvió a fijar su atención en el mar. A veces, esa era la única belleza que teníamos.

—Al menos sería una pelea justa —gruñó—. Padre no pelea limpio.

No lo hacía. Nunca lo hizo y jamás lo haría.

—No será así para siempre. —Asintió, en silencio.

Mi mirada vagó por la superficie color zafiro del mar.

—No podemos esperar hasta cumplir los dieciocho, debemos empezar a establecer nuestro futuro desde ahora. Nos golpeará de igual manera, así que lo mejor es que lo usemos para dar inicio a nuestro propio imperio. Ha estado tan ocupado yendo detrás de las faldas de sus amantes y probando a las mujeres de sus prostíbulos que ni siquiera se dará cuenta si algunos miles se desaparecen misteriosamente.

Dante se mostró escéptico, pero no estuvo en desacuerdo. Entendía que todo se trataba de supervivencia. Control. Poder. Tan solo tenía que pensar en un plan en el cual me apoyara.

—Listo. —La voz del médico me sacó de mis recuerdos—. Felicidades por la victoria.

Gané. Qué gracioso. Obtuve diez millones de euros de dinero manchado con sangre al intentar olvidar toda la mierda de mi niñez y los fantasmas que me atormentaban. ¿Acaso era igual que esos traficantes de personas?

Me miré el hombro para asegurarme de que el cuchillo no hubiera dañado mi tatuaje. Mi ying y yang. Hacía juego con el brazalete que llevaba en la muñeca.

Me encontré con la mirada del hombre de ojos oscuros bajo unas cejas gruesas y grises.

—Gracias.

Sin nada más que hacer, me largué de allí.

Veinte minutos más tarde, llegué a mi oscuro penthouse. Este maldito lugar.

Sentía los pies pesados mientras cerraba la puerta a mi espalda, quedándome a solas con el fantasma que nunca quise espantar. La mujer de rizos dorados que me atormentaba y abracé el dolor que causaba.

Un jadeo me llegó a los oídos antes de recorrer el departamento. De pie, cubriéndose la boca, estaba mi madre y, por fin, no llevaba un kimono rosa. En su lugar, llevaba un pantalón de vestir y una blusa.

—¿Estás bien? ¿Por qué estás cubierto de sangre?

Como un robot, bajé la mirada hacia mi camisa toda llena de color carmesí. Debía cambiarme la venda.

—Estoy bien. —La miré de nuevo—. ¿Y a ti qué te pasó? ¿Y el kimono?

Eran contadas la veces que no la había visto usarlo. La ropa occidental nunca había sido su primera elección.

—Hoy no hay kimono.

Daba igual. No tenía la paciencia para aguantarla esa noche. Hiroshi ya me hubiera avisado si alguna mierda se había salido de control

—¿Cómo entraste? —Había cambiado todas las cerraduras. No quería que nadie, familia o no, se metiera en mi espacio, sin mi permiso.

—Forcé la cerradura. —Se mordió el labio inferior y cada respiración que tomaba aumentaba mi molestia y enojo. La pelea de antes debía de haber apaciguado todas esas emociones por un poco más de tiempo, pero vi todo rojo cuando vi a mi madre allí y recordé que le había dado su bendición a Dante para casarse con Reina.

—No es buena idea que estés aquí.

—Dante se va a casar. —Su voz sonaba quebradiza—. Tienes que apoyarlo. Es hora de que tu primo caiga.

Intenté pasar de largo, pero me bloqueó el paso y me dijo algo que se sintió como una apuñalada directa al pecho.

—Ella no te pertenece, Amon.

—Debes irte. —Había un tono de advertencia en mi voz que claramente no notó mi madre, porque me tomó de la mano y la apretó—. Al menos que estés lista para decirme la verdad, te quiero fuera de mi casa.

Debía de sentirme arrepentido. Triste. Sin embargo, no sentía nada. Mi madre me había ocultado demasiados secretos y ya estaba cansado de sus manipulaciones.

Me sostuvo la mirada con una dureza que jamás había notado.

—¿Qué verdad? Ya te conté todo.

Apreté la mandíbula y lo que dije después lo hice con una calma antinatural.

—Podríamos empezar por el documento que estás tan desesperada por que Dante y yo encontremos, y después, me gustaría que me contaras por qué Diana Glasgow nos acusó de haber destruido a su familia.

Me observó con frialdad.

—Asumo que se refería a cuando busqué a su hija y le revelé toda la verdad sobre Romero. Se suicidó no mucho después.

Me acerqué y la agarré del cuello, casi rompiéndoselo. Abrió los ojos de par en par, y el miedo se apoderó de ellos.

—Que hiciste ¿qué?

Tragó saliva, pude sentir el movimiento bajo mi palma.

—Le dije la verdad sobre Romero.

—¿Y esa es?

—Que no cumple su palabra. —Otro comentario vago. No me sorprendía—. Le dije que Angelo casaría a Dante con una de sus hijas.

¿Ese jodido trato estaba pactado desde hacía años? Hijo de puta.

—Lárgate de mi casa antes de que diga o haga algo de lo que me arrepienta. —Con voz calmada pronuncié las palabras.

CAPÍTULO VEINTISIETE

REINA

Era un desastre.

Me pasé toda la noche volviéndome loca pensando cómo evitar la catástrofe que mi padre había orquestado.

¿En qué demonios estaba pensando cuando me arregló un matrimonio con Dante Leone? ¿Tan poco le importaba que ni siquiera se molestó en preguntarme mi opinión?

Había quedado en el olvido el éxito del desfile de modas, a pesar de solo haber transcurrido apenas un día. No me quedé mucho tiempo en el club. Cuando regresé a casa, me pasé seis horas en un ataque de limpieza; dejé el apartamento reluciente justo para ver la caminata de la vergüenza de mis amigas y mi hermana. Por supuesto, después de que me reprendieran y toleré sus bromas sin gracia, finalmente se fueron a dormir y me dejaron a solas con mis pensamientos.

Miré con preocupación la puerta cerrada de Phoenix. No había vuelto a mencionar algo más, pero no pasé por alto sus ojos rojos. No sabía cómo solucionar todo ese desastre.

No podía revelarles que Angelo Leone era su padre. La destruiría.

«*Protege a tu hermana*».

Las palabras de mi madre seguían frescas en mi memoria. Sabía que nos enfrentaríamos a esto y quedaba en mis manos cumplir con mi promesa.

Mis pies apenas hacían ruido contra el piso de madera cuando crucé el pasillo y pasé por fuera del único baño de nuestro cálido apartamento. Se veía completamente distinto, aun así, podía recordar la imagen del cadáver... y lo que le habíamos hecho. Las chicas parecían haberlo olvidado tan pronto como renovamos el baño, pero mi mente se negaba a borrar las escenas sangrientas y las extremidades desmembradas.

Me tembló la mano cuando quise tomar el pomo de la puerta de Phoenix. Ignorando el rechinido de la puerta, dado que no podía oírme, me asomé y la encontré en posición fetal y sus hombros se agitaban por el llanto silencioso.

Se me retorció el corazón y me apresuré a su lado, y me dejé caer de rodillas junto a ella y la abracé. Consciente de mi presencia, se movió y me miró.

—*Perdóname*. —Se me apretó la garganta, incapaz de pronunciar alguna palabra, así que le hablé en lengua de señas. Igual como cuando éramos niñas y no queríamos que nadie se despertara—. *Encontraré la manera de solucionarlo*.

El dolor que me devolvía la mirada me desgarró por completo. Me perforó el alma y la dejó jadeando.

—*Te dije que no importaba. Él no me quiere*.

Quería estrangular a los hermanos Leone y hacerlos pagar por ocasionarnos estos problemas.

—*Pero todavía lo quieres*. —Señalé con suavidad—. *Todavía lo amas*.

Puso las manos en puño y me imaginé todas las marcas de uñas que se dejaba en las palmas.

—*Hay tanto que no te he contado.*

Esperé a que continuara, mas se quedó en silencio.

—*Puedes contarme lo que quieras.* —Había estado para mí cuando la necesité. Y yo haría lo mismo—. *Jamás te juzgaría. Y no le contaré a nadie.*

Solo Dios sabía que era la última persona con derecho a juzgar a alguien. Bueno, salvo por la familia Leone.

Eran tan notorio el temblor en sus manos cuando seño:

—*No te lo puedo contar. Me rompo con tan solo pensarlo, y decirlo en voz alta solo me destruiría.*

Le creía. Había tanta fuerza detrás de sus palabras que me llegó directo al corazón y me puso nerviosa.

—Dime cómo te puedo ayudar. —Le acuné el rostro, gesticulando lentamente para que pudiera leerme los labios—. Dime qué hacer.

—*No me pidas que vaya a tu boda.* —Suplicó—. *No puedo verte casándote con él. Si te veo con él rompería lo último que queda de mí.*

Cualquier camino que tomara, cualquier decisión a la que llegara, sabía que al final la perdería.

Sin embargo, Phoenix *seguiría* estando a salvo. Incluso si eso significaba volver a matar.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

REINA

Volví a mirar la hora por centésima vez. *Las cinco en punto*. Resoplé y tiré de las costuras de mi falda, sintiéndome completamente fuera de lugar. Rememoré mi conversación del día anterior con Phoenix, cuando su rostro estaba bañado en lágrimas. *No puedo decirte*. Nunca me había sentido tan desconectada de mi hermana mayor, tan desesperanzada. Tampoco se me ocurría qué era lo que me estaba ocultando.

La frustración se me arremolinó en el estómago y sacudí la cabeza.

¿Qué estaba *mal* con este tipo? Lo mínimo que podía hacer Dante era llegar puntual. Fue quien sugirió que nos llegáramos a conocer mejor, pero no había ni rastro de él.

Me pidió que tomáramos algo en Red Dog. Para ser exacta, su mensaje decía:

Dante: Tú y yo. Red Dog. Bebidas. Tiempo de conocerme.

Ni siquiera lo cuestioné. Gran error.

Además, mi respuesta no fue muy cálida.

Yo: Estoy bien sin conocer tu maldito trasero tacaño. Nos vemos en el Red Dog.

En un segundo me llegó su réplica.

Dante: No hay necesidad de estar pensando en mi culo.

¡Como si fuera a hacerlo!

Yo: Primero, qué asco. Segundo, desearía que perdieras mi número.

Supuse que mi *papà* se lo había dado. Ojalá no lo hubiera hecho. Dante no tardó en responderme.

Dante: Nos vemos allí.

Así que aquí estaba. Este lugar era un bar perfecto para peleas de borrachos. Me quedaba clarísimo que nada bueno saldría de un sitio de mala muerte con la palabra “rojo” en su nombre. Y era aún peor si la mitad de los clientes estaban embriagados antes del almuerzo. Debí haberlo supuesto, pero ya estaba aquí, sola, bebiendo mi espantoso y carísimo Casamara Club.

¿Qué tenía en la cabeza cuando acepté venir?

Quería ser de alguna manera tolerante, considerando que había desmembrado a su padre y toda esa mierda. No era una razón romántica, mas a quién le importaba.

Y aun así, el bastardo me estaba dejando plantada.

Ignoré la mirada curiosa que me quemaba cuando sentí cómo un cuerpo se deslizaba en el asiento junto al mío.

Mis ojos se encontraron con unos azules oscuros.

Dante Leone.

Pómulos afilados. Ojos azules. Cabello oscuro. Y lo único que sentí fue irritación. Ese aire de chico malo podía ser atrayente para otras mujeres, sobrias y borrachas, por su físico envuelto en pecado, pero en mi caso no causaba nada.

—Llegas media hora tarde. —Empecé, con los dientes apretados, apenas conteniendo mi molestia.

—Dije un cuarto para las cinco. —La respuesta tan relajada que me dio era todo lo contrario a lo tensa que sonaba su voz—. Llegué puntual.

Qué. Estúpido.

—Un cuarto para las cinco es lo mismo que *cuatro* cuarenta y cinco —siseé.

Me ignoró, se acomodó en el taburete y llamó a la *bartender*.

—*Bière Brune*. —Una cerveza negra.

—Sale una ya.

La chica le batió las pestañas, ignorando por completo que estaba sentada a su lado. Debí haber vestido mi color distintivo en lugar de una falda recta negra con una blusa blanca. Me había parecido apropiado, dado que se trataba de un *convenio comercial*.

—Los estadounidenses y sus extrañas formas de decir la hora —gruñó.

A la derecha, se escuchaba el rechinar de las sillas contra el sucio piso, cómo los vidrios se quebraban en un rincón donde parecía que un grupo de turistas estaba disfrutando *demasiado* el beber de día. No había sitio donde no faltaran las risas, las maldiciones, y las burlas.

Aquello hizo que fuera más palpable la tensión entre Dante y yo. ¿El silencio siempre había sido así de insoportable? ¿O solo era así cuando te rodeabas de italianos malhumorados?

La *bartender* se inclinó hacia adelante y le entregó su cerveza a Dante, dándole una vista completa de su escote.

Se sentó, relajado, casi apoyado en el bar, mientras movía su vaso de cristal entre los dedos. La miró con una expresión aburrida.

Me terminé el resto de mi bebida, de un solo trago, me aclaré la garganta para atraer la atención de la fanática de Dante.

—¿Me podrías traer otra, por favor?

Apenas había llegado, pero no veía la hora de acurrucarme en mi cama con un buen libro.

—No te me vayas a poner borracha, prometida. —Era cierto que Phoenix lo amaba, pero honestamente, no sabía qué le había encontrado. ¿Quizás le gustaba esa vibra de chico malo?

—Es sin alcohol —aclaré, inexpresiva, cuando sentí cómo me vibraba el teléfono. Agarré mi bolso, al menos había elegido uno de mi color favorito, y busqué mi móvil. Cuando lo encontré, me llegó otro mensaje. Ansiosa por tener alguna distracción, leí los mensajes de mi grupo de chat.

Sonreí, dándome cuenta de que estaban en el lugar de *Oba*. Conocerla era de lo único que no me arrepentía tras mi fallido romance con Amon. Con las chicas íbamos seguido a su restaurante, se podría decir que casi todas las semanas, y por lo que leía, Raven estaba haciendo su debut en karaoke.

—Entonces, ¿por qué aceptaste verme? —preguntó, al parecer se saltó la parte de tener una charla trivial.

Me encogí de hombros.

—Me lo pediste.

—Te apuesto a que te gustaría que alguien más ocupara mi sitio.

Un conjunto de emociones se me atoró en la garganta, pero ignoré su comentario fuera de lugar y contesté:

—Tienes razón. Preferiría que estuvieran aquí mi hermana y mis amigas.

Levantó las cejas.

—Al menos eres honesta.

—Si prefieres que te mienta, tan solo pídemelo. No es que fueras la persona más abierta del mundo.

Estaba siendo una *pésima* compañía en este momento.

Me lanzó una sonrisita sardónica.

—De seguro tú y tu familia tienen varios secretos sucios. —Me oculté tras una sonrisa y expresión fingida. A la distancia oí cómo abrían la puerta y la sensación de alerta me cosquilleó en la espalda—. Apuesto, Reina Romero, que estás llena de secretos.

—No me des *tanto* crédito —musité, secamente.

Alcé la cabeza y la sorpresa me envolvió cuando vi esos conocidos pozos oscuros devolviéndome la mirada a través del espejo del bar. Me fue difícil distinguir sus facciones por la poca iluminación del bar y la suciedad del espejo.

¿Cuánto tiempo llevaba allí?

En lugar de apartar la vista, Amon me la sostuvo, sus ojos eran indescifrables y su mentón estaba completamente tenso. El aire crepitó de electricidad, poniéndome nerviosa.

—Tu bebida. —El ruido me sobresaltó, y me di la vuelta para encontrar a Dante y a nuestra nueva amiga de pechos prominentes mirándome con curiosidad. Me sentí como una niña cuando la atrapaban con las manos en la masa.

—Gracias —murmuré, intentando no perderlo de vista por el rabillo del ojo.

Pero ya no estaba.

¿Acaso fue todo una ilusión de mi cabeza? No, imposible. Lo vi.

La risa de Dante me sacó de mis pensamientos y supe que sus siguientes palabras iban a provocarme.

—¿Te llamó la atención algo? —Su tono era más seco que el *gin* de mala calidad que servían en este bar de mala muerte.

Me sonrojé y se me revolvió el estómago. ¿Se estaban divirtiendo conmigo? ¿Acaso todo esto era una broma para los hermanos Leone?

—Tengo hambre —me quejé. Mientras más rápido comiéramos, más pronto se acabaría—. ¿Nos podrías traer el menú, por favor?

Por algún motivo la *bartender* se sorprendió.

—¿Quieres comer aquí?

Dante se apoyó con el codo sobre el bar.

—Sí, tráenos el menú.

—Por favor —agregué. Definitivamente, Dante no tenía modales.

La mujer le lanzó una mirada molesta.

—Un camarero los atenderá.

Y justo así, ella perdió el interés en los encantos de Dante o en la falta de ellos.

Le tomó menos de un minuto detener a uno de los camareros y enviarlo hacia nosotros. Ladeó la cabeza y un tipo rubio, de estilo *preppy* y unos veintitantos se acercó, arrastrando los

pies.

—¿Qué desean pedir?

Sonreí y me llevé el vaso a la boca, estaba curiosa por saber lo que Dante consideraba como comida de “primera cita”.

—Un *filet de boeuf* con chícharos verdes al vapor. —Me encogí de hombros de la vergüenza. El escuálido camarero se le quedó viendo, e interpreté su mirada como “¿acaso este tipo está hablando en serio?”—. Está bien, una hamburguesa. —Me causaba una inmensa satisfacción que le jugaran en contra sus propios planes al traerme hasta este lugar. No me cabía duda de que esa hamburguesa de Red Dog sería la cosa menos apetecible de la vida.

El camarero asintió y se giró hacia mí.

—¿Y usted?

—Tal vez unas papas fritas —murmuré.

Notando mi falta de emoción, el camarero se acercó y agregó:

—¿Le gustaría escuchar las especialidades? —Le sonreí con educación—. Comencemos por las bebidas. *Sex on the beach* es el especial de esta tarde...

No alcanzó a terminar, porque Dante lo azotó contra el bar, lanzando todo un estante de vasos al piso. Jadeé, parpadeando bruscamente y esperando que todo fuera mi imaginación. Dante sacó un cuchillo de su funda y se lo colocó en la barbilla, enterrándoselo con la fuerza suficiente para que una gota de sangre le cayera por el cuello.

—¿Tus especialidades? —gruñó, los labios se le curvaron en una sonrisa salvaje—. ¿Te refieres a lo que escondes en tus pantalones?

—¿Te volviste loco? —susurré, con dureza, agarrándolo del antebrazo y alejándolo del chico—. Suéltalo antes de que aparezca la policía.

Me observó y tuve que retroceder. Algo inestable y demoniaco me devolvió la mirada desde esas profundidades azules oscuro. Un silencio denso se coló entre nosotros, no de buena manera. Sentía que me electrocutaría o lo haría él. *Ojalá él.*

Alejó el cuchillo, pero antes de que pudiera respirar con alivio, el idiota que se suponía era mi prometido empezó a darle puñetazos al pobre chico.

Me bajé del banco y me encontré con la mirada atónita de la *bartender*.

—Llama a la policía. Este lunático es todo tuyo.

Después, apretando los dientes, me colgué el bolso en el hombro y me apresuré a salir con pasos rápidos de ese lugar, como alma que la llevaba el diablo.

Tenía una cosa clara: Dante Leone era la reencarnación del mismísimo Satanás. Ni muerta me iba a casar con él.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

REINA

Mis tacones repiqueteaban contra el asfalto mientras me acercaba a la entrada de mi apartamento, con cinco bolsas de compras colgándome del brazo.

Temía volver.

Phoenix me evitaba. Isla estaba ocupada con su ligue. Raven, al parecer, se había reencontrado con un antiguo amor y parecía ocupada extinguiendo esa llama. No sé qué significaba. Athena, por su lado, se mantenía callada sobre lo que sea que estuviera haciendo.

Y yo... Pasé toda la mañana con un ataque de compras compulsivas en un intento por olvidar la horrorosa cita del día anterior.

Llegué al vestíbulo del edificio y entré en el elevador. Las puertas estaban a nada de cerrarse cuando una bota costosa lo impidió. Mis ojos subieron desde la bota que estaba entre las puertas de metal; luego, llegaron hasta unas largas y musculosas piernas usando *jeans*. Esa esencia cítrica e intoxicante llegó hasta mi nariz y cerré los ojos. Ya sabía quién era el dueño de esa bota.

El maldito Amon Leone.

Alcé la cabeza y me encontré con un rostro ligeramente golpeado. Un músculo le pulsaba en la mandíbula y un sonrojo debido al enojo le enmarcaba ese cuello grueso. *Vaya. Eso era nuevo.*

—¿La pasaste bien en tu cita de ayer? —Su voz sonaba profunda y su mirada acariciaba mis ojos.

Ah, así que todo era sobre su hermano y yo.

—Sí —mentí, junto a una dulce sonrisa—. No veo la hora de la segunda. —*Mierda, no.* Me permití observarlo de pies a cabeza—. Aunque parece que *pasaste* una noche difícil.

Lentamente, las comisuras de sus labios se alzaron en una sonrisa, de esas que me erizaban los vellos de la nuca. Se me aceleró tanto el corazón que me dieron ganas de jadear y el calor corría por debajo de mi piel, por todo el cuerpo hasta llegar a los dedos de los pies. Se giró y miró hacia las puertas del elevador y antes de darme cuenta de lo que hacía, mis ojos lo observaron de pies a cabeza. Hombros amplios. Músculos en forma. Y un trasero esculpido que ningún hombre debería tener.

Tragué saliva. Que Dios me ayude. Parecía que solo él podía encender esta lujuria.

—No volverás a tener citas con mi hermano —ordenó, con tono cortante y rígido. Cuadré los hombros.

—Pues, seguiré haciéndolo —repliqué entre dientes, sin quitarle los ojos de encima—. En caso de que se te haya olvidado, me voy a casar con él.

Seguro, pero no tenía por qué decirle a ese hombre que estaba buscando una salida de ese matrimonio. A pesar de toda esa mierda enferma de Phoenix siendo media hermana de Dante, no sería yo quien la lastimaría.

—No. —Amon se giró y dio un paso más cerca de mí. Uno pequeño, pero fue suficiente para tener que inclinar el cuello hacia atrás y poder mirarlo a los ojos, y que sus zapatos estuvieran pegados a los míos. Apenas podía llamarlo un toque, aun así, encendió esa llama por mis venas.

—Lo haré. —Alcé la barbilla, desafiándolo, aunque probablemente lucía como una chiquilla caprichosa, pero no me importaba. En vez de eso, me enfoqué en esos pozos oscuros que parecían arrastrarme—. No estes alrededor de nosotros si no te gusta. No, mejor dicho, no te aparezcas por aquí. Me casaré con tu hermano. —Algún día debían salir a la luz tantos años de ira, tristeza y discordia reprimida, y esa parte dañada de mí quería hacerlo sufrir. Igual como lo hizo conmigo. Estuve al borde de la muerte mientras el sostenía y besaba a otra mujer. Después de haberme prometido un *para siempre*—. Estaremos ocupados teniendo sexo, mucho... mucho sexo.

Demonios, me dieron ganas de vomitar.

Tener en una misma oración las palabras sexo y Dante me daban arcadas; sin embargo, me centré en el dulce sabor de la venganza. Me daba igual qué tan pequeña o insignificante era. Amon no tenía por qué saber que prefería cortarme el cuello que alguna vez acostarme con su lunático hermano.

—De hecho, ahora que tengo más experiencia... —Empecé, con dulzura—... estoy segura de que lo disfrutaré mucho más.

La furia talló líneas salvajes en su hermoso rostro, y la calidez que estaba sintiendo en mi vientre bajo era una advertencia de que estaba demasiado cerca de la tentación.

—¡Cuidado, Reina! —siseó con sequedad, su tono era sombrío y ahumado. Aunque, había una nota amenazadora oculta que no pasé por alto—. No me presiones tanto o cruzaremos una línea sin retorno.

Era una advertencia. No una declaración de amor. Ni siquiera era seductora. Entonces, ¿por qué se sentía como si el mismo infierno estuviera en mi interior?

Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.

—Cruzamos esa línea tres años atrás —recordé con frialdad—. Supérame, Amon. Yo ya lo hice.

El elevador pitó y di un paso fuera, saliendo de espaldas.

Dio un pequeño paso al frente. Yo, uno atrás. Luego, tomó otro y mi espalda chocó contra la puerta de mi apartamento.

—Son tus decisiones —reviró, arrastrando las palabras, su oscuridad nos envolvió—. Pero no dudaré en tomar medidas drásticas si no terminas esto con Dante.

Nos quedamos mirando fijamente, una notoria añoranza flotaba entre nosotros. O al menos en mi alma. El corazón me retumbaba en el pecho. No podía respirar mientras su amenaza absorbía todo el oxígeno del pasillo.

—¿Por eso estás aquí? —Alcé una ceja, para demostrarle que no le tenía miedo—. ¿O hay algo más que quieras?

Aplaudí mi coraje; sin embargo, me quedaba claro que era una estupidez. Había tantas capas de rencor entre los dos que detonaríamos con tan solo dar un paso en falso.

—Cásate con él y serás una viuda antes de que digas “acepto”, te lo juro por lo más sagrado.

Se dio la media vuelta y me dejó perpleja.

Se me pasó por la cabeza que quizás se había extinguido el antiguo Amon; y se había convertido en un verdadero *Príncipe Amargado*.



Después de ese pequeño incidente con Amon, activé el modo limpieza turbo y redecoración. Otra vez. Era mi manera de liberar estrés, y lo hacía aún más desde que me había prometido a mí misma que no me volvería a cortar.

Empecé con mi habitación, después con el baño y la cocina, hasta que me encontré reacomodando la sala de estar. De nuevo.

«*Tú y yo contra el mundo*».

¿Por qué esas palabras me seguían atormentando? Podía percibir la brisa, oler su esencia y sentir su toque cuando me prometió nuestro para siempre. Me carcomía.

El ruido me zumbaba en los oídos. Los recuerdos relampagueaban en mi mente. El roce de las sábanas. Cuerpos enredados. El suyo envolviendo el mío. Tan pesado. Tan perfecto.

Sonó el timbre, me sacó de los recuerdos pornográficos.

Terminé de limpiar la encimera de la cocina, rápidamente me lavé las manos y fui a abrir la puerta.

El corazón se me cayó a los pies. *Jodido. Jesucristo. Bendito.*

No me podía estar sucediendo esto. No hoy.

—Hola, prometido —gruñí. No era tan fuerte como para tener que lidiar con los dos hermanos Leone este mismo día, así que, por instinto, intenté cerrarle la puerta en la cara, no obstante, siguió empujándola con la mano.

Se sintió como revivir lo que pasó tres años atrás, y el pulso se me disparó cuando me invadieron los recuerdos.

—No seas así, Reina —pronunció, un brillo en sus ojos me sacó de quicio. Dante estaba parado en el pasillo, vestido con un traje de tres piezas y una actitud que fácilmente podría partirlle el corazón y destruir a una chica—. Pensé que podríamos darle una nueva oportunidad a nuestra cita.

Se apoyó contra la puerta y extendió un ramo de rosas rojas. Todavía no entendía qué le había visto Phoenix, pero tampoco me sorprendía que hubiera caído rendida ante él. Lástima que no se me olvidaba todo lo que había hecho.

—¿Qué? —musité—. ¿Acaso no tuviste suficiente con haberle dado una paliza al camarero ayer por haberme ofrecido las especialidades?

Así fue exactamente como pasó. Ni siquiera llegamos al plato principal. *No quería* volver a repetir eso.

Sus ojos brillaron con socarronería.

—No me gusta que miren lo que es mío.

Me burlé.

—No soy tuya. Nunca lo he sido, nunca lo seré.

Di un paso atrás, mientras él entraba a mi apartamento. La puerta se cerró a su espalda con un suave clic y la situación me hizo sudar las sienes. Dante era una versión más joven de su padre y algo sobre ello no me sentaba nada bien.

Me siguió mientras caminaba y, sin quitarle la mirada de encima, sentí cómo mis pantorrillas se rozaban contra el sofá.

—No todavía. —Cada fibra de mi ser se revolvió ante la idea de estar unida a Dante Leone. Mientras todo se sentía natural y correcto con Amon, no me pasaba lo mismo con su hermano. Mi espalda chocó con la pared del pasillo—. ¿Te da miedo?

—¿Qué cosa? —inquirí con voz rasposa.

—Pertenecerme.

Asentí.

—Sí.

—¿Por qué? —«*Porque se siente incorrecto. Porque mi hermana te ama. Porque Phoenix es tu media hermana*».

—No sé —respondí, callando mis pensamientos.

Presionó su mano contra la pared, a un lado de mi cabeza.

—Cuando terminemos con todo, Reina Romero, descubriré cada secreto que mantienes oculto de mí.

Me dio escalofríos mientras sus palabras destapaban el único secreto que haría que me mataran.

—No quiero otra cita contigo, Dante —aclaré con un tono moderado, esperando que no viera el miedo en mis ojos.

Permanecí inmóvil, esperando a que hiciera o dijera algo, pero, de repente, dio un paso atrás y solté todo el aire que estaba reteniendo en mis pulmones.

Se dirigió a la sala de estar, estudiando mi apartamento.

—¿Estás sola? —Asentí, secándome el sudor de mi ceja—. ¿Dónde está tu hermana?

Me tensé, aunque me mantuve inexpresiva.

—Salió.

Toda esta situación era jodida. Amon y yo tuvimos algo. Dante y Phoenix también. Y ahora ¿qué? ¿Jugábamos a las cambiaditas?

—¿Por qué estás aquí, Dante? —indagué, moviéndome por la sala de estar y quedándome cerca de un jarrón. Si llegaba a intentar algo, se lo quebraría en la cabeza.

Dios, todos los caminos parecían volver a un jarrón, ¿no?

Me analizó con frialdad. Era casi clínico, como si estuviera observando a un animal, con cuidado de no hacer movimientos bruscos.

—Puede que mi hermano fuera el equivocado para ti. —Empezó Dante con una sonrisita que suponía pensaba que lucía *sexy*. O quizás quería irritarme, no sabía—. Puede que haya otro amor verdadero esperando por ti.

Quedé con la boca abierta, sorprendida. Debía de estar alucinando.

—¿Qué dijiste?

—Puedo ser mucho mejor que él. Puedo ser tu verdadero amor, *Muñeca*. —¿Eh? Después, como si se le hubiera escapado, agregó—: No, *Muñeca* no te queda. ¿Mejor te llamo *Solecito*?

Toda esta conversación era tan rara y sin sentido. Casi como si me hubiera estado poniendo a prueba.

—¿Y si mejor no me llamas por ningún apodo? —repliqué, incrédula. Ambas opciones eran horribles. Los hermanos Leone ya me tenían mareada este día—. ¿De qué estás hablando, Dante?

—¿Me quieres besar, *Solecito*?

—No, ¡no quiero besarte! —espeté. *Ugh*, con solo imaginar sus labios sobre los míos me dieron ganas de vomitar. Qué asco.

Se metió las manos en los bolsillos.

—No sonaste muy segura.

Tanta confianza lo terminaría arruinando.

—Lo estoy —aclaré, inexpresiva—. Por favor, deja de soñar. Nunca en la vida desearía besarte.

Dios mío, ¿y este tipo era pariente de Phoenix? Al menos ella sacó los buenos genes de *Mamma*. Dante, definitivamente, era un loco de remate.

—Puede que no te guste, sin embargo, te aseguro que lo disfrutarías.

Dio un paso adelante y levanté la mano, mi palma terminó contra su pecho, manteniéndolo a raya.

—Ni se te ocurra —amenacé, con los dientes apretados—. Ni siquiera nos conocemos.

—Exacto.

—Si das otro paso, Dante, te juro que te partiré algo en la cabeza.

Se rio entre dientes, sombríamente.

—Te creo capaz de hacerlo. No importa. Tampoco quería besarte.

Que Dios me diera toda la paciencia necesaria. ¿Cómo demonios iba a salirme de este desastre?

CAPÍTULO TREINTA

AMON

Habían pasado semanas desde la última vez que la había visto. Tres semanas y media desde el anuncio de la boda. Una semana y media desde que la amenacé de convertirla en viuda. Podía tolerar cualquier cosa, menos que se casara con mi hermano.

Pasaría sobre mi maldito cadáver.

¿Acaso aún no entendía que esa mujer era mi media hermana? Por supuesto que sí. Sin embargo, aquello no evitaba que la siguiera viendo como el objeto de mis enfermos deseos. Dejé atrás todos mis intentos por follar a otra mujer. La frustración que había estado reprimiendo, oficialmente, alcanzó nuevos niveles.

Así que, obviamente, había estado sabotando los preparativos de la boda desde todos los ángulos. Cancelé el lugar de celebración. Me deshice de los anuncios. Intercepté las invitaciones. Y el vestido de novia... quemado, maldición.

Mis complicados sentimientos hacia ella se negaban a abandonarme. En este momento, estaba en otro maldito continente para no arriesgarme a hacer alguna estupidez. Tenía la esperanza de que el asunto del que me tenía que encargar para la *Yakuza* en Japón mantuviera mi mente despejada, aunque fuera por un breve momento. Después de pasar algunos días extenuantes inspeccionando mis almacenes y cargamentos provenientes de Canadá y Colombia, hice una parada en mis hoteles de lujo en Tokio.

Me quedé de pie en mi pequeña *boutique* y aprecié los diseños de Reina que colgaban de los exhibidores, imaginándola toda sonriente, como un rayo de sol, con todos los clientes que pasaban. Observé como los admiraban, reprimiendo una sonrisa. Todos sus diseños se habían vendido como pan caliente en todas mis tiendas, no los relojes Patek Phillipe, joyas Tiffany ni tampoco productos de cuero Berluti.

Eran el fiel reflejo de ella, una extensión de su persona. Su creatividad brillaba por medio de los colores llamativos y patrones intrínsecos de los que estaban hechos sus diseños. Cada hotel del que era dueño tenía su marca. Esa era mi forma de apoyarla y darle un empujoncito para que entrara en el mercado asiático.

Mi teléfono me avisó de una notificación, bajé la mirada para verlo. Fruncí el ceño al ver que el mensaje era de Illias Konstantin y me pedía vernos.

No estaba de humor para lidiar con la mierda de nadie, incluyendo la del *Pakhan*, quien me debía varios favores por haber protegido a su nueva esposa, Tatiana Nikolaev.

Y, como si el universo hubiera decidido molestarme, noté que había una conmoción en el vestíbulo. Allí estaba parado mi primo y sus guardaespaldas vagando por los lujosos pisos de cuarzo de *mi* hotel.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Fue mi saludo a Itsuki.

Verme así de descontrolado era algo nuevo para él, especialmente en uno de mis negocios legales. Junto con sus hombres que se quedaron paralizados.

—Se trata de los cárteles... —Comenzó Itsuki.

Gruñí, interrumpiéndolo efectivamente.

—Espero que no sean los brasileños. —Di un paso adelante, intimidándolo con mi altura—. Y más te vale no estar haciendo tratos con ellos.

En los últimos años, la relación con mi primo había evolucionado. Aunque, hipotéticamente, yo era su mano derecha, el poder había cambiado. Incluso él tenía menos después de fallar constantemente en darle buenos resultados a la *Yakuza*, me había encargado de poner mis manos en ello, por supuesto.

Y, por último, su propia organización lo había empezado a ver como un problema, así que hice mi aparición en el momento perfecto. Justo cuando se encontraba vulnerable.

—No te preocupes, jefe. No nos reunimos con ellos. —Esa respuesta fue del quinto hombre al mando de Itsuki. ¿O era el sexto? No importaba; sin embargo, por la mirada que le lanzó mi primo, ese iba a ser el último día de vida del tipo.

—¡No es el jefe! —bramó. No me sorprendió para nada escuchar cómo Itsuki había vuelto a causar conflictos. Era lo único en lo que era bueno—. Escuché que la hija de Romero y tu hermano se van a casar.

Intentó pararse derecho, con las piernas y los hombros abiertos a la misma distancia. De verdad creía que practicaba todas esas poses en frente del espejo. Aunque era obvio que tenía que chequearse la vista, porque no se daba cuenta de que se veía muy estúpido.

—¿Hay un motivo importante tras tu visita, Itsuki? ¿O solo viniste a hacerme perder el tiempo? —cuestioné mientras hacía una nota mental para vigilar los movimientos de Perez Cortes y sus hombres. Muy pocas veces dejaba Brasil, tendía a enviar a sus peones a encargarse de sus negocios. Durante los últimos tres años, se había mantenido tranquilo, aunque aquello podía ser una estrategia.

La *Yakuza* todavía estaba metida en el tráfico de personas, para mi desgracia y la de Dante, pero también hacían negocios con armas y drogas. La trata y las drogas eran lo único que tenían en común con el cártel. En mi caso, había limitado mis asuntos ilegales a solo armas y drogas; luego, lavaba el dinero usando mis establecimientos legales, como casinos y hoteles.

—Quiero saber por qué tu hermano quiere tus sobras. —Era claro que Itsuki estaba de mal humor—. Ella y su hermana son perseguidas por los cárteles. La única razón por la que no fui tras ella fue porque la reclamaste como tuya.

Así que mi instinto no se equivocó. El idiota quería volver a cazar a las hermanas Romero.

—No te preocupes por las hijas de Romero —reviré, inexpresivo—. O será lo último que hagas en esta tierra.

—¡Valen millones! —*No me sorprendía*. Aunque había algo que me molestaba. El cártel nunca se había concentrado tanto en una persona como lo hacían con Reina. Siempre había tenido la sensación de que había algo más detrás de lo que dejaban ver cuando se trataba de Romero y sus hijas. Sin embargo, no sabía qué era.

Hice una nota mental para no olvidar abrir el archivo de respaldo con mi equipo de seguridad cuando regresáramos a Europa. Hasta ese entonces, debía mantener mi cara de póker.

—Suficiente. Tengo trabajo real que hacer en lugar de chismear contigo. —Lo miré con los ojos entrecerrados, advirtiéndole—. No. Las. Toques. Si me llego a enterar de que estás detrás de algún trato que las involucre, no te gustará lo que te tendré preparado.

Cuando me di la vuelta e hice mi camino lejos de él, vibró mi teléfono de nuevo con otro

mensaje de Konstantin. Lo leí y no me sorprendió que quisiera pagarme su deuda.

Konstantin: Te interesará lo que debo contarte.

Tecleé un mensaje en respuesta. Ni loco iría a verlo a Rusia. Tendría que encontrarse conmigo en mi territorio.

Yo: Reunámonos en mi casa, en Filipinas.

Por la cantidad de recursos que tenía Illias sabría exactamente dónde debía encontrarme.



Las aguas azules y cristalinas brillaban bajo el horizonte. Esa isla era mi pedazo del paraíso.

Me quedé de pie en la entrada de mi casa, viendo cómo el auto se dirigía hacia mí. No me cabía duda de que se trataba del *Pakhan* y su leal, segundo al mando, Boris.

El vehículo se detuvo y dos figuras salieron. Tal como lo pensaba, Boris iba a la espalda de Illias, listo para atacar. ¿Por qué? No tenía la más mínima maldita idea, ya que fue Konstantin quien me pidió esa reunión, no yo. Habíamos sido una especie de amigos, tanto como se podía ser en el mundo criminal.

Los dos caminaron hacia al frente.

—Solo tú —le pedí al *Pakhan*.

Boris inmediatamente se negó.

—También iré.

—No.

No reaccioné cuando Boris se lanzó a sacar su arma. Estaría muerto antes de que la tocara si es que mis francotiradores entrenados asegurando la casa se hubieran encargado de él, pero Konstantin lo detuvo antes de que todo pasara a mayores.

—Quédate aquí.

Me di la vuelta y me dirigí adentro. Illias necesitaba algo de mí, por tanto, confiaba en que no me dispararía por la espalda.

—Si te quisiera muerto, te habría arrebatado el arma —aclaré cuando noté que vacilaba—. Y no estarías detrás de mí.

Además, había días en los que me preguntaba si quizás la muerte sería un alivio temporal bienvenido. La guerra comenzaría en el momento que Dante le pusiera un anillo en el dedo a Reina. Qué se jodieran todas las malditas relaciones de cada lado.

—Es bueno saberlo —replicó, con sequedad—. Aunque no tengo por costumbre dispararle a la gente por la espalda.

Miré por sobre el hombro y observé a los hombres que tenía en el techo vigilando los pasos de Konstantin como unas sombras.

Cuando llegamos al lado opuesto de la casa, continuamos hacia la salida de la terraza. El océano rodeaba la propiedad desde los tres lados y las temperaturas eran cálidas, pero no insoportables. Cuando estabas allí, podías olvidarte de la *Yakuza*, la *Omertà* y cada jodido problema que tuvieras.

—Aquí tienes un pedazo de paraíso.

—Sin embargo, lo odias —reviré con frialdad.

Se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Prefiero la nieve y las temperaturas siberianas.

Hice un gesto con la mano, invitándolo a sentarse. El silencio se extendió mientras mi mente era invadida por unos rizos dorados y unos ojos azules. Me habían informado de la visita de Dante a Reina en su apartamento unas semanas atrás. Estuvo una media hora allí, y mi mente decidió ser mi enemiga desde ese momento y meter imágenes asquerosas de ellos.

No entendía por qué la vida tenía que jugar así de sucio con nosotros.

Me recliné hacia atrás en mi asiento y apreté los reposabrazos. Debía finalizar cuanto antes esta reunión para poder vigilar a Reina. No permitiría ningún margen de error para que el idiota loco de mi hermano se fugara con ella para casarse.

—No puedo ayudarte con la *Yakuza* —informé, con frialdad.

No pasé por alto que me miró las manos.

—Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

Nos sostuvimos la mirada, mis labios se curvaron en una sonrisa cruel. Nadie podía ayudarme. No a menos que tuvieran el poder de hacerme volver a nacer con otra sangre corriendo por mis venas.

—¿Por qué crees que necesito ayuda?

—¿Qué tal si nos dejamos de tonterías?

No parpadeé.

—Te escucho —gruñí, con algo de enojo.

Me rehusaba a jugar el juego de alguien más. El mundo se podría estar quemando y solo movería un dedo para salvar a mi chica de rizos dorados.

—Tengo en mis manos el acuerdo que Leone y Romero redactaron para unir a sus familias.

—Si alguien pudiera morir por una mirada, Illias Konstantin ya estaría muerto—. Encontré una laguna legal y tengo un plan B que asegurará que Reina nunca se case con tu hermano.

—¿En serio? —agregué, soltando un resoplido burlón—. Y déjame adivinar, en medio de todo esto, harás que me maten. Si no lo hace Marchetti, entonces mi primo.

—Mataré a tu primo. Tomarás el mando de la *Yakuza*. Ya lo estás planeando, de todos modos. Probablemente lo aceleraría unos meses. —Mantuve una expresión impasible—. Romero se está muriendo. Haré que su muerte sea más llevadera y rápida. Ocuparás su lugar en la mesa.

—Si Marchetti se entera de esto, estarás muerto antes de volver a Rusia —añadí, intentando no caer en su juego.

Si fuera así de fácil, ya lo habría hecho tres años atrás. Matar al enemigo. Matar a Romero. Y, *aun así*, no podría tener a Reina.

—Nunca se va a enterar porque, gracias a mí, Reina Romero se casará contigo, no con tu hermano. —Sacó un sobre y lo deslizó por la mesa—. Y esta es la razón que hará que Marchetti cambie de opinión.

Lo tomé y lo abrí bajo la mirada vigilante de Konstantin.

Leí rápidamente las hojas. El acuerdo entre la familia Leone y Romero no estaba firmado por Angelo Leone. La firma la falsificó Dante. Lo habíamos hecho tantas veces que era capaz de reconocerla de inmediato.

—¿Estás seguro de la veracidad de esta información? —cuestioné a Illias.

—Claro que estoy seguro. —No había duda de que lo decía con confianza y estaba a segundos de perder por completo el control. Dante hizo este acuerdo con Romero. No había duda, de otra manera ¿por qué estaría viendo su firma falsificada?—. Revisa el siguiente documento.

Me atraganté con la furia, pero la empujé a un rincón profundo y oscuro. Por ahora.

Me dispuse a leer el otro documento. Era el certificado de nacimiento de Reina y se me paró el maldito corazón. La ira me ardía en la garganta. Lo leí una, dos, tres veces. Se me hizo imposible seguir leyéndolo por el intenso temblor de mis manos.

Reina Romero era la hija de Angelo Leone. Era la hija ilegítima. Y, lo más importante, no era mi media hermana. No éramos familiares.

Mi visión se comenzó a llenar de puntos rojos. La ira bullía en mis venas mientras miraba fijamente el papel, por mucho más tiempo de lo que debía en un intento por mantenerme compuesto. Luego de un extenso silencio, alcé la cabeza y miré a los ojos a Illias.

—¿Quién más sabe sobre esto? —siseé, la ira me quemaba la garganta.

Levantó una de las comisuras de sus labios.

—Romero sabe que una de ellas no es su hija. Sospecho que no está enterado de que hubo algo entre Grace y Angelo Leone, de otra manera no hubiera aceptado casar a Dante con Reina, tomando en cuenta el hecho de que son medios hermanos. Creo que Angelo sabía, aunque no entiendo por qué aceptó firmar ese acuerdo con alguna de las chicas de Romero. A menos que sospechara que Phoenix era suya. —Endureció la mirada—. No es muy fácil descubrirlo sin poder cuestionar a un hombre muerto.

Tenía razón. Pero incluso yo, sabiendo el nivel de crueldad de Angelo Leone, creía que era incapaz de unir la vida de Dante con la de su media hermana. Si tomaba en cuenta la firma, Angelo Leone no fue quien estableció el matrimonio arreglado en primer lugar.

«¡Maldición, Dante! ¿Qué mierda estás tramando?».

Pasé al siguiente documento. El certificado de matrimonio de mi madre y Romero, junto al certificado de mi nacimiento.

Aquello significaba que era el hijo legítimo y Reina...

Joder, Reina y su hermana eran las hijas ilegítimas. Romero y mi madre se habían casado y nunca se divorciaron.

¿Este era el documento que buscaba mi madre? Entonces, debió de haberlo sabido todo el tiempo. Siempre asumimos que Angelo Leone no se quería casar con Hana Takahashi, cuando era al revés. Mi madre no podía casarse, porque ya lo estaba.

Con razón ella y Hiroshi no habían hecho oficial su relación.

—¿Tenemos un trato? —declaró Illias con voz calmada, sintiéndose orgulloso de sí mismo, a pesar de no tener la menor idea de cuán importante era la información que me había dado, era invaluable. Aunque me importaba una mierda. La *Chica Canela* sería mía, y a partir de ese momento, nunca la dejaría ir.

—Tenemos un trato. —Recuperaría mi imperio—. Aunque lo haremos a mi manera.

Asintió.

Solo quedaba una cosa por hacer. *Secuestrar a mi reina.*

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

REINA

Los días eran eternos. Las noches, una tortura.

Desde que salió el anuncio de la boda las semanas pasaron volando hasta que ya no quedaban más días ni noches. Faltaban pocas semanas para Navidad, aunque mi espíritu navideño estaba desaparecido.

Isla se había casado y mudado a Italia, Raven y Athena parecían estar distraídas con sus propios asuntos, y Phoenix había estado ocupada con los conciertos de las festividades. Al final, dio frutos mi conversación con el maestro Andrea. Aunque solo ocultó la tensión entre nosotras.

Quedaban pocos días para la cena de ensayo; después de eso la boda, y aún no sabía cómo escaparme.

La abuela no pudo detener este desastre. Además, surgieron algunos imprevistos: las invitaciones se perdieron en el correo, desapareció mi vestido de novia, todo parecía ir de mal en peor. Aunque, no me quejaba. Dante lo hacía mucho. El tipo buscaba todo para acelerar el proceso.

Sin embargo, eso no tenía importancia. Teníamos otros problemas más importantes con los que lidiar. Por ejemplo, deshacernos del cuerpo de Angelo Leone quemándolo, aparentemente.

—¡Háganme caso! —exigió Isla débilmente, todas estábamos agrupadas en la sala de estar de nuestro apartamento. Athena tenía su *laptop* abierta, dejando todo listo antes de que su editor la siguiera reprendiendo. Raven y yo teníamos nuestros cuadernos de dibujo sobre nuestro regazo. Isla y Phoenix eran las únicas concentradas en el tema—. Sasha Nikolaev y su hermano me dijeron que había que quemar el cuerpo para eliminar cualquier rastro de ADN.

Isla lucía bien, aunque cansada y en recuperación. Había regresado a París con su esposo, nada más y nada menos, que Enrico Marchetti, su hombre misterioso. Al menos una de nosotras tuvo suerte en el amor. Después de algunos obstáculos, Enrico Marchetti terminó siendo un hombre sacado de un cuento de hadas.

—¿Creen que vale la pena? —susurró Athena, aun cuando solo estábamos las cinco en el apartamento. El esposo de Isla la trajo y dejó a dos hombres en el pasillo y otro frente al edificio para mantenerla protegida—. Le enviamos su pene a la familia.

—Así sabían que no debían buscarlo —explicó Raven, exasperada—. Sin pene no hay vida.

En retrospectiva, fue una idea estúpida.

—Pues, técnicamente, sí puedes vivir sin pene —intervino Athena, tomando un gran sorbo de su mojito y rellenándolo nuevamente—. Investigué eso para uno de mis libros. —Cuando la observamos impasiblemente, agregó a la defensiva—: ¿Qué? Tenía una escena donde la mujer le cortaba el pene a su esposo. Necesitaba saberlo.

—Jesucristo, ¿deberíamos llamarte Lorena Bobbitt? —musitó Raven.

Athena agitó la mano, restándole importancia a su comentario. Si alguien castraría a un hombre, la personalidad de Raven era perfecta para eso. La de Athena, no.

Bebí de mi cerveza, y volví a prestarle atención a mis diseños para una gala. Era lo único que parecía ir bien en ese momento. Al parecer, cada vez que mis distribuidores sacaban mis diseños a la luz, estos se vendían en un abrir y cerrar de ojos. Tuve que tomar un pedido aparte para Tatiana Nikolaev.

¿Cómo era ese refrán? ¿Ese que decía que cuando algo iba bien en un área de tu vida, otra se iba a la mierda?

Justamente eso era lo que estaba sucediendo. Isla decía que tomáramos el cuerpo y lo quemáramos. Incluso, se negó a beber, así de en serio estaba hablando. El resto de las chicas habían estado bebiendo mojitos todo el día. Era uno de esos días, o más bien semanas, donde todo se arreglaba con ron.

—¿Abandonaste romance para escribir *thrillers* de asesinatos? —Curioseé, mi tono sonaba claramente sarcástico.

Puso los ojos en blanco.

—No.

—Quiero saber cómo ese tipo pudo vivir sin pene, pero sí con dos bolas —musitó Raven.

—Eso es algo que no necesito saber —comentó Isla.

—*Un hombre menos que ande jodiendo.* —Señó Phoenix, sus hombros se agitaban con su risa—. *A todos los hombres se les debería castrar.*

Mi hermana tenía una expresión valiente, pero sabía que estaba herida y me mataba no poder encontrar una solución a nuestros problemas.

—*Hmm.* Lo voy a googlear —avisó Raven, tomando su teléfono.

Isla sacudió la mano.

—Olvídense de los penes y las bolas. Retomemos el tema principal.

Las quejas hicieron eco en todo el apartamento. Nadie quería regresar a las catacumbas; daban demasiado miedo.

—¿*Cómo lo haríamos?* —Preguntó Phoenix en ASL—. *Tu esposo te asignó guardaespaldas y todavía te estás recuperando.*

Un mes atrás, Sofia Volkov secuestró a Isla en Italia. La loca aspirante a *Pakhan* la lastimó horriblemente, le dejó cicatrices de las cuales aún intentaba sanar. Aquello volvió a su esposo más sobreprotector, nadie podía culparlo.

—Lo tendré que hacer sola —decidí. Incluso sin los guardias, Isla no parecía capaz de ir vagando por las zonas subterráneas de París. Pensándolo mejor, hubiera deseado no haber repartido sus restos en el cementerio más grande a nivel mundial. Aunque, en ese momento, nos pareció una idea genial, colocar ese cadáver junto a esos otros para que el bastardo *no* descansara en paz, terminó siendo un grave problema de logística.

Nos salió el tiro por la culata.

—Nadie lo ha encontrado —murmuré y señé al mismo tiempo—. ¿No es mejor dejarlo que se pudra? Estás siendo paranoica.

Cuatro pares de ojos cayeron en mí.

—Si lo quemamos, no habrá evidencia —afirmó Isla, testarudamente.

—*No hagamos nada.* —Mi hermana estuvo de acuerdo conmigo—. *¿Acaso quieres que por culpa de ese imbécil nos terminen enviando a prisión? Nadie revisa el ADN de cuerpos en esas catacumbas.*

Phoenix tenía razón. Esos túneles y catacumbas fueron usados a finales del siglo XIX y había

un estimado de seis millones de cadáveres a lo largo de toda su extensión. ¿Qué más daba agregar uno extra?

—No estoy segura de regresar —gruñí. Había muchas más posibilidades de que nos descubrieran si íbamos todas juntas. Me froté los brazos, comenzando a sentir que el suave material de mi suéter Lou & Grey se sentía áspero y me daba picazón—. Además, ¿dónde quemaríamos el cuerpo? ¿Adentro de las catacumbas?

Había una sección abierta de las catacumbas para los visitantes. Por los túneles más allá de eso era imposible ingresar. Eso no nos detuvo aquella vez, pero habíamos tenido suerte cuando corrimos ese riesgo; además, ayudó que no hubiera ni un alma por la ciudad en la madrugada del Año Nuevo.

Athena tampoco estaba del todo feliz con el plan.

—El aire es menos denso allí abajo. Nunca antes me había sentido tan mareada. —Visiblemente le dio escalofríos y arrugó la nariz.

—Debió haber sido por todos esos cadáveres —reflexionó Raven, aunque también se veía algo pálida.

Jugué con mi collar.

—Debería ir sola.

—Por ningún motivo —protestó Raven.

—Claro que no —siseó Isla—. ¿Te volviste loca?

—*Ni se te ocurra*. —Señó Phoenix.

—O vamos todas o dejamos que el cuerpo se pudra allí —declaró Athena. Era inútil decirle que el cuerpo ya estaba podrido. Estaba en modo dramático—. Isla era la excepción dado que su esposo era un acosador a nivel profesional. —Todas nos reímos. Enrico Marchetti estaba obsesionado con su esposa y a ella no parecía molestarle—. Además, dejemos de hablar del muerto y mejor hagámoslo de la vida sexual de Isla.

—*Nop*, mi vida sexual es mejor. —Raven se encogió de hombros.

Todas nos volteamos a mirarla.

—¿Qué vida sexual? —preguntamos en unísono.

Raven tan solo se rio de manera engreída.

—Una dama no revela sus aventuras.

—*No va a durar*. —Señó Phoenix—. ¿*Apostamos?*

Todas las chicas se pusieron como locas hasta que Isla intervino, siendo la voz de la razón.

—Tómenlo en serio, señoritas. Debemos eliminar la evidencia. Especialmente, ahora.

«*Especialmente ahora, porque me iba a casar con el hijo del hombre que había matado*».

—No puedo creer que estés a punto de casarte —musitó Athena—. ¿Y si también lo matamos?

No pasé por alto cómo Phoenix se tensó. Amaba a Dante de la misma manera en que lo odiaba. Al parecer era la maldición de nuestra familia. Amar al hombre equivocado. Excepto que Dante era *realmente* inadecuado para mi hermana, considerando que era su medio hermano.

—No mataremos a nadie —repliqué—. Ahora, présteme atención sobre todo este tema de las catacumbas.

—¡Esto va a estar bueno! —exclamó Raven—. Esperen, sirvámonos más alcohol antes de que Reina nos cuente todo.

Se paró de su lugar en el sofá y rellenó nuestros vasos, incluso me pasó otra cerveza. La dejé en la mesita de centro. Tenía que estar en mis cinco sentidos para poder razonar con mi hermana y mis amigas. El alcohol vendría después.

—Ya, estamos listas —anunció Raven, volviéndose a sentar en su lugar—. Dinos por qué deberíamos dejar a la más pequeña del grupo encargarse de esto sola.

—No me molestan los muertos —expresé, provocando que Athena se atragantara y tosiera. Desvié la mirada hacia la ventana y vi una oscuridad infinita. A veces sentía que era una catacumba viva y respirando.

—¿Te dan igual los muertos? —repitió Athena, destacando cada palabra para que no quedara duda—. ¿O tener una fogata con los huesos del hombre muerto?

Me encogí de hombros y la miré.

—No me afecta. Prefiero que me atrapen a mí en vez de a todas.

—*Nada de lo que dices tiene sentido.* —Añadió Phoenix.

—Tiene todo el sentido del mundo —repliqué—. Si me atrapan, ustedes me sacan. Seducen a un detective o algo.

Nadie apartaba la mirada de mí.

—¿Por qué tengo la sensación de que nos estás ocultando algo? —inquirió Isla.

Tomé un sorbo de mi bebida, intentando ganar algo de tiempo. Era como si todos los secretos se estuvieran amontonando, rápido y con fuerza, empezando con el de la muerte de *Mamma* y terminando con las últimas palabras de Angelo Leone. No les podía contar la verdad, porque no iban a saber cómo lidiar con ella. Escondía mis secretos de la misma manera que hacía con mis ataques de pánico.

Hice un gesto con la mano, restándole importancia.

—No les estoy ocultando nada.

—¿Y si te atacan? —preguntó Raven.

—Sé defenderme. —Y para recordárselos, agregué—: Amenacé con un bate de *baseball* a Steve Jones cuando no paró de acosarme en la secundaria. Y le di una paliza a Melanie en la universidad cuando empezó a molestar a Phoenix. ¿Acaso lo olvidaron?

Tras mis palabras, escuché murmullos y recibí miradas.

Aplaudí.

—Maravilloso. Entonces, todas estamos de acuerdo.

No hacía falta decir que ninguna accedió.

—*Iremos todas. Punto final.* —Concluyó Phoenix.

Resoplé con exasperación.

—Aunque, ¿no les parece que es demasiado riesgoso regresar a las catacumbas y poner nuestras manos en el cadáver? —señalé—. Las probabilidades de que alguien encuentre cada uno de sus fragmentos son casi nulas. —Me pasé la mano por el cabello y me tiré de los mechones—. Esas partes del cuerpo ya llevan tres años descomponiéndose. ¿Qué queda por quemar? —inquirí, enojada por su sobreprotección—. Además, encontrar todas los restos que repartimos será como buscar una aguja en un pajar.

No tenían malas intenciones, pero ya era momento de que se detuvieran con esa sobreprotección. Era lo suficientemente fuerte y podía pagar por mis propios errores.

—Sasha Nikolaev dijo que la única forma de eliminar el ADN es quemando el cuerpo —musitó Isla, su expresión estaba bañada en angustia.

—¿Por qué estás repentinamente preocupada? —cuestioné. Llevábamos tres años evitando el tema como si fuera una plaga y, de repente, todo parecía girar en torno a ello.

—No quiero que se entere Enrico.

—¿Crees que te va a matar? —soltó Athena.

Soltó una risa nerviosa.

—No, pero no me gustaría averiguarlo. Quiero que todas estemos a salvo de la *Omertà* y el resto del bajo mundo. Y me pareció una buena idea, dado que al aparecer así se deshacen de la evidencia los criminales.

—No dudo de la experiencia de Sasha Nikolaev —reflexioné. Después de todo, era un mafioso ruso—. Pero los restos del cuerpo están en unas catacumbas donde las personas no tienen acceso. Lo más probable es que ya sean unos huesos más al igual que los millones que hay allí.

—Probablemente —aceptó a regañadientes.

—Entonces, ¿por qué hacerlo? —insistí, mirando a cada una de mis amigas—. ¿Por qué arriesgarnos a que nos atrapen?

—*Tiene razón.* —Intervino Phoenix—. *Ahora que Isla se casó con Marchetti y Papà nos puso vigilancia, siempre hay alguien observando.* —Alcé las cejas, sorprendida—. *No hay ninguna posibilidad de que nos metamos en las catacumbas, tengamos una fogata y nadie se dé cuenta.*

—*Excusez-moi* —me burlé—. Lo correcto sería *asar* los huesos.

—Mejor olvidémonos de este plan —sugirió Raven—. Está destinado a fallar.

Odiaba admitirlo, pero tenía razón.

—Está bien, bueno —cedió Isla, entrando en razón—. Nada de *huesos asados*. Lo hecho, hecho está y si alguien se entera de nuestro secreto, tengo un As bajo la manga. —La miramos con curiosidad—. Enrico.

Fruncí el ceño. La cabeza de la familia Marchetti era conocido por su crueldad y no se iba a tomar a la ligera el hecho de que haya matado a uno de los miembros de su organización.

Para Isla, Enrico Marchetti era su carta bajo la manga, pero realmente él sería nuestra muerte.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

AMON

En lugar de irme directo de Filipinas a París, primero, debía hablar con mi madre y dejar todo alineado para poner en marcha el plan de casarme con mi *chica canela*.

Así que aquí estaba, en Trieste, Italia, en frente del Castillo de Miramare.

Este jodido lugar nunca había sido mi hogar.

Jamás me había sentido seguro o cómodo en este agujero infernal. Y no había sido solo porque su destino era convertirse en museo, sino que mi supuesto padre lo convirtió en el mismísimo infierno en la tierra para mí y Dante. Mi madre tampoco la tuvo fácil y aquello hizo que cuestionara sus motivos de quedarse aquí aun después de su muerte.

Ubicada en una de las orillas del costado de un acantilado, Castillo de Miramare fue construido en el siglo diecinueve en el Golfo de Trieste. Estaba rodeado de frondosos jardines por los tres lados y el terreno era una joya nacional y era venerado por los expertos de todo el mundo gracias al limitado acceso que habían tenido a la propiedad durante los años.

Yo no lo hacía.

Lo único que veía cuando observaba este lugar eran años de tortura sádica y confinamiento bajo la mano de un hombre que se hacía llamar nuestro padre.

Pero aquí estaba. En el umbral de la puerta del castillo que ni siquiera debió de haber pertenecido a la familia Leone. Debía quedarse como museo para que la gente lo visitara, disfrutara y luego se fuera.

Caminé por el vestíbulo del castillo, la guarida del león, con los fantasmas a mi espalda. La tensión aún invadía la atmósfera de este horrible lugar. La habitación de arte china y japonesa con decoración oriental era donde encontraría a mi madre. Era su lugar favorito en todo el castillo.

Dejó de bordar y alzó la mirada, lo hizo con sorpresa.

—¡Amon! —Se levantó de golpe y se apresuró a acercárame, arrastrando los pies sobre la gruesa alfombra—. No sabía que vendrías.

Llevaba puesto uno de sus clásicos kimonos rosas con flores amarillas bordadas. Me sorprendió no enojarme por el color. Illias me había dado un motivo para tener esperanza, para tomar lo que quería y jamás dejarlo ir.

—¿Es verdad, madre? —pregunté, con una expresión fría que no reflejaba cómo mi interior se arremolinaba de enojo.

Su sonrisa vaciló y me miró dudosa.

—¿Qué cosa, *Musuko*?

Rebusqué dentro de mi chaqueta del traje la copia del certificado de matrimonio y mi certificado de nacimiento y se los extendí.

—¡Esto! —siseé, apretando los dientes y sostuve los papeles con los nudillos blancos.

Les lanzó una mirada a los documentos, mas no se movió. En cambio, alzó la vista y chocó sus ojos con los míos.

—¿Los encontraste?

Un resoplido burlón se me escapó.

—Algo así.

—Debes estar enojado —continuó, finalmente, con evidente emoción en su voz. No dije nada, sosteniéndole la mirada. La mujer que había protegido toda la vida había guardado secretos que pudieron haberme cambiado la vida—. De seguro tienes preguntas.

No la había vuelto a ver desde ese día que le pedí que se fuera de mi casa. Todavía me sentía furioso, pero de alguna manera no me sorprendía saber que me había ocultado otro secreto. De hecho, sospechaba que tenía muchos más.

—Algo así —repetí, aunque esta vez con burla. Me metí el puño en el bolsillo—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—No tenía evidencia que comprobara que estábamos casados. —Terminó por decir, retorciéndose las manos.

—No te la hubiera pedido —repliqué, inexpresivo.

—Debía permanecer en secreto hasta que tuviera cómo comprobarlo. —Su tono estaba teñido con desesperación. Excusas—. Para protegernos. Para protegerte.

—Ser el hijo ilegítimo era una posición peor que ser uno legítimo —comenté—. Aunque debo cuestionar tu gusto en hombres.

—¡Nos seas insolente! —reclamó—. No te olvides que soy tu madre.

Una risita se me escapó.

—¿Lo eres? —cuestioné—. En este instante no me sorprendería que eso también fuera una mentira.

El dolor le cruzó por los ojos e inmediatamente me arrepentí de mis palabras. Odiaba verla herida. Sin embargo, había tomado tantas malas decisiones. Me dejó a ciegas.

—Debí hacerle creer a Angelo que eras su hijo para protegerte. —Su voz era suave, pero sin arrepentimiento—. Tomaso aceleró el proceso de anulación, pero nunca supo que mandé a matar a su abogado y falsifiqué todos los documentos para que pareciera que fue aceptado. Lo hice para protegernos.

Asesinato. Falsificación de documentos. ¿De verdad conocía a esta mujer?

Analicé a quien me había dado a luz. Había estado para Dante y para mí toda nuestra vida. El enojo que sentía hacia ella era justificado, pero no quitaba los años de dolor por los que había pasado. Los años de humillación, sabiendo que se había equivocado.

—¿Cómo terminaste con Angelo Leone?

—Lo busqué —murmuré—. Angelo siempre quería lo que tenía Tomaso. Tuve la suerte de que su mujer fuera enfermiza y tuviera problemas para embarazarse. Arreglé todo.

Toda esa historia me daba asco.

—No dudo que Hiroshi te haya ayudado.

Asintió. La había amado por años y siempre la iba a ayudar, incluso a un gran costo personal.

—Si Angelo se enteraba de que eras hijo de Romero, nos hubiera matado a los dos.

—Pudiste haber regresado con *Ojisan* —señalé—. Me pudiste haber criado en Japón.

Negó con la cabeza.

—Mi hermano hubiera encontrado la manera de quitarnos del camino en cuanto nació su hijo.

Tenía una respuesta para todo.

—¿Y Romero?

Reinó un extenso silencio entre los dos que crepitaba en el aire. Cada tictac del reloj parecían horas. La miré y vi cómo le temblaban las manos.

—Si se hubiera enterado de tu existencia, te habría arrebatado de mis brazos —musitó—. No podía perderte también.

Lo perdió a él. Quería tenerme a su lado. Incluso al costo de las torturas de Angelo Leone. Debía odiarla, mas no podía, porque a pesar de toda la mierda que había sucedido, amaba a mi hermano. No éramos hermanos de sangre y el desgraciado podría estar intentando quitarme a mi mujer, aun así, lo amaba.

Era difícil borrar nuestra historia con un simple certificado de nacimiento.

—¿Sabías sobre Reina? —Me mantuve inexpresivo mientras estudiaba su reacción.

—¿Qué cosa? —Ninguna reacción. ¿De verdad no sabía? Me costaba confiar en ella, y mi sexto sentido me advertía que mantuviera mis cartas cerca de mi corazón.

Por tal motivo, cambié de tema.

—¿Por qué Leone? Nos hizo pasar un infierno.

—Para que aprendieras sobre la *Omertà*. —Se dio la vuelta y se sentó en su sofá, con la espalda recta y tensa—. Para que estuvieras cerca de la organización y después tomaras lo que por derecho te pertenece.

Hice una mueca.

—Pensé que todo giraba en torno a la *Yakuza* y tomar el lugar que me corresponde por nacimiento.

—Naciste para liderar ambas, Amon —explicó, con voz chillona—. Te las mereces.

Nunca había visto este lado sediento de poder de mi madre. No realmente. No hasta este instante. Sí, siempre me había llamado su príncipe, no obstante, pensé que solo era un apodo de cariño. En este momento, no estaba tan seguro.

Comencé a sospechar que era, o siempre había sido, una persona sedienta de poder y me vio como su pase al trono. Tanto Dante como yo habíamos sido sus marionetas. Se sentó en su silla como si fuera una reina a la espera de ser coronada. ¿Su única falla? En el bajo mundo jamás iban a permitir que una mujer liderara. Ni en la *Yakuza* ni en la *Omertà*.

A lo mejor, durante todo este tiempo, su meta siempre había sido reinar y usarme como un peón en su juego. Desgraciadamente, perdió cualquier poder sobre mí cuando me reveló que era hijo de Romero. Veinte años demasiado tarde.

—Después de la muerte de Angelo, ¿por qué no me contaste de tu matrimonio con Romero? —cuestioné—. Era lo suficientemente fuerte para protegernos a todos. Dante y yo podíamos hacerlo.

Tras un momento de silencio, me miró, sus ojos eran duros y repletos de secretos.

—No estaba del todo segura.

—Estás paranoica. —Desvió la mirada, evitando mis ojos—. Y me estás ocultando más secretos —afirmé, con calma. Estaba seguro.

Levantó la mano.

—Dejemos ese tema para otro momento. No tengo energía para discutir contigo el día de hoy.

Sin querer, mi madre acabó por confirmar mis sospechas. Tenía toda la intención de escarbar por sus secretos y destaparlos como un huracán. Sin embargo, lo que ella no sabía era que yo guardaba mis propios secretos y que ya no confiaba en ella como para contárselos.

—Si no tienes energía, no hay nada más de qué hablar.

—Debes enfocarte en el trono de la *Yakuza* —bramó—. O el de la *Omertà*. Te convertirás en el hombre más poderoso del mundo.

—¿Y si no lo quiero? —Sonreí con superioridad—. Está claro que llevabas planeando esto por años. Pero estás advertida, *madre*. —Había dejado de ser *Mamma* hacía muchísimos años—. Destruiré tus planes, uno por uno. Solo *mis* planes me importarán a partir de ahora.

Y el más importante incluía a mi mujer.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

AMON

Al día siguiente estaba en París parado en frente de un almacén espeluznante cubierto por el velo de la noche.

El acuerdo que habíamos hecho con Romero años atrás aún seguía vigente. Nos había estado ayudando a detener la trata de personas mientras fingía seguir involucrado y apoyarlo. Era la mejor manera de obtener información y contactos directos de la fuente. Si bien era un proceso lento, teníamos la certeza de que estábamos terminando con ello.

Según Tomaso Romero, este lugar les pertenecía a los brasileños y estaban traficando personas. Perez Cortes era un bastardo persistente. Qué lástima que Kian no hubiera matado a su hermano y no nos haya ahorrado todos estos problemas.

Romero tosió, ahogándose con su propia saliva. Su estómago redondo se agitó y los ojos le brillaban con agonía. Odiaba estar en el mismo continente que este hombre, aún más compartir sangre.

Aunque eso último era algo difícil de comprender. Lo único bueno de todo era que Reina no era su hija biológica.

—Esta es la última ayuda que recibirán de mi parte —aclaró Romero—. Si siguen adelante tendrán que hacerlo por otros medios.

Dante y yo nos habíamos pasado años desmantelando celdas de tráfico humano, no obstante, teníamos claro que la alianza que teníamos con quien se había convertido en un espía para nosotros estaba terminando. Ya no le quedaba tiempo. Literalmente.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —soltó, mirando a Dante con los ojos entrecerrados.

Me invadió el disgusto, aunque no podía negar el alivio que había sentido cuando leí esas palabras en los documentos. Ahora, contaba con una ventaja secreta y tenía toda la intención de usarla en el momento preciso.

—Deberías hablar con tu hija —gruñó Dante—. Sigue poniendo excusas con tal de impedir el proceso.

—Entonces, hazte cargo tú mismo —ordenó Romero mientras le daba otro ataque de tos—. No tengo tiempo para estas ridiculeces.

Estaba a nada de perder mi temperamento.

—De acuerdo, anciano —replicó—. Ya fijé la fecha para la cena de ensayo y la boda. Asegúrate de que tu hija se presente.

En este momento, no me parecía mala idea darles unos cuantos golpes a ambos.

—Quizás podrías hacer que la idea de casarse contigo parezca un poco más atractiva y le den ganas de ir, Leone.

Dante se rio entre dientes.

—De eso no tengas dudas, caerá en mis encantos, solo es cuestión de tiempo.

Curvé los dedos sobre mi arma y fantaseé que era el cuello de Dante. O quizás el de Romero. Mierda, mejor los dos. Veía rojo cada vez que imaginaba a Dante y Reina juntos. Sus sonrisas y muestras de cariño se reproducían en el fondo de mi mente.

—¡Mejor cállense de una vez y estén atentos! —bramé, luchando contra la urgencia que tenía de asesinar a mi hermano para que Reina nunca cayera en sus encantos.

—Tan delicado —musitó Dante, aunque me miraba como si fuera una bomba a punto de explotar. No estaba tan equivocado.

Podía sentir el calor de la mirada de Romero justo en la nuca.

—¿Qué le pasa a tu hermano? —le inquirió a Dante.

—Qué se yo. No soy su psicólogo. —Revisé el cargador de mi pistola y la ajusté de vuelta—. Pregúntale.

—Si no puedes comportarte, Amon, ¿no es mejor que lo dejemos para otra noche? —Estábamos afuera de lo que supuestamente era un almacén abandonado. Según el sensor térmico no era la realidad.

Lo enfrenté, mirándolo a los ojos.

—Que Dios no permita que te incomodemos. —Esperaba que notara mi furia y el odio que le tenía. Lástima que el idiota solo creía en la supervivencia—. No piensas en nadie más, solo en ti.

—Creí que...

—Creíste que podías largarte. —Patético imbécil de mierda. Levanté el labio superior en un gruñido, asqueado con este estúpido donador de esperma—. Quizás deberíamos dejarte allá adentro y ver qué te parece.

—¿Cuál es tu maldito problema?

—Tú, Romero. *Tú* eres mi problema. Así que mejor cállate la boca y haz tu trabajo.

Volví a prestarle atención al edificio, la tensión era palpable y vehemente. Mi estado de ánimo iba de mal en peor.

—¿Ocurre algo? —susurró Dante, apareciendo a mi lado—. Y no. No me refiero a Romero.

A Dante le importaba una mierda Romero. La verdad era que lo odiaba con toda su alma desde hacía un tiempo y me sorprendía aún más que él no se diera cuenta de todo el resentimiento que emanaba de mi hermano.

—No —respondí. Me observó con ojos entrecerrados como si supiera algo que yo no—. Suéltalo, Dante.

—Me parece extraño que no hayas mencionado a Reina. —Mientras me quedara vida, Reina jamás sería suya—. Considerando el pasado que comparten y todo lo demás. Aunque estoy seguro de que te quiere dos metros bajo tierra. —¿Acaso estaba intentando sacarme de quicio a propósito?—. Nuestras citas han sido divertidas —comentó, arrastrando las palabras.

Vi rojo al escucharlo decir que tuvo citas con ella.

—Te juro por Dios, Dante, que, si no cierras la boca, te dispararé y te dejaré desangrarte aquí en el césped.

Me observó fijamente, apretando la mandíbula, pero no agregó nada más. Durante estos tres años, nos habíamos distanciado, pero aún lo amaba. Fuera o no de mi sangre.

—Gracias por el aviso —comentó finalmente—. Pero me veo en la obligación de señalar algo.

—¿Qué? —bramé.

—Te estás comportando como un hombre obsesionado.

Con ella. Aquello estaba implícito en sus palabras. No mucho tiempo atrás, me negaba a admitir mis sentimientos por Reina, pero eso quedó en el pasado. En este instante, estaba ansioso por hacerla mía.

—Concéntrate en la misión. —Cambié de tema, para desviar su atención. Apunté con mi cabeza el edificio—. Hay algo raro.

—¿Como qué? —Devolvió, mirando nuevamente el lugar.

—Los guardias.

De inmediato supo lo que pensaba.

—No hay.

Asentí. Si bien no teníamos sensores en el área fuera del sitio, lo sabíamos por pura experiencia.

—Están ocultos, pero están aquí. Es como si nos estuvieran esperando.

Dante giró su cabeza en dirección a Romero.

—¿Le contaste a alguien?

Negó con la cabeza.

—No, ¿por qué carajo lo iba a hacer?

Un denso silencio reinó en el lugar. Los ignoré y revisé el área, con las manos firmes en mi arma. Irnos no era una opción, mas tampoco lo era morir. Apenas tuve tiempo de considerar las opciones cuando un fuerte estallido hizo eco en el lugar, sacudiendo la tierra.

Los tres caímos al piso, y, por unos minutos, no nos movimos. El tiempo se detuvo, los oídos me zumbaban. Luego, silencio.

Y, de repente, se desató el caos. Los guardias nos rodearon. Era una maldita emboscada.

—¡Es una trampa! —avisó Dante, haciendo eco de mis pensamientos.

El almacén estaba en llamas y los escombros caían como lluvia del sitio cubierto de humo. Gritos y lamentos llenaron el aire del cielo nocturno. Había restos y cuerpos desmembrados repartidos por todos lados.

—Busca sobrevivientes. Mata a todos los demás —ordené, luego me arrastré hacia el almacén. Si quedaba alguna mujer viva, debíamos sacarla.

Tenía la mente despejada y mi cuerpo se movía por instinto. Ignoré el sonido de la explosión y los disparos, *bang, bang, bang*. Me acerqué al árbol más cercano que no estuviera en llamas. Vi al primer guardia vestido de uniforme. Ni siquiera lo pensé. Apreté el gatillo y listo. Bala en la cabeza, directo entre los ojos.

Después, apareció otro.

Preparé, apunté, disparé.

De nuevo. Una y otra vez.

Durante todo el tiempo me rodeaba el sonido de las balas, todos nos disparaban. Solté una sarta de maldiciones en italiano, japonés, inglés, incluso, francés. Esos malditos imbéciles.

Me agaché y miré por sobre mi hombro para asegurarme de que Dante no estuviera lastimado. Estaba boca abajo sobre el piso, con la atención puesta en el edificio.

La mayoría del tiempo me movía por instinto, eso me salvó varias veces. En ese momento, mi instinto me decía que debíamos largarnos de ese lugar.

Lo ignoré.

Porque odiaba que el cártel Cortes tuviera en la mira a Reina y detestaba que traficaran personas. Así que no iba a permitir que se salieran con la suya. Había criminales y luego estaba el cártel Cortes que pertenecía al mismo grupo que mi primo.

Estaban cortados por la misma tijera.

Apunté hacia el tipo que acechaba en las sombras junto a las puertas del almacén. *Clic*.

Demonios, mi cargador estaba vacío. Ante la falta de balas, saqué el cuchillo y corrí directo hacia los hombres. Estaba a su espalda y, en cuestión de segundos, le corté el cuello. Después, le quité su arma y les comencé a disparar al resto de los hombres que usaban máscaras negras.

No pasó mucho tiempo antes de que Dante apareciera detrás de mí. Luchamos contra ellos, juntos, nuestros movimientos eran sincronizados. Nos dirigimos hacia la entrada mientras Romero acababa con algunos hombres disparándoles.

Maté a un hombre en segundos cuando llegamos a la entrada. Cuando ingresamos al almacén, me golpeó el humo, el hedor y los jadeos. Aguanté la respiración y caí de rodillas al darme cuenta de cómo habíamos fallado en nuestra misión de salvar a estas mujeres.

Aun así, nos adentramos más en el lugar. Si encontraba, aunque fuera una sobreviviente, habría valido el sacrificio.

Me seguí moviendo entre los escombros y me detuve en el medio del lugar carbonizado, las llamas y el humo seguían consumiendo lo que quedaba de paredes. Una pila de cuerpos, mujeres jóvenes, viejas, de mediana edad yacían tapadas en charcos de sangre.

Me acerqué a ellas y les tomé el pulso a cada una. Algunas tenían los ojos en blanco, otras tenían la mirada perdida, sin vida. Algunas tenían los ojos azules, otras, marrones. Pasaron los segundos y cada vez que no encontraba a nadie con pulso, se me revolvía el estómago. Todas tenían solo una cosa en común.

—¿Qué mierda? —exclamó Dante, con voz ronca, tosiendo con fuerza por el humo—. Es como si todas fueran un clon de...

Reina.

Todas estas mujeres tiradas en el piso tenían el cabello rizado y rubio.

Algo estaba bastante mal. Muy, muy mal.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

REINA

Le asesté un golpe al rostro del estúpido muñeco de boxeo, imaginando que era el de Dante, disfrutando del dolor agudo que sacudió a mi brazo. Cada músculo en mi cuerpo dolía y el sudor me corría por la sien.

Había regresado al centro de entrenamiento de Darius; sin embargo, esta vez estaba aquí para liberar la tensión, no para entrenar con él. El centro estaba cerrado los jueves, así que tenía todo el lugar para mí sola mientras Darius estaba encerrado en su oficina.

Con cada golpe estaba asegurando mi decisión. La única manera que había de salir de este desastre era empacando nuestras cosas y desaparecer con Phoenix.

Isla estaba casada y a salvo bajo la protección de Enrico Marchetti. Raven y Athena estarían bien. Nadie las asociaría a la muerte de Angelo Leone. Había dejado pagada la renta por los siguientes doce meses por parte de Phoenix y mía para que no perdieran el apartamento. En un año, idearía alguna manera de ayudarlas.

Asumiendo que Phoenix y yo podríamos sobrevivir por cuenta propia. Sin la abuela. Sin *Papà*. Sin amigas.

Cuando dejé de desahogarme contra el pobre equipo de entrenamiento, tenía una mezcla de dolor y sudor.

—Cuánta frustración saliendo de ese cuerpo. —Escuché a mi espalda la ronca voz de Darius y me giré para ver cómo me extendía una toalla y una botella de agua—. ¿Quién es la que apesta a sudor ahora?

Tiré de la toalla y sequé la transpiración de mi rostro.

—Sí que sabes hacer sentir especial a una chica.

Se rio entre dientes y no lucía para nada preocupado. La verdad él era lo especial que querían las mujeres.

Puso los ojos en blanco. Le había pegado mis manías.

—No necesito palabras para hacer sentir especial a alguien.

—Bueno, Casanova. Tu ego es tan grande que está a nada de explotar.

—Hola, Reina. —Otra voz apareció a mi espalda y me sobresalté. Me llevé la mano al pecho.

—¡Jesucristo, River! Me diste un susto de muerte.

Me sonrió.

—Estaba viendo cómo Darius se comportaba como estúpido.

Tomé un sorbo de agua, observándolo. Alto y fornido, tenía un físico fuerte, pero de alguna manera, muy en el fondo, era como un osito de peluche. Protector. Dulce. Y, muy sexy. Podía tolerar casarme con él.

Dante, por otro lado, era un no rotundo.

—¿Cómo estás, River?

—Bien, Reina. —Me miró de pies a cabeza—. Te ves más fuerte.

Le di una sonrisa gigante.

—Me estoy preparando para matar a mi futuro esposo —respondí, medio en broma.

—No hay duda de que tendrías éxito —comentó Darius, y le regalé una sonrisa—. Entonces, ¿cuándo es la boda?

Jamás.

Me encogí de hombros.

—Pronto. ¿Quieren ir a la cena de ensayo?

—¿Cuándo es? —preguntó River, me sorprendió que se interesara en ir.

—En dos días.

Me dio una sonrisa de disculpa.

—Tengo un vuelo mañana temprano.

—Yo sí puedo ir —respondió Darius—. Creí que te fugarías antes de que llegara el día.

No estaba tan alejado de la verdad, sin embargo, preferí no confirmar su sospecha, así que le di una sonrisa tensa.

—Te enviaré un mensaje con el nombre del lugar. Ni se te ocurra faltar...

No pude terminar, porque un ruido silbante cortó el aire. De repente, mi cuerpo fue lanzado al piso, y el maniquí cayó sobre mí.

Alguien disparaba y vi con horror cómo una de las balas dio en el brazo de River. Abrí la boca para gritar, pero una mano me la tapó.

—No hagas ruido. —Era la voz de Darius—. Nos están atacando.

El lugar se llenó de balas por todos lados. Darius y River sacaron sus armas de algún lugar y se lanzaron a dispararles a los hombres que nos atacaban. Apuntaban y abrían fuego, se movían como una misma persona. Nunca había visto algo parecido.

Estaba perpleja viendo la escena que tenía delante de mis ojos. Nos sobrepasaban en número, por mucho, pero ninguno de los dos parecía preocupado. Me dejaron en el medio, protegiéndome con sus cuerpos, y me levantaron del piso para buscar un sitio dónde cubrirnos. Éramos un blanco fácil en medio del gimnasio.

No estábamos en la mejor posición.

Nos ocultamos en la oficina trasera que ya tenía la pared divisora destrozada, el piso estaba cubierto de vidrios. Con un grito de guerra, River se movió y comenzó a disparar. Darius se le unió, y lo único que pude hacer fue mirar como estúpida.

Me tomó tres latidos para volver en sí.

—¡Déjenme ayudar! —exclamé, finalmente.

Ninguno de los dos me cuestionó; Darius me tiró una pistola. Mi cabeza estaba inundada de emociones, como el miedo, la ansiedad y la ira, pero lo ignoré todo. En su lugar, me levanté y me dispuse a disparar.

Ignorando las voces de Darius y River, me enfoqué en los dos hombres en la esquina derecha lejana. Apunté, luego jalé el gatillo, dándole a uno. Luego repetí la acción, aunque solo lastimé al otro.

—¡Mierda! —musité.

Darius me lanzó una mirada.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Le di en el hombro.

—Muy bien. Podremos interrogarlo.

Todo lo que pasó después se sintió como en cámara lenta. River y Darius dejaron nuestra cubierta y se adentraron más al centro. Uno disparaba a la izquierda, el otro, a la derecha. Los cuerpos caían como dominós. Me dolía respirar y el pulso me zumbaba en los oídos hasta que caíamos en un silencio ensordecedor que llenó todo el lugar.

Tum Tun. Tu tum. Tu tum.

El corazón me latía tan fuerte que pensé que alguien lo escucharía. Estudié todo el gimnasio que parecía zona de guerra mientras permanecía inmóvil, sin estar a la vista de nadie. No sabía si el silencio significaba que estábamos a salvo.

—¿Estás bien? —me preguntó alguien. Jadeé y mi mano voló lista para disparar—. Espera. Soy yo.

Darius estaba allí de pie con las manos arriba, murmurando que todo se había acabado.

—¿Estamos a salvo?

Asintió.

—Sí. Dejamos uno vivo. River lo está interrogando.

—Ah, qué bien.

—¿Quieres ir?

Tenía la boca seca. El corazón me latía desbocado.

—Mejor no. ¿Sabes quién...? ¿Qué...? —Me temblaban las manos y me quitó el arma separando mis dedos tiesos de ella—. Sabes algo. —Terminé por decir con una calma que no sentía.

—Fue el cártel Cortes —reveló, por fin—. Vinieron por ti.

Caí de rodillas, con sus palabras repitiéndose en mis oídos.

Demonios, lo sabía. Este era el trato que había mencionado *Papà*. Era el acuerdo que terminó mal. Por eso estaba desesperado por casarme.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

REINA

Quemar evidencia: listo.

Tomar un baño: listo.

Plan para desaparecer: casi listo. Phoenix debía revisarlo.

Sabotaje a la cena de ensayo: incompleto.

—¡Mierda! —musité en voz baja mientras usaba el reflejo de la ventana de la tienda para arreglarme los dos moños que tenía en lo alto de la cabeza—. ¿Cómo me veo?

—Como un caramelo, rosa y candente envuelto en volantes rosas —remarcó Athena, con burla—. Hay mucho rosa, incluso para ti. —Decía la verdad—. Aunque me gusta el diseño de la espalda.

—Gracias. —Sonreí—. Yo misma lo agregué.

Aparecer en la cena de ensayo con un vestido de tul hecho de volantes de un rosa chillón si mangas no iba poner muy contento a mi padre.

—Esas aberturas son muy sexys. —Hizo hincapié Raven—. Y esos tacones Valentino de quince centímetros te hacen lucir aún más como una prostituta de lujo que una futura novia.

Sonreí enormemente.

—Esa era la idea. —Si hubiera encontrado algo más horroroso en mi armario, me lo hubiera puesto.

Me giré y vi cómo mi hermana observaba los vestidos de mis amigas en el mismo espejo. Elegimos los colores más ridículos y era obvio que lucíamos como un grupo de *hippies* de los setenta. Phoenix llevaba un minivestido amarillo sin mangas que de seguro dejaría ciego a cualquiera que no llevara lentes de sol. Athena tenía uno hecho de tul de color naranja. Raven prefirió un verde neón e Isla lucía uno con todos los colores del arcoíris.

—Si con estos vestidos Dante no cancela la boda, no creo que alguna vez lo haga —comentó Athena.

—Crucemos los dedos para que no sea daltónico —agregó Isla, mirándome—. ¿Lo es?

Me encogí de hombros.

—¿Cómo demonios lo voy a saber?

Después de nuestra desastrosa cita y su visita a mi apartamento, lo evité con todas mis fuerzas. Dante Leone no era mi tipo y nunca lo iba a ser.

Bueno, si le quitábamos la personalidad, no era feo. No, mejor dicho. Lo era. Se veía igual que su padre y a mí, definitivamente, no me gustaba su padre. «*Tanto así que lo mataste*», me susurró mi inconsciente.

Resoplé con frustración. Odiaba pensar en ello.

Las clases de yoga y defensa personal me ayudaban a calmar la ansiedad, los ataques de

pánico y mis tendencias de autolesionarme, pero la clave de todo había sido evitar ciertos detonantes. Uno de ellos era no pensar en el chico que me había roto en miles de pedazos. O el asesinato que había cometido y todas las verdades que salieron a la luz esa noche.

Los tacones repiqueteaban contra el pavimento mientras nos dirigíamos a la cena de ensayo en el Bar 228.

Estábamos a nada de entrar al lugar cuando nos bloquearon al acceso.

—¿Nombre? —Un guardia con aires de presumido demandó, mirándonos a todas como si no perteneciéramos al lugar. Estaba a punto de comentar que tampoco queríamos estar aquí.

—Isla Marchetti. —Todavía no me había acostumbrado a su nuevo apellido. Y a juzgar por la mirada del resto, ellas tampoco.

—¡Esta es la futura novia! —espetó Raven al guardia—. Así que, si quieres prohibirnos la entrada, buena suerte con la fiesta. Y buena suerte explicándoselo al novio.

Puso los ojos en blanco, pero no pude evitar sentir un escalofrío recorriéndome la espalda. La ocasión más importante en la vida de una chica para mí era la más horrorosa.

—¿Qué estás haciendo, poniendo orden a una estúpida cena de ensayo?

Si no fuera porque estaba segurísima de que tanto *Papà* como Dante me buscarían y me arrastrarían por el cabello hasta aquí, no hubiera ido por mi propia voluntad. No me quedaba de otra. Faltaba un día para la boda. Phoenix y yo debíamos empacar esta misma noche y desaparecer.

Miró a las chicas.

—¿Y ellas?

—Son mis cuatro acompañantes. —Me crucé de brazos y lo miré de reojo—. Vamos, no seas así. O nos dejas entrar o le diré a *Papà* que la boda se canceló.

Eso sí que sería gracioso. Especialmente, porque Isla me contó que la lista de invitados consistía en su mayoría de criminales destacados.

—Tuvimos un día difícil —explicó Athena y señó al mismo tiempo—. Nos dejas entrar o no, decídete sino para que podamos irnos.

—*Lo único que quiero es irme.* —Phoenix estuvo de acuerdo.

No la culpaba. No quería estar aquí, porque iba a tener que ver al hombre que amaba y odiaba sentado junto a mí, y yo no quería estar aquí porque no quería ver al hombre que amaba y odiaba sentado junto a su hermano.

El guardia debió de haber visto algo en nuestra expresión, porque al final nos dejó pasar.

—Qué mala suerte —susurró Athena—. Estaba lista para regresar a casa.

Todas estábamos de acuerdo:

—Lo mismo digo.

Revisamos por última vez nuestro cabello y maquillaje en el pasillo antes de caminar por el largo acceso y llegar hasta un lugar gigante donde todas las personas estaban reunidas.

La puerta se abrió y el salón enmudeció. Todos los ojos estaban puestos en nosotras, nos miraban como si hubiéramos sido *El fantasma de las navidades pasadas*. Sin embargo; había un par de ojos en particular que me quemaban y no eran los de mi futuro novio.

El corazón me retumbaba con más fuerza mientras ingresamos lentamente al salón, mis amigas y hermana iban detrás de mí, todas con sonrisas brillantes en el rostro.

Fijé la mirada en la parte de arriba del bar, decidida a no mostrarme incomoda con toda esta situación. Si querían una novia feliz, la tendrían. Al menos, hasta que me convirtiera en la novia fugitiva.

—¿Qué carajos está pasando? —bramó alguien a mi izquierda. Casi me caigo por ir con la

barbilla alzada, sin mirar a nadie—. ¿Qué llevan puesto?

Bajé la vista y me encontré con los ojos de *Papà*. La abuela estaba al otro lado de la habitación con una sonrisa tensa en el rostro mientras su marido le daba palmaditas en la mano, probablemente intentándole bajar la presión arterial.

Afortunadamente, jamás borré mi sonrisa. Alisé los vuelos de mi vestido, haciéndolos menos frondosos.

—¿Te gusta?

—No. —Una risita suave se escuchó a mi espalda, pero me resistí a la necesidad de girar la cabeza. En cambio, fingí tranquilidad, sabiendo que aquello haría enfurecer aún más a mi padre—. Pareces un maldito arcoíris. Y no de buena manera. Maldición, ¿te traigo algo de marihuana para que fumes con esa ropa?

Me golpeé la barbilla con el dedo, haciendo como si lo pensara.

—Tomando en cuenta este circo, decidí vestirme para la ocasión.

—Reina... —Su voz estaba llena de enojo—. No pongas a prueba mi paciencia. Ve a cambiarte. —Su mirada se desvió hacia Phoenix y mis amigas—. Todas háganlo.

—No quiero. —Me mantuve inexpresiva.

—Ve. A. Cambiarte. Ahora.

—Ay, lo lamento —expresé con voz dulce, mirándolo con ojos grandes. Había tanto silencio en la habitación que parecía que toda nuestra charla era el centro de atención. No cabía duda de que todos disfrutaban del espectáculo—. ¿Acaso el contrato de matrimonio también estipulaba que debías elegir el vestuario de la novia?

—No, pero no se suponía que anduvieras por aquí luciendo como un payaso —siseó.

Saqué el labio inferior y fingí que me temblaba. Incluso, me retorcí las manos como si sus palabras me hubieran lastimado. En ese momento me pasó por la cabeza que quizás había heredado el talento de actuación de mi abuela y de mi madre.

—¿Un payaso? —susurré, parpadeando con rapidez antes de cansarme de hacer tanto teatro. Le otorgué una sonrisa que decía que ya era suficiente. Ya no era una niñita a la que él o cualquier pudiera mandar—. Me pareció apropiado, dado que todo esto es una maldita farsa.

Algo cruzó por sus ojos, sorpresa o alerta, no estaba segura, pero lo había dejado sin palabras. Pude oír unos suaves susurros que me animaban diciéndome “bien hecho” y “díselo” detrás de mí y la mano tibia de Phoenix apoyada en mi espalda fue toda la fuerza que necesitaba para mantenerme de pie.

Antes de que *Papà* añadiera algo más, la abuela se acercó y suspiró con exasperación.

—Hola, cariño. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla—. Elegiste un momento especial para volverte una rebelde. —La miré con los ojos entrecerrados, pero me mantuve callada. Cualquier batalla con ella tendría que ser cuidadosamente planeada—. Sabía que debimos haberte puesto enfrente de una cámara.

Me reí.

Isla se aclaró la garganta.

—Um, iré a ver a mi esposo.

—Yo también —musitó Athena—. Eh, maldición. No tengo marido. Iré a ver a alguien más.

Raven leyó la atmósfera, por así decirlo, y también se fue.

Los ojos de la abuela vagaron por Phoenix y luego se posaron en mí.

—Ahora, ¿me pueden decir a qué se debe todo esto?

—Sí, también me gustaría saber por qué mi hija luce como una deshonra en su propia cena de ensayo. —*Papà* se saltó al menos cinco palabras cuando hablaba en lengua de señas, pero su

mensaje se entendió fuerte y claro.

Phoenix apretó los labios en una línea fina mientras cerraba las manos en puños. Esperaba que agacháramos la cabeza e hiciéramos todo lo que nos pedía después de haberse ausentado la mayor parte de nuestras vidas. Pues, así no funcionaban las cosas. Aunque, para ser justas, incluso si hubiera estado a nuestro lado, cada fibra de mi ser se hubiera resistido a la idea de casarme con Dante Leone.

Mis ojos pasaron de él hasta el resto de las personas en el salón que nos observaban con curiosidad. Tenía tantas ganas de sacarles el dedo del medio. En su lugar, volví a mirar a *Papà* y le sonreí.

—No sé de qué hablas. Así nos vestimos todos los días.

Después, tomé de la mano a mi hermana y la llevé hacia el bar.

—Dos *shots* de lo más fuerte que tenga —pedí, mientras sentía los ojos de todos sobre mi espalda, aunque elegí ignorarlos.

—Mejor que sean tequilas, dobles, para todas —intervino Raven desde la izquierda. Ella y Athena estaban listas para abandonar la fiesta. No las culpaba. Raven me miró—. Tienes suerte de que te amo.

—También te amo.

El *bartender* nos sirvió los *shots* y nos los tomamos de un solo trago.

—Ah, el líquido de la valentía —expresó Athena.

—*Eso salió bastante bien.* —Señó Phoenix—. *Somos las mujeres menos deseables de esta fiesta.*

Athena se rio entre dientes.

—Ese era nuestro objetivo, ¿o no? —Todas asentimos—. Pues, dos tipos me coquetearon y uno hizo que se derritieran mis bragas.

Las tres nos giramos al mismo tiempo para mirarla.

—¿Quién?

Observé cómo tragaba saliva y el sonrojo le subía por el cuello.

—Tipo *sexy*. En la esquina. —Las tres hicimos el amago de mirar hacia allá, pero nos detuvo—. No miren.

—*Entonces ¿cómo vamos a saber quién es?* —Phoenix señó con desesperación.

—Se los describiré —respondió Athena—. No. Miren.

No sabía si a mis amigas les pasaba lo mismo, pero me daban más ganas de mirar.

—¿Qué no debemos mirar? —preguntó Isla, apareciendo de la nada—. Mi esposo me dijo que lucía bastante *sexy*.

—Tu esposo te mintió —expuso Raven—. Te ves como un algodón de azúcar.

—Me dijo lo mismo. —Sonrió—. Y más tarde me comerá como uno.

—Asqueroso.

—Demasiada información.

—*Al menos alguien está cogiendo.* —Agregó Phoenix, terminando con las bromas.

—Athena estaba a punto de describirnos a un tipo *sexy* —le conté, mirando a mi amiga con intensidad.

Las cejas de Isla se alzaron casi tocando la línea del cabello.

—*Ooh.* Pues me disculpo por la interrupción. Soy toda oídos.

Todas nos quedamos observando a Athena, esperando. Cambió el peso de un pie al otro, incómoda, veía para todos lados y seguía su mirada. Sin embargo, nunca se detuvo en un hombre en específico.

—Ya pues, no nos dejes con la intriga —animó Raven.

—Se fue —musitó—. Estaba justo allí pero ya no. —Suspiró con pesadez—. A lo mejor mi elección de vestuario lo espantó.

—*Probablemente.* —Señó Phoenix, bufando suavemente—. *¿Vieron al hermano de Isla y su esposa? Parecen sacados de una revista.*

—Cortesía de los diseños de Reina Romero —explicó Isla, poniendo los ojos en blanco—. Pero no se desanimen, al menos nos destacamos.

—Con esta ropa estamos incogibles —gruñó Raven, haciéndole una seña al *bartender*—. Necesitamos otra ronda de *shots*.

—Excepto Isla —corrigió Athena—. Tendrá sexo con su *sugar daddy*.

—*Creo que te refieres al zorro plateado.* —Corrigió Phoenix.

Sonreí con vergüenza, no me sorprendió el recibimiento a nuestra gran entrada. No creí que *Papà* nos llamaría la atención, pero a nadie le importaba. Miré por sobre el hombro para encontrarlo discutiendo con la abuela, o al menos así parecía.

Desvié la vista y mis ojos vagaron por todas esas personas que eran tan reconocibles. Manuel Marchetti, el tío *sexy* y buenísimo de Enrico Marchetti. Los dos tenían poca diferencia de edad y se trataban como hermanos. Los chicos Marchetti, Enzo y Amadeo nos saludaban a la distancia, con sonrisas gigantes y lucían como unos jovencitos encantadores italianos. Le dijeron algo a su padre, quien asintió, y luego los dos corrieron hasta nosotras.

—Hola, señoritas —saludaron—. Se ven ardientes.

Las cuatro nos reímos ante su intento de coqueteo. No tenía ninguna duda de que Enzo y Amadeo un día romperían miles de corazones.

—Y ustedes no se quedan atrás —los elogíé. Se veían como las versiones más jóvenes de su padre, con sus trajes impecables.

—¿Nos vemos así de bien como para tener una cita? —Intentó Enzo.

Una ronda de *shots* apareció frente a nosotros. Hicimos una pausa para beberlos y luego dejamos con un golpe los vasos sobre el bar.

Le lancé una mirada a Enzo.

—Perdón, temo que tendré que pasar —me excusé—. Dado que son menores de edad... Aunque, te contaré un pequeño secreto. Preferiría salir contigo que con...

Una mano cayó sobre mi hombro y me quedé inmóvil.

—Si dices “que con mi prometido”, me lo tomaré personal.

Tragué saliva y observé a Phoenix que miraba su vaso con el ceño fruncido, la tensión en sus hombros era notoria.

Giré la cabeza para encontrarme con su mirada y le regalé una sonrisa dulce.

—Me conoces tan bien. Eso era justo lo que iba a decir.

Antes de analizar su reacción, mis ojos cayeron en una figura oscura que estaba al otro lado de la habitación, y me olvidé de Dante.

Solo podía observar a su hermano, quien se veía devastadoramente apuesto con traje. Se había peinado el cabello de tal manera que se destacaban las líneas definidas de sus pómulos. Sus ojos tan oscuros como el carbón quemaban los míos y mi sonrisa se atenuó, desapareciendo de mi rostro.

Tum Tun. Tu tum. Tu tum.

Me ahogué en su mirada de galaxias oscuras sintiendo cómo el mundo se desvanecía y solo estábamos nosotros en esta habitación repleta de personas.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

AMON

La observé mientras se sentaba en el bar, ahogándose en su sexto *shot* de tequila. Sí, los conté.

Oba, a quien me sorprendió ver aquí, me lanzó miradas de desaprobación. Las palabras que me había dicho aún hacían eco en mi cabeza. «*Lucha por la chica. Es tuya, y tú eres de ella*».

No tenía idea de lo acertada que estaba.

Volví a observar a Reina. Llevaba el vestido rosa más ridículo que había visto y aun así brillaba de una manera que te hacía imposible apartar la mirada. Podría ponerse un saco de papas e igual mis ojos estarían puestos en ella.

El corazón se me descontrolaba cada vez que colisionaban nuestras miradas. Cuando me ignoraba, me tomaba el tiempo de apreciar sus rasgos, me ahogaba en cada una de las deliciosas curvas de su cuerpo.

Los minutos pasaban. Pronto iba a ser mía. En mi yate. En mi casa. En mi territorio.

Junto con sus amigas habían causado gran conmoción cuando llegaron una hora más tarde a la cena de ensayo y luciendo muy... llamativas y coloridas.

Me importaba una mierda. Reina todavía me dejaba sin aliento y me enfadaba ver cómo otros podían ver sus muslos debido al corte que había en los costados de su vestido, revelando demasiada de su piel suave.

Cuando nuestros ojos se encontraron antes, todos los músculos se me tensaron hasta llegar al punto del dolor. No había pasado por alto que estaba parada junto a mi hermano y lo ignoraba intencionalmente en su propia cena de ensayo. *Bien*. Quizás no iba a tener que darle a Dante la paliza de su vida después de todo.

Los ojos de Reina vagaban por el lugar hasta que llegaron a los míos.

Una ráfaga de chispas calientes bajó por mi espalda y sonreí, una sonrisa verdadera y gigante. Tuve que refrenar las ganas que tenía de ir hacia ella, lanzarla sobre mi hombro y alejarla de cada persona que estaba respirando su mismo oxígeno.

Hacia el atardecer. Joder, aquello sonaba asquerosamente cursi. Pero me importaba una mierda.

En ese momento, no tenía ni idea dónde estaba Dante, pero ella seguía allí, en el bar, sonriéndole a otro idiota que estaba a su lado. Darius. ¿Quién carajos lo invitó? Obviamente vino solo. Sin una cita. Y la manera en que miraba a Reina... No, no me gustaba ni un poco.

Me metí las manos en los bolsillos. ¿Por qué le sonreía con tanta dulzura? Me tomó un par de minutos poder apaciguar toda la furia que se acumulaba en mi pecho.

Dante apareció y se veía ligeramente agitado; me pregunté cuál de las hermanas Romero lo molestó esta vez. Llevaba dos vasos en las manos, uno frutal y el otro era una cerveza. Había

dejado de beber *whiskey* en el transcurso de las horas.

Tampoco se veía muy feliz de encontrar a Reina junto a Darius. Phoenix estaba a unos centímetros detrás de su hermana conversando con Giovanni Agosti quien parecía saber lengua de señas. Quién lo pensaría. Nunca la había visto sonreír con tantas ganas desde el tiempo que la llevaba conociendo.

De hecho, si por algún motivo nos veía a mí y a mi hermano solo recibíamos un ceño fruncido y apenas una mirada de su parte. Aquello sucedía desde siempre, incluso cuando Reina y yo estábamos juntos.

—Veo que tu gusto en alcohol ha mejorado —señalé, secamente.

Como si se le hubiera olvidado que sostenía dos vasos, bajó la mirada hacia ellos y frunció el ceño.

—Los colores en ese trago me dan ganas de apuñalarme el ojo. —Alzó la cabeza y la expresión atormentada que llevaba era un aviso de que estaba a nada de perder la paciencia—. Me estoy aguantando las ganas de matar al imbécil.

—Hay varios por aquí —gruñí—. Tienes que ser más específico.

Me miró como si no estuviera seguro de decirme, pero prefirió restarle importancia con un gesto de la mano.

—¿Estás listo para ser mi padrino? —Cambió de tema. Si las circunstancias hubieran sido distintas no dudaría en decirle que sí—. Tengo que entregarte los anillos. ¿Te conté que tuve que conseguir mi propio anillo?, porque según Reina estaba muy ocupada para hacerlo. —Esa pequeña pieza de información me hizo feliz—. Madre e Hiroshi irán a la iglesia mañana, pero no quisieron quedarse.

—Se entiende.

Guardó silencio y me observó con una expresión extraña. Era como si me quisiera decir algo.

—Esos vestidos que llevan... —continuó con molestia—. Son horribles. Y pensar que Reina es una renombrada diseñadora. —Al menos eran fáciles de encontrar—. Espero que haya escogido algo mejor para nuestra boda.

De nuevo me volvió a mirar como si esperara algo. ¿Acaso intentaba ponerme a prueba? Era como si quisiera que perdiera la paciencia con todos sus comentarios.

Me dio una palmada en el hombro.

—Una boda, hermano. —Allí iba de nuevo. Clavando otro puñal. Sus ojos brillaban.

Tenía claro que esa boda jamás se iba a llevar a cabo. Sabía que jamás lo permitiría. Además, tenía un plan y estaba listo para ponerlo en marcha. No podía esperar.

Aunque lo único que me seguía carcomiendo era saber si mi hermano la había tocado. No quería que ninguno viviera el infierno que había experimentado, a pesar de mis sentimientos por esta farsa de compromiso.

—¿Has hablado con madre e Hiroshi? —preguntó de la nada.

Negué con la cabeza.

—¿No la invitaste a esta maravillosa fiesta? —devolví, con frialdad.

—Lo hice, pero no quisieron venir. —Fue lo mejor.

Me concentré en aquello que podía controlar y pasé la vista por todos los invitados. Terminé con mis ojos puestos en Reina justo para ver cómo Romero la agarraba del brazo y le enterraba los dedos en su suave piel.

Tenía toda la intensión de acercarme y exigirle que le quitara la mano de encima cuando la voz de Dante me detuvo.

—Romero no tiene ningún control sobre sus hijas —expresó, viendo cómo la tironeaba, pero

no con violencia como para ponerme alerta.

Un gruñido me vibró en el pecho y Dante me lanzó una mirada curiosa; sin embargo, no dijo nada mientras veía cómo se nos acercaban Romero y Reina.

Mis emociones estaban tensamente enredadas, pero las escondí detrás de una sonrisa empalagosa. El corazón me latía desbocado contra el pecho cuando esa suave esencia a canela me llegó hasta la nariz y viajó a mis pulmones.

—Ah, aquí está mi prometida. —Empezó Dante, arrastrando las palabras, mientras se inclinaba y le besaba la mejilla.

La sangre se apresuró por mis venas, quemando todo a su paso. Me zumbaron los oídos por la furia, cada latido contra mi pecho bramaba la palabra mía. *Mía, maldición. Mía. Mía.*

Los hombros de Reina se tensaron, sin apartar la mirada de Dante.

Mi propia sangre me quemaba.

Los celos serían mi ruina. Era su media hermana, por el amor de Dios, era lo único que salvaba a Dante. A pesar de saber del lazo sanguíneo que los unía no podía calmar este monstruo verde que amenazaba con echar por la borda todo mi control.

—¿Estás disfrutando de la fiesta? —le inquirió Dante, moviendo las cejas.

Reina le sonrió y batió sus pestañas. ¿Qué *demonios*?

—Demasiado —respondió, tambaleándose ligeramente—. Fue tan maravillosa que jamás quiero volver a repetirla.

—Reina —le advirtió Romero, aunque ella lo ignoró.

Reina tomó una copa de vino de uno de los meseros que pasaba. El pobre camarero parecía que se iba a mear encima por las miradas que recibió de Romero.

La llevó hasta su boca y se la tomó de dos tragos, dejando la copa vacía. Vi cómo se limpiaba con la lengua un rastro de vino que le había quedado en sus carnosos labios rosados. Mi polla se endureció al recordar lo bien que esos labios me chupaban. La manera en que su lengua me lamía, me saboreaba.

¡Mierda!

—No es muy inteligente emborracharse antes de tu gran día —aconsejó Dante, con frialdad.

Parpadeó con inocencia.

—Dos días. Bastante tiempo para recuperarme. —Y después, como si se le hubiera ocurrido algo, agregó—: Asumiendo que dejaré de beber con antelación. —Al parecer, se sentía imparable—. Y tampoco le llamaría “gran día” a casarme contigo. Más bien como “el peor día de mi vida”.

Me tuve que morder la lengua para no reírme. Me quedaba claro que no quería casarse; y si eso deseaba mi reina, lo tendría. Aunque no sería de la forma que lo hubiera querido.

—Reina. No más alcohol.

Se encogió de hombros.

—He estado bebiendo agua —mintió descaradamente, pero después se le escapó un hipo y un lindo sonrojo le subió por el cuello—. L-lo... —Otro hipo—. Lo prometo. —Todos vimos cómo batía las pestañas como niña buena y se tambaleaba aún más antes de voltearse hacia su padre y añadir—: *Prometto*.

El viejo Romero abrió y cerró la boca. Luego la abrió de nuevo.

—Nos sabía que habías aprendido italiano.

Parpadeó.

—¿Lo hice? —Demonios, estaba muy borracha. Aquello cambiaba un poco mis planes. No podía follármela si estaba intoxicada. De repente, sin motivo alguno, sacudió la mano y tiró lejos

su copa de vino que voló por los aires y terminó quebrada en el piso con un ruido sordo. Abrió los ojos de par en par—. Yo no fui.

—No hiciste ¿qué? —siseó Romero, sin dejar de mirar para todos lados. Tenía el rostro como un tomate, estaba completamente avergonzado.

—N-no la q-quebré. —Le dio hipo de nuevo—. No fui yo.

Dante se metió una mano al bolsillo, moviéndose en sus talones.

—Espero que para la noche de bodas no estés así de borracha.

Lo fulminó con la mirada y después le puso la palma de su mano contra su pecho.

—¿Noche de bodas? En tus sueños —farfulló, dándole palmaditas en el torso—. Imbécil.

—Zorra —soltó Dante.

—Dante. —Hice el intento de no gruñirle, pero fallé.

—Ella y sus amigas llegaron a la maldita cena de ensayo vestidas como unas zorras sacadas de un circo —bramó Dante, entre dientes—. Y por si no te diste cuenta, Reina, te perdiste el maldito ensayo de la boda.

—¡Chicas, piensa que nos vemos como unas prostitutas! —anunció a todo el bar, sin olvidarse de decirlo en lengua de señas, muy borracha. Su padre la tomó del codo y la mantuvo derecha. Al parecer la Reina embriagada había perdido cualquier rastro de vergüenza.

Phoenix y sus amigas se apresuraron hacia nosotros y alzaron ambas manos para sacarnos el dedo del medio, con las dos manos. Al parecer, éramos culpables por asociación.

—Así es como me siento. Gracias, hermana —dijo Reina. Se acercó más a Dante y a mí y su aroma a canela era intoxicante—. Jódanse. Todos. Ambos.

Luego se metió la mano dentro de su escote y sacó su teléfono. Lo vio y puso una expresión sorprendida. Giró la cabeza en dirección al bar y se encontró con la mirada del *bartender*, quien no le quitaba el ojo de encima.

—Da igual —musitó, girándose hacia su hermana.

Las dos compartieron una mirada, de esas que solo presagiaban problemas. En ese instante, entendí por qué su viejo dejó que las criara su abuela. No tenía ninguna autoridad sobre ellas.

—Siri —habló Reina, como si se tratara de una persona real—. Pon Carrie. *Church Bells*. — En un segundo, en cada parlante del bar comenzó a sonar un ruido ensordecedor. La canción estaba tan alta que las ventanas temblaban. Les sonrió a sus amigas—. El *bartender* puso su cosa en *mi* cosa.

Que hizo ¿qué?

Apreté la mandíbula mientras llevaba mi atención hacia el *bartender* que se movía detrás del bar para bajarle el volumen a la música, se veía muy abrumado. De un momento a otro, se quedó inmóvil, probablemente leyó la amenaza en mis ojos.

Me dirigí hacia él e hice puños mis manos. Las personas se apartaron como el Mar Rojo. Llegué al bar, lo tomé del cuello de la camisa y azoté su cabeza contra el bar.

Me acerqué a su oído y le gruñí:

—¿La. Tocaste?

Mi voz era baja, pero amenazadora. Toda la rabia que había estado reprimiendo cobró vida y este idiota iba a ser el primero en probarla si no desaparecía del lugar, de la ciudad, maldición, estaría a salvo si se iba a otro continente, con la manera que mi sangre hervía. Sin embargo, la canción *country* que Reina amaba tanto comenzó a salir de los parlantes.

—¿Q-qué? —Su voz era un jadeo. Negó con la cabeza y vi cómo sus pantalones se manchaban más con el paso de los segundos. De verdad, se orinó encima.

—No me gusta repetir las cosas —gruñí—. ¿Qué hiciste?

Se tensó.

—Tengo su número de teléfono.

—¿Te lo dio?

Negó.

—Cuando me pidió que la conectara al equipo de sonido, me envié un mensaje con su número.

Lo golpeé de nuevo y la sangre le comenzó a brotar en segundos.

—Amon, este no es el mejor momento para que reveles tus planes —me advirtió la voz de Illias, era calmada y razonable.

Obviamente, lo ignoré. Preferí darle un puñetazo al tipo orinado. Salté sobre el bar y le pisé la mano, aprovechando el momento y escuché cómo se le quebraban los huesos. Tirándolo del cabello, lo golpeé de nuevo, disfrutando de la sensación de dolor que quedaba en mis nudillos.

—Déjalo y luego continúa con tu plan. —Illias se las arregló para hacerse oír y me detuve.

Mi plan. Ni siquiera sabía la mitad de él.

El plan cambiaría el curso de la vida de Reina para siempre y no habría vuelta atrás. Su reputación quedaría por los suelos y solo le quedaría una opción: casarse conmigo.

Sí, tal vez estaba un poco tenso. Tuve que aguantar el maldito circo de la cena de ensayo, los preparativos de la boda, mis planes. La publicación en Instagram que hizo Reina que seguía atormentándome con esa descripción bajo la foto: “mi tipo de hombre”.

Sí, la acechaba por las redes sociales también. Me importaba una mierda lo que pensarán los demás.

Y luego estaba este pequeño hecho inquietante de que el *bartender* lucía como su tipo.

La irritación viajó por mi espalda y me hizo recordar esa publicación y el rostro engrdeído de Darius. No importaba. Era mi destino y nadie podía mantenernos separados. Ni su padre. Ni Dante. Y definitivamente no este pedazo de idiota.

Me agaché y quedé frente a frente con el tipo que pensó tener alguna posibilidad con alguien como Reina. *Mi reina*.

—Desaparece de mi vista antes de que te rompa cada hueso del cuerpo. —Lo empujé fuera de mi camino—. Borra su número. Si te veo cerca de ella, estás muerto.

Salió corriendo como una rata escapando de una trampa. Me di la vuelta y me encontré con Illias y Marchetti. Los ojos de este último estaban fijos en Reina y sus amigas que estaban alrededor de Dante, y por lo que parecía, estaban atacándolo. Era bastante divertido de ver. Además, fue un alivio saber que no era el único que había montado un espectáculo. No debía sorprenderme, todos los que estaban allí no se movían en los círculos más legales. Mi encuentro con el *bartender* no fue nada comparado con lo que estaban acostumbrados a ver. *Bien*.

—Esta ha sido una cena de ensayo interesante —remarcó Marchetti—. Gracias a Dios no tuve una.

Alcé las cejas mientras analizaba cómo observaba a su esposa: con una expresión cálida para nada usual en él. Hasta un ciego se hubiera dado cuenta de que Isla lo tenía comiendo de su mano.

—Parece que sus esposas son las únicas sobrias —señalé—. Tatiana está embarazada. ¿Cuál es la excusa de Isla?

Marchetti me observó y luego volvió a mirar a su esposa.

—Me dijo que Reina siempre era quien se hacía responsable de llevarlas a casa sanas y salvas —explicó, finalmente—. Supongo que Isla decidió estar sobria para llevarlas caminando.

—Como si fueran a irse caminando a algún lado. —Se rio entre dientes Manuel.

—¿De dónde demonios saliste? —preguntó Marchetti.

—Parece que Romero y Dante están teniendo la fiesta de su vida —remarcó Manuel con frialdad, ignorando por completo la pregunta de Marchetti. Aunque no se equivocaba. Las chicas abandonaron a Dante y ahora gesticulaban con furia sobre el rostro de Romero.

La abuela de Reina pasó frente a nosotros, luciendo un vestido largo lila y viéndose como la estrella de su propia vida. Su marido alzó la barbilla en forma de saludo mientras ella, con esos ojos fríos y azules, nos lanzó una mirada soberbia. Hasta que su atención cayó en mí. Se detuvo, apretó los labios en una fina línea, con desagrado, y siguió caminando.

—Mierda, hombre. Esa mirada... Esa dragona de mujer sí que te *ama*. —Manuel estaba siendo muy servicial con sus opiniones hoy—. Si fuera tú, dormiría con un ojo abierto.

Todos vimos cómo la suegra de Romero se aproximó hacia los parlantes y tiró del cable del enchufe, terminando con la música de Reina.

—¡Se acabó la fiesta! —anunció, su voz sonó tan alta que incluso temblaron los platos.

—Maldición. Justo se estaba poniendo buena —se quejó Raven, con voz borracha.

Reina dijo algo que les sacó una carcajada a todas.

—¡Reina Amora Romero! —Vi cómo se quedaba inmóvil y se daba la vuelta, lentamente, para encontrarse con la vista de su abuela al otro lado del salón—. Eres mejor que esto.

Cerró los ojos, sus pestañas rubias reposaban sobre sus mejillas. Cuando los abrió de nuevo, estaban llenos de testarudez.

—Tienes razón. Y ese es el motivo por el que lo estoy haciendo.

—Reina, tu comportamiento ha sido inaceptable —siseó Romero.

No pareció importarle.

—Tienes razón. Es inaceptable obligar a casarse a una jovencita de veintiún años en estos tiempos.

Sus amigas asintieron vigorosamente de acuerdo con ella. Athena incluso perdió el equilibrio y tuvo que sostenerse de la mano de Raven para no terminar en el piso.

Reina tomó otra copa de uno de los camareros que pasaban, pero antes de que se lo llevara a los labios, Dante la tomó de la muñeca.

Ya había visto suficiente.

En segundos, estaba justo a su lado.

—Quítale la mano de encima. —Mi voz sonaba calmada. Me quedé a centímetros de su rostro. Todavía la tenía tomada de la muñeca y su piel se había puesto más pálida por la falta de circulación—. ¡Ahora! —espeté, entre dientes.

Todo se detuvo, la batalla de voluntades entre nosotros era calmada y letal. Mis ojos la observaron de pies a cabeza. Cabello rubio rizado y salvaje. Piel suave color marfil. Y mucho rosa: zapatos rosas, vestido rosa y uñas rosas.

—¿O qué, hermano? —respondió con diversión diciéndome que ya sabía que había caído en su juego; sin embargo, era muy tarde para retractarme. Ya me había cansado de quedarme sin hacer nada.

Debía poner en marcha mi plan. Esta misma noche.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

REINA

El pulso me subió a la garganta.

Incluso estando borracha podía sentir la tensión en el aire. La sangre me bullía en los oídos. Luego, escuché palabras en italiano. Siseos, tonos enojados. De *Papà*. De la abuela. De Dante.

Todos nos observaban, algunos nos fulminaban con la mirada y otros parecían divertidos. No me importaba. No iba a aceptar lo que fuera que nos dijeran. Tampoco Phoenix. Quería que todos se jodieran.

Me encontré con los ojos de Amon entre todas esas voces, mientras sentía cómo el corazón me latía como loco, callando todo lo demás.

Tum Tun. Tu tum. Tu tum.

El latido de mi corazón llenó el silencio, el bombeo constante zumbaba en mis oídos. No podía encontrar oxígeno suficiente, su mirada me estaba ahogando. Debía acabar con este hechizo que nos envolvía antes de volver a caer y terminar nuevamente con el corazón roto.

Un segundo. Dos segundos.

Lo que había en sus ojos era algo turbulento y algo más que me prendió fuego, el calor se enfrentaba a la furia fría que sentía por él.

La voz de Dante cortó el momento.

—¿Cuánto tiempo van a seguir mirándose fijamente?

Phoenix se acercó, enfrentándolo.

—¿*Por qué no cierras la maldita boca?*

Cualquier rastro de diversión se esfumó del rostro de Dante cuando entró en una batalla silenciosa con mi hermana.

—¿Cuál es tu problema conmigo? —siseó.

Phoenix se carcajeó con amargura y furia. No sabía si le había leído los labios o no le importaba lo que había dicho. Me parecía que era lo último.

La mirada oscura de Dante me buscó y luego volvió hacia mi hermana, quien se veía más allá de enojada. Tenía todos los motivos para estarlo.

Sin previo aviso, Phoenix levantó la rodilla y la llevó directo a las pelotas de Dante. Se dio la media vuelta y le dio la espalda.

Escuché un coro de jadeos y risas. Podía ser que también me hubiera reído. No estaba segura, pero en el fondo de mi alma me reía a carcajadas.

—*Puede que haya perdido la capacidad de tener hijos.* —Señó Phoenix—. *Y de tener orgasmos por varios años.*

Todos nos reímos mientras se iba, dejando a Dante con la boca abierta.

—Tiene problemas —gruñó Dante, desde su posición agachada, fulminando con la mirada a la figura de Phoenix. Me reí con suavidad y me miró con los ojos entrecerrados—. Y tú, Reina, eres una pobre borracha.

Me giré hacia él.

—Y tú... eres... —Busqué la palabra correcta, pero no la encontré. Reinó el silencio hasta que por fin se me ocurrió un insulto apropiado—. Y tú eres la razón por la que Dios inventó el dedo del medio, imbécil.

—Eres una mocosa caprichosa —reviró, observándome.

Me crucé de brazos, sintiendo cómo rápidamente me invadía la furia.

—Eres un mentiroso, un infiel y... —*Te pareces a tu padre.*

Me sonrió con frialdad.

—Estás borracha, así que lo dejaré pasar.

Raven terminó por carcajearse con fuerza, los ojos le brillaban con malicia y dijo:

—Por favor, *perra*. Ella te daría una paliza con los ojos cerrados.

—Ya sé qué te voy a comprar como regalo —anuncié con una sonrisa diabólica.

Dante alzó una ceja.

—¿Qué?

—Un ungüento para el dolor.

Me miró inexpresivo.

—¿Para qué? No me duele nada. Phoenix apenas me hizo cosquillas.

—No, pero la necesitarás después de que te dé una paliza.

Orgullosa de mi respuesta tan ingeniosa, me reí hasta que me dolieron las mejillas. Mis amigas también soltaron risitas y fulminaban con la mirada a Dante.

Darius apareció de la nada y negó con la cabeza.

—Ni sobria podrías darle una paliza a alguien. Así que, si quieres golpearlo, lo mejor es que dejes de beber.

Lo miré, sonreí con suavidad y me incliné para abrazarlo.

—*Ahhh*, Darius. Mi chico preferido. —Amon me observaba inmóvil—. Me encanta tu confianza en mí o la falta de ella —pronuncié, juguetonamente, consciente de cómo quemaban esos ojos ónix.

Ansiaba que experimentara al menos un gramo del dolor que había sentido tres años atrás y cada día desde ese momento. *¡Haz algo, maldición!* Sin embargo, el testarudo se quedó quieto, desinteresado.

El aire palpitaba en sincronía con mi corazón mientras aguardaba... esperanzada...

El tiempo pasó. Todos sus músculos estaban rígidos, le pulsaba una vena en el cuello.

Si tan solo hubiera podido besar en la mejilla a Darius sin causar problemas o que no terminara muerto, lo haría sin dudar. Sin embargo, no podía hacerle eso. Además, me veía como su hermanita menor.

—Una noche loca, ¿eh? —La voz de Darius penetró la neblina que cubría mi cerebro y me llevó de vuelta a la realidad. Esa donde a Amon le importaba una mierda que me casara con su hermano.

Le guiñé el ojo.

—No lo suficiente.

—¿Quién te invitó a mi cena de ensayo? —nos interrumpió la voz de Dante, irritándome de nuevo.

—Yo. —Lo enfrenté, con fuego y sin temor. Después me giré para mirar a Amon—. Tus

habilidades sociales son muy malas, Dante. Dos hermanos y los dos estúpidos. Parece que es de familia.

Dante me miró con una sonrisa ladina, que daba terror.

—Lo sabes bien, ¿no?

Mi corazón latía como un desquiciado. Me dio un escalofrío, uno lento y doloroso, porque me paralizó algo en la mirada de Dante. Eran parecidos a unos ojos que me provocaban lo mismo: *miedo*. Como los de su padre.

Se me apretó el pecho y de repente respirar se sentía como si tuviera vidrios cortándome los pulmones. Con el terror, el alcohol debió haberse evaporado, y todas mis células se pusieron alertas, pero oculté cualquier reacción.

Mis amigas y hermana se habían vuelto tan revoltosas que Enrico Marchetti y Manuel tuvieron que sacarlas y llevárselas a casa. Isla movía su trasero y le hacía ojitos a su marido durante todo el camino hacia la salida, mientras Manuel los ponía en blanco y murmuraba algo en voz baja.

«*Probablemente los llamaba asquerosos enamorados*», me reí por dentro.

Cuando desaparecieron de mi vista, miré a *Papà* y lo encontré observando a Dante con una expresión indescifrable. ¿Había percibido una amenaza tácita de su deseado yerno? Podía sentirla como el alcohol que corría por mis venas. Desde el momento en que *Papà* anunció este matrimonio arreglado, sentí una destrucción inminente.

La sangre se me había congelado. «*¿Y si me mata como lo hice con su padre?*» Una alerta se me disparó en la mente.

—¿Podría tu hermano llevar a Reina a su casa? —Escuché la voz de *Papà* y el miedo me invadió. Intercalé la mirada entre él y Dante. Me tomó un momento darme cuenta de que miraban a Amon, no a su hermano—. Debo hablar con Dante sobre los preparativos de la boda.

—¿No debería estar presente en esa conversación? —inquirí.

—Dado que tu vestido de novia llegó hoy y es negro, no. —Su tono me dijo que no daría su brazo a torcer—. Nos encargaremos de todos los detalles de la boda.

—Pero...

—Amon, ¿te molestaría llevarte a Reina?

—Claro, me encantaría llevarme a tu hija. —La voz de Amon estaba bañada de oscuridad o quizás era una promesa de venganza. Aunque él fue quién me rompió, no al revés.

—Listo, Reina —afirmó *Papà*, con calma, ajeno a la montaña rusa de emociones que me estaba dando mareos—. Ve con Amon. Tu abuela y yo te iremos a ver temprano en la mañana.

Observé al chico que solía fascinarme y vi mi ruina devolviéndome la mirada.

Tirándome del codo, se inclinó sobre mí lo suficiente para invadir mi espacio personal.

—Vamos.

Lo vi fijamente, sin moverme, y el fuego se arremolinó en mi interior.

—No te atrevas a decirme qué hacer —siseé.

Por supuesto que me ignoró, sacándome del restaurante por el pasillo oscuro. Era el peor sitio para quedarte a solas con un examor.

Con ese traje de tres piezas, Amon se veía devastadoramente atractivo. Sus ojos oscuros quemaban los míos de una manera que me abrasaba la sangre. Me picaban los dedos por tocarle ese cabello oscuro peinado de manera meticulosa. Quería aferrarme a él y atraerlo hacia mi boca.

A pesar de haberme hecho pasar por todo ese dolor y humillación, todavía quería estar junto a él. Ser parte de su universo, así como él formaba parte del mío.

Un grupo de mujeres pasó por nuestro lado, y se comieron con la mirada esos pómulos

cincelados y su altura intimidante. Mi lado celoso quería arrancarles los ojos.

Sin embargo, la mirada de Amon nunca se apartó, tenía toda su atención en mí. Algo cambió en el aire que nos rodeaba.

Sus ojos dejaban caricias por todo mi cuerpo y luego volvieron a subir hasta mi rostro.

—Lindo vestido. Había echado de menos tu luz. —¿Acaso se estaba riendo de mí?—. Siempre deberías vestirme de rosa, *Chica Canela*.

Se me paró el corazón. No me había llamado así desde...

Me dolía pensar en ello, pero era todo el recordatorio que necesitaba.

—No, ya no puedes llamarme de esa manera. —Lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Y quién me va a detener? —Dios, lo odiaba. Definitivamente había una línea delgada entre el amor y el odio.

Me convertía en una mujer hambrienta por su cariño y amor, y lo odiaba por ese motivo. Por hacerme sentir de esa manera. Por desearlo.

—No quiero pasar ni un segundo más contigo. —Intenté irme cuando me tomó por la cintura. No supe si porque era la primera vez que me tocaba en tres años o porque era *él*. Su agarre se sintió como una banda de fuego que lamía mi sangre—. No significas nada para mí. Estoy enfocada en el futuro.

Apretó los dientes.

—*Esto... Nosotros...* Jamás se acabará. Tú y yo, nos pertenecemos como las estrellas y la luna. Como la marea en el océano.

Mis pulmones me dolieron. Había ansiado esas palabras por tantos años, y ahora me las otorgaba. Como si nada.

Sin embargo, era demasiado tarde. En ese momento, le pertenecía a su hermano. Bueno, no era verdad, pero no podía olvidar la situación del matrimonio por conveniencia. Tampoco cómo me rompió el corazón.

—Si es así, dime ¿por qué? —Exhalé—. Dame una buena razón. Aunque no olvides que jamás volveré a ser tuya.

Hubo momentos durante esos tres años en los que me daba la sensación de que ya lo había superado, pero después recordaba sus sonrisas y sus palabras, y volvía a enamorarme de él. No podía volver a ser esa chica ingenua y romántica.

Algo brilló en su mirada oscura, algo suave y demoledor. Era algo que había visto en mis ojos cada vez que me miraba al espejo. Aunque no me atreví a creerlo.

No tropezaría con la misma piedra.

—No puedo —respondió entre dientes—. Pero créeme cuando te digo que eres la única mujer que quiero.

Nos sostuvimos la mirada mientras algo denso florecía en mi pecho.

—Llegas tres años tarde, Amon —susurré—. Me rompiste y ahora no puedes arreglarme. —Me alejé, incapaz de seguir viéndolo, asustada de volver a caer si me atrapaba con su mirada por mucho tiempo. No obstante, se negó a dejarme marchar. Se acercó más, su chaqueta rozaba mis brazos desnudos—. Te odio.

Di un paso atrás.

—Dime cuánto, *Chica Canela*. —Curvó los labios hacia arriba.

Dios, ese apodo. Lo odiaba. *Tenía* que odiarlo.

—No te soporto.

—Qué lástima.

Sentí cómo el sonrojo me subía por el cuello.

—¿Por qué?

—Por lo que voy a hacer.

Parpadeé, confundida.

—¿Qué vas a hacer? —repliqué con sarcasmo—. ¿Secuestrarme? —Resoplé, incrédula. No sabía por qué se me había ocurrido eso, aunque fue justo lo que hicieron Enrico Marchetti e Illias Konstantin—. Porque eso es tan original en tu mundo.

Algo cruzó por su mirada y solo pude negar ante lo ridícula que era toda la situación. Ya era hora de que me largara de allí.

Nos quedamos de pie, nuestros pechos se rozaban uno contra el otro y sus ojos quemaban los míos.

—Me descubriste.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

AMON

—¿Me vas a secuestrar? —repitió, lentamente. Mi respuesta fue una sonrisa evasiva. Estaba haciendo justo lo contrario que Illias me había advertido, pero no era mi culpa haber expuesto mi plan tan rápido. El problema era que cuando estaba cerca de ella perdía toda mi concentración.

Me reí sombríamente, la temperatura entre nosotros cayó unos cuantos centígrados.

—Vámonos de aquí antes de que tu *Papà* cambie los planes de nuevo.

Me aferré a su antebrazo y se apartó de mí. Antes de poder decirle algo, se adelantó en silencio, sin mirarme, con los hombros tensos. La seguí y admiré sus curvas que me tentaban mientras esa cicatriz en el hombro derecho se burlaba de mí, recordándome cuánto tendría que rogar.

Salimos del restaurante y se dio la vuelta, enfrentándome.

—Que te quede claro que no iré a ningún lado contigo. —La ignoré, haciéndole una seña al *valet* para que trajera mi coche. Golpeó su tacón contra el asfalto, con impaciencia—. ¿No me escuchaste?

La penetré con mi mirada. Si bien se escondía tras unos muros gruesos y de acero, mi misión era derribarlos.

—Sería difícil no hacerlo considerando que estás gritando. Toda la calle puede escucharte.

Me ignoró y le lanzó una mirada al *valet*.

—Pídeme un taxi, por favor.

La tomé del codo, enterrándole los dedos en su suave piel. El contacto me abrasaba y viajó directo a mi longitud. Jesucristo. Tocarla era como estar en el paraíso.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la había tocado, específicamente, mil doscientos sesenta y nueve días, y en este instante que la toqué, terminé como un adicto que volvió a caer en el hábito.

—Estás borracha, *Chica Canela* —espeté entre dientes—. Vendrás conmigo a casa.

No tenía ni idea de que lo decía literalmente.

—¿Para qué? —desafió, pero la tristeza invadió su mirada—. Es mi fiesta, mi cena de ensayo y puedo hacer lo que quiera. —Un músculo se me tensó en la mandíbula mientras luchaba contra la urgencia de besarla y callarla de esa manera.

—No olvidemos que te perdiste la cena —señalé—. Muy maduro de tu parte.

No me respondió; sin embargo, algo me decía que su temperamento estaba a nada de incendiar la ciudad entera.

—Tu invitación ha sido anulada —reviró—. Para futuros eventos. Ahora, ¡vete a la mierda! *Tictac. Tictac.*

Era una bomba esperando estallar y cambiar nuestras vidas para siempre.

—Soy el hermano del novio. Siempre estaré cerca.

—Eres... —Buscó una palabra que me ofendiera, aunque no se le ocurrió ninguna—. Nadie. —Me reí entre dientes, con sequedad, aunque no había nada gracioso—. Quiero despedazarte el corazón y dárselo a los animales del zoológico.

Bufé con socarronería.

—Qué cruel —expresé, con voz suave; todo ese enojo con el que había estado viviendo iba desapareciendo a medida que estaba a su lado.

Reina dio un paso cerca de mí y enterró su dedo en mi pecho.

—Y aún no has visto nada. Te odio, Amon Leone. Ni siquiera una vida entera es suficiente para no volver a verte.

Miré por sobre su cabeza para ver cómo traían mi auto.

—Pues, lamento que te sientas así, *Chica Canela* —respondí, con lentitud—. Porque estás a punto de verme todos los días por el resto de nuestra existencia.

Arqueó una ceja, los ojos le brillaban mientras me miraba fijamente. No pasé por alto cómo hacía puños las manos y sus labios hacían un puchero.

—Imbécil. —Parecía que era su palabra favorita del día.

Sus puños en ese instante pasaron a estar en sus caderas y fue todo lo que necesité para empezar con mi plan. Di un paso adelante y la lancé sobre mi hombro. Saqué una pequeña jeringa de mi bolsillo, quité el envoltorio con los dientes y la pinché en el trasero desnudo. Soltó un pequeño quejido mientras le enterraba la aguja, inyectándole todo el tranquilizante al mismo tiempo que llegaba al vehículo y abría la puerta del asiento trasero y la dejaba allí.

Quedó inconsciente en segundos.

No supe si el *valet* u otras personas hicieron como si no vieron nada o no les importaba lo que sucedía. Todos los ojos se apartaron de mí mientras rodeaba el coche y me subía al asiento del conductor.

Mantuve la vista fija en el espejo retrovisor mientras me ponía en marcha, pero nadie nos seguía. Cuando volví a mirar a Reina, estaba en posición fetal, los moños que tenía en la parte alta de la cabeza lucían ligeramente desarreglados y algunos rizos le cubrían la sien. Me picaban las manos por enrollar mi dedo en uno y sentir su suavidad de nuevo.

Ya iba a haber tiempo para eso más tarde. En ese momento, volví a enfocarme en la carretera, en las luces de la ciudad que pasaban por un lado y en la distancia que acortaba hasta llegar a nuestro futuro juntos.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

REINA

Pasé de las cadenas invisibles de un matrimonio arreglado a ser la prisionera de Amon.

A veces la vida era tan injusta. Me había lanzado a la misericordia del diablo mejor conocido como Dante, y justo cuando estaba lista para escaparme, el destino decidió joderme y enviarme nuevamente con el *Príncipe Amargado*.

Así que aquí estaba, de vuelta en el yate de Amon, cuestionándome todo. Mis creencias. Mi propósito. Mis planes. Toda mi existencia.

Cuando desperté, tenía la boca seca y mi mente atontada, las sienes me punzaban. Me dejó un vaso de agua y dos píldoras. A lo mejor era una trampa, pero me arriesgué por el dolor de cabeza que estaba cargando.

Me las eché a la boca y me tomé el agua; luego cerré los ojos. Cuando volví a despertar, sentía la cabeza despejada y la luna todavía estaba en el cielo nocturno, aunque no tenía ni idea de qué tan tarde o temprano era.

Podía sentir el movimiento constante bajo mis pies y supe que estábamos navegando. Observé la habitación oscura y la familiaridad me crepitó por la espalda. Estaba en la misma habitación donde había perdido mi virginidad con Amon.

Los recuerdos me azotaron como las olas que chocaban contra el yate. Me quedé sentada por lo que se sintió como una eternidad antes de pararme y recorrer el dormitorio, revisando cada esquina, comenzando por la puerta. Estaba cerrada con llave.

Estaba completamente arruinada.

Aunque una cosa tenía clara. Esta noche, el enorme yate de Amon tenía una vibra distinta comparada con tres años atrás. Mientras más lejos navegábamos, el matrimonio arreglado se sentía aún más como un recuerdo del pasado.

Esto estaba mal. ¿Cómo iba a escaparme de Amon si estábamos en medio del océano? Podía nadar, pero no por kilómetros. Caminé hacia la ventana y miré afuera, aun así, solo pude ver la luna reflejándose en las aguas oscuras.

No había costa.

¡Si tan solo supiera nuestra locación aproximada y nuestros alrededores!

Suspiré con pesadez, y se me apretó el pecho, pero antes de caer en un pozo de autocompasión, unos fuertes pasos se escucharon fuera del dormitorio.

La puerta se abrió y ahí estaba. Mi rompecorazones. Mi condena. Mi ruina.

Avancé hasta él y le di puñetazos contra el pecho.

—Te exijo que me regreses a mi apartamento. A tierra firme. A cualquier lugar, menos *aquí*.

—No.

—Pero...

Me lanzó una mirada escalofriante por el rabillo del ojo.

—No vuelvas a mencionar que quieres dejarme.

¿Quién se creía que era?

Cuando me di cuenta de que estábamos demasiado cerca, su calor me envolvió con su esencia, di un paso atrás. Luego, otro. Me costaba respirar cuando estaba a su alrededor.

—No sé qué está pasando, pero mi familia te destruirá. —Cerró la puerta con un suave clic—. Además, Darius...

De un momento a otro pasé de estar de pie a sentir cómo el oxígeno abandonaba mis pulmones cuando unos dedos me apretaron la garganta y me empujaron hasta el ventanal que cubría del techo al piso.

El rostro de Amon estaba a centímetros del mío y mis pulmones codiciosos inhalaron su aroma adictivo, a pesar de mi notorio disgusto hacia el hombre. Había pasado mucho tiempo desde que lo había tenido así de cerca.

—No lo vuelvas a mencionar, Reina, o te juro por Dios que lo eliminaré y colgaré su cuerpo en este bote para que todos vean lo que les sucede a aquellos que te tocan.

Se le expandieron los orificios de la nariz y apretó la quijada mientras la tensión emanaba de su cuerpo.

Tragué saliva, siendo completamente consciente de que ya no quedaba ni la sombra del chico del que me había enamorado. Sin embargo, a mi cuerpo no pareció importarle, porque era alarmante cómo palpitaba dolorosamente mi entrepierna. Debía alejarme antes de que este deseo carnal me hiciera cometer alguna estupidez y apagara mi cerebro.

—¡Suéltame! —exigí, con la voz extrañamente tranquila. Si la situación no hubiera sido extrema, me hubiera dado palmaditas en la espalda, felicitándome—. Perdiste todo derecho a tocarme. —Y después, porque ciertamente, tenía ganas de morir, agregué—: Ahora le pertenezco a tu hermano, solo él puede tocarme.

Vomité mentalmente. Había cero química entre Dante y yo, aunque había mucho desagrado.

—¿Qué dijiste? —Con solo oír su tono debí haberme detenido.

—Dije que prefiero a Dante en lugar de a ti —afirmé con estúpida valentía.

No le gustó escuchar aquello, porque me apretó más fuerte el cuello.

—¿Te tocó? —Apreté los labios, decidida a no responderle. También había perdido el derecho a hacer preguntas. Su voz se oyó más oscura cuando repitió—: ¿Dante te ha tocado?

Una batalla de escalofríos me recorrió todo el cuerpo al escuchar su voz tan sombría.

Nuestros ojos reflejaban que ninguno quería ceder, mi resistencia me devolvía la mirada en esos pozos oscuros.

Alcé la barbilla.

—Qué te importa.

—Me importa, mucho. —Me apretó con más fuerza—. Respóndeme o recibirás un castigo.

—Debatible. Probablemente te corten las manos cuando mi familia te encuentre —me burlé, a pesar de sentirme inquieta y del latido antinatural de mi corazón. Por el miedo, me convencí—. Te lo pediré por última vez, suéltame. No estoy dispuesta para lo que *esto* sea.

—Tú... —Se detuvo y cerró los ojos por unos segundos. Fue suficiente para observar sus rasgos. Estaba tan cerca, pero a la vez tan lejos.

Ya no era esa chica inocente. Me rompió. Y el haber matado a su padre terminó el trabajo, extinguiendo mi luz y acabó siendo inalcanzable.

Cuando abrió los ojos, me vi arrastrada hacia su abismo en contra de mi voluntad.

—No me dejaste otra opción —remarcó en un tono peligroso.

Apenas tuve tiempo para procesar sus palabras cuando mi grito llenó el lugar.

Por segunda vez en menos de un día, me alzó en el aire y me tiró sobre su hombro. El mundo estaba patas para arriba. Vi cómo Amon caminaba con pasos seguros y cruzaba la habitación para tirarme sin delicadeza sobre el colchón.

—¿Cuál es tu problema? —Respiré, levantándome para elevarme sobre los codos. Por un momento, nos quedamos mirando fijamente y los recuerdos de la última vez que estuvimos juntos en esta cama bailaban entre nosotros. Y con solo observarlo, también lo recordaba.

Intenté controlar el latido salvaje de mi corazón con respiraciones pausadas.

Amon permaneció al pie de la cama mientras lo veía quitarse la chaqueta y se quedaba con una camisa blanca que se amoldaba sobre sus músculos. Se quitó las mancuernillas y se dobló las mangas hasta los codos cuando lo vi.

De repente, todo se detuvo. El brazalete que le había regalado tres años atrás, la pulsera del *ying* y el *yang*, rodeaba su muñeca, la banda de cuero se veía gastada. Si bien no era japonesa, ni tenía nada que ver con ninguno de nuestros linajes, era perfecta para retratar nuestra historia. O, al menos, eso pensé.

Siguió la dirección de mi mirada y cuando nos observamos, vi todo el sistema solar en sus ojos.

—Nunca me lo quité.

—Tiré la mía. —Mentí.

—Pero todavía llevas el dije —señaló.

—Solo porque está en el collar de mi madre —reviré.

—Entonces te castigaré el doble —indicó, pero no había calor en su voz. Dios, deseaba con todo mi corazón dejar de sentir estas emociones. Quería arrancarlas de mí y olvidarlas.

—¿Qué castigo? —Me aclaré la garganta—. No hice nada malo. Tú sí.

—Me responderás la pregunta por las buenas o por las malas. —Sus palabras se sintieron gélidas contra mi piel caliente.

Se desabrochó el cinturón y mis ojos se posaron en esas manos fuertes y venosas que con lentitud quitaban el cinturón.

—¿Qué tipo de castigo es este? —No me gustaba el tono ronco, casi jadeante de mi voz. Aborrecía mis reacciones hacia él. Todo mi cuerpo se erizó y mi piel entraba en combustión con cada roce de su mirada.

—¿Tú qué crees?

Sacudí la cabeza y me arrastré lejos de él. No podía ser responsable de mis acciones si me tocaba. Había pasado mucho tiempo.

Rodeó la cama como un depredador tras su presa y cuando se acercó, me sobresalté y mi espalda golpeó el respaldo.

—Puedes detenerme cuando quieras —explicó, seductor—. Solo responde la pregunta.

Tragué saliva.

—¿Pregunta?

—¿Dante te tocó? ¿Te besó?

No tenía sentido por qué quería saber. No estaba cuestionando sus transgresiones de esos tres años. No quería saber de las mujeres con las que había estado.

—Jódete. —No había calidez en mi voz.

—Muy bien. —Se enrolló el final del cinturón en su mano fuerte y empecé a respirar erráticamente.

Escalofríos me recorrieron el cuerpo y se acumularon entre mis piernas. Jodido Jesucristo

bendito. ¿Estaba mojada?

No. Imposible. Mi cuerpo estaba confundido, hipersensible. Me estaban jugando en contra la abstinencia y la soledad, y mi cuerpo no pudo elegir mejor momento para sentirse sexualmente frustrado.

Amon me ató las manos con facilidad y una descarga de electricidad me azotó al sentirlo.

Desde hacía tres años que nadie me tocaba de manera íntima. La fuerza de esta atracción me mantuvo inmóvil, mientras ajustaba mis muñecas al respaldo por sobre mi cabeza.

Suspiré con alivio. No creía que estuviera interesada en que me ataran o cualquiera de esa mierda. Cuando lo pensé, me reprendí.

No participaría en ningún tipo de juego con ese hombre.

Mis manos estaban aseguradas con el cuero contra la cabecera, dejando mis brazos estirados e impidiendo cualquier movimiento.

—Amon, hablo en serio. —Empecé, entre dientes, estaba molesta—. Desátame o te mataré cuando logre escapar de aquí. Ya me cansé de tus estupideces.

Me ignoró, deslizó su dedo índice por mi muñeca, luego mi brazo hasta que llegó a mi mejilla. Para mi desgracia, entreabrí la boca y mi piel se erizó ante su toque.

—Nunca te cansarás de mí, *Chica Canela*.

La audacia de este idiota.

—Suéltame. —Jalé contra las estúpidas ataduras, maldiciéndome por no haber pensado más rápido.

Pero más que nada, estaba decepcionada de cuánto aún lo deseaba, de cómo todo mi ser se prendía en llamas por su cercanía.

Mi nariz se llenó con su aroma cítrico y su calor se filtró por mis poros. El vestido me rozaba los muslos desnudos, era como si cada centímetro de mi piel estuviera intensificado por las hormonas que parecían estar en modo turbo.

Mis pezones estaban duros y adoloridos.

Me hubiera gustado culpar al alcohol, pero en el fondo, sabía que era yo. Abrí la boca cuando los dedos de Amon se deslizaron bajo mi vestido. No podía dejar que notara mi humedad, así que mantuve los muslos juntos.

El corazón me latía tan desbocado que pensé que se me saldría del pecho. Sus dedos rozaron mis muslos y se me erizó toda la piel. Ya casi estaba allí, donde lo necesitaba más. Lo ansiaba, pero también lo temía.

«No se lo permitas», advirtió mi cerebro.

«Tómalo todo», exigió mi cuerpo. Había pasado tanto tiempo.

Su mano estaba cerca, casi tocándome, pero a la vez no. Sin embargo, estimulaba cada centímetro de piel; estaba desesperada por dejar de sentir esta necesidad. Cuando sus dedos tocaron mis bragas húmedas, mi cuerpo se arqueó sobre la cama.

—Algunas cosas nunca cambian —afirmó, seductor.

Con su mirada consumidora me estudió de pies a cabeza, con lentitud, con apreciación, de una manera que me advertía que se iba a tomar todo el tiempo del mundo conmigo. Hiperventilé con solo imaginarlo.

Levantó mi vestido y lo rompió con tanta facilidad, como si estuviera hecho de papel.

Este Amon no tenía nada dulce. Era más intenso y, de alguna manera, más oscuro. Su rostro se veía más duro, su mandíbula más afilada. Su aura era peligrosa.

—¿Te tocó Dante?

Una parte de mí quería ceder, obedecerlo. Sin embargo, mi lado testarudo, me hizo apretar

los labios, rehusándose a responderle.

—No es de tu incumbencia. Amon, te juro que...

Las palabras se me quedaron atrapadas en la garganta cuando me desabrochó el sujetador y dejó que mis pechos salieran libres. Si hubiera sabido dónde iba a terminar, definitivamente me hubiera puesto uno más complicado con el broche en la espalda, en lugar del *push up* con acceso fácil.

El hecho de saber que estaba atada e inmóvil añadió cierta perversidad que hizo palpar aún más mi centro.

—Por supuesto, niégame la respuesta... —empezó, con voz oscura—... y haremos esto toda la noche. Te prometo que valdrá la pena.

Con su mano grande recorrió mi cuerpo, rozando con calma mi estómago hasta llegar a mi sexo.

—Te odio. —Jadeé, luchando contra la reacción de mi cuerpo.

Su boca serpenteó por encima de la mía.

—Puedes mentirme, pero a mí no.

Con la punta de su nariz acarició mi rostro y su boca estaba tan cerca de la mía, que casi podía saborearla. Cerré los ojos y me enterré las uñas en las palmas de mis manos evitando hacer lo que deseaba: enredarlas en su cabello oscuro.

Su beso fue suave, deseoso. Su cuerpo cubrió el mío como una manta pesada.

—Te odio. —Respiré contra su boca otra vez—. Te odio tanto.

Me besó con fuerza, un ronco gruñido le vibró en el pecho y me sentí como un charco caliente.

Intenté buscar mi razón, desesperada por aferrarme a mi cordura. A mi odio.

Sin previo aviso, hizo retazos las bragas, y el escozor sobre mi piel me dio un sobresalto.

—¡Repítelo! —gruñó, su boca se movía sobre la mía.

Sacudí la cabeza, incapaz de recordar lo que había preguntado.

—¿Qué cosa?

—Dime que me odias —susurró.

—Te odio. —Me besó con dureza, con profundidad, casi absorbiendo mi alma. Le devolví el beso, las emociones iban de un lado a otro en mi interior. Sus labios invadieron los míos, me dominaba, y la peor parte era que se lo permitía.

Porque lo había extrañado de una manera que dolía y nunca cesaba. Estaba recostada, completamente desnuda bajo su cuerpo mientras él seguía completamente vestido haciendo lo que quisiera, recorriendo mis zonas erógenas como un mapa. Mis caderas se arquearon, frotándose contra las suyas, hambrientas por fricción.

Después, dentro de la niebla carnal, me di cuenta de que no me estaba resistiendo para nada. Todo lo contrario, era mantequilla derretida en sus manos. Mis piernas estaban abiertas y me frotaba contra él.

Sin vacilar, moví mi rodilla hacia él. Para mi desgracia, me atrapó la pierna, su agarre era firme en mi muslo.

Tenía que ponerle fin a esto antes de que terminara aún más rota.

Su palma me acariciaba con delicadeza, con cariño. Me miraba como si...

No, era todo una mentira. Solo era un idiota celoso. Sus dedos me penetraron y quise gemir, pero lo ahugué en mi garganta. Estaba a su plena merced. Sus nudillos se rozaron contra mi clítoris y mis caderas se alzaron de la cama mientras me cogía con sus dedos.

Se sentía tan caliente. Tan erótico. Me penetró más fuerte y más duro. Sentía cómo el

orgasmo subía, listo para hacer erupción y destrozarme.

—Detente, ¡por favor! —gimoteé, pero al mismo tiempo presionándome todavía más contra la palma de su mano.

El sudor me corría por la piel, se me erizaba todo el cuerpo y me dolían los pezones. No me había sentido así de excitada desde la última vez que estuvimos juntos y mi cuerpo estaba al límite, gritando por mi liberación.

Odiaba estar a su completa merced.

El rostro inexpresivo de Amon se encontró con el mío, mientras jugaba con mi clítoris con sus dedos y la esencia de mis jugos perfumaba la habitación.

—Responde mi pregunta, Reina, y haré que te corras.

Mi respiración era errática y mi piel estaba de un rojo profundo, el calor palpitaba por cada centímetro de mí mientras mis caderas se alzaban involuntariamente.

—Jódete —siseé entre dientes.

—Prefiero joderte a ti —gruñó—. Pero si te resistes, solo jugaré contigo. Te torturaré hasta que estés vuelta loca por correrte, pero nunca lo lograrás. No hasta que me des lo que quiero.

Cumplió con su amenaza.

El cansancio me invadió y Amon me besó la frente.

—Somos tú y yo contra el mundo, *Chica Canela*.

CAPÍTULO CUARENTA

AMON

No ceder casi me destruyó.

Mi polla empujaba contra mi pantalón, demandando estar dentro de ella. No quería hacer algo de lo que luego me arrepintiera para toda la vida.

Cuando se quedó dormida, lo tomé como una señal, porque sabía que no iba a ser capaz de resistirme por mucho tiempo. La desaté, cubrí su cuerpo desnudo y fui al baño con pasos controlados. Necesitaba una ducha fría. Era la única manera en que aliviaría esta erección. No me iba a masturbar. No cuando le negué ese placer a mi *chica canela*.

Después de mi ducha congelada, miré mi reflejo en el espejo, con las llamas dentro de mí aún presentes. El hombre que me regresaba la mirada era diferente al que la había llevado a la rueda de la fortuna y bailado con ella bajo el cielo repleto de linternas flotantes. Estaba más enojado, lleno de energía jodida e ira tan reprimida que podía eliminar un continente.

Solo la mujer que estaba al otro lado de la puerta tenía la habilidad de aliviar esa furia y no quería tener nada que ver conmigo.

Me puse un pantalón deportivo y una camiseta blanca, después regresé a la habitación.

Reina yacía en medio de la cama, sobre su vestido roto, su piel desnuda ruborizada con su excitación. Cayó rendida en un sueño profundo, con la boca abierta, su pecho subía y bajaba.

No esperaba que fuera tan testaruda, que se negara a ceder. Ni un poco. Quizás era un nuevo lado o quizás siempre fue parte de ella, mas nunca lo noté.

Me subí a la cama y me aferré a su silueta dormida. Intenté dormir, pero mi cerebro se negaba a apagarse. Al igual que mi longitud pulsando con fuerza.

Un gruñido bajo vibró en mi garganta, Reina se removió y me maldijo en silencio.

—*Shhh* —murmuré con suavidad y se me apretó el pecho cuando se acurrucó contra mí con un suave suspiro.

De repente, sentí cómo la vida me sonreía.

Cerré los ojos y me quedé dormido durante la noche por primera vez desde que rompí el corazón de los dos.



Desperté con el suave aroma a canela y con una pierna sobre la mía. Casi como si estuviera reclamando su territorio. Estaba encantado con la idea. Le pertenecía y ella siempre había sido mía.

Con mi dedo recorrí la suave piel de sus muslos hasta que sentí algo irregular o levantado. Estreché la mirada y me moví para poder ver mejor.

¿Acaso eran...?

No, no podían ser.

Aunque... se veían demasiado perfectas como para haber sido por otra cosa. No lucían recientes, pero me dolió el pecho al imaginar que Reina se autolesionaba. Eso. No. Estaba. Bien.

Me quedé pensativo mirando el horizonte.

El amanecer salía con colores vivos, era una paleta de naranjas sobre el océano. Después de secuestrarla el día anterior, piloteé el helicóptero que me esperaba y volamos hasta Mónaco donde tenía mi yate.

Y aquí estábamos.

Era un nuevo día. Un nuevo capítulo. Solo tenía que lograr que Reina volviera a confiar en mí para ser nosotros dos contra el mundo. *Juntos*.

Vi cómo dormía, su cabello dorado cubría la almohada. Quité un mechón de cabello fuera de su rostro y con mi dedo delineé su delicada mandíbula.

—No te dejaré ir —susurré.

Una alerta se disparó en mi cerebro, pero la ignoré. Si debía encerrarla y lanzar la llave lejos hasta que decidiera quedarse por voluntad propia, lo haría. El hombre que era antes de las mentiras y los engaños sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, aun así, no me detuve. No podía obligarla a perdonarme y que me diera, nos diera, una oportunidad si la liberaba.

Además, los estaba salvando a ella y a Dante de la pesadilla que les deparaba.

Se movió un poco y pude ver la cicatriz en su hombro derecho. Cargaría con la culpa de lo que representaba esa cicatriz por el resto de mi vida.

Tomé mi teléfono y revisé mis negocios. Todo había estado funcionando con eficiencia, pero me gustaba estar atento a todo. Cuando leí el resumen del reporte de los cargamentos de mi primo, mis labios se curvaron hacia arriba. Compré a algunos federales y pude interceptar otro de sus productos. Más bien, otro de Perez Cortes.

Me estaba aburriendo la mierda de mi primo y Cortes. Los cuerpos de esas mujeres, los clones de Reina que habíamos encontrado recientemente, todavía me atormentaban. Había algo detrás desarrollándose, tenía una corazonada.

Luego estaba mi primo, en quien nunca había confiado, y en ese momento lo hacía menos. Itsuki estaba metido en las estupideces de Sofia Volkov, en el tráfico de personas de Cortes y quién sabía en qué más.

Ya había llegado el momento de eliminarlo, pero no antes de recuperar a mi reina.

Estaba a punto de dejar de lado mi teléfono cuando me llegó un mensaje de mi capitán.

Capitán: Tus paquetes están aquí.

Un jadeo desvió mi atención del teléfono y encontré a Reina retorciéndose en las sábanas.

—No, no, no. —Su voz estaba teñida de un terror profundo y un marcado ceño fruncido apareció en su rostro—. *Mamma*, por favor.

El sudor le corría por el labio superior y sus finos rasgos estaban enmarcados por el dolor mientras se retorció y sus piernas se apretaban contra mi torso como si su vida dependiera de ello. Susurraba palabras inteligibles, pero solo podía enfocarme en cómo me desgarraba verla sufrir.

La tomé del hombro y la sacudí. Los párpados se le abrieron de golpe y sus ojos azules estaban tan oscuros como las profundidades del océano. Como los de Dante. El parecido era tanto que sentí como si me hubieran dado un puñetazo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Lentamente, ese profundo azul oscuro pasó a ser aguamarina, dejando nada más que una

inocencia quebrada que me devolvía la mirada.

—Respira. —Apreté su hombro y solo así sentí cómo se relajaba. Tomó una profunda respiración—. ¿Qué estabas soñando?

Se mordió el labio inferior y mis ojos siguieron su acción. Luego, exhaló con calma, frunció los labios y estrechó la mirada.

Me empujó el pecho y soltó:

—¿Por qué estamos en la misma cama? —Incluso cuando estaba enojada conmigo, mirándome con odio, esta mujer me excitaba. Las sábanas se le deslizaron del cuerpo y se arremolinaron en su cintura. Abrió los ojos de par en par y rápidamente las tomó para cubrirse.

—También es mi cama.

Hizo una mueca.

—¿Qué? ¿Acaso no tienes más camas en el yate?

Me reí con malicia.

—Hay varias, pero prefiero dormir a tu lado.

—Jódete. —No daba su brazo a torcer—. Preferiría no tenerte cerca.

Se comportaba como si mi mera presencia le asqueara, pero notaba los temblores que le recorrían el cuerpo.

—¿Por qué?

Parpadeó, la confusión teñía su expresión.

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué no me quieres cerca? —No importaba si debía esperar toda la vida, sabía que volveríamos a encender nuestra conexión. Terminaríamos en el mismo lugar donde todo había empezado—. ¿Te preocupa no poder resistirme?

—No.

Puso los ojos en blanco, pero había un leve sonrojo que le cubría las mejillas. Todavía se sentía atraída a mí, aún me deseaba. Algo era algo, y muy en el fondo de mi corazón oscuro, sabía que tarde o temprano, cedería. Y me iba a asegurar de que sucediera más temprano.

—A mí me parece que sí —expuse, inexpresivo—. Si no, ¿por qué me evitarías? Dormí muy bien a tu lado. —De hecho, como un bebé.

Me observó antes de regalarme una sonrisa dulce que solo presagiaba venganza.

—Hazme un favor, Amon. Lárgate de mi habitación. Me quiero vestir y no quiero que el hermano equivocado me espíe desnuda.

Le di una sonrisa maniática.

—Mi hermano nunca te tendrá. —Hablaban en serio—. Sobre todo, después de haberle enviado un video de ti retorciéndote bajo mi cuerpo mientras te follaba con mis dedos.

Quedó boquiabierta y mi miembro reaccionó de inmediato.

—Te juro, Amon, que, si lo hiciste, te mataré.

Por la forma en que me veía, pude notar que hablaba muy en serio.

La mujer con la que me iba a casar era igual de testaruda que su hermano.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

REINA

Llegó la mañana y trajo consigo nuevos problemas que empezaban y terminaban con mi primer y único amor.

No supe en qué momento todo se fue a la deriva, pero estaba dolorosamente claro que Amon no era quien creí. No era mi salvador. Al menos, ya no.

Lo cual significaba que me las debía arreglar sola.

La abuela y *Papà* me debían de estar buscando. ¿Pensaron que me había escapado? Demonios, tenía que salir de aquí. Debía asegurarme de que Phoenix no terminara pagando por mis errores. Sería catastrófico. La supuesta grabación de Amon sería aún peor.

—No te creo. —Terminé por decir, desafiándolo—. N-no tenías tu teléfono contigo. ¿Cómo pudiste haberme grabado?

Sonrió, satisfecho consigo mismo.

—¿Quieres pruebas?

—Sí.

—Pensé que nunca las pedirías —respondió, regalándome una sonrisa que, hacía un tiempo atrás, podría haberme paralizado el corazón. Sin embargo, en este instante, lo único que lograba era enfadarme. Tomó su teléfono de la mesita de noche y lo desbloqueó.

El pulso se me disparó cuando me vi en la toma, con las muñecas amarradas al respaldo de la cama mientras unos suaves gemidos llenaban el aire. Allí estaba, desnuda en la cama de Amon, frotándose contra su mano. Miré fijamente la pantalla que se reproducía frente a mis ojos, me dieron ganas de vomitar.

No podía ser real. No me podía estar pasando esto.

Se inclinó hacia mí y me gruñó al oído.

—Tan solo di la palabra y se lo enviaré a Dante y a tu *Papà*. Para que por fin sepan a quién le perteneces.

El pánico me llenó los pulmones, luchando por escapar con uñas y dientes.

—¡Por favor!, ¡no! —supliqué. Las lágrimas me ardían en los ojos. Era humillante imaginar que alguien viera ese video.

—Dime lo que quiero saber. —¿Quién era este hombre? Burlón y severo, sí, ¿pero también era cruel?

Las lágrimas me corrían por las mejillas ante la imposible situación.

—Dante y yo nunca hemos hecho nada —sollocé—. Ni siquiera un beso.

Su rostro se tiñó de alivio puro. Se puso en cuclillas enfrente de mí y me pasó el pulgar por el labio e hizo un camino con el dedo por mi cuello y hacia mi cabello.

—No puedo perderte de nuevo —dijo, con suavidad, y frotó su rostro en mi cabello mientras

enrollaba uno de mis rizos en su dedo—. Quiero que lo sepan. —Con un movimiento rápido, el sonido de un mensaje enviado llegó a mis oídos. El corazón se me cayó al suelo—. Eres mía, ahora —pronunció seductoramente en mi oído, su voz era siniestra.

El ácido y el enojo se me subieron por la garganta. Estaba desnuda, salvo por los dos dijes que estaban posados en mi piel, recordándome lo bajo que había caído. El corazón me martilleaba contra la caja torácica, le sostuve la mirada.

Grité a todo pulmón, dejando escapar toda mi frustración.

—¡No tienes idea de lo que acabas de hacer! —espeté e intenté darle un cabezazo. Fue tan rápido que se movió justo para esquivarme—. Llévame de vuelta a casa, maldito imbécil.

—No.

La calma en su voz me enfureció aún más.

—Déjame ir. —La desesperación me desgarró la garganta—. Te lo juro por Dios, Amon. —Le asesté un golpe en el pecho—. Nunca te perdonaré. —Las lágrimas me hacían escocer los ojos—. Necesito llegar a Phoenix.

—Está a salvo en tu apartamento.

—¡Me estás volviendo loca! —estallé, observándolo, amenazadoramente—. ¿Crees que puedes venir y entrometerte en mi vida y hacer lo que se te venga en gana? —Me reí con amargura—. No significas nada para mí. —Cuando no respondió, grité con cruda ira—. ¿Me escuchaste? ¡No eres nadie!

Sus ojos brillaron con algo aterrador.

—Mide tus palabras, Reina. —Me tomó del cuello y me sobresalté. No porque estuviera asustada, sino porque sabía lo que sucedía cuando me tocaba—. Ponme a prueba y te demostraré que estás equivocada.

—Piérdete. —Respiré, apretando las sábanas contra mi pecho, sintiéndome más enojada que nunca conmigo por ser tan débil—. Debo vestirme y muero de hambre. Espero que tengas comida aquí. De otra manera, me tiraré por la borda.

—Intenta huir, *Chica Canela*. Siempre te atraparé. —La sutil amenaza en su voz penetró en mis venas, congelándome la sangre de adentro hacia afuera—. Cámbiate y encuéntrame en la cubierta superior. Ya sabes cómo llegar.

Salté de la cama cuando la puerta se cerró tras él. Una brisa fresca acarició mi piel desnuda y me dio un escalofrío.

Recorrí el lugar buscando algo que ponerme. Caminé descalza sobre la gruesa alfombra, me dirigí al vestidor y lo abrí. Con los ojos abiertos de par en par, solté un jadeo suave. Estaba repleto de ropa de diseñador para cada temporada. Givenchy. Prada. Mis diseños.

—No te impresiones tan fácil —musité—. El tipo es un idiota. Acuérdate de lo que te hizo hace tres años. No olvides lo que hizo hace diez minutos.

El autodesprecio vino acompañado de la venganza. La luz del sol se posaba en mi cuerpo mientras me apresuraba a elegir la ropa que me iba a poner: ropa interior, *leggings* y un suéter rosa Givenchy, después me metí bajo la ducha.

A pesar de que el agua caía caliente sobre mi piel, no pude evitar sentir un hormigueo gélido al pensar en todas las cosas que había hecho mal. Me las arreglé para crear un enorme desastre. Se suponía que iba a llevarme a Phoenix y escapar, no ser secuestrada por el hermano de mi prometido. La preocupación me recorrió el cuerpo ante todas las posibilidades de escape que pasaban por mi cabeza.

Nadar. Entrar en la cabina del capitán y llamar a la guardia costera. Robar el yate. Llamar la atención de otro bote. Tenía tantas ideas y no sabía cómo ejecutar ninguna.

Me froté cada centímetro de la piel hasta que se puso roja y me quedé de pie bajo el chorro por varios minutos. Cuando salí de la ducha, me vestí con el atuendo completo que había elegido antes.

Debía armar un plan para poder escapar de este estúpido yate. Uno bueno.

Miré el horizonte, y noté que la costa estaba a la vista. Podía robarme una lancha y conducirla hasta allá. ¿Qué tan difícil iba a ser bajarla al agua y luego encender el motor?

«*Mejor nadaría*». Me decidí y se me puso la piel de gallina cuando pensé en el agua fría. Era diciembre y no era época para darse chapuzones en el mar.

Me dirigí a la cubierta superior. Era más grande de lo que recordaba. El sol brillaba sobre el piso reluciente de madera y el mar se reflejaba en las costosas ventanas. Mis *flats* no hacían ruido al caminar mientras me acercaba a la mesa donde estaba sentado Amon hablando con un hombre. Con solo mirar su uniforme, tenía que ser el capitán.

En silencio, tomé asiento en la mesa al lado opuesto a Amon.

—Te tomaste todo el tiempo del mundo. —Su comentario destilaba sarcasmo como una fresa recién bañada en chocolate. Su voz era ronca, envolviéndome como una seda oscura. Seductora. Misteriosa.

—No te pedí que me esperaras. —Lo miré con frialdad y me sonrió de vuelta—. ¿Qué? —espeté.

—Tengo un regalo para ti.

—No estoy interesada. —No después de la mierda que hizo temprano—. Salvo que me vayas a dejar hasta el puerto más cercano.

—Me temo que no es eso.

Lo ignore y tome un *bagel* de la bandeja y le puse queso crema encima. Me perdí la cena de la noche anterior, así que, cuando di el primer mordisco, me dio más hambre.

Se cambió de silla, ignorando mi resentimiento y mis miradas, escogió el asiento que estaba junto a mí. Seguí comiendo e intenté no verlo. Mastiqué mi *bagel* y para no atragantarme tomé un poco del jugo de naranja que era para mí.

Amon dejó tres cajas sobre la mesa frente a mí y mis dientes se apretaron al tener que mirarlo.

—¿Qué es esto?

—Tus regalos.

—No quiero regalos de tu parte. —La rabia que sentía hacia él se extendía como un sarpullido—. No los tocaría ni con un palo de tres metros.

—Te haré cambiar de parecer. —No lucía ofendido. ¿Por qué mierda no parecía ofendido? —. Tu actitud me recuerda a la de alguien.

Me senté más erguida.

—No me importa. Deja de hablarme.

Le brillaron los ojos, le bailaban esas antiguas estrellas y galaxias en ellos. Maldito.

—¿No quieres saber el motivo? —preguntó, ajeno a mi resistencia.

—*Nop*.

—Son los regalos de tus cumpleaños —explicó.

—No es mi cumpleaños —musité. El imbécil ni siquiera se acordaba de la fecha correcta de mi nacimiento.

—Son los cumpleaños que me perdí, *Chica Canela*.

Mi corazón se agitó, pero inmediatamente le puse un alto.

—Deja de decirme así —gruñí—. Hace tiempo que perdiste ese derecho. Y no hay nada que

puedas regalarme que quiera.

Apretó la mandíbula.

—Abre los regalos, Reina. Es una falta de respeto que no los aceptes.

—Como si me importara, después de todo lo que me has hecho. —Inmediatamente, me mordí los labios, reprendiéndome en silencio. No quería que supiera que todavía estaba resentida —. Idiota —susurré. Sacudí mi cabello y volvía a prestarle atención a mi *bagel*.

—¿Dijiste algo?

Cerré los ojos y me enfoqué en el sabor del *bagel* y la sensación de la fría brisa de invierno sobre mi piel. La verdad era que con cada segundo que pasaba sintiendo este frío se iba desvaneciendo mi determinación de escapar nadando hasta la costa.

Intenté recordar en cuánto tiempo me daría hipotermia y no pude. Debí haber puesto más atención en la escuela. Miré hacia la distancia. No sería tan difícil. Solo debía saltar y, quizás, si tenía suerte, otro bote aparecería y me ayudaría a volver a París en poco tiempo.

«¿En pleno invierno?», se burló mi cerebro. Quizás lo mejor era recurrir al plan de la lancha y el de nadar lo dejaría como último recurso. Sí, eso era mejor.

Reinó el silencio, mientras seguía comiendo mi *bagel*, y lo ignoraba a él y a sus regalos. Ocupé mi tiempo en analizar el área y pensar dónde podría estar la lancha.

—¿Dónde estamos? —inquirí, finalmente. Lucía como el sur de Francia, pero no estaba segura.

—Abre los regalos y te responderé.

Cerré la mano en puño e hice crujir el *bagel* por la fuerza de mi agarre. Luego, lo dejé en el plato, me limpié los dedos y rompí el primer envoltorio rosa brillante. Había una caja negra de terciopelo. Con un suave sonido, la caja se abrió.

La observé fijamente, los ojos se me llenaron de lágrimas. Me negué a dejarlas caer. Era un brazalete de platino con los símbolos del *ying* y el *yang* con incrustaciones de diamantes opalescentes y negros que se sostenían mutuamente como uno solo. Estaban separados pero juntos.

Me negué a moverme, a tocarlo. ¿Por qué siempre me daba joyas?

Como si me hubiera leído la mente, sus siguientes palabras me partieron el corazón en dos.

—Eres el sol y la luna. Los diamantes son las estrellas que orbitan a tu alrededor. Así puedes brillar más y te puedo encontrar siempre.

Maldición, Amon Leone y sus estúpidas, pero dulces palabras. No las quería. No lo quería.

Tomó el brazalete, agarró mi mano y me lo colocó. Tenía toda su atención puesta en la piel que tocaba con sus dedos, el roce y el regalo tenían a mis nervios tensos. Me estaba acercando a terreno peligroso al dejar que me tocara

Tiré mi mano lejos de él.

—¿Dónde estamos?

—Sur de Francia. Volvimos a donde todo empezó.

Lo miré, a este monstruo descorazonado, y me di cuenta de que ya no lo conocía.

Quizás nunca lo hice.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

AMON

Miró a su alrededor y apuntó con su barbilla hacia el horizonte.

—¿Qué tan lejos estamos de la costa?

Su tono sonó demasiado frío e instantáneamente una alarma se disparó en mi interior. Quizás era mi sexto sentido o una premonición, pero sabía que intentaría huir. De alguna manera. En cualquier momento.

Observó la cubierta como si no planeara nada hasta que su vista cayó en un cuchillo y vi cómo tensó el cuerpo. Se puso rígida, pero en lugar de tomarlo, me echó un vistazo.

—Quiero un sándwich de tomate.

—Adelante. —Saqué mi teléfono y deslicé mi dedo por el correo para atender aquellos que necesitaban una respuesta urgente.

Por el rabillo del ojo, vi cómo se acercaba al otro lado de la mesa y se inclinaba para tomar un *dragon fruit* y un tomate. Me quedaba claro que lo estaba haciendo como fachada, porque nadie en su sano juicio mezclaría los dos.

La comisura de mi boca se levantó cuando vi que agarraba el cuchillo. Era tan predecible que casi me daba risa.

La brisa se levantó en la cubierta superior y sacudió sus rizos salvajes por todo su rostro en forma de corazón.

Cortó el tomate en rodajas, con calma y metódicamente. Vi cómo sus dedos se flexionaban en el mango y desde allí podía oír los engranajes de su mente, sopesando todas sus opciones.

—Si fuera tú, no lo intentaría —aconsejé, con suavidad.

Su cabeza se giró de golpe en mi dirección. La tensión bailaba entre nosotros, su boca se entreabrió y le temblaban los dedos. Cuando hizo el intento de levantar el brazo, estuve de pie y detrás de ella sosteniéndole la muñeca.

Soltó el cuchillo con un golpe fuerte, repiqueteando contra la mesa y se le escapó un sonidito de frustración por la garganta.

—Te odio.

Me reí entre dientes, con malicia.

—Sigues repitiéndolo. De verdad, me engañaste muy bien con los gemidos de la noche anterior.

—¡Vete a la mierda! —exclamó, alejándose de mí y se tiró como peso muerto en la silla para mirar hacia el océano.

Me agaché, levanté el cuchillo y lo tiré al cesto de los platos sucios. Después, le preparé un sándwich.

Dejé mi preparación enfrente de ella y me senté, dándole algo de espacio. En silencio,

empezó a comer y me ignoró demasiado bien.

Después de enterarme de que Dante no la había tocado, disminuyó la furia en mi interior. Sin embargo, aún quería saber si alguien más tuvo el privilegio de escuchar sus suaves gemidos y sentir cómo su coño ordeñaba su miembro. Quería sus nombres para buscarlos y matarlos.

Sin embargo, todo sería a su debido tiempo.

Dejé que comiera tranquila y fue una sorpresa grata ver las ganas con las que lo hacía mientras revisaba mis correos. Cuando terminó, dejé el teléfono a un lado y la miré.

—Debemos enseñarte defensa personal —proclamé.

—¿Para qué? ¿Quieres morir? —Se rio entre dientes. Extrañaba a la chica inocente y libre que alguna vez fue, y me odiaba por haberla destruido. No obstante, debía ser honesto y reconocer que esta versión suya me ponía la polla dura. Amaba sus agallas—. Además, ya sé cómo defenderme. Darius me enseñó.

Apreté los dientes.

Darius.

Me hubiera encantado jamás oír ese nombre de nuevo. Apreté la mandíbula, luchando contra la urgencia de salir de aquí e ir a buscar a ese rubio imbécil, cortarle ese cabello y desfigurarle el rostro. Me tomó algo de tiempo calmarme y dejar de imaginar ideas homicidas y creativas que se me pasaban por la cabeza.

—¿Quieres ir a dar un paseo para conocer?

Entrecerró los ojos, con sospecha.

—Conocer ¿qué?

—Las playas, las cuevas, la ciudad. Lo que quieras. —Le di una respuesta vaga. Llevó la mano en un movimiento rápido hacia su cuello y tiró de los dijes. No podía creer que todavía conservara el mío. Me dio la esperanza de que quizás pudiéramos avanzar y comenzar de cero.

—Quiero mi teléfono. Quiero escribirle a mi hermana.

—Está a salvo.

El fuego flameó en sus ojos.

—No lo sabes —siseó—. No haré nada contigo hasta que sepa de ella.

—Usa mi teléfono. —Ofrecí.

Vaciló y sopesó sus opciones. No tenía ninguna. No me iba a arriesgar a perderla, no hasta que aceptara ser mía para siempre. Su teléfono y su bolso estaban asegurados en mi caja fuerte.

—Bueno. —Extendió la mano y zapateó impacientemente contra el piso. La Reina enojada podía ser muy entretenida. Cuando sus dedos tocaron mi móvil, bufó con frustración—. Está bloqueado.

—¿Y?

—Necesito la clave para desbloquearlo —espetó.

—Es tu cumpleaños.

En sus ojos brilló una mezcla de emociones volátiles, pero decidió no decir nada. Ingresó la clave e intentó hacer una videollamada con su hermana. *Ring. Ring. Ring.*

Sin respuesta.

—Maldita sea —musitó, la aflicción bañaba su voz—. Le mandaré un mensaje.

Tocó la pantalla y luego escuché el sonido del mensaje enviado. Esperó, tenía los ojos pegados a la pantalla, esperando por alguna respuesta.

—¿No responde?

—No —dijo entre dientes, devolviéndome el teléfono con pocas ganas—. No puedes tenerme secuestrada toda la vida.

—¿Quieres apostar, *Chica Canela*? —repliqué, con una sonrisa torcida.

Se paró de golpe.

—Deja. De. Llamarme. Así.

Arqueeé una ceja y me paré, imponente.

—¿Y quién me va a detener?

Sus rizos le rozaban los hombros y antes de darme cuenta de lo que hacía, llevé la mano a uno de ellos y lo enrollé en mi dedo. Entreabrió la boca y me observó fijamente. Lo solté, la agarré de la nuca y la tiré hacia mí.

Sus dedos me rodearon los bíceps mientras se mantenía rígida. Su respiración era errática y su agarre en mis brazos se intensificó.

Hablé con voz ronca y pronuncié con tono seductor:

—Eres mía, *Chica Canela*. Mételo en tu cabeza, porque nunca más te apartaré de mi lado.

Su rostro estaba enmarcado por la rabia antes de que susurrara:

—Ya no soy tuya. Mételo bien en *tu* cabeza, *Príncipe Amargado*.

Cerré la distancia y rocé los labios sobre su mejilla.

—Jamás.

Se tiró hacia atrás, pasó por mi lado y me dejó allí plantado viéndola irse. Algo me decía que la siguiera, mientras mi mirada caía en los otros dos regalos que quedaron sin abrir. Uno por cada cumpleaños que me había perdido, cada uno contenía un dije para que lo añadiera a su collar.

Reina estaba decidida a no ceder, pero al menos no se quitó el brazalete. Me lo tomaría como una buena señal. Tan pronto como le pusiera un anillo en el dedo, más rápido iba a ser mía.

«Mañana», me recordé. Despertaríamos en Venecia y nos casaríamos allí. Tenía listo el templo *Santa Maria dei Miracoli*. La misma iglesia donde cada Romero se había casado por generaciones. ¿Me importaba? Joder, no, pero me pareció un lindo gesto para Reina.

Levantándome de la mesa, tuve el presentimiento de que algo andaba mal. Había aprendido que debía confiar en mi instinto.

Así que la fui a buscar.

No soportaba estar lejos de ella, no más. Con cada minuto que pasaba, aumentaba mi paranoia. Hasta que vi un reflejo de algo dorado por el rabillo del ojo.

Estaba junto a la lancha.

—¡Detente! —grité, corriendo hacia ella.

Me miró, y sus ojos reflejaban el mar. Corrió por la barandilla y saltó antes de que pudiera alcanzarla.

Todo el mundo se detuvo por un segundo que se sintió como una eternidad mientras llamaba a mis hombres. Corrí hacia la orilla y la vi aparecer en la superficie. Se impulsó y nadó en dirección a la costa. No había manera de que lo lograra.

No antes de que muriera de hipotermia. No podía creer que prefiriera morir que quedarse a mi lado.

Lástima, deseo denegado. Tendría una vida larga y sana. Conmigo y solo conmigo.

Sin pensármelo dos veces, salté detrás de ella. Mi cuerpo cayó al mar, el frío me dejó sin aliento. Las olas eran salvajes, aun así, no dejé de nadar. Me impulsé con fuerza, acortando la distancia entre nosotros. Los años de surfear la habían hecho una hábil nadadora, pero ningún entrenamiento profesional podría preparar a alguien para las temperaturas árticas que me estaban agarrando los músculos.

Se detuvo y miró hacia atrás. Nuestros ojos se encontraron y la golpeó una ola. La aplastó e

intentó respirar. Otra ola se estrelló contra ella y desapareció.

La agarré del brazo y la tiré hacia mí.

—¡No! —vociferó, intentado liberarse mientras yo nadaba de vuelta al yate, con mi agarre firme sobre ella.

—¡Para, Reina! —ordené—. O ambos nos ahogaremos.

Se detuvo un momento y su cuerpo quedó lánguido. Teniéndola asegurada, nadé sujetándome a la boya naranja y la deslicé encima de ella, pidiéndoles a los hombres que nos elevaran.

Les tomó varios minutos llevarnos hasta la cubierta.

—¡Traigan mantas! —bramé. Le tomó treinta segundos al capitán entregarme las mantas y corrí para cubrirla con ellas—. ¿Necesitas ayuda para quitarte la ropa mojada? —Negó con la cabeza, los dientes le castañeaban y los dedos le temblaban tanto que no podía flexionarlos para quitarse el suéter. Le aparté las manos y se las cubrí con la manta—. Sujeta esto. —No me cuestionó—. Capitán, ¿tiene un cuchillo a la mano?

Me lo pasó sin dudar y le corté la camisa, hice lo mismo con sus pantalones y noté que llevaba bragas y sujetador color rosa.

—La próxima vez que hagas algo tan arriesgado, te daré unas nalgadas —advertí, la adrenalina todavía me zumbaba por las venas. Imaginar que se ahogaba fue suficiente para perder las ganas de vivir.

Puso los ojos en blanco. *Puso los malditos ojos en blanco.*

—También saltaste.

—Pudiste haberte ahogado —señalé, para hacerla entender.

Juzgando su expresión y la molestia que brillaba en sus ojos, no estaba para nada preocupada.

Ambos abrimos la boca al mismo tiempo, dispuestos a seguir discutiendo, cuando la voz del capitán nos interrumpió.

—*Mejor* los hubiera dejado ahogarse.

Se dio la media vuelta y se fue.

—El comportamiento de tú capitán no es nada agradable.

—Estoy de acuerdo. —Sin embargo, era uno de los mejores capitanes en el mundo y había evadido a los piratas con éxito en más de una ocasión. El resto de la tripulación desapareció y quedamos a solas.

Con Reina ya envuelta en las mantas, corté mi ropa también y tomé uno de los edredones cuando un jadeo delicado me interrumpió. Me di la vuelta y vi a Reina observando mi espalda.

—¿Acaso tengo una mordida de tiburón? —pregunté, divertido por su expresión horrorizada.

—Tu tatuaje.

Sus ojos se encontraron con los míos, y el mensaje estaba implícito entre nosotros. Después de toda la mierda que había sucedido, me tatué el *ying* y el *yang* en el omóplato derecho, en el mismo lugar donde tenía la cicatriz.

Era un recordatorio.

El sabor amargo de la culpa aún cubría mi lengua incluso después de todos estos años.

Frunció el ceño con confusión.

—No entiendo.

—Yo tampoco, *Chica Canela*. —Tomé mi manta y la envolví a mi alrededor—. ¿De verdad prefieres ahogarte que estar a mi lado?

Había dejado de ser por mucho la chica que me miraba con ojos llenos de corazones.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

REINA

No lo comprendía. Ni un poco.

Me rompió el corazón, pero ¿terminó haciéndose un tatuaje que lo hará recordarme? No tenía sentido.

—Quiero regresar con mi hermana. —Terminé por decir—. No tiene por qué cargar con mis acciones ante Dante por culpa mía.

Se estaba secando, cuando me echó un vistazo.

—Confía en mí, Reina. Mejor ella que tú.

Después me acordé de toda la mierda que me hizo pasar la noche anterior y volví a enfurecerme.

—¿Por qué? ¿Porque decidiste que me querías de vuelta? —Apreté la mano en puños y lo golpeé en el estómago, nos tomó a ambos por sorpresa.

—Maldición, Reina. —Me llené de satisfacción e intenté darle otro, pero me bloqueó—. No lo creo.

—¡Vete al infierno! —grité.

—Ya he estado allí. Todos los días, desde hace tres años. Cada día que pasé sin ti.

La esperanza se mezcló con lo que ya estaba sintiendo. Era un círculo vicioso y nada bueno saldría de ello. La esperanza y la empatía por la familia Leone me destruiría, igual como lo hizo con mi madre.

—No pareció que lo hayas pasado tan mal —reviré, todavía molesta con él. Quizás me comportaba como una mocosa y malcriada, pero odiaba recordar cómo había besado a otra mujer. Y, lo peor, era que había bailado nuestra canción con alguien más. Y lo último, envió un maldito video de nosotros dos.

Comencé a temblar por la humillación. Aquello era todo lo que necesitaba para recuperar las ganas que tenía por matarlo.

—Quiero ir a la ciudad.

Me sonrió con frialdad, esa sonrisita en su rostro reflejaba cuánto se estaba divirtiendo con nuestra discusión.

—No.

Dios, ¡daría todo con tal de borrarle esa estúpida sonrisa del rostro! Apreté con fuerza la manta y sus ojos cayeron en mis pechos. Su mirada flameó y mi cuerpo inmediatamente reaccionó. Maldito Amon.

—Supongo que nadaremos mucho —comenté casualmente; luego me di la vuelta y me fui. Debía alejarme de él antes de terminar dándole un puñetazo en el rostro.

—Vuelve a tirarte al mar y no te gustarán las consecuencias. —La voz de Amon me llegó de

atrás y me sobresalté. Ni siquiera lo escuché moverse.

—No me sigas —ordené, apresurando mis pasos—. Me voy a *mi* habitación a tomar una ducha para sacar toda la sal y entrar en calor.

—Excelente idea. Siempre he amado tus sugerencias. Especialmente, las que aparecían en tu lista de deseos. —Su voz era ronca, envolviéndome el cuerpo.

—Ya no eres mi compañero de aventuras para mi lista de deseos. —Su sonrisa desapareció, y le sonreí con suficiencia—. Tengo a alguien más.

Se movió tan rápido que no alcancé a tomar otra respiración. Se me cortó el aliento cuando se apresuró a agarrarme por la nuca y me pegó a su cuerpo. El corazón me martilleaba contra el pecho y, a pesar del frío de la costa, estaba ardiendo.

—¿Con quién?! —bramó, su voz era dura—. Con Darius, ¿verdad? —Intentaba recuperar el aliento. Para mi desgracia, cada palmo de mi cuerpo reaccionaba a su muestra dominante—. Lo mataré.

Ni siquiera esperó por mi respuesta. Pegó su boca a la mía y todos mis planes desaparecieron.

Un fuego consumidor me recorrió por las venas como si fuera un incendio y todo hacía erupción. El corazón me latía tan desbocado que me sentía mareada. Mi centro palpitaba ante el recuerdo de lo bueno que era tenerlo dentro de mí.

—Voy a matar a cada hombre que te haya tocado —murmuró contra mi garganta.

Amon devoró mi boca con dureza y sin piedad, y me encantó. Era lo que tanto deseaba durante esos solitarios días, semanas, meses y años.

Le rodeé el cuello con mis manos y dejamos que las mantas cayeran de nuestros cuerpos. Me pegó aún más contra él, mi pecho junto al suyo. Su cadera se movió y frotó su longitud contra mí. Un débil gemido me vibró en la garganta.

—Eres mía. —Su susurro fue como un roce contra mis labios mientras se aferraba a mi cabello.

Las lágrimas me ardían en los ojos e incrementó el palpar en mi vientre bajo.

—Es solo sexo —siseé.

Mordió mi labio inferior y tiró con fuerza. El dolor y el placer se arremolinaron en mi interior. No supe cómo llegamos de vuelta a la habitación. Mientras sucumbía a la lujuria, todo dejó de existir, incluidos mis pensamientos.

Nos besábamos con desesperación, nuestras lenguas bailaban una contra la otra. Con los dedos me quitó las bragas mojadas y el sujetador. Le quité el bóxer, y nos quedamos desnudos, con nuestros pechos subiendo y bajando.

Rompió el beso, y un gruñido bajo vibró en su garganta. Nuestros corazones latían acelerados cuando nos mirábamos, las brasas crepitaban en los ojos de Amon. Cada centímetro estaba sonrojado con excitación, pero él también estaba impactado cuando observé su miembro hacerse cada vez más grande y duro bajo mi mirada.

—¿Estás segura? —Mi corazón gritaba que sí, pero no encontraba la voz para decirlo. Siempre había sido él. Dejar de amarlo no era algo que estuviera en mis manos, era como exigir dejar de respirar—. No quiero que te arrepientas.

—No lo haré. —Las luces y el sol brillaban al igual que mi corazón. El cuerpo me vibraba con su cercanía; su calor corporal logró filtrarse bajo mi piel. Me lamí los labios, expectante, sus ojos siguieron el movimiento de mi lengua. Me miraba con tanta dulzura que se me oprimía el pecho.

—No quiero lastimarte, *Chica Canela*. —La atmósfera era tan densa y pesada que me entraban ganas de llorar. «Ay, tonta romántica», me susurró mi inconsciente.

—Tengo el DIU. —Respiré, intentando poner algo de distancia entre mi corazón y la lujuria que sentía. Debía poner límites.

—Estoy limpio. No he estado con nadie desde... —Su voz se apagó, pero no me atrevía a completar su oración por él. Su boca tocó la mía con tanta delicadeza, que apenas era un beso.

Con tal de ocultar mi reacción, espeté:

—No quiero hablar. —Solo quería sentir. Este fuego. Este deseo. Nada de sentimientos.

Como si me entendiera, ordenó:

—Ponte en cuatro.

Se me puso la piel de gallina al escuchar su orden, que reflejaba el poco autocontrol que le quedaba. Y, como una tonta o una mujer queriendo su placer, hice lo que me pidió.

El colchón se hundió bajo mi peso. Mis rizos cayeron por mi rostro y miré por encima de mi hombro. Amon se acercó detrás de mí, y deslizó una mano entre mis piernas para frotar mi clítoris hinchado.

Ese golpe de placer me arrancó un gemido fuerte desde la garganta.

—Muy bien —elogió, seductor—. Déjame oír tu voz.

Metió un dedo dentro mientras su pulgar no dejaba desatendido mi clítoris, se flexionaba y golpeaba ese punto tan dulce. Jugó conmigo, sacaba el dedo solo para metérmelo de nuevo.

Eché la cabeza hacia atrás.

Escuché cómo su respiración se aceleraba. Mis muslos temblaban. No duraría mucho, no si seguía así. De su pecho salían jadeos profundos y roncós. Su longitud se alineó contra mi entrada húmeda y durante todo ese tiempo jamás le aparté la mirada. Los rayos del sol se colaban por la ventana y le dibujaban sombras definidas en su rostro. Las llamaradas de lujuria en sus ojos tenían el poder de ponerme de rodillas si es que no hubiera estado ya en esa posición.

—Amon. —Solté su nombre en un gemido. Mis jugos me corrían por los muslos y mi placer aumentaba con cada roce de sus nudillos contra mi coño desnudo. El cuerpo me tembló violentamente.

—Maldición, como me encanta oírte decir mi nombre —masculló, tomándose del cabello y tirando de mi cabeza para poder hablarme al oído—. Ahora, grítalo.

Me penetró desde atrás con una estocada furiosa y su nombre estalló de mi garganta con un grito. Era enorme, su tamaño me estiraba hasta el punto de dolor. Las lágrimas se asomaron en mis ojos al sentir cómo se hundía en mí con una rudeza que no estaba acostumbrada de él.

Me penetró.

—Muy bien, mi *chica canela*. —Otra estocada—. ¿A quién le pertenece este coño?

Todavía estaba en mis cinco sentidos como para apretar los dientes y no responderle ante el temor de volver a caer a sus pies como una tonta estúpida y romántica.

Me tiró del cabello de nuevo.

—¿A quién le perteneces?

—Deja de hablar. —Jadeé, tan cerca del orgasmo—. Y solo cógeme para que pueda correrme.

Su risa entre dientes sonaba maliciosa y resonó por todo el dormitorio, quizás por todo el yate. Sin previo aviso, me dio la vuelta y terminé de espalda contra el colchón. Llevó su mano hasta mi garganta y me presionó contra la cama.

Volvió a alinear su miembro con mi coño y arqueé la espalda, lista para terminar con esto. Para correrme. La punta de su longitud se presionó contra mi entrada. Solté un gemido que vibró contra la palma de su mano.

—¿Quieres mi polla? —Hundió la punta dura dentro de mí y lloriquéé de necesidad—.

Ruégame. —¿Por qué me parecía tan excitante y humillante? Lo peor ¿por qué me gustaba?—. Tu coño esta hambriento por mi verga.

Mi centro palpitó más por sus palabras sucias.

—Por favor, Amon —gemí—. ¡Por favor!, ¡cógeme!

Levantó una de mis piernas y se la colocó en el hombro para tener un mejor ángulo y así penetrarme. Tocó lugares que me dejaron con el cerebro hecho papilla.

—Mi polla va a destruir tu coño —gruñó—. No recordará a nadie más. —*Embestida*—. ¡Nunca más!

Gemí su nombre mientras se clavaba en mi interior. Le enterré las uñas en los bíceps al tiempo que me penetraba con más dureza, sintiendo cómo nuestros gruñidos colisionaban y cómo el sonido de nuestros cuerpos golpeándose llenaba la habitación.

Este hombre me arruinó. No debí darle cabida de nuevo en mi vida. Aunque tampoco puse mucha resistencia. Levanté las caderas, hambrienta de más. Esto solo era atracción física y necesidad de sentir placer. Nada más, nada menos.

El Amon de tres años atrás había sido dulce. El Amon que me follaba en este momento era salvaje, duro y tan delicioso que incluso temblaba en su presencia mientras me cogía como si el mundo se fuera acabar, me quitaba el aliento.

El sudor le brillaba en la piel y los músculos se le tensaban en el cuello. Seguía golpeando ese rico lugar, que enviaba oleadas de placer por mi cuerpo. La visión se me empezó a poner borrosa mientras estaba más cerca, mucho más cerca del orgasmo.

—Oh Dios... Me voy a... ¡Sí! —Jadeé en busca de aire, la electricidad se disparó por todo mi cuerpo. Sacó su longitud de mi interior solo para arremeter nuevamente hasta que mis gemidos hacían eco por todos lados. Me arremetió con más salvajismo y más dureza hasta que me arrancó toda la energía de mi interior.

—¡Oh, mierda! —grité, mientras el éxtasis se agitaba en mi cuerpo y las estrellas bailaban en mis ojos.

Todo se desvaneció, los recuerdos, los problemas, mis pensamientos, solo me quedé en un estado de placer en su pureza máxima. Amon seguía follándome mientras estaba atrapada en el éxtasis, las paredes de mi sexo se apretaban contra su dureza hasta que finalmente se corrió con un grito gutural.

Cayó sobre mí, todavía con su miembro en mi interior. Me besó como si no tuviera suficiente. Como si me *necesitara*.

Su semen me llenó y su siguiente movimiento me puso tan caliente y lista para otra ronda que casi me corrí de nuevo. Me frotó el clítoris con su semen antes de volver a hundirse en mi coño.

Nuestra respiración se calmó y lentamente el placer comenzó a desvanecerse y la realidad me cayó como un balde de agua fría.

Sin embargo, antes de entrar en pánico, los dedos de Amon rodearon con fuerza mi cuello mientras me susurraba:

—Eres mía, joder, y nadie más te tendrá. —Me acarició la mejilla mientras lo miraba embobada—. Necesito que confíes en lo que estoy a punto de hacer.

Parpadeé, confusa.

—¿Qué vas a hacer? —No me respondió. En su lugar, se levantó, tomó unos pantalones deportivos grises, demonios, qué bien le quedaban, y después se dirigió hacia la puerta—. ¿Amon, qué pasa?

Se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta, y me miró por encima del hombro.

—Todo lo que debió haber pasado tres años atrás. Confía en mí.
Y así como así, salió de la habitación.

Clic.

Salté de la cama, con las piernas temblorosas y corrí hacia la puerta, moviendo con fuerza el pomo.

Ese maldito idiota me encerró en la habitación.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

REINA

Después de haberme bañado, dar veintiún vueltas en círculo por la habitación y golpear la puerta, decidí tomar una siesta.

Ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que dormí una siesta. No podía dejar de pensar. ¿Iban a posponer la boda o solo iban a cambiar a la novia a último minuto? La bilis me subió por la garganta cuando imaginé a Phoenix teniendo que pasar por todo eso.

Le debí haber contado la verdad a *Papà* sobre lo que me había dicho Angelo Leone. En cuanto al imbécil de Dante... Cuando lo imaginaba rompiéndole el corazón de nuevo a mi hermana me entraban ganas de matar a otro integrante de la familia Leone.

Maldición... Mejor los mataba a todos.

La comida me la traía el capitán, quien no tuvo reparos en decir explícitamente que hubiera preferido que me ahogara, así que me aseguré de no molestarlo. Vi cómo acomodaba la bandeja, la soltaba y abandonaba la habitación haciendo sonar solo el clic de la puerta.

Al día siguiente, justo cuando estaba a nada de azotarme la cabeza contra la pared, la puerta se abrió de nuevo. Creí que sería el capitán, así que no me giré a mirarlo y permanecí sentada con las rodillas dobladas sobre el sofá y la mirada fija en el maravilloso horizonte.

Podía ver la silueta de la ciudad brillando más adelante. Lucía conocida, pero no sabía cuál era. Aunque seguíamos muy lejos de casa si miraba el estilo de los edificios.

—¿Qué? ¿No me vas a saludar?

Salté sobre el asiento y casi me caigo de bruces. Alcancé a equilibrarme y me di la vuelta para mirar a Amon. Llevaba puesto un esmoquin, y se veía tan impactante que me quitó el aliento.

Asintió hacia alguien que estaba a su espalda y un hombre entró cargando diez o quince bolsas de diseñador.

No supe qué decir.

—¿Q-qué...? ¿Por qué tú...?

El hombre soltó las bolsas, le dio un tenso asentimiento a Amon y cerró la puerta tras salir. Las observé todas y miles de posibilidades pasaron por mi cabeza.

Amon me tomó la mano y me levantó para llevarme hasta donde las bolsas estaban repartidas sobre la mesita y el sofá.

—No estaba seguro qué te gustaría, así que traje varias opciones —explicó.

Lo observé como si se hubiera vuelto loco. Ese podría ser el motivo tras el nuevo comportamiento de Amon.

—¿Varias opciones de qué?

—De vestidos. No te diré cuál es mi favorito, aunque espero que escojas ese. Nos casaremos

hoy.

¿Qué?

Me tambaleé hacia atrás, lejos del loco que me había dejado con la boca abierta.

—¿D-de qué estás hablando?

Se suponía que este día era mi boda con Dante, no con Amon. Claramente, no me quería casar con ninguno.

—Nos vamos a casar —reiteró con paciencia—. En la iglesia familiar de los Romero.

—¿Iglesia familiar de los Romero? —repetí, intentando entender cada palabra, con calma. Asintió—. ¿Y esa es...?

—La iglesia *Santa Maria dei Miracoli*. —Me rodeó por la cintura para que no quedara ningún espacio entre nosotros—. Sé que las circunstancias no son ideales, pero siempre has sido tú, *Chica Canela*.

Mi cerebro se negaba a procesar la información. Amon buscó dentro de su bolsillo y sacó una caja negra de terciopelo. La abrió y dos anillos de boda aparecieron frente a mí, uno simple y el otro con diamantes.

Sacó uno de ellos y me lo pasó.

—Está grabado.

Ni siquiera me atreví a tocarlo, así que solo lo miré con curiosidad, pero cuando leí lo que tenía grabado, se me detuvo el corazón. *Tú y yo contra el mundo*.

—Siempre hemos sido tú y yo contra el mundo.

Mi mirada se desvió hacia él, y por un segundo, mi corazón latió igual que antes.

Pero después me acordé de lo que sucedió. Todas las lágrimas, el dolor, *la muerte*. Lo peor de todo, lo que significaba para Phoenix. Así que lo aparté de mí y negué con la cabeza, incrédula.

—Dime que es una broma.

Me observó.

—No soy del tipo que bromea. —Di un paso atrás, intentando alejarme, pero me retuvo en mi lugar, sus ojos se ensombrecieron—. Reina, no me pongas a prueba.

—¡Te volviste loco! No me voy a casar contigo. Tú... Nosotros... ¡no nos *amamos*!

Algo se quebró en su mirada, pero antes de poder descifrarlo, lo ocultó tras una máscara.

—Te casarás conmigo.

Sentí una ola de frustración mientras los ojos se me cristalizaban. Inhalé profundamente y exhalé con calma.

—No. —Negué con la cabeza de nuevo, dejando en claro mi rechazo—. Podemos quedarnos aquí y discutir todo el día, pero no me casaré contigo.

Sus ojos se encendieron.

—Reina, *no me pongas a prueba, porque no te gustarán las consecuencias*. —Escuchar por segunda vez esa amenaza me puso los vellos de punta.

Me erguí por completo.

—¿O qué? —Lo empujé con todas mis fuerzas y lo golpeé en el pecho—. ¿Me vas a secuestrar? Ya lo hiciste. ¿Me vas a forzar a casarme contigo? —Me reí con amargura—. Pues ¿adivina qué? Nada puede ser peor. —Los oídos me pitaban por la furia mientras le enterraba el dedo en el pecho y hacía énfasis golpeándolo con cada palabra—. Los mafiosos deberían ser más creativos. Está tan pasado de moda secuestrar a una mujer y obligarla a casarse.

Parecía divertirse, porque las comisuras de sus labios se levantaron. El tipo definitivamente había perdido un tornillo. Dios, cuánto daría por tener mi bate y molerlo a golpes hasta que...

Suspiré. «¿A quién engañaba?» Con solo imaginar a Amon herido se me oprimía el pecho.

—Al menos deberíamos hablarlo y tomárnoslo con calma.

Su rostro no reflejaba nada.

—Incluso si hablamos, no aceptaré una negativa. Pasará hoy.

Dejé caer los hombros y me resigné a contarle la verdad.

—Si mi negativa no es suficiente para ti, entonces lo que te diré debería serlo. —El corazón me martilleaba contra el pecho. Ya no me quedaban más opciones—. *Papà* me dijo que, si no me casaba con Dante, mi hermana tendría que tomar mi lugar, pero esos dos no se pueden casar.

—Esos dos se gustan más de lo que crees —comentó, inexpresivo, tomándome del codo y enterrando sus dedos en mi piel cuando intenté zafarme de su agarre. Estaba furioso. ¡Maravilloso! Qué bebiera de su propia medicina.

—Son medios hermanos —anuncié—. No se pueden casar.

Nos sostuvimos la mirada y recé para que viera la verdad en ella. Era imperativo que detuviera esta mierda y me regresara, incluso si era para casarme con Dante Leone. Iba a encontrar la manera de anularlo... o lo que se me ocurriera.

—Phoenix no es la hermana de Dante. —La voz de Amon era calmada, demasiado, y su expresión me puso nerviosa.

—Amon, por favor. —Respiré—. Confía en mí. No mentiría con algo tan importante. Es su media *hermana*.

—No lo es —afirmó, emanaba seguridad.

—¿Y cómo lo sabes? —espeté.

—Porque *tú* eres la media hermana de Dante.

Silencio.

Quedé en *shock*. Soltó la bomba con tanta facilidad, como si fuera supernormal escuchar ese tipo de verdades que te cambiaban la vida.

Intenté soltarme de su agarre, pero se aferró aún más a mí.

—*Suéltame*.

—Y ahora ¿qué?

—¿Acaso te volviste loco? —grité—. Si soy la media hermana de Dante, eso quiere decir... —Se me revolvió el estómago y jadeé, recordando todo lo que habíamos hecho juntos. El cuerpo desnudo de Amon, cómo se hundía en mi interior. Cómo tiraba de su cabello, las sábanas. La bilis se me subió por la garganta en un aviso de que iba a vomitar.

—No *somos* hermanos. —Amon me tomó del rostro y lo inclinó hacia él, sus palabras eran suaves, pero duras al mismo tiempo—. Reina, escúchame. No soy un Leone.

La sensación de alivio me golpeó como un tsunami y luego me acunó como una madre meciendo a su bebé. Una lágrima cayó por mi mejilla hasta llegar a mi labio y dejar un rastro salado en él. Después, en medio de mi alivio, algo cobró sentido en mi cabeza.

Parpadeé para dejar de llorar.

—¿Por eso...? —La esperanza era una perra, pero debía salir de las dudas—. ¿Pensaste que éramos hermanos y por eso...?

Me rozó el labio superior con la yema de su pulgar.

—Sí, por eso me alejé. Pensé que éramos familia.

Tres años. Tres malditos años.

—¿Por qué no me dijiste nada? —Respiré.

—Para que no experimentaras la reacción exacta que acabas de tener. —Sus palabras eran duras y llenas de angustia, como si estuviera reviviendo de nuevo aquel dolor. Todo lo que decía

tenía sentido, pero todavía había algo que no entendía—. Sentí que moría cuando supe que eras mi media hermana. Me sentí asqueado, pero... Aun así, no pude escapar de los sentimientos que se me habían arraigado en los huesos y en el corazón.

El pecho se me infló de anhelo. Tenía un nudo en la garganta y se me revolvió el estómago. Tenía la sospecha de que había mucho más detrás de todos los secretos que nos rodeaban.

—¿Quién es tu padre? —Un músculo le tembló en la quijada y el caos que reflejaba su mirada me advertía que no me iba a gustar la respuesta.

—No quiero hablar de eso. —Si bien su voz era baja, también era firme y controlada—. No quiero alejarte. Créeme.

Sentía como si el corazón se me fuera a salir al sentir esta explosión de esperanza y mi pregunta quedó temporalmente olvidada.

—Pero la besaste...

Algo parecido al arrepentimiento brilló en su mirada.

—Intentaba seguir adelante, olvidar que me había enamorado de mi media hermana.

Volví a sentir ese dolor tan conocido, recordándome el tormento del que apenas pude salir viva. Entendí por qué lo hizo, pero no cómo lo hizo.

—Pudiste haberme dejado de otra forma. —Mi voz era apenas un susurro—. Estoy segura de que había miles de maneras, unas más amables para romperle el corazón a una chica.

Sus manos, que aún sostenían mi rostro, me atrajeron a su cuerpo y su nariz acarició la mía.

—Perdón. Por todo. Debí haber... —Parecía no encontrar las palabras—. Incluso cuando me enteré de nuestro lazo sanguíneo, no debí haber puesto en duda que eras mi alma gemela.

«No. Lo. Perdone». Mi mente me advertía en un susurro, pero sentía como mi resistencia se iba apagando poco a poco. No podía solo aceptar esto, ¿cierto? El recuerdo de Amon con otra mujer seguía apareciendo en mi cabeza, alimentando mi lastimado y cauteloso corazón.

—Le enviaste un maldito video de mí a mi... —Me detuve. ¿Iba a ser capaz de seguir llamándolo *Papà*? Me costó tragar saliva, cuando recordé sus palabras. No quería saber quién de nosotras no era su hija, porque estaba seguro de que no lo soportaría. Nos amaba y nos veía de su sangre. Haría lo mismo—. ¡A mi *Papà*! ¡Qué humillante! ¿Cómo quieres que deje pasar eso?

Tomó su teléfono móvil y lo desbloqueó.

—Velo por ti misma. —Luché contra las ganas de abofetearlo. No quería ver un video tan íntimo enviado a alguien, mucho menos a mi padre. Cuando notó mi negativa, me mostró todos sus mensajes—. No se lo envié a nadie. —Jadeé, y lo miré a los ojos—. ¿De verdad pensaste que dejaría que alguien más te viera desnuda?

Para ser honesta, no lo sabía. Había comenzado a pensar que el Amon que conocí ya no existía, pero quizás aún estaba allí. Aunque, no sabía cómo lidiar con el hecho de que me hubiera superado con tanta facilidad. Me hizo cuestionarme todo, su devoción, su compromiso, su amor.

—No sé, Amon —respondí—. Ya no sé quién eres.

—Soy la misma persona que siempre has conocido.

Negué con la cabeza, triste.

—No parece. El chico que conocía nunca me hubiera secuestrado. Y nunca me hubiera hecho pasar por un infierno. —Un sollozo se me escapó de los labios—. Me dijiste que *los dos nos haríamos responsables*, pero me diste la espalda. —Se quedó sin aliento y el dolor centelló en sus ojos—. Solo tenía dieciocho. ¿Tienes idea de lo aterrador que fue descubrir que estaba...?

Embarazada. Todavía no podía decir esa palabra en voz alta. Por años, me obligué a no pensar en aquello, a quitar todos los “Y si” de mi cabeza, porque solo abriría más la herida y me terminaría desangrando.

—Me abandonaste. ¿Cómo esperas que vuelva a confiar en ti?

La expresión desolada en su rostro no me hacía sentir mejor. Reflejaba su propio dolor, pero a una parte de mí se le hacía difícil sentir compasión por él. Me debía más que una disculpa para poder entender cómo me había superado con tanta facilidad.

Quería creerle, pero no iba a poder resistir otro corazón roto.

—Necesito más, Amon —susurré.

Vi cómo se le movía la manzana de Adán al tragar.

—Por favor, no te des por vencida conmigo —rogó, con voz rasposa. Cerró los ojos por unos segundos antes de abrirlos y dejó escapar un suspiro pesado y se me acercó—. Nunca te perdí de vista. —Lo miré confundida y me explicó—: Estuve contigo en el hospital hasta que tu familia llegó. Tu abuela no me quería cerca de ti, pero te vigilé. Cuando te dieron de alta. Cuando regresaste a París. En cada clase de defensa personal con Darius; te veía tomar el té y comer *croissant* en el café de la esquina de tu apartamento. —Sus palabras me estremecieron por completo—. Te seguí la pista por tres años, incapaz de olvidarte. Debí haber estado para ti y para nuestro bebé.

Se le quebró la voz, un dolor punzante y nuevo me perforó el pecho. Me acarició el cabello con ternura.

—Cometí errores en el pasado. Probablemente cometeré más, pero jamás volveré a dejarte. Eres la luz que necesito, eres el centro de mi vida. Déjame serlo para ti también. —Todo mi cuerpo se estremeció.

Me estiré hacia atrás y acuné su mejilla con dulzura.

—Estás haciendo difícil resistirme. —Era suya. Era mío. Sin bien el miedo y la duda aún estaban presentes, alojados en mi corazón, me era imposible seguir aferrándome a ellos—. Así no es como me imaginaba mi propuesta de matrimonio, ¿lo sabías?

Me tomó las manos entres la suyas y se hincó sobre la rodilla. El cielo oscuro y tormentoso en sus ojos quemaban los míos mientras una extraña sonrisa le surcaba por los labios.

—Reina, mi *chica canela*, ¿me harías el honor de casarte conmigo? Te amo. Ya probé la vida sin ti, y no la quiero. Nada ni nadie me hace sentir tan vivo. No como lo haces tú. No soy nada sin ti. Si debo compensártelo por el resto de la vida, lo haré. Tres años atrás, me diste tu corazón, y jamás te lo devolveré.

Tragué.

—Te equivocas.

Su oscura mirada se tiñó de angustia mientras se llevaba la palma de mi mano a los labios y la besaba.

—No existió, ni existe nadie más para mí, *Chica Canela* —juró—. No soportaría estar con otra mujer que no fueras tú. Mi corazón siempre ha sido tuyo. Por favor, no lo rompas.

Se me hizo un nudo en la garganta. No me podía mover. No podía formar palabras.

Nos quedamos mirando a los ojos por lo que se sintió como una eternidad hasta que me derrumbé. La sinceridad en su expresión hizo que esa esperanza floreciera en algo real. Busqué en lo profundo de mi alma aquello que sabía que era verdadero y tomé mi decisión.

—No te di mi corazón tres años atrás —murmuré—. Era tuyo mucho antes.

Los ojos de Amon se bañaron de una oscuridad que prometía arrastrarme en las profundidades del abismo.

—Solo tú y yo. Juntos. Contra el mundo. —Asentí, el corazón me temblaba con cada latido—. ¿Me darías el honor de llamarte mi esposa?

Y solo así, lo perdoné. Tres años de dolor y sufrimiento se borraron con unas simples

palabras. Era egoísta y estúpido, pero en este momento, me olvidé de Dante y Phoenix.

Lágrimas de felicidad rodaron por mis mejillas.

—Sí.

Oh por Dios. Me iba a casar con Amon. Mi *Príncipe Amargado* se iba a convertir en mi rey.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

REINA

Caminé por el pasillo de aquella vacía iglesia veneciana que poseía una belleza olvidada. Toda mi atención estaba puesta en Amon vistiendo un esmoquin negro mientras me esperaba enfrente del sacerdote que llevaba su mejor traje.

El asombro y la maravilla en sus ojos fueron la luz que me guio mientras acortaba la distancia que nos separaba.

Cuando estuve a su alcance, deslizó su mano alrededor de mi cintura y me tiró más cerca, pegándome contra su pecho.

—Te ves tan hermosa, maldición. —Las emociones se desprendían de su voz—. Eres el ser más hermoso de este mundo.

Se me cerró la garganta por la cantidad de emociones que me hervían en el pecho.

—El vestido es perfecto —admiré con suavidad, alisando el suave material con la mano que tenía desocupada—. Tienes buen gusto.

—Lo sé —confirmó, aunque por la mirada en sus ojos no se estaba refiriendo a mi atuendo.

Al final, terminé eligiendo, sin querer, su vestido favorito, un Valentino que también se había convertido en mi elección ideal, y era deslumbrante. Me hubiera gustado diseñar el mío, pero no podía quitarle mérito: la elección de Amon era perfecta, no había duda. El material se ajustaba a mi cintura y tenía una caída amplia de encaje y satén. La larga cola estaba embellecida con perlas y caía a mi espalda haciéndome sentir como una de las heroínas de uno de mis cuentos de hadas favoritos. Amon se dio el tiempo de pensar en algo azul, una liga de encaje y algo prestado, un brazalete dorado que le pertenecía a su abuela.

Llevaba el cabello tomado en una corona adornada con perlas con el velo ajustado a ella.

—Puede comenzar —le ordenó al cura, sus ojos nunca se apartaron de mi rostro. El padre empezó la ceremonia y habló con un acento italiano muy marcado, pero ni siquiera pensé en quejarme.

Fui incapaz de quitar mi mirada de esos pozos oscuros que brillaban con posesión carnal.

—Sáltese esa parte —exigió.

Me aguanté la risa ante su entusiasmo

—Amon Leone, ¿aceptas a Reina Romero como esposa y prometes serle fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarla y respetarla hasta que la muerte los separe?

La atención de Amon nunca me abandonó.

—Sí, acepto.

El cura se rio entre dientes por la rapidez de su respuesta.

—Reina Romero, ¿aceptas a Amon Leone como esposo y prometes serle fiel en la

prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarlo y respetarlo hasta que la muerte los separe?

Las mariposas explotaron en la boca de mi estómago y se echaron a volar por todo mi cuerpo.

—Sí, acepto.

Los ojos de Amon brillaron con intensidad mientras me tomaba de la mano y deslizaba el anillo de bodas en mi dedo. Temblaba tanto que tuvo que ayudarme a hacer lo mismo.

Amon no esperó a que el sacerdote nos declarara marido y mujer.

Deslizó sus dedos por mi nuca, y unió sus labios a los míos en un beso apasionado que destilaba dominación en su forma más pura.

Y no me importó, ni un poco. Había sido suya desde el comienzo y lo sería hasta el final de nuestros días.

—Los declaro marido y mujer.

Mi príncipe se convirtió en mi rey.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

AMON

Mi esposa. Maldición, mía.

Eran las palabras más dulces en cualquier idioma.

Reina ya era mi esposa, estaba unida a mí de por vida y era una unión real que había estado planeando desde que Illias me entregó los documentos y me enteré de la verdad. Le debía mucho más de lo que me había pedido, pero cumpliría con mi palabra de mover todos los cargamentos de armas por su territorio. Illias siempre me había apoyado, incluso antes de que lo ayudara con Tatiana. A lo mejor, quería tener acceso a la *Yakuza* o quizás le importaba, daba igual. Hacíamos una buena alianza.

Los ojos de Reina se encontraron con los míos. Me sentí invadido por una oscura posesividad y supe sin duda alguna que jamás se me quitaría mientras siguiera con vida.

El vestido le quedaba como un guante, abrazaba y realzaba sus suaves curvas. Aprecié las mejillas sonrojadas de mi esposa y sus labios carnosos. Me dejaba sin aliento.

—Ni en mis sueños hubiera imaginado una boda tan romántica. —Los ojos le brillaban como estrellas y me costó dejar de verla. Se giró hacia el cura con una expresión amable—. Muchas gracias.

Él le sonrió con suavidad.

—Todo fue mérito de su esposo. —Reina sujetó mi mano y me la apretó con delicadeza—. ¿Quieren que les tome una fotografía?

Saqué el teléfono del bolsillo y se lo entregué. Tomó varias fotos de nosotros besándonos, Reina sonriendo contra mis labios y poniéndose en puntitas para poder rodearme el cuello con sus brazos.

—*Ah, que belli* —habló con entusiasmo.

—¿Qué le parece una con usted? —Ofreció Reina—. Así todos lo conocen.

Le sonrió.

—Casé a tu padre. —Me tensé cuando mencionó a Romero. Lo había casado con mi madre, no con la de Reina. ¡Mierda!

Un delicado ceño fruncido surcó en su rostro.

—¿De verdad? ¿En Estados Unidos?

Negó con la cabeza, pero antes de que le diera detalles, lo detuve y entrelacé mis dedos con los de Reina, y agregué:

—Tomémonos una *selfie* y después llevaré a mi esposa a un paseo en góndola.

Todavía no le había contado toda la verdad. Por fin la tenía de vuelta en mi vida y tenía toda la intención de demostrarle que nunca más me alejaría. Sabía que con el tiempo tendría que revelararle la verdad, pero no quería arriesgarme a perderla. Demasiadas cosas ya habían

interferido entre nosotros.

—Qué romántico. No veo la hora de ir. —La felicidad de Reina se reflejaba en sus ojos esperanzados y brillantes. Negué con la cabeza y le di una sonrisa gigante, deseando immortalizar este momento para siempre.

Tomó mi teléfono de la mano del cura y me lo entregó.

—Tu brazo es más largo, tómala tú. —Se giró hacia el sacerdote—. Muy bien, Padre, solo mire el punto rojo y...

Clic.

—Ah, *mamma mia*, no estaba listo. —El Padre Mario se rio.

Reina tiró la cabeza hacia atrás y gruñó juguetonamente.

—Yo tampoco. De nuevo, esposo.

Se me detuvo el corazón.

—Dilo de nuevo —susurré, besé la parte alta de su cabeza, deseando quitarle el velo. No quería ninguna barrera entre los dos.

—Esposo.

Estiré la mano y saqué la foto.

El cura fue el único que miró a la cámara.



El gondolero nos esperaba afuera de la capilla en *Ponte di Rialto*. Le había pedido que la decorara con flores de campanitas de nieve japonesas y por la reacción maravillada de Reina, fue la decisión correcta.

—*Congratulazioni per il matrimonio* —nos felicitó en italiano el gondolero.

Reina le sonrió sin entender nada.

—Nos está felicitando por nuestro matrimonio —expliqué.

—No puedo creer que estamos casados —murmuró al tiempo que la ayudaba a subirse a la góndola.

—Pues créelo. —Subí tras ella y me senté, arrastrándola por su cintura esbelta sobre mi regazo—. Porque será por el resto de nuestras vidas.

Parpadeó, con inocencia.

—¿Qué? ¿No existe el divorcio en tu mundo?

La apreté a mi cuerpo hasta rozar mi nariz contra su cuello y darle un delicado mordisco. Era la persona más intoxicante que jamás había olido o saboreado.

—La palabra divorcio no existe cuando se trata de ti. Eres mía ahora y nunca te dejaré ir. —Le brillaron los ojos con lágrimas no derramadas y le tomé la barbilla entre los dedos para darle un suave beso en sus labios—. Te demostraré mi plena devoción por el resto de nuestras vidas.

Una sombra cruzó por su rostro.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Se mordió el labio inferior.

—Me preocupa Phoenix. —Sus ojos no me miraban—. No quiero que sufra por mis errores.

—Las circunstancias tras tu nacimiento no son tu culpa. No cometiste ningún error.

Soltó un suspiro tembloroso y cerró los ojos por un breve segundo, sus pestañas reposaban contra sus pómulos.

—Sí lo hice —susurró, su garganta se movió al tragar. Su rostro palideció cuando finalmente me miró a los ojos—. Lo maté.

Fruncí el ceño, tomándome por sorpresa con su afirmación.

—¿De qué estás hablando, Reina? ¿A quién mataste? —El gondolero estaba sentado muy lejos como para oír nuestra conversación, así que no me molesté en bajar el volumen para igualar la suya. Además, no sabía nada de inglés.

Levantó la barbilla con testarudez, estaba completamente rígida.

—Maté a Angelo Leone —reveló en un tono tranquilo, y por fin comprendí.

—Lo mataste —repetí.

—Sí.

—¿Por qué? —Pensamientos estaban girando en mi cabeza y reprimí las ganas de revisar el perímetro por si había cámaras ocultas. ¿Cómo esa chica de un metro cincuenta y algo iba a ser capaz de *matar* a un hombre corpulento?

—Lastimó a mi madre. Vino al departamento y...

—¿Cuándo?

—La víspera de Año Nuevo. Después de mi accidente, cuando regresé a París. —Me quedé inmóvil, sintiendo cómo mi memoria se ponía a trabajar. Los moretones en el cuello de Reina, el labio roto. Había buscado por todos lados intentando encontrar información, pero nunca supe qué había pasado exactamente. Asumí que los brasileños eran los culpables y por eso caí en una espiral de ira y los maté uno por uno—. Irrumpió en mi departamento en la víspera de Año Nuevo. —Un leve temblor le recorrió su pequeño cuerpo—. Después me atacó y no dejaba de mencionar a Phoenix, llamándola sorda idiota. Iba a lastimarla... Y no supe qué más hacer. No lo pensé. Lo maté.

Solo escuché dos de sus palabras. *Me atacó*. Me acordé de los moretones que tenía cuando la vi en el restaurante de *Oba*. Y ese asqueroso de Angelo Leone los había ocasionado. Los recuerdos horribles de lo que le hacía a mi madre cruzaron por mi mente como una polaroid de mala calidad.

—Te hirió. —Mi tono era mortalmente calmado. Ese hijo de puta le levantó la mano. Vi rojo cuando recordé cómo golpeaba a mi madre y a mi hermano.

—Lo herí más. —«*Esa era mi esposa*». Amaba su determinación. Su protección feroz con los que amaba.

—¿Él te...? —Si la había tocado, iba a buscar su cuerpo, lo traería de vuelta a la vida y lo mataría de nuevo—. ¿Qué te hizo?

—No me violó. Estaba demasiado borracho cuando vino a mi departamento. Se puso violento y... e-entré en pánico. Las chicas no estaban y no sabía cuándo iban a regresar... Estaba sola. Seguía hablando de Phoenix y me decía cosas horribles de mi madre. Cuando vi que llevaba un arma, solo reaccioné. Le disparé y cuando se estaba desangrando en el piso de mi cocina, me dijo que Phoenix era su hija. —Respiró hondo y cerró los ojos.

Me costó seguir el hilo de la historia, pero escucharla hablar esa verdad confirmó la única cosa que importaba: era la mujer más fuerte que había conocido.

—¿Y decidiste enviarme su polla?

Alzó la cabeza de golpe y me sostuvo la mirada. Cuando le di un pequeño asentimiento, me sonrió con algo de vergüenza.

—Fue un poco brutal, lo sé.

—Me encantó. —Pegué mi frente a la suya—. Si todavía estuviera vivo, lo despedazaría miembro por miembro.

Podía ser que ya estuviera más allá de obsesionado con ella, no obstante, la necesidad de protegerla era algo completamente distinto, era una bestia furiosa que con gusto acabaría con el

mundo por ella. Bramaba que había fallado. La imagen de su rostro moreteado se burlaba con la muestra de mi fracaso.

—Al menos te ahorré tiempo y esfuerzo. —Después de un momento de silencio, me observó y vi esa mirada tan profunda que no coincidía con sus años de vida.

De hecho, me recordaba tanto a la de Dante que me quedé sin palabras. Sin embargo, también había otra cosa dándome vueltas por la cabeza. *Los videoclips*. Dante los había estado recibiendo por meses. ¿Lo sabía? ¿Esa era la razón por la que había aceptado tan rápido el matrimonio concertado? Eso tendría sentido.

¡Demonios! Dante no se tomaba las cosas con calma. No era nuevo que se metiera en batallas ya perdidas, pero siempre encontraba la manera de destruir a su enemigo. Me hacía creer que tenía un motivo oculto. ¿Creyó que Reina era su enemiga? ¿Era una venganza?

—¿Quién más lo sabe? —inquirí, la sangre se me subió a las orejas—. ¿Quién más sabe que mataste a Angelo Leone?

Tragó saliva.

—Nadie. —Me estaba mintiendo. Reina y sus amigas tenían un lazo demasiado fuerte como para no contarse ese tipo de secretos. Además, sabía que estaba sola cuando lo mató, pero no sé qué hizo con el cuerpo. Esperé pacientemente a que continuara con la historia en lugar de bombardearla con preguntas—. ¿Qué sucedería si Dante se enterara? ¿O el resto de la *Omertà*?

—Nadie te tocará —aseguré—. Ni siquiera Dante. —Había fracasado de tantas malditas maneras, pero en esta ocasión no lo haría—. ¿Qué hiciste con el cuerpo?

Pasamos por el Gran Canal, las risas de las personas inundaban la atmósfera y aliviaban la tensión en la góndola. Los ojos de Reina vagaron por el paisaje ensoñador de Venecia antes de poner su atención en mí.

—Lo corté y lo tiré en las catacumbas. Que se pudra en el infierno.

Ciertamente. Que se pudriera en el infierno.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

REINA

Cenamos en un restaurante de lujo con vista al Gran Canal.

El *staff* nos atendía con mucho esfuerzo, aunque no era de extrañarse dado que Amon reservó todo el lugar para nosotros dos. Fue mágico. Los *chefs* cocinaron como para alimentar a cincuenta: antipasto, pollo al limón, *risotto*, carnes frías, una torre de chocolates Raffaello y Ferrero Rocher y, por supuesto, un pastel de boda que me sacó lágrimas.

—No importa la galaxia, siempre nos encontraremos —murmuró Amon mientras estábamos de pie frente al pastel que tenía un tema celestial y representaba el cielo nocturno con diminutas lucecitas que brillaban como estrellas—. Pensabas que mis ojos tenían galaxias, pero te equivocas. *Tú* eres mi estrella, mi luna, mi sol. Mi todo. Solo existen cuando te miro.

Por la emoción se me hizo un nudo en la garganta. Me era imposible creer cómo podían cambiar tanto las cosas en un día, pasando de existiendo a viviendo. Más dichosa. Si bien todo fue muy rápido y estaba contenta, una parte de mí estaba esperando que algo pasara.

Estaba alerta a que algo sucediera.

Quizás por ese motivo no fui capaz de decir esas dos palabritas de nuevo. No en ese instante. Me había explicado sus razones, pero algo me detenía. Mis cicatrices todavía se sentían frescas y no me cabía duda de que necesitaría más que gestos románticos para sanar las más profundas.

En lugar de quedarme en silencio, lo abracé y enterré mi rostro en su pecho. La vida sin él había sido insoportable y no tenía intención alguna de revivirlo. No cuando por fin sentía que podía volver a respirar. *Vivir* de nuevo.

Tomó mi barbilla entre sus dedos e inclinó mi rostro hacia arriba para mirarlo a los ojos. Brillaban con tanto amor que se me encogió el estómago ante la expectación. Tras unos segundos de silencio, rozó su boca contra la mía.

—Confía en esto. —Era como si me hubiera leído la mente. O, tal vez, me conocía demasiado bien.

—No olvides que debemos organizar la luna de miel —le recordé, cambiando de tema—. La planearé ya que te encargaste de esto.

—Cualquier cosa que quieras.

Me reí entre dientes.

—Cualquier cosa, ¿eh?

—Si mi esposa lo quiere, lo tiene.

—No veo la hora de contárselo a las chicas. —Mi expresión decayó y solté un denso suspiro—. ¿Y si me devuelves mi teléfono?

Me sonríó.

—Sabía que me lo pedirías. —Rebuscó en su bolsillo, lo sacó y lo alejó fuera de mi alcance

antes de que lo tomara. Soltó una risita y me dijo—: Es fácil hacerte feliz. Aunque, espero que solo un tipo de hombre salga en tus publicaciones de Instagram.

Un sonrojo subió a mis mejillas.

—¿Lo viste?

Asintió.

—Me dieron ganas de matar a Darius —admitió—. Todavía le quiero romper el cuello.

Estaba celoso. Y por alguna tonta razón, mentalmente, sonreía y daba saltitos como una colegiala.

—Darius es como un hermano mayor para mí.

Aquello pareció apaciguarlo y me concentré en revisar los mensajes en mi teléfono, aunque me preocupé aún más con el paso de los segundos.

—¿Qué sucede? —curioseó.

Alcé la cabeza.

—Nada —musité—. Me parece raro. —Negué con la cabeza—. No hay ningún mensaje de mi *Papà*, ni de mi abuela, ni siquiera de mis amigas. Nadie preguntó dónde estaba. Incluso Phoenix. El último mensaje que tenía era de la noche de la cena de ensayo.

Las cejas de Amon se fruncieron.

—Tienes señal.

—*Hmm*, debería. Les enviaré un mensaje. —Tecleé con rapidez, dejándoles en claro que estaba a salvo y... *feliz*. ¡Y casada!—. Las extraño. —Suspiré—. Ojalá...

No encontré las palabras. Nuestra boda fue perfecta, aun así, me hubiera gustado tenerlas aquí, conmigo.

—Podemos celebrar con todos después —me prometió y mi sonrisa se hizo más grande mientras le devolvía mi teléfono para que lo guardara. «*Tal vez diseñaría un vestido de novia con bolsillos*», pensé—. Con tu familia, tus amigas y los míos —agregó.

Con incomodidad, pensé en su madre. Durante años tuve la impresión de que no le agradaba. Tampoco era como si nos hubiéramos visto mucho. «*Quizás fue por el jarrón que quebré*», analicé.

Además, estaba Dante...

—¿Sabe Dante que no son hermanos? —Negó con la cabeza—. ¿Crees que se... molestará? —suspiré.

—Es mi hermano, biológicamente o no. Espero lo vea igual que yo.

No estaba segura de qué pensar o decir. Todavía no asimilaba que era hija de Angelo Leone, aunque, quizás, Amon tenía razón. Sea mi sangre o no, daba igual. Después de todo, ¿no fue *Papà* quien había dicho que no necesitaba una prueba de paternidad? Nos amaba a las dos por igual, sin importar nada.

—Entonces, ¿cuál es tu... —Me detuve y mis labios se curvaron en una sonrisa cuando me corregí—:... nuestro apellido?

Algo brilló en sus ojos y en segundos volvió a cerrarse.

—¿Qué te parece si tomo tu apellido?

¿*Qué quería qué?* Tuve que tragar varias veces antes de contestarle.

—¿No te importaría? —Negó con la cabeza—. ¿Por qué no quieres que tenga tu apellido?

No era lo tradicional, pero Amon nunca lo había sido.

—No, no me importa. Especialmente, si consideramos todo lo que representa el apellido Leone. —Mi sexto sentido me alertaba de que había algo más que no me decía. Iba a tener que retomar el tema otro día. Este día era demasiado perfecto como para echarlo a perder.

—Amon y Reina Romero —murmuré, saboreándolo en mi boca. No pude reprimir la sonrisa que levantó mis comisuras—. Me gusta.

—¿Vamos a casa, señora Romero? —Su amplia sonrisa me detuvo el corazón y me cegó, dejando mi mente en blanco—. Empecemos el primer día de nuestra vida, amor de mi vida.

Esas palabras fueron mi ruina.



Amon cruzó el umbral del yate conmigo en brazos, se negaba a bajarme hasta que llegáramos a nuestra *suite*.

Me deslizó por su cuerpo hasta que mis pies tocaron el suelo. Su sonrisa era seductora y maliciosa, llena de promesas de una noche inolvidable.

—Quítate la ropa —ordenó con una voz oscura y pecaminosa.

Mi entrepierna pulsó ante su perversa exigencia.

—¿No es ese tu trabajo, esposo? —reviré suave, con burla—. Recién dimos el sí y ya me estás mandando.

Se rio entre dientes, oscuramente.

—Acostúmbrate porque no me detendré.

—¿Es una promesa o una amenaza?

—Ambas.

Un escalofrío delicioso bajó por mi espalda.

Sin quitarle la mirada de encima, empecé a desabrocharme los botones en mi espalda, uno por uno hasta que el vestido de satín se deslizó por mi cuerpo, con un roce seductor. Me quedé de pie vistiendo una tanga blanca de encaje, el sujetador a juego y la liga azul que estaba ajustada en mi muslo.

Un fuego abrasador incineró las sombras de sus ojos y me engulló con sus llamas.

Le eché un vistazo a su entrepierna, su excitación se notaba en sus pantalones y, de repente, la boca se me hizo agua de expectación.

—Las bragas también. Quítate todo, menos los tacones.

Se me erizó cada centímetro de la piel cuando me quité el sujetador y lo dejé caer al piso. Me quité las bragas y el calor de su mirada sobre mi cuerpo desnudo me calentó de pies a cabeza.

Con cada respiración que tomaba mi deseo iba en aumento mientras esperaba que me ordenara algo más. Mi centro palpitaba, húmedo y doloroso.

—Súbete a la cama.

Me apresuré a obedecerle y sentí cómo se hundía el colchón bajo mi peso.

Amon rodeó la cama y se acercó a la mesita de noche.

—¿Qué estás...? —No terminé de pronunciar cuando vi lo que sostenía en sus manos.

—Recuéstate —ordenó con un brillo oscuro en sus ojos. El rugido en mis oídos ahogó por completo su voz, y apenas pude concentrarme en el significado de sus palabras. La mirada en sus ojos susurraba pecado y placer carnal, y me arrastró en sus profundidades. No me negaría, siempre y cuando estuviera con él.

Lo obedecí y ahogué un jadeo cuando se sentó a horcadas sobre mí y me ató las manos a los barrotes de la cama con una cinta de seda. El corazón me latía como loco y el estómago se me revolvió.

El material de su esmoquin rozó contra mis pezones duros y adoloridos y mis jugos se deslizaban por mis muslos mientras imaginaba todas las perversiones que me haría, allí, atada y a

su merced.

Bajó sobre mi cuerpo y rozó su dureza contra mí. Solté un suave gemido y froté mis muslos. Mi clítoris estaba hinchado y palpitante, mis muslos se humedecieron con mis jugos.

Ni siquiera había empezado y ya me tenía derretida. Solté un gritito cuando me abrió las piernas y me ató los tobillos a los otros postes de la cama.

Amon se bajó de la cama y me dejó así, expuesta. Un sonrojo caliente me recorrió todo el cuerpo y coloreó mi piel de un ligero rosa. Se inclinó hacia la mesita de noche y sacó un vibrador que no tenía idea de que estaba guardado.

Las flamas devoraron mi cuerpo y una gota de sudor se formó en mi frente.

Tragué.

—Nunca he usado juguetes.

—Si quieres parar, dime. —Si bien su voz transmitía calma, fuego ardía en sus ojos—. En cualquier momento.

—¿Podrías quitarte la ropa al menos? —supliqué, completamente mojada.

—Pronto.

Prendió el vibrador, el suave zumbido llenó el espacio entre nosotros, y lo llevó a mi clítoris, fue un simple roce que envió una oleada de sensaciones por todo mi cuerpo. Me enterré las uñas en la palma de mi mano, y dejé esas medias lunas en mi piel mientras me retorció contra los nudos bien hechos.

—Estás goteando, esposa. —Deslizó un dedo en mi interior y no pude evitar soltar un gemido—. Eres tan hermosa. —Su voz era un gruñido ronco—. Y eres toda mía.

Sacudí las caderas y el orgasmo estaba allí, acechándome. Metió un segundo dedo, estirándome tanto que solo podía concentrarme en él y sentirlo.

—Cada parte de tu cuerpo es mío.

—También eres mío. —Sus ojos brillaron con una oscura tormenta, tan bella que no podía despegar mi mirada de ellos.

—Lo soy —confirmó—. Te ves tan hermosa así, amarrada y esperando por mi polla.

Su aliento me rozó el cuello al mismo tiempo que su lengua se deslizaba por mi piel. Metió el vibrador lentamente en mi interior, mientras me besaba y jugaba con esa zona erógena de mi clavícula.

—Amon. —Jadeé cuando terminó por deslizar todo el juguete dentro de mí, el vibrador me arrancó un grito estrangulado. Dios mío. No podía pensar. No podía respirar.

Solo podía concentrarme en ese placer intenso y abrasador que me zumbaba en todo el cuerpo y me empujaba cada vez más cerca del orgasmo.

Me froté contra él, desesperada por liberarme, pero no era suficiente. Lo único que podía hacer era aceptar la tortura y confiar en que Amon me llevaría a alcanzar el éxtasis. Para mi desgracia, no dejaba de jugar conmigo, incitándome con su exquisito toque, pero sin darme mi orgasmo, haciéndome sentir necesitada.

—Nunca me cansaré de esto. —La lujuria le teñía la voz. Nuestras miradas se encontraron y lucía tan torturado como yo—. Verte retorciéndote bajo de mí, necesítandome de la misma manera que te necesito.

—Por favor, Amon —solté entre jadeos—. Ya no puedo más. Déjame correrme.

—Te vendrás con mi verga en tu coño —gruñó.

—Te necesito —gimoteé—. Por favor... Por favor... Te necesito dentro de mí. —Mis caderas se levantaron de la cama, moliéndome contra su longitud, sin pudor alguno, su duro miembro me volvía loca aun cubierto por los pantalones—. Quítate la ropa y cógeme.

El vibrador se detuvo y lo retiró de mi húmeda entrada. Me tensé al ver a mi esposo bajo mis pestañas cuando se quitaba la ropa con una facilidad que jamás había visto. Estaba parado al pie de la cama, con su mano alrededor de su polla y los ojos ardiendo sobre mi piel; luego, rozó mis piernas desnudas con la mano que tenía desocupada y se acercó a mi entrada.

—Voy a morir si no me follas ahora mismo —gemí, tirando de los amarres—. Por favor, esposo.

Se volvió a colocar sobre mí, y el colchón se hundió por su peso. Me acarició los pechos y tiró de mis pezones, rodándolos entre las yemas callosas de sus dedos. Finalmente, bajó la cabeza y se los llevó directo a la boca, avivando las llamas en mi cuerpo.

—Me encanta cuando me llamas esposo —gruñó—. Dime que me amas. —Me quedé inmóvil, con los ojos abiertos de par en par—. Di las palabras —insistió, su voz como la seda contrastaba con la rudeza de sus caricias.

Lo amaba, de verdad lo hacía, pero no podía decirlo en voz alta.

—No pasa nada, *Chica Canela* —susurró al tiempo que juntaba mis pechos y se ponía sobre sus rodillas. Casi me quedé sin respiración cuando posicionó su miembro entre mis senos. El líquido preseminal goteaba sobre mi piel cuando empujó, sosteniéndome la mirada y asegurándose de mi consentimiento. El cuerpo me tembló y entreabrí los labios, bajando la barbilla y confirmándole que estaba bien. Mucho más que bien. Deslizó su dureza con facilidad con la ayuda de sus jugos, y los sonidos eróticos contra la suavidad de mis pechos era lo único que nos separaba. Gemí cuando encontró el ritmo y no pude evitar sacar la lengua con tal de saborear el semen que cubría la cabeza de su miembro y que rozaba mi barbilla con cada embestida. Soltó un gruñido tortuoso y me folló los senos más rápido.

—Me ganaré tu amor de nuevo —prometió—. Espera y verás.

Se movió entre mis pechos sin piedad y me sostuvo la vista, asegurándose de nuevo que todo estuviera bien. Mis dedos se agarraron del cabecero y asentí con firmeza mientras le decía:

—Córrete, Amon.

Casi de inmediato, su semen espeso cayó sobre mi rostro y cuello. Mi pecho pesaba y mi centro palpitaba mientras Amon ralentizaba sus movimientos y sus pulgares acariciaban con cariño los costados de mi busto. Me soltó y pasó un dedo por el semen en mi barbilla y lo llevó a mi boca. Me observaba desde arriba, su rostro estaba teñido con el deseo mientras yo chupaba hambrienta el sabor salado que solo le pertenecía a él.

Su torso se deslizó por mi cuerpo hasta que se empujó en mi interior, se enterró hasta el fondo en un suave movimiento. A pesar de haberme dejado cubierta con su excitación, estaba listo para otra ronda y no me iba a quejar. Además, la manera en que mis jugos hicieron erupción me dejó con la mirada desenfocada.

—Maldición. —Se quedó quieto y sus manos se enterraron en mis caderas—. Tu coño es mi paraíso. Fue hecho para mí y nadie más.

Se hundió en mi interior una y otra vez a un ritmo lento, sin prisa. Sus caricias eran delicadas mientras me besaba y me hacía volar más y más alto. El cosquilleo de placer comenzó en la base de mi columna y ascendió. Parpadeé, cerré los ojos y lo único que podía hacer era gemir sin respiración.

El orgasmo me azotó como un tren de carga. Me arqueé sobre la cama con un grito agudo y mis paredes ordeñaron su miembro. Amon aceleró sus embestidas, y se hundió en mi interior durante mi orgasmo y me dio un segundo sin siquiera intentarlo.

Mis jadeos pasaron a ser gimoteos mientras me cogía sin misericordia.

—Grita para mí, esposa. —Metió su mano entre nuestra unión y presionó el pulgar contra mi

clítoris necesitado e hinchado—. Grita para tu esposo.

Lo hice, una y otra vez hasta que mi cuerpo se sentía lánguido y dócil bajo el suyo.

—Qué buena esposa. —Su voz gutural me provocaba sensaciones que le hacían competencia a los orgasmos demoledores y cegadores. Su ritmo se volvió más lento y me murmuró con suavidad—: Tengo amor suficiente para los dos. Hasta que vuelvas a amarme.

Luego, se derramó en mi interior con un fuerte quejido, su frente se posó sobre la mía, con nuestros labios a centímetros de distancia.

Se levantó y me desató las piernas y las muñecas, dándome elogios que me calentaron el pecho y me hicieron sentir valorada. Se me puso la piel de gallina cuando deslizó su mano por mi brazo con movimientos lentos que terminaron cuando reposó su mano en mi cadera.

—Ya consumamos nuestro matrimonio, Reina. —La somnolencia cayó sobre mis extremidades y mi cerebro—. Eres oficialmente mía. Para siempre.

Cerré los ojos y froté mi nariz contra su cuerpo.

—Para siempre —murmuré antes de caer dormida.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

AMON

Mi amor por ella era como quedarse sin respiración. Los pulmones me ardían y el pecho se me apretaba cada vez que estaba lejos de mí... Como si hubiera olvidado respirar, porque no la tenía cerca.

Sin embargo, a partir de este día, era mía. Mía, maldición. Mi esposa. Mi vida. Mi futuro.

Los primeros rayos de la mañana se filtraron con fuerza hasta nuestra *suite*. El cabello de Reina estaba desparramado por toda la almohada, luciendo como un campo de girasoles. Había despertado así dos días seguidos desde que dejamos Venecia.

Sabía que debía dejarla descansar. La follé hasta las primeras horas de la mañana, hasta que ya no pudo más. Jadeó, gimoteó, y rogó con esa suave voz que siempre me hacía ceder, y me suplicaba por un descanso. En el momento en que la apreté contra mi cuerpo, pasó una de sus piernas sobre las mías en una forma de decir: eres mío.

Como si alguna vez lo hubiera dudado.

Saber que nuestra unión era legal aliviaba la inquietud que tenía encima, pero aún no me podía desprender de la sensación de que algo fatal estaba a la vuelta de la esquina. Revisé los mensajes en mi teléfono, pero no tenía ninguno. Ni de Romero. Ni de mi madre. Ni siquiera de mi hermano. O quizás estaba siendo paranoico, dejando que los pensamientos estúpidos jugaran con mi cabeza haciéndome creer que la volvería a perder.

Pasé los dedos por su melena, disfrutando de la suavidad. Ya casi le llegaba a los hombros, no tan largo como antes, pero lo suficiente como para enrollarlo en mi dedo unas tres veces.

Secuestrarla fue la solución más lógica teniendo en cuenta los problemas que estaba teniendo la *Omertà*, aunque no fue la mejor.

Especialmente después de enterarme de los tratos que tenía mi primo con Sofia Volkov y Perez Cortes. Casarme con Reina y declararla como mi esposa ante todo el mundo atraería problemas con Sofia y mi primo Itsuki, aunque no me iba a preocupar o, mejor dicho, no debería preocuparme por Perez Cortes. Tenía demasiado miedo de salir de Brasil.

Aun así, se enteraría de mi matrimonio y ese enfermo hijo de puta sabría que jamás en la vida iba a tenerla al alcance.

La mayor amenaza era mi primo, pero no podía deshacerme de él, porque el idiota bastardo se estaba escondiendo. Me habían informado de que incluso los hombres cercanos a él no sabían dónde se ocultaba.

Me preocupaba. De hecho, estaba tan inquieto que estaba considerando la idea de involucrar a mi hermano.

Salí de la cama, con cuidado de no despertar a Reina, y le escribí al capitán para que nos llevara a Filipinas. Estaría más segura allí. Cuando nos fuimos de Venecia, le había dicho que

tomara la ruta más lenta y larga, al parecer no fue lo más inteligente.

Mis ojos cayeron sobre mi esposa y la visión de ella calmó la presión en mi pecho.

Sus mejillas estaban sonrojadas. Sus labios hinchados por mis besos. Y mi anillo en su dedo.

Recorrí el largo de su cuello con mis dedos, tomé la sábana de satín negra y la destapé hasta la cadera, exponiendo sus pechos. El colchón se hundió bajo mi peso mientras bajaba la cabeza y rozaba mi boca con suavidad contra su pezón.

Mi polla se paró cuando abrió las piernas, exigiéndome estar dentro de ella.

«*Déjala descansar*», exigió mi consciencia.

Sin embargo, la ignoré e inhalé su esencia mientras me deslizaba más abajo, sus jugos me impactaron como un afrodisiaco.

Moví la lengua en círculos, disfrutándola, saboreándola, jugando con ella. Un suave gemido salió de sus labios y mi miembro se endureció tanto que incluso dolía.

Sus dedos se hundieron en mi cabello y alcé la mirada para encontrarla observándome con ojos seductores. Sin apartar la vista, con mis labios rodeé su clítoris y succioné.

—Amon. —Su voz era un susurro, casi sin respiración.

Deslicé dos dedos dentro de su húmedo calor, sus paredes me apretaron y sus caderas respondían a mis embestidas. Aumentando el ritmo, la cogí con la lengua y con los dedos mientras no despegabla la mirada de ella. Echó la cabeza hacia atrás y sus dedos tiraron de mi cabello al tiempo que se frotaba contra mi boca.

—Oh... Oh... Dios, por favor... —Rocé los dientes contra su clítoris y se arqueó sobre la cama con un gemido—. Amon, oh... Me voy a...

Se aferró a mi cabello, moviéndose contra mi rostro y buscando su placer al mismo tiempo que la devoraba como si fuera la última comida del día.

El sonido de sus gimeos cuando alcanzaba su clímax y el eco de mis dedos mojados entrando y saliendo de ella, eran una melodía pecaminosa.

Repartí besos sobre su piel sensible y luego me puse de rodillas y cubrí su cuerpo como una manta. Mi polla estaba pesada, chorreando con líquido preseminal y dolorosamente dura bajo sus ojos. La empuñé, y me masturbé mientras sentía su mirada fija bañada en lujuria.

—Quiero saborearte. —Su dulce exigencia casi me hizo correrme, y antes de que respirara, puse mi miembro dentro de su caliente boca. Tragó con ganas, relajó la garganta y me llevó lo más profundo que pudo.

Luego, se alejó, lamió y chupó antes de llevar nuevamente mi verga hasta el final de su garganta.

La melodía de su placer ambientó el dormitorio, enviando vibraciones que bajaban por mi espalda.

—Llévame más profundo, esposa. —Mi voz estaba teñida de lujuria y apenas sosteniendo mi control.

Nuestras miradas se encontraron y aceleró sus movimientos, sus dedos agarraron mis bolas mientras me acariciaba y me lamía como si su vida dependiera de ello. Mis caderas cobraron vida y se enterraron con rapidez y dureza. Me chupaba con avidez, tomándome como ella solo sabía.

Después, sin advertencia, me aparté de su boca, me deslicé por su cuerpo y me hundí en su coño apretado en una sola estocada.

—¡Mierda! —gruñí, y luego la follé como un demente—. Tu coño me recibe tan bien.

La penetré y sentí cómo palpitaba a mi alrededor, cómo temblaba de placer. Seguí arremetiéndole, dándole justo en ese lugar tan sensible mientras alcanzaba el clímax, su espalda se

arqueó sobre el colchón y sus gritos eran crudos.

La levanté con una mano, la coloqué sobre mi regazo y la follé sin piedad, sin detenerme desde abajo. Desde ese ángulo era más profundo, con cada estocada le arrancaba un suave gemido. Sus labios buscaron los míos para un beso descontrolado. Su trasero rebotaba contra mi miembro, siguiendo mi ritmo, y antes de que me diera cuenta, me vine en su interior.

Reina buscó su segundo orgasmo, meneando las caderas a un ritmo lento y seductor que me volvió loco. Le tembló el cuerpo cuando subió y bajo por mi polla, exprimiendo los últimos segundos de su orgasmo, mientras su coño me apresaba con codicia.

Finalmente, se derrumbó sobre mí, su cabeza buscó refugio en mi cuello. Su palma en mi pecho, y su respiración se reguló lentamente. Me aparté y sentí cómo sus ojos me seguían cuando me dirigí al baño y volví con una toalla húmeda para limpiarla.

La levanté y la envolví con un edredón grueso para poder quitar las sábanas húmedas por mi semen y su excitación mientras me miraba con los ojos medio cerrados. Tenía el cabello despeinado, los labios hinchados, la piel brillante por el sudor y marcada por mis manos rudas, y, aun así, nunca se había visto más hermosa.

Cuando terminé de hacer la cama, me uní a ella y se pegó a mi cuerpo como si ansiara mi contacto tanto como yo el suyo.

Apartó el edredón y enredó sus extremidades con las mías. Hundí mis dedos en sus suaves rizos, disfrutando de la sensación que dejaban en mi piel.

Pasó una hora desde que había estado en su interior, pero no podía quitarme este pinchazo en el pecho ante las reservas de mi esposa. Todavía no me había dicho esas dos palabras.

No podía ni debía presionarla. Debía acostumbrarse a todo esto; además, muy en el fondo sabía que era mía. Sus dedos se deslizaban por mis abdominales y podía sentir su inquietud como si fuera la mía.

—Algo te preocupa. —Terminé por decir.

Se tensó, alzó la cabeza y me miró.

—¿Cómo lo sabes?

Resoplé con socarronería.

—Puedes llamarlo intuición.

—¿Sabes si mi hermana respondió? —Negué con la cabeza—. ¿Alguien me envió algún mensaje?

Era particular la sincronía de nuestra forma de pensar.

—No, nadie.

—Les escribí. Los llamé. A la abuela, a mi hermana, a *Papà* y a mis amigas. Incluso intenté ponerme en contacto con el abuelo Glasgow. Nadie contestó. Nadie volvió a llamar. Nada.

Según Reina, nunca había pasado. Solo aumentó esta horrible sensación de que algo andaba mal. La única respuesta y llamada que recibí fue de Hiroshi.

—No te preocupes. Ya puse en movimiento a mis contactos. —Kian Cortes y Darius eran algunos de ellos, pero no se lo comenté. ¿Tenía sentido que aún me siguiera sintiendo celoso de ese tipo? Joder, no. Pero no había nada que hacer. Además, les envié un correo el día anterior y esperaba por su respuesta, aunque, si lo pensaba bien, Kian nunca se demoraba tanto en responderme.

—Gracias. —Sus manos vagaron por mi espalda, sus palmas se sentían suaves—. Entonces, ¿me vas a contar más sobre tu tatuaje? ¿Cuándo te lo hiciste?

La tensión se me disparó por el cuerpo y me forcé a relajarme.

—Después de que te dieran de alta del hospital. —Fue lo primero que hice, fue la primera

vez que hacía algo de corazón—. Vi tu cicatriz en el omóplato y quería algo en la misma zona. Así no olvidaría.

Sus dedos acariciaron mi nuca, peinándome el cabello, casi consolándome.

—No fue tu culpa.

—Sí, lo fue. No lo manejé bien. Debí... —No estaba del todo seguro de cómo debía haberlo manejado, mas sabía que mi manera no había sido la correcta. Eso era todo lo que podía admitirle—. Tal como lo dijiste, debí haberte apartado de mi lado con amabilidad. Quizás nos hubiéramos quedado como amigos. No hubieras perdido la confianza en mí. Te hubiera protegido.

Sonrió, aunque era una sonrisa triste.

—O quizás este era nuestro destino. No tiene sentido revivir el pasado. Debemos seguir adelante.

Su cabeza descansó sobre mi pecho y le acaricié el cabello hasta que su respiración se hizo profunda y cayó dormida.

—Por un nuevo comienzo, *Chica Canela*.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

REINA

El día siguiente era Año Nuevo.

Jamás me hubiera pasado por la cabeza una mejor manera de acabar el año o, más bien, empezar uno nuevo. Se sentía como un cierre y una promesa para un nuevo comienzo. Estaba acurrucada, disfrutando de la esencia de Amon. Vestía sus clásicos *jeans* y camiseta negra y yo llevaba un vestido rosa que él eligió.

—No tenía idea de que tenías una biblioteca en el yate —le comenté a mi esposo, presionando mi rostro contra su pecho.

Mi esposo.

Me parecía tan surreal esa palabra. Todavía nos quedaban cosas de qué hablar, no obstante, teníamos toda una vida para hacerlo.

—La cierro cuando tengo invitados, porque también la uso como oficina. —Abrí la boca formado una O—. Incluso, tiene una sección de romance.

Se me escapó una risa estrangulada mientras alzaba la cabeza para mirarlo.

—¿De verdad?

Asintió.

—Sí. Tengo incluso algunos libros de tu amiga. —Jadeé suavemente, aun así, mi sonrisa era de oreja a oreja—. Aunque para ser honestos, no he leído ninguno.

Lo golpeé en el pecho juguetonamente.

—Athena se va a morir cuando le cuente.

Amon sonrió.

—Prefiero que sea nuestro pequeño secreto. Tengo una reputación que mantener y ser un lector de romance no me va a sumar nada bueno.

—Bueno. —Me pegué a él de nuevo, con los ojos fijos en el horizonte. Las estrellas brillaban como diamantes en el cielo nocturno esperando también por el espectáculo pirotécnico. Amon me prometió fuegos artificiales a la medianoche. Primero, pensé que se refería a sexo, y ya estaba lista para que me hiciera ver fuegos artificiales como siempre lo hacía en la cama. Sin embargo, para mi mala suerte, no se trataban de esos—. ¿Cuándo dejaremos el mar? —pregunté con curiosidad.

—En una o dos semanas. ¿Tan ansiosa estás por dejar el yate? —se burló.

Negué con la cabeza.

—No, pero tengo la sensación de que estamos escapando de la realidad —admití.

—Lo hacemos —afirmó—. Pero creo que nos lo merecíamos después de toda la mierda que pasamos para llegar hasta aquí. —Solté un suspiro tembloroso. Tenía razón, aun así, tenía una corazonada de que algo estaba sucediendo fuera de nuestra burbuja. Sus labios tocaron la cima

de mi cabeza y lo escuché inhalar profundo—. Dios, cuánto había extrañado tu aroma de canela.

Vibró una inhalación temblorosa en mi pecho.

—¿Incluso después de todos estos años?

Lo sentí sonreír sobre mi cabeza.

—Mis tres cosas favoritas son el sabor a canela, el color rosa y tú. Obviamente, no en ese orden. La canela y el rosa deberían ser tu marca, esposa.

—Te encanta llamarme de esa manera, ¿cierto?

—Me encanta. —Sus palabras sonaban relajadas, pero su mirada estaba llena de añoranza y culpa.

Amon me apretó más contra él mientras esa tensión familiar se entretejía entre nosotros. Tendíamos a evitar los temas del pasado, sin embargo, el dolor todavía estaba allí. Ambos sufrimos. Ambos pasamos por momentos difíciles.

—¿Dónde estuviste? —inquirí, con la voz rasposa, el nudo en mi garganta se hacía cada vez más grande. Había hecho un excelente trabajo enterrando todas mis emociones sobre el embarazo y la traición que le siguió—. Durante esos tres años.

Dos latidos pasaron antes de que me respondiera.

—La mayor parte del tiempo, la pasé en el Sudeste Asiático. Otros días me quedaba en Estados Unidos. —Tensó su agarre en mi brazo—. Estaba... aterrorizado de estar en el mismo continente que tú. Mis sentimientos por ti eran prohibidos y me torturaban todos los días, aun así, fui débil, y te busqué. —Relajó su agarre—. Me culpaba. Por todo.

Negué con la cabeza y me moví para poder verlo a los ojos.

—No fue tu culpa. No lo sabías.

—Pero mi madre sí —espetó, la furia teñía claramente su voz.

Ladeé la cabeza, pensativa, y me vino una pregunta a mi mente.

—¿Tu madre sabía? ¿Cómo?

Con la otra mano, entrelazó nuestros dedos.

—Sabía lo de tu madre. —Parpadeé, desesperada por descubrir los recuerdos que se remecían en mi cerebro—. Debió haberme dicho de inmediato. —La agonía en su voz era inequívoca—. Tu embarazo...

—Ya pasó y quedó en el pasado —susurré, apartando mi mirada. Un escalofrío me recorrió la columna, jamás me olvidaría de su madre. El dolor viajó hasta mi corazón, rogándome por ser liberado.

Amon me acunó las mejillas, obligándome a mirarlo.

—Lo está, aunque no podemos fingir que no pasó. —Fijé la mirada en esos ojos oscuros y me rendí ante la emoción que había en ellos—. Quiero compensarte. Quiero demostrarte que mi intención nunca fue herirte. Pensé que te estaba protegiendo al alejarte.

Tragué.

—Ya sé, pero... —Me mordisqueé con fuerza el labio inferior—. Todavía me duele recordarlo. Al bebé.

—No debí haberte dejado.

Si fuéramos honestos, no imaginaba que hubiera tenido otra opción. Nada nos hubiera preparado, a ninguno de los dos, para enfrentar la verdad sobre nuestros lazos sanguíneos. Un bebé solo hubiera amplificado el dolor, hacerlo insoportable.

Se me escapó una lágrima, pero no era solo de tristeza. Era de esperanza, sanación, era la promesa de un futuro juntos.

—Si hubiera tomado anticonceptivos como me habían aconsejado, todo hubiera sido menos

trágico e insoportable. Éramos demasiado jóvenes. Todavía lo somos.

—¿No quieres hijos?

Me encogí de hombros.

—No en un futuro cercano. Apenas tengo veintiún años. Los dos somos jóvenes. Nos casamos apresurados.

—Tendré que encerrarte para que ningún idiota intente apartarte de mí —gruñó.

Me reí entre dientes ante su admisión.

—Sin embargo, no tenemos necesidad de apresurarnos en nada más. Empecemos de cero y vamos con calma. Disfrutemos de lo nuestro a solas por un tiempo. Además, tenemos mucho trabajo por delante con nuestras familias y que acepten nuestra unión.

Asintió.

—Perdón por haberte fallado.

—Lamento que hayas tenido que vivir pensando que éramos familia.

Posó su frente contra la mía y nuestras respiraciones colisionaron.

—¿Te conté que te observaba de lejos? —murmuró—. Comencé una compañía de vigilancia para no perderte de vista. Me estaba preparando mentalmente para ver cómo seguías adelante. Me desgarraba por dentro, pero quería que fueras feliz. —Bufó con socarronería, bañada en angustia—. Todavía odio al idiota de Darius y las clases que tienes con él.

Fruncí el ceño.

—Pero me dijo que lo habías contratado.

—Lo hice, pero el imbécil decidió ser tu amigo y apoyarte. Enseñarte defensa personal.

—Pero eso es bueno. —Cuando no respondió, agregué—: ¿verdad?

Se rio entre dientes, sombríamente.

—Lo es. Lo era. Me ponía así de celoso, porque no era yo quien te enseñaba. Tuvo la oportunidad de pasar tiempo contigo mientras yo solo podía verte desde lejos.

Los dos habíamos pasado por adversidades y sobrevivimos.

—Era incapaz de dejar de pensar en ti —admití, en voz baja—. Lo intenté. De verdad me esforcé. Sin embargo, siempre aparecías en las noches. Soñaba con nuestro paseo en la rueda de la fortuna. Con las linternas flotantes y el deseo que pedí ese día.

—¿Cuál fue tu deseo?

—Que fueras mío para siempre —confesé, sonriendo—. Y se me cumplió. —Esas palabras se me escaparon sin querer, y los fuegos artificiales estallaron sobresaltándonos—. Feliz Año Nuevo, esposo.

—Ah, mi *chica canela*, feliz Año Nuevo. —Sus labios se presionaron en los míos en un beso arrebatador que hizo que el corazón se me hinchara de emoción—. Celebraremos muchos más juntos. Te lo prometo.

Con suavidad, mordí su labio inferior.

—Te lo recordaré. —Se deslizó del sofá y se puso de rodillas mientras lo miraba con los ojos bien abiertos, mis labios aún estaban curvados en una sonrisa—. Espero que no me vayas a pedir matrimonio de nuevo.

Me recorrió las piernas hasta llegar a mis rodillas y las separó. Nos sostuvimos la vista, con los fuegos artificiales reflejando todos los colores del arcoíris en su sombrío rostro.

—Comienzo mi nueva vida con éxito —dijo. Luego, presionó su rostro contra mi entrada con un gruñido bajo—. Moriré por ti. Mataré por ti. Quemaré el mundo por ti. Solo déjame saborearte. —Su boca besó mi centro, el delgado material de mis bragas ya estaba húmedo—. Y jamás, de los malditos jamases, me dejes.

—No lo haré. Al menos, no de manera voluntaria —prometí. Y tras vislumbrar su brazalete, agregué—: No lo boté, ¿sabes? —Me miró confundido, así que se lo aclaré—: El brazalete. No lo tiré.

Dejó un suave beso en la parte alta de mi muslo.

—No me hubiera importado, porque siempre serás mi otra mitad. La luz de mi oscuridad. La respuesta a todas las oraciones que no hice.

Un segundo después, deslizó las bragas por mis piernas desnudas y me las quitó con delicadeza. El calor de su boca y de su cuerpo borraron los rastros del pasado mientras su lengua se hundía en mi interior.

A lo mejor, *esta* siempre había sido nuestra historia escrita en las estrellas. Solamente, debíamos experimentar el dolor para tener nuestro final feliz.



Desperté acurrucada en la seguridad de los brazos de Amon mientras mi mente divagaba en todas las direcciones.

Sobre la vida en Filipinas. Sobre mi hermana y mis amigas. La abuela. *Papà*.

Los últimos días navegando en el yate “Canela” habían sido los mejores de toda mi vida. Comimos. Reímos. Miramos películas. Jugamos. Y mi actividad favorita: tuvimos sexo. Mucho sexo.

Con la luz de la luna proyectando luces y sombras sobre la habitación me giré para ver el rostro dormido de Amon. Sus rasgos lucían más suaves cuando dormía, y me permitían ver al chico.

Le pasé la mano por su cabello, los diamantes de mi anillo de bodas brillaban incluso con poca luz y se me encogió el corazón.

Mío.

Se sentía tan surreal, pero también como haber regresado a casa. Era mi hogar, al igual que siempre lo había sido mi hermana. *Phoenix*. La preocupación se apoderó de mí. ¿Por qué no me llamó de vuelta? ¿*Papà* la forzó a reemplazarme y casarse con Dante? Tenía tantas preguntas y ninguna manera de obtener respuestas.

¿Por qué nadie atendía mis llamadas? ¿De verdad la habíamos jodido tanto?

—De nuevo estás preocupada. —La voz profunda de Amon me trajo de vuelta a la habitación—. Todos dentro de un radio de ciento sesenta kilómetros pueden escuchar cómo estás pensando demasiado.

—Qué bueno que nos rodea solo vida marina—agregué, inexpresiva, las comisuras de mis labios se me curvaron hacia arriba—. Sigue molestándome y terminarás nadando con los peces.

Soltó una risita profunda entre dientes.

—¿Todavía no te das cuenta de que tu esposo es uno de los hombres más poderosos del planeta?

Me encogí de hombros como si me diera igual, sintiéndome más animada, a pesar de mis constantes preocupaciones.

—Lo creería si me lo hubieras dicho cuando te tenía de rodillas y prometiéndome que morirías por mí si te dejaba probarme una vez más.

Sonrió y el efecto fue tan devastador que me quitó el aliento. No me cabía duda por qué se había robado mi corazón.

Me acarició las mejillas con sus nudillos, y el sueño desaparecía lentamente de sus ojos

somnolientos.

—*Touché, Chica Canela.* —Su mano se posó en mi cuello y me tiró más cerca para besarme la boca—. Buenos días, esposa.

—Buenos días, esposo.

Sus ojos ardían en los míos.

—Esa podría ser mi palabra favorita.

—Entonces, me aseguraré de usarla cuando quiera algo.

Me mordió el labio inferior, tirando de él con su boca.

—No hace falta. Pídemelo y lo tendrás.

—*Ah*, de nuevo con la misma promesa —me burlé—. ¿No me pedirás saborear algo?

Se detuvo, con un brillo malicioso en los ojos.

—Apreciaría mucho saborear tu coño.

Puse los ojos en blanco, pero las mejillas se me calentaron por sus palabras tan descaradas. De alguna manera, creí imposible que esa necesidad por él alguna vez se acabara, incluso cuando fuéramos viejos y frágiles.

Su barbilla apuntó hacia la ventana.

—Es demasiado temprano. ¿Qué te mantiene despierta?

—Estoy nerviosa —pronuncié—. Y preocupada.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Por todo. Por nada. No sé. —Me acarició la mejilla—. No tengo ni mi pasaporte —murmuré, ingenua—. Ya sé que es tonto, pero estoy preocupada por todo. ¿Por qué nadie nos ha llamado para felicitarnos por el matrimonio? Me preocupa salir de aquí. Mi familia. Tú.

Frunció el ceño.

—¿Yo?

Asentí.

—¿Y si *Papà* te mata en cuanto te ve? —Me senté y lo miré desde arriba. En esos días, ya debieron de haber recibido las noticias de que nos casamos. Después de todo, Amon ni siquiera hizo el intento por ocultarlo. Lo publicó en todas nuestras redes sociales e incluso mandó un mensaje con remitente: todos. *Muy sutil* de su parte. Conociendo a mi familia, probablemente nos estaban localizando. Y después estaba la *Omertà*. Mierda, eran demasiados problemas—. ¿Cómo les vamos a explicar que no me casé con Dante porque es mi medio hermano? Luego se preguntarán por qué me casé contigo. ¿Estás preparado para revelarles que no eres un Leone?

—Esas son muchas preocupaciones —comentó y se sentó a mi altura—. Vayamos un paso a la vez; primero, acortemos nuestra estadía en el yate. —De verdad, ya no me cabía más amor para este hombre—. Después veremos cómo resolvemos todo lo demás.

—¿Tienes un plan?

Me sonrió.

—Lo tengo. No me gusta verte así de preocupada. —Siempre me preocupaba demasiado. Y la peor parte era que la tripulación del yate mantenía todo impecable y así no podía desfogar mis preocupaciones limpiando—. Tomaremos mi helicóptero para llegar a tierra y volaremos en avión hasta Filipinas —continuó—. Sin embargo, por ahora, mantengamos a nuestros padres biológicos en secreto.

Se me encogió el corazón ante la mera idea de dejar que todos pensaran que había tirado a mi hermana a los lobos. La amaba, debía protegerla.

—No me agrada mucho la idea —expresé—. Ya le he ocultado mucho a Phoenix y no quiero

tener otro secreto.

—Es por poco tiempo. —Me acunó el rostro, y continuó, con suavidad—. Todavía debo asimilar lo de mi verdadero padre y tengo que descubrir en detalle en qué está metido mi primo. Con eso protegeremos a nuestras familias. Cuando me deshaga de él, les contaremos a todos.

Mis labios capturaron los suyos en un beso apasionado.

—Siempre y cuando nuestras familias estén seguras. —Profundicé el beso con todo el amor que no había sido capaz de expresar en voz alta.

Quizás me había roto el corazón, no obstante, lentamente lo estaba reparando.

CAPÍTULO CINCUENTA

AMON

Fuimos en helicóptero hasta Chipre, dejé preparado mi avión para llegar y usarlo. Desde allí, volamos a un pequeño aeropuerto privado en Jolo, Filipinas.

La presión en mi pecho no me daba tregua. Algo andaba mal. Muy mal.

La mierda se había desatado en el bajo mundo. Habían desaparecido demasiadas mujeres, todas ellas rubias. El estúpido de mi primo se alió con Sofia Volkov durante todo este tiempo y confiaba en que expandirían sus tratos comerciales.

Ya era tiempo de acabar con él.

Todo estaba listo. Cuando tuviera su ubicación exacta, iría tras él y lo mataría.

Al igual que Reina, me preocupaban mi hermano y los integrantes de la *Omertà*. Desde el día en que secuestre a Reina no había tenido noticias ni de Dante ni de nadie más, excepto por Hiroshi. Mi mano derecha me comentó que la organización no se tomó muy bien mi anuncio. Me sacaron de todos los acuerdos hasta que regresara a Italia y les diera la cara.

Por mí que se jodiera todo. *¡Qué se jodieran!* La paz de mi esposa era primero. Debía hablar con su familia y amigas. Después, lidiaría con lo demás.

Por supuesto, dado que Hiroshi se mantenía en contacto conmigo, también lo hacía mi madre, porque siempre estaban juntos. No ocultó su decepción. Me culpaba a mí por el sufrimiento de Dante. Me culpaba por deshonorar el apellido de nuestra familia.

Rememoré la conversación que tuvimos mientras volábamos sobre alguna ciudad de la India, aprovechando que Reina estaba profundamente dormida a mi lado.

—Es una don nadie. —La voz de mi madre sonaba más chillona que nunca—. Es la hija ilegítima.

Guardé silencio por unos segundos para inhalar y luego exhalar. Me confirmó que siempre supo que Reina no era hija de Romero.

—Debo recordarte que, para todo el mundo, soy el hijo ilegítimo.

—Hay una enorme diferencia. No eres un bastardo, ella sí —bramó. Debería dar las gracias de que no la tuviera enfrente de mí, porque la mataría con mis propias manos—. Estás tirando todo por la borda por ella.

—Quizás para ti no signifique nada, pero para mí es toda mi vida. —Si no la aceptaba, cortaría toda relación con mi madre. Así de simple—. Puedes tenernos a los dos en tu vida o a ninguno.

El jadeo de mi madre atravesó la línea telefónica.

—¿De verdad me desearías? ¿Por ella?

—No seas dramática. —La frustración ardía en mi interior, pero la reprimí—. Es tu

decisión. Acéptanos o piérdenos.

Reina se retorció, tenía la respiración errática mientras soltaba suaves sollozos y aparté todo lo referido a mi madre a un lado.

—*Shhh.* —Intenté calmarla, acariciándole los rizos. Abrió lentamente los ojos, pero su mirada azul se veía vacía, como si aún estuviera atrapada en su sueño. O pesadilla—. Estás a salvo —murmuré.

Aquello debió calmarla, porque cerró los ojos y su respiración lentamente se reguló.

La apreté contra mi cuerpo, protegiéndola, la cubrí con una manta y rocé mis labios en su frente.

—Siempre te elegiré, *Chica Canela.*

No sabía qué opción iba a escoger mi madre, sin embargo, no me importaba. Cada uno tomaría sus propias decisiones. Además, no estaba dispuesto ni a perdonar ni olvidar. Todavía me debía explicaciones, muchas.

Al final nada me importaba, ni la *Yakuza*, ni la *Omertà*, ni el poder y menos el dinero. No necesitaba nada más que a Reina. La necesitaba como el aire que respiraba. Como la luna necesitaba a las estrellas. Como la tierra necesitaba del sol.

Y, después estaba mi hermano, pero Dante terminaría entendiéndolo. Estaba seguro de ello. Sabía por qué lo había hecho. Le había enviado todas las pruebas de la paternidad de Reina y un mensaje diciéndole que debíamos hablar de nuestra familia. Quería revelarle en persona quién era mi padre. Todo dependía de él en este momento.

No me gustaba su maldito silencio.



Dos horas después, aterrizamos en Filipinas.

Reina y yo ya habíamos pasado por la aduana. Hasta este momento, nadie se tomó el tiempo de revisar nuestros documentos. Llevaba la mano de Reina segura en la mía, mientras salíamos de la terminal y nos encontramos con mi madre e Hiroshi esperándonos.

—¡Mierda! —murmuré, por lo bajo, y miré detrás de ellos a mi chofer que puso los ojos como platos.

Solo los cercanos a mí sabían que tenía una casa en Jolo, Filipinas. Hiroshi y mi madre eran dos de ellos, y, en este momento, me arrepentí. Nunca pensé que me iban a emboscar en el aeropuerto.

—¿Qué hacen aquí? —inquirí. Después de todo, habíamos hablado unas horas antes y ninguno de los dos mencionó que iban a estar en Jolo. Si lo hubiera sabido, habría tomado otra ruta—. ¿Cómo supieron que hoy estaríamos aquí?

—Accedí al panel de control de tu avión —explicó mi madre—. Tu itinerario no fue muy difícil de adivinar.

—De verdad no sabes respetar la privacidad, ¿cierto?

—*Musuko.* —Mi madre chasqueó la lengua y sus ojos no se apartaban de Reina como si le desagradara verla. Mi esposa no se acobardó, pero si se dio cuenta o no, apretó más su mano contra la mía. No era muy difícil pasar por alto las miradas de madre—. Debemos hablar sobre... ella.

No había duda de quién estaba hablando. Juzgando la forma en que las uñas de Reina se

enterraron en mi mano, también se dio cuenta.

—Madre. Hiroshi. —Mi madre se puso rígida por mi tono—. Conozcan a mi esposa. Asumo que viajaron hasta acá para darle la bienvenida a la familia.

Mi madre se estremeció como si la hubiera golpeado. Hiroshi se lo tomó mejor, la rodeó con el brazo y le palmeó el hombro en consuelo.

—Felicitaciones, Amon. —Los ojos de Hiroshi se posaron en Reina e incluso le sonrió—. A los dos.

—Gracias —replicó Reina, su voz sonaba suave y débil.

—Pasaste de Dante a Amon, eres una jovencita que no pierde el tiempo. —Quería acercarme y retorcerle el cuello a mi madre. Entendía que estaba amargada, porque perdió a Romero a causa de la madre de Reina, pero eso no era su culpa. No tenía por qué pagar por los pecados de sus padres.

—¿Hay alguna razón por la que estén aquí? —pregunté, en lugar de hacer lo que tanto quería: gritarles—. No recuerdo haberlos invitado.

—Tengo noticias sobre la *Yakuza* —afirmó Hiroshi. Y le lancé una mirada amenazadora—. Tu primo planea algo y ya sabe de tu puerto en Indonesia. Está llevando un cargamento de... —Se detuvo, sus ojos cayeron sobre Reina—. Ese producto que no tocas. Intenta ensuciarte y ligarte a esos negocios que no aprueba la *Omertà*.

—Parece que me quiere poner una trampa —expuse, inexpresivo. A Itsuki le crecieron un par de pelotas en mi ausencia, todo debido a la influencia de Sofia Volkov. El idiota estaba demasiado ciego como para notar que solo lo estaba usando—. ¿Cuándo llegaría el cargamento al puerto?

—Mañana.

Mis ojos se desviaron a Reina. No quería dejarla sola tan pronto, pero era importante, y mientras más rápido eliminara a mi primo, más segura estaría. Todos lo estaríamos.

—Debo llevar a mi esposa a mi propiedad para que esté segura, después iré allá.

—Puedo ir contigo. —Se ofreció Hiroshi. Mi mirada se posó en mi madre—. Con tu madre nos estamos quedando en el hotel —agregó, como si se anticipara a mi protesta.

Gracias a Dios.

—¿Estás seguro de que sus cargamentos llegan mañana?

—Sí.

—Me parece imprudente, incluso viniendo de mi primo —remarqué. Hiroshi asintió de acuerdo—. Además de querer matarme, ¿qué más tiene planeado?

Negó con la cabeza.

—Este sería el momento perfecto para destronarlo —intervino mi madre—. Tienes al alcance de tu mano todo por lo que has estado trabajando. No puedes dejar que ella, o cualquiera, se interponga en tu camino.

Reina se tensó a mi lado por las insensibles palabras de mi madre. Demonios, ¿siempre había sido así y nunca me había dado cuenta?

—Mañana hablaré contigo, madre.

—Amon, ¿podemos hablar ahora? —Se aferró a sus perlas, y sus ojos se enfocaron en el cuello de Reina, donde llevaba el collar que alguna vez le había pertenecido.

—No, hoy no.

—Pero...

—Dije que no. Llevaré a mi esposa a casa. —Observó a Reina como si mi rechazo fuese su culpa.

Mi chofer, quien estaba detrás de Hiroshi y mi madre, todavía nos esperaba y le hice un gesto para que abriera la puerta para salir de aquí. Guie a Reina para que se subiera primero y la seguí. Esperé a que el coche se pusiera en marcha para girarme hacia ella.

—¿Estás bien?

Dejó caer los hombros.

—Tu madre me odia.

—No te odia —le aseguré—. Dale tiempo.

Se mordisqueó el labio.

—¿Y si todos nos odian?

—Entonces haremos caso a nuestro lema: tú y yo contra el mundo. —Saqué el teléfono—. Intentemos comunicarnos con tu familia de nuevo.

Suspiró.

—Ya lo hice. Muchas veces. La señal debe ser muy mala. Solo me deja en espera. Ni siquiera me manda al buzón de voz.

Le pasé mi teléfono.

—Usa el mío. Intenta con tu hermana y amigas. También tu *Papà*.

Cuando marcó el primer número, miré sobre mi hombro, notando que el vehículo de Hiroshi y mi madre iban justo detrás.

—Nada —musitó—. Intenté llamar a la abuela y a *Papà*.

—Intenta con tus amigas —dije.

Cuando llegamos, llamé a mi hermano y a cada miembro de la *Omertà*, pero fue inútil. Esto no auguraba nada bueno, aunque no podía decirle eso a mi esposa. Ya estaba lo suficientemente estresada por su hermana y su familia.

—Intentaré hacer una videollamada con Phoenix —comentó. El sonido de espera no dejaba de repetirse hasta que claramente nadie iba a contestar.

—¿Le escribiste?

Tragó y la preocupación tiñó cada línea de su expresión.

—Sí, pero le enviaré otro.

Siempre seguía mi instinto, y en este momento, me cosquilleaba todo el cuerpo como si tuviera arañas encima. Me pedían a gritos que me diera la media vuelta y regresáramos al yate.

Las alarmas comenzaron a sonar en mi cabeza.

Abrí la boca para dar la orden cuando impactó la primera bala en el auto. Fue muy tarde. Tomé a Reina y tiré su cuerpo al piso.

—¡Al suelo! —ordené.

Su mirada aterrorizada se encontró con la mía mientras sacaba mi arma. Otra bala llegó al parabrisas, perforando la frente del chofer y saliendo del reposacabezas. El cuerpo cayó muerto hacia adelante, haciendo que el auto girara descontrolado.

¿Por qué mierda las ventanas no eran antibalas? Todos mis vehículos estaban blindados. Maldición.

Más balas volaron por el aire, el ruido era ensordecedor. Alguien abrió fuego contra nosotros con una metralleta mientras el auto por fin se detenía.

El dolor me explotó en el pecho y los gritos de Reina callaron los disparos.

Intentó moverse.

—¡No, quédate abajo!

Tenía la visión desenfocada, nublada por la ira. Ignorando el dolor, salí del auto y me cubrí con la puerta.

Capté movimiento por el rabillo del ojo y miré hacia esa dirección. Era el imbécil con la metralleta, apuntando hacia la puerta trasera.

En ese ángulo, la bala le llegaría a Reina.

Sin pensarlo dos veces, me alejé del auto. Muchas balas salieron disparadas por todos lados mientras intentaba buscar un buen ángulo para acabar con ese hijo de puta.

Sin embargo, sin aviso, tembló toda la tierra.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

REINA

—¡Amon! —grité, a todo pulmón.

Toda la escena sucedió en cámara lenta, pero mi cerebro no fue capaz de procesarlo. ¿Por qué Amon corría lejos de mí y en dirección a las balas?

Me arrastré fuera del coche mientras seguían disparando, una me llegó en el hombro. El dolor se extendió por toda mi piel, y, de repente, el suelo se sacudió y me olvidé del dolor.

Vi cómo su cuerpo caía al piso. Todas mis extremidades temblaron. Mi mente se negaba a creer lo que veían mis ojos. No pudo haberle dado una bala. ¿Acaso la explosión lo mató?

Debía tratarse de una pesadilla. Necesitaba despertar. Por favor, Dios, que fuera un sueño. Uno muy malo.

Sin embargo, el zumbido en mis oídos era real.

No estaba atrapada en una pesadilla. Todo estaba realmente sucediendo.

Me moví por instinto y me lancé al piso mientras las balas seguían volando por los aires. Me arrastré hasta que me encontré con los ojos de Amon en medio del caos.

—No te muevas. —Gesticuló.

Respiré hondo y enterré las uñas en la grava. Disparos, explosiones, gritos. La atmósfera estaba repleta de todo eso mientras yo mantenía la mirada fija en mi esposo.

El corazón me retumbaba en los oídos.

—No te muevas. —Vi cómo movía los labios formando cada palabra y solté un sollozo. Estábamos cerca, si tan solo hubiera una manera de llegar hasta él. No podíamos terminar así. Nuestra historia apenas había comenzado.

—Voy contigo —le dije en silencio.

Negó con la cabeza, pero me negaba a quedarme aquí. Debía llegar hasta él. Respiraba con dificultad. Me raspé las rodillas sobre la grava mientras me arrastraba.

Escuchaba demasiados gritos, en todos los idiomas, pero no tenía cabeza para entenderlos. Solo tenía que llegar con mi esposo.

Me ardían las rodillas, las piedras se me enterraban en la piel con cada movimiento. Un líquido caliente se escapaba donde la bala me había impactado.

Se me hacía eterno llegar hasta él. Vi cómo su cabeza perdía la fuerza y reposaba en el suelo mientras cerraba los ojos. Su cuerpo yacía torcido y la sangre manchaba su camiseta blanca. El estómago se me revolvió por las náuseas mientras la bilis subía por mi garganta, dándome ganas de vomitar.

«Por favor, no te mueras. Por favor, no te mueras». Podía superar cualquier cosa, menos eso.

—¡Amon! —Lloré, frenéticamente, ignorando el dolor que sentía mientras acertaba la distancia entre los dos.

Lentamente, me le acerqué. La parte delantera de su camiseta estaba roja y mis dedos se humedecieron con la sangre mientras le recorría el pecho en busca de la herida.

No, Dios, no. Por favor, no.

Me incliné hacia abajo y llevé mi mejilla sobre su boca. Cada segundo que esperaba por sentir su respiración fue como si hubieran pasado años y el dolor en mi pecho se hizo más agudo.

¡Allí! ¡Justo ahí!

Todavía respiraba.

Con las manos temblando le levanté la camiseta a Amon y vi una herida gigante que le cruzaba el pecho. No necesitaba ser médico para saber que era grave. Debía llevarlo al hospital.

Tomé el dobladillo de mi vestido, lo rompí y lo presioné contra la herida.

Miré para todos lados, frenética, esperando que Hiroshi o los hombres de Amon estuvieran en camino.

—¡Ayuda!

El sabor a cobre y sal me llenó la boca, y noté que me hice una herida en el labio de tanto morderlo.

—¿Por qué estás gritando, *Chica Canela*? —Se me escapó una risa estrangulada a pesar de que el corazón se me encogía dolorosamente en el pecho. Y cuando nos miramos a los ojos, se me rompió en miles de pedazos. Su mirada ya no tenía brillo y su rostro estaba pálido con cada segundo que pasaba tirado aquí.

Pegué mi frente a la suya.

—Para que no me ignores —murmuré, presionándole un beso en sus fríos labios. Sentía que me ahogaba con solo imaginar que moriría. No podía perderlo como a mi *mamma*. Levantó la mano, con lentitud, gastándose la poca energía que sabía le quedaba—. No te muevas. Te llevaré al hospital.

Exhaló con dificultad.

—No hay tiempo. —Me moví y lo ignoré—. Debo decirte algo, en caso de que...

Le puse el dedo en la boca, silenciándolo.

—No lo digas. No te atrevas a decirlo, maldición.

—Me pasé toda la vida viviendo por ti —me dijo, ignorando mi pedido—. Cada respiración se debió a ti. —Tragué. ¿Por qué sus palabras sonaban a despedida?—. Siempre has sido tú, *Chica Canela*. Te amo.

Me sofocó un sollozo ahogado.

—No. No te atrevas a morirte en mis brazos —amenacé, con un nudo en la garganta, mi voz sonó débil, porque sentía cómo me estrujaban la garganta. Mi mente gritaba mientras mi corazón se retorció de dolor. De repente, Amon jadeó, haciendo evidente cuánto le costaba respirar.

—Mientras muera en tus brazos, seré un hombre feliz.

Negué con la cabeza, con las mejillas humedecidas por las lágrimas.

—Aún me debes la luna de miel. —Parpadeó, como si estuviera confundido, y me sonrió débilmente—. La agregué a mi lista de deseos inmediatamente después de casarnos en Venecia.

Hizo un gesto de dolor ante la presión de mi mano sobre su herida.

—Entonces, tendremos luna de miel.

Su débil respiración me partió el pecho en dos, pero antes de afligirme por ello, se oyó un estallido.

Escuché cómo alguien gritó “bomba” en medio de toda la conmoción. Me quedé inmóvil, mi mente se llenó con recuerdos que iban unos tras otros, en segundos. El día que conocí por primera vez al chico que puso mi mundo patas para arriba. Las personas que amaba, mi hermana,

mi abuela, *Papà*, mis amigas, incluso al demente de Dante.

Los ojos de Amon buscaron los míos y vi pasar las millones de versiones de nuestro futuro juntos. Entrelacé nuestros dedos y le di un apretón para decirle que estaba aquí, con él. *Me negaba a que este fuera nuestro final.*

A la distancia, una voz gritó:

—¡Al piso, hijos de puta! Este soy yo tomando *medidas drásticas*.

¿Ese era...?

—¡Dante! —susurramos los dos. ¿*Él* nos atacó?

Antes de que me pusiera a analizar las posibilidades, la sangre de Amon me cubría por completo. Y, de repente...

¡Boom!

¿QUÉ SIGUE?

¡Muchas gracias por leer *Reina Implacable*! Si te gustó, ¿podrías considerar dejar una reseña, por favor?

Tu apoyo significa mucho para mí.

Puedes leer las historias de los personajes que aparecen en este libro en mi serie *Bellas & Mafiosos*, empezando por *Luciano*, y mi otra serie *Espinas de Omertà*, que empieza con el libro *Espinas de lujuria*.

¡Gracias por leer!

XOXO

Eva Winners